

Centro de Estudios “La Cañada”
***Taller de Economía 2019 – “Una aproximación al diagnóstico
de la economía argentina” – 2^a parte***

ÍNDICE

Introducción al Curso del 2019

11. DEFORMACIONES ESTRUCTURALES EN EL FLUJO EXTERNO REAL

11.1. Balance de mercancías

11.1.1. Perfil de las exportaciones

11.1.1.1. Efectos del perfil de exportaciones

11.1.1.2. Las diferentes visiones de este perfil

11.1.1.3. El resultado del perfil de exportaciones en el largo plazo

11.1.2. Perfil de las importaciones

11.1.3. El balance comercial (Exportaciones – Importaciones)

11.1.3.1. Balance comercial de la industria:

11.2. Saldo del balance de Rentas

11.3. Saldo del balance de servicios

11.4. El balance externo global

11.5. La necesidad de la política económica

12.- DEFORMACIONES DE LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA

12.1. Las deformaciones básicas

12.1.1. El proceso de acumulación

12.1.2. El eslabonamiento interno

12. (bis) INDUSTRIA MANUFACTURERA

12.1. (bis) El marco histórico

12.2. (bis) Profundización de las deformaciones

12.2.1. (bis) Concentración

12.2.2. (bis) Extranjerización

12.2.3. (bis) Consolidación de la dependencia

12.3. (bis) Efectos globales de las deformaciones de la manufactura

12.3.1. (bis) Efectos cuantitativos

12.3.2. (bis) Efectos cualitativos -Análisis de casos

12.3.2.1. (bis) Industria de bienes de capital

12.3.2.2. (bis) Industria automotriz

12.3.2.3 (bis) Industria electrónica

13. SECTOR AGROPECUARIO

13.1. Su importancia histórica

13.2. Evolución de la producción agropecuaria en el muy largo plazo

13.3. Los cambios en el modo de producción agrario

13.3.1. El modelo agrario tradicional

13.3.2. El periodo de transición

13.3.3. Los cambios actuales

13.3.4. Efectos sociales y políticos de los cambios

13.3.5. Efectos económicos de los cambios

13.4. La estructura productiva agropecuaria

13.4.1. Proceso de Acumulación

13.4.1.1. Las prácticas de inversión de los productores.

13.4.1.2. Las prácticas de inversión pública:

13.4.1.2.1. Políticas públicas para conservar la fertilidad natural de la tierra

13.4.1.2.2. Políticas públicas preventivas orientadas a la defensa del suelo

13.4.1.2.3. Efectos globales del proceso de inversión

13.4.1.2.3.1. Inundaciones

13.4.1.2.3.2. Erosión de suelos

13.4.1.2.3.3. Los efectos de la erosión

13.4.2. Nivel de integración de la estructura productiva

14. INFRAESTRUCTURA

14.1. Tipologías de infraestructura

14.2. La infraestructura productiva en la historia

14.3. Especificidades actuales de la infraestructura

14.4. Las corrientes mayoritarias frente a la infraestructura

14.5. Evolución de la infraestructura en Argentina

14.6. La infraestructura en la Argentina actual

14.6.1. La acumulación de capital en infraestructura

14.6.1.1. La acumulación de capital global

14.6.1.2. La acumulación de capital por ramas

14.6.1.2.1. Infraestructura de Transporte

14.6.1.2.2. Infraestructura de Energía:

14.6.1.2.2.1. Las fuentes de energía en Argentina.

14.6.1.2.3. Infraestructura de Comunicaciones

14.7. Análisis global de la infraestructura

14.8. Anexo: Vaca Muerta

15. ESTRUCTURA FINANCIERA

15.1. La evolución del sistema financiero en el capitalismo

15.2. Evolución histórica en las colonias y en Argentina

15.3. El sistema financiero actual en países centrales y dependientes.

15.4. El sistema financiero actual en Argentina

15.4.1. Deformaciones estructurales

15.4.1.1. Nivel del crédito:

15.4.1.2. Fondeo del Crédito

15.4.2. Política de banqueros

15.4.2.1. Desviación del crédito:

15.4.2.2. Tasa de interés

15.4.2.3. Orientación en la distribución del crédito.

15.4.2.3.1. Crédito por sectores

15.4.2.3.2. Crédito según plazos

15.4.2.3.3. Crédito por dimensión de empresa:

15.4.2.3.4. Crédito en regiones periféricas:

15.4.2.3.5. Concentración

15.4.2.4. Política de bancarización

15.5. Algunos misterios develados

15.6. Tendencias futuras

15.7. Mercados de capital

15.8. Algunas conclusiones preliminares

16.- INFLACIÓN

16.1. Introducción

16.2. Cuestiones teóricas de la inflación

16.2.1. La diferencia de los criterios convencional y teórico

16.2.2. Una alternativa al criterio teórico

16.2.3. El diagnóstico en economía

16.2.4. El rechazo al diagnóstico

16.2.5. Hipótesis para un diagnóstico

16.3. Cuestiones empíricas de la inflación

16.3.1. La medición de la inflación

16.3.2. Limitaciones de la medición

16.3.2.1. Heterogeneidad de Precios

16.3.2.2. Heterogeneidad de niveles de inflación

16.3.2.3. Heterogeneidad de horizontes temporales:

16.3.3. Ritmos y niveles de la inflación

16.3.3.1. Ritmos diferenciales de precios

- 16.3.3.2. Niveles diferenciales de inflación
 - 16.3.3.2.1. Condiciones actuales internacionales
 - 16.3.3.2.1.1. Niveles de inflación mundial
 - 16.3.3.2.1.2. Efectos de la inflación mundial
 - 16.3.4. La inflación en la historia económica de Argentina
 - 16.3.5. La inflación en la Argentina actual
- 16.4. Efectos de la inflación
 - 16.4.1. Efectos sobre el crecimiento.
 - 16.4.2. Efectos sobre la distribución del ingreso
 - 16.4.2.1. Efectos sobre la distribución del ingreso en términos teóricos
 - 16.4.2.2. Efectos sobre la distribución del ingreso en términos históricos
 - 16.4.3. Efectos sobre las funciones de la moneda
 - 16.4.4. Efectos fiscales de la inflación
 - 16.4.4.1. El “señoreaje”
 - 16.4.4.2. El “señoreaje” actual
 - 16.4.4.3. El versus del “señoreaje: la huida del dinero local
 - 16.4.4.4. El debate sobre los efectos fiscales
 - 16.4.5. Efectos sobre los precios relativos.
 - 16.4.5.1. Importancia teórica
 - 16.4.5.2. Importancia empírica
 - 16.4.5.3. Efectos verticales y horizontales
 - 16.4.5.4. Los precios relativos y la política económica
 - 16.4.6. Efectos de falsas interpretaciones de indicadores de inflación
- 16.5. Causas de la inflación
 - 16.5.1. Introducción a las causas
 - 16.5.2. La evolución del debate sobre causas de la inflación
 - 16.5.3. El debate actual sobre las causas de la inflación
 - 16.5.3.1. Inflación y neoliberalismo
 - 16.5.3.1.1. La auto-trampa del monetarismo
 - 16.5.3.2. Inflación y desarrollismo
 - 16.5.3.3. Inflación y populismo
 - 16.5.4. Una visión global
 - 16.6. Un cierre provisorio
- 17. RESULTADOS MACROECONÓMICOS
 - 17.1. Introducción
 - 17.2. Los resultados macroeconómicos
 - 17.3. Diagnóstico de los resultados macroeconómicos
 - 17.4. Elaboración del diagnóstico de los resultados macroeconómicos
 - 17.4.1. Niveles
 - 17.4.1.1. Conformación de resultados macro
 - 17.4.1.2. Las corrientes mayoritarias frente a los resultados macro
 - 17.4.1.3. Tendencias de los resultados macro
 - 17.4.1.4. El aporte keynesiano a los resultados macro
 - 17.4.1.5. Resultados Macro: datos globales y componentes
 - 17.4.2. Aspectos históricos
 - 17.4.2.1. Países centrales
 - 17.4.2.2. Países Periféricos:
 - 17.5. Los resultados macroeconómicos en Argentina
 - 17.5.1. Resultado fiscal
 - 17.5.2. Resultado externo
 - 17.5.3. Resultado financiero
 - 17.6. Déficit y superávit gemelos en Argentina
 - 17.7. ¿Y todo esto, para qué sirve?

Introducción al Curso del 2019

De los cursos del 2016-18 extraemos una conclusión: la raíz de los errores en la práctica social y política de las corrientes mayoritarias: neoliberales, desarrollista, populistas e incluso del marxismo de origen soviético, la encontramos en la sistemática elusión de un diagnóstico previo, originada en el rechazo visceral a la existencia de procesos autónomos y derivado de una filosofía común a todos ellos: el subjetivismo y su consecuencia inevitable, el voluntarismo.

Frente a la necesidad de una alternativa hemos señalado las dificultades originadas en el abandono de la línea objetivista. Y como resultado hoy no contamos con un modelo, ni teórico ni operativo del capitalismo actual y sus deformaciones generadas por la dependencia.

Frente a tamaña dificultad hemos intentado aproximaciones. En el curso del 2018 propusimos un esquema donde en lugar de visualizar la economía en un solo nivel, lo hacemos en diferentes niveles que van desde el modo de producción en el fondo hasta las evidencias de superficie.

Y en la periferia, remarcamos el nivel de deformaciones estructurales pues enlaza los niveles profundos (modo de producción y dependencia) con los de efectos económicos y sociales y los fenómenos de superficie.

En 2018 iniciamos desde allí, la revisión para luego ir ascendiendo hacia el nivel de efectos económicos: inflación y resultados macroeconómicos; y el nivel de efectos sociales: ocupación, pobreza, distribución ingreso. Para recién, a partir de esta base, abordar los fenómenos de superficie y de la política económica.

Y hemos empezado por las relaciones económicas externas, y de ellas, el flujo financiero y sus deformaciones: fuga de capitales, endeudamiento y sus vinculaciones. Corresponde revisar ahora, las relaciones externas reales, es decir, los flujos de mercancías, servicios y rentas, para pasar luego a las deformaciones de la estructura productiva: reales (industria, agro, infraestructura); y financieras (bancos y mercados de capital).

No pretendemos una visión acabada. Solo exemplificar acerca de cómo, un cambio de perspectiva como el propuesto: es decir, partiendo de un diagnóstico, un análisis concreto de la situación concreta, se modifican, y de manera radical, las propuestas de política económica.

Y esto es el versus de criterios donde la economía no es una ciencia, sino sólo una técnica para acomodar cifras y conceptos para demostrar que mi ideología es la correcta. Y mi ideología, basta para conocer mi realidad y definir mis acciones.

Es correcto partir de una ideología. Pero, al menos la mía, me dice de una realidad socio-económica en permanente transformación y por ende, de manera previa debo analizar sus tendencias donde se combinan decisiones y procesos autónomos.

En cambio, las orientaciones dominantes, de aceptación mayoritaria en Argentina y en el mundo, adoptan decisiones sólo a partir de la voluntad de las personas. La economía es una plastilina modificable a voluntad, y de hecho, ignorando la existencia de esos procesos autónomos.

No por casualidad han cometido, y lo seguirán haciendo, graves errores traducidos en agudas problemáticas sociales. Y no se trata de una mera cuestión académica, es el debate acerca de cómo se conoce la realidad y como se construyen las políticas.

11. DEFORMACIONES ESTRUCTURALES EN EL FLUJO EXTERNO REAL

Las deformaciones estructurales conllevan un supuesto teórico: son efecto de un proceso de dependencia que introdujo modificaciones en el modo de producción capitalista.

Y afecta a los países periféricos. Éstos entraron atrasados al comercio mundial. Aun aquellos que lo hicieron de manera temprana, lo fue bajo formas coloniales, como proveedor de materia prima y alimentos a la metrópoli.

Este tipo de deformación encuentra su mayor expresión en la periferia. Y el caso de Argentina no es uno más. Es el de mayor grado de vulnerabilidad frente a los shocks internacionales.

Y esa deformación se expresa en la superficie, entre otras, bajo la forma déficit de divisas (“déficit externo”). En términos técnicos es el déficit de la Cuenta Corriente del Balance de Pagos.

Es el versus de las condiciones en países centrales, o desarrollados. Países que históricamente fueron construidos a partir de un criterio donde la acumulación de riqueza sólo era posible por vía de saldos positivos en flujos externos reales.

En la historia del pensamiento económico., se conoce como mercantilismo. Y fue predominante en los siglos XVI a XVIII, y no por casualidad, el periodo donde predominaron las relaciones coloniales.

En las metrópolis nadie pensaba en “armar países” en esas colonias. Las consideraban regiones auxiliares para servir a sus necesidades: proveer alimentos, insumos baratos y comprar su producción, para acumular riqueza.

Aunque los procesos políticos de independencia de los S. XIX y XX, en América, Asia y África, hicieron desaparecer el colonialismo, pero no la dependencia. Por el contrario, reforzó su existencia. Veamos porque.

En la mayoría de los casos hubo continuidad en la relación económica con la metrópoli. La original o su reemplazo. Y Argentina no fue una excepción. Hubo continuidad, a pesar de reemplazos sucesivos de metrópoli: España, Inglaterra, Estados Unidos y hoy el proceso de globalización mundial. La declaración de independencia política en 1816 y económica en 1947 fue insuficiente.

Estas condiciones históricas refuerzan nuestro criterio teórico: partir de la hipótesis de deformaciones estructurales producidas, por efecto de la dependencia sobre el modo de producción, que definen todos los flujos: externos e internos, reales y financieros.

Aunque unidos de forma indisoluble, los separamos para profundizarlos. A fines de 2018 ya hemos revisado el flujo financiero externo, y sus problemas estructurales de déficit, deuda y fuga de capitales.

Ahora, nos toca revisar las deformaciones en el flujo externo real. Y lo haremos con auxilio de la cuenta corriente del balance de pagos. Ésta abarca todos los movimientos externos de mercancías, servicios y rentas. E incluso permite una estimación de la fuga de capitales.

Y es importante porque su saldo global nos indica el excedente o déficit de divisas. Si se trata de excedente, compensado con salida de capital o incremento de reservas. En el caso de déficit, compensado con ingreso de capital.

Y en Argentina, las más graves crisis siempre han estado precedidas por un alto déficit externo porque, aunque ese alto déficit es posible cubrir por diversas alternativas, todas son negativas. El ingreso de capital para compensar ese déficit, puede adoptar diferentes formas: radicación-especulativos-préstamos; o bien disminución de reservas.

Y son negativas porque no solo no corrigen el problema, sino bajo todas sus formas, lo agravan, tal como sucede en la actualidad. Son paliativos, y sólo trasladan la crisis hacia adelante, pero de manera potenciada.

La única alternativa: eliminar ese déficit, pero sólo posible a partir de corregir las deformaciones estructurales existentes tras ello.

La alternativa: negar su existencia y explicar las crisis por “cisnes negros” o “tormentas”. Algo aparecido de forma súbita e imposible de prever. Sin embargo, han estado ahí, siempre presentes, pero nadie quiso verlo. Es la negación de la realidad, el diagnóstico más habitual en psiquiatría.

Otros lo explican por la “maldad congénita” de ocasionales gobiernos. También de fácil solución. Solo exige reemplazar esos malvados por otros, detentadores de una “bondad congénita”, y los problemas desaparecerían como por arte de magia.

Y ambas conllevan una raíz filosófica común. Rechazan de plano, la existencia de procesos objetivos y autónomos, y por ende, la necesidad de diagnóstico previo, que intentaremos realizar.

Para analizar ese flujo real, usamos una sección del balance de pagos: su balance en cuenta corriente, formado a su vez por los balances parciales de mercancías, rentas y servicios. La otra sección refleja los movimientos de capital y reservas a los fines de compensar esa cuenta corriente.

Examinamos la composición de cada uno de esos sub-balances de la cuenta corriente y como se refleja en ellos las deformaciones generadas por la dependencia. Y esto no solo origina problemas de funcionamiento, su efecto más grave es el de reproducir y consolidar esa dependencia.

11.1. Balance de mercancías

Son exportaciones e importaciones de bienes materiales o mercancías, y sus deformaciones se hacen visibles al compararlas con su equivalente en los países centrales.

Esos países centrales, a lo largo de los últimos siglos tuvieron como objetivo: modificaron la composición de su comercio exterior, a fin de adaptarlo a su estrategia de inserción en la economía mundial. Fueron exportaciones industriales con cada vez mayor contenido tecnológico; e importaciones de aquellos productos con bajo o antiguo contenido tecnológico.

En Argentina la tendencia ha sido inversa, generando un perfil externo no muy diferente al de un siglo atrás. Y de allí surgió una tendencia histórica: un saldo negativo de divisas aunque dentro de límites manejables, e incluso con períodos de saldos positivos por motivos ocasionales (“viento de cola”).

Pero fueron justamente esos saldos positivos fortuitos, los que estaban advirtiendo (y “a los gritos”), su carácter sólo coyuntural producido en contextos no manejables, la peligrosidad de su versus: altos y persistentes saldos negativos, y la necesidad de corregir las deformaciones aprovechando los períodos de saldos positivos. Ponían en evidencia la dependencia de Argentina respecto a la economía mundial.

A partir de esas señales, debieron generarse políticas preventivas para, al menos, limitar efectos inevitables. Sobre todo en un contexto mundial donde, desde los '70 del siglo XX, existen condiciones permanentes de volatilidad extrema.

Y aunque pasaron gobiernos de todos los pelajes, nadie movió un dedo para intentar modificar el perfil del comercio exterior. Pero fue más grave, hicieron el versus de esto. En períodos con excedentes, en lugar de corregir esas deformaciones, fueron utilizados en el sentido de profundizarlas.

Todas las políticas se orientaron al uso inmediato de las divisas excedentes a fin de atrasar el tipo de cambio, apertura indiscriminada, etc.; y con ello fortalecieron los déficits comerciales sectoriales, reproduciendo y consolidando la dependencia.

Aun bajo la perspectiva de un consumo inmediato de las divisas por necesidades políticas de corto plazo, era posible una alternativa: crear fondos para financieras tipos de cambio diferencial para importar maquinaria, equipo de infraestructura, etc. Pero esto forma parte de políticas preventivas, por ahora, fuera de todos los libretos.

En este balance de mercancías, analizamos, el perfil global de las exportaciones e importaciones, y su saldo global, los efectos, y rubros específicos.

11.1.1. Perfil de las exportaciones

Se destaca la preeminencia de productos extractivos en su forma natural o con bajo nivel de procesamiento. Aunque existen rubros de exportación importantes con alta tecnología (automóviles con alto contenido electrónico, granos a partir de semillas y agroquímicos con tecnología biológica, etc.), se trata de tecnología ya incorporada, es decir, no reproducible en el país.

Para conocer su versus, la tecnología desincorporada, utilizaremos el ejemplo de la industria nuclear. El cierre del ciclo de combustible nuclear permite a Argentina estar a la cabeza mundial en exportación de reactores aunque con bajo volumen en el total pero no en autos o granos, con altos volúmenes de exportación, pero donde somos un proveedor mundial más.

Esto sucede porque para exportar autos y granos, importamos insumos, aunque de alta tecnología, ya está incorporada, y la convierte en una “caja negra”. Lo reexportamos en el mismo estado, y no poder reproducirlo dentro del país, profundiza la integración hacia afuera, un escalón más arriba en el fenómeno de la dependencia.

Las exportaciones comprenden: “Productos Primarios”; “Manufactura de Base Agropecuaria”; Manufactura de Base Industrial”; y “Energía y Combustibles”.

- **Productos primarios**: agrícola, ganadero, avícola, minero, pesca, bosques, Es el extractivismo” de alta rentabilidad, derivada de captar una doble renta: de la producción, y de la tierra.
- **Manufactura de origen agropecuario**: donde el principal componente en la formación del precio es el costo de la materia prima y no el de su bajo nivel de transformación. Sus rubros: Desperdicios industria alimenticia; Grasas y Aceites; Carnes; y Hortalizas preparadas. Cuatro ítems representan alrededor del 80 % de la MOA.
- **Energía y Combustibles**: es energía bajo forma de fuentes (petróleo, gas, carbón, nuclear, etc.) y su transformación en electricidad y combustibles.
- **Manufactura de Origen Industrial (MOI)**: productos donde el principal componente en la formación de su precio deriva de los procesos industriales, que en Argentina conllevan tecnologías de medio y bajo nivel. Aunque existen exporta-

ciones de alta tecnología: satélites, reactores nucleares, medicamentos, etc., detentan bajísimas proporciones en el total.

La sumatoria de los tres primeros (Primarios + MOA + Energía y Combustibles), representan, desde los '90, entre 2/3 y ¾ de las exportaciones. Y definen un modelo extractivista.

11.1.1.1. Efectos del perfil de exportaciones

La tendencia hacia exportaciones basadas en el “extractivismo”, no es solo una problemática presente desde los inicios. Se observan tendencias hacia su profundización a través de fenómenos conocidos como “re-primarización” de las exportaciones.

Y esto no es algo coyuntural. Sus causas radican en la forma en como Argentina se incorporó a la economía mundial, y mantuvo esos cartabones por más de un siglo. Mientras tanto, la política económica de los siglos XX y XXI en la mayoría de países del mundo, se destacó por su versus: modificar su comercio para adaptarlo a una definida estrategia de inserción mundial.

Y ese predominio en exportaciones primarias y subproductos, genera problemas específicos en la economía argentina. Para eso revisamos: precios internacionales, proteccionismo, devaluaciones, términos de intercambio y avance científico-tecnológico según sus efectos en diferentes horizontes de tiempo.

Con efecto en el corto y mediano plazo:

- Precios fijados en mercados mundiales muy volátiles;
- Volumen exportado limitado por el proteccionismo agrícola en países centrales;
- Precio interno de productos críticos (alimentos y combustibles) sujeto a alzas más que proporcionales, por las recurrentes devaluaciones.

Con efectos en el largo plazo:

- Perdida de términos de intercambio;
- Riesgo de reemplazo por avances científicos en biología y energía.

Analizamos cada uno de ellos:

Precios internacionales: su influencia radica en el predominio agrícola de las exportaciones. Y los precios de esos productos primarios y subproductos, se forman en mercados mundiales y detentan altísima volatilidad.

Proteccionismo agrícola: es una política clave de los países centrales. Y juega en contra de los países productores de granos. Son subsidios a la cadena alimenticia: aranceles, cupos y prohibiciones; y barreras no arancelarias: medidas sanitarias y fitosanitaria. Su impacto es brutal e imposible de limitar desde dentro del país.

Devaluaciones: la preeminencia del extractivismo en perfil exportador acentúa el diferencial de productividad global con países centrales. Si para crecer un país necesita incrementar las importaciones, debe hacerlo con divisas genuinas proveniente del excedente externo.

Y esto solo puede lograr mediante un aumento de la competitividad. Pero, en la periferia, y más aún en Argentina, esa mayor competitividad es “trucha”. No lo es sobre bases físicas de productividad en la relación insumo-producto, sino sobre la base de devaluaciones periódicas, acumuladas a las realizadas por deterioro monetario.

Y la devaluación, en lugar de seguir a la inflación, pasa a arrastrarla generando no solo graves efectos regresivos sino algo peor: reproduce y consolida el proceso de dependencia, y garantiza la continuidad de los efectos sociales regresivos.

Y los resultados están a la vista: por deformación del perfil exportador, las devaluaciones influyen más que proporcionalmente sobre el precio de los alimentos, casi único ítem en la canasta de consumo de los niveles de ingreso más bajos. Y la inflación es cada vez mayor cuanto mayor es el nivel de pobreza.

Y aquí aparece el voluntarismo de las corrientes mayoritarias, pues pretenden “trampear” al capitalismo. Algunas de ellas, en lugar de competitividad por vía de incrementar la productividad física, lo intentan por vía de modificar los precios relativos internos a través de las devaluaciones. Imaginan estar jugando un partido de truco y ganarlo con viveza criolla, ignorando la vigencia de un capitalismo salvaje a nivel mundial. Y el voluntarismo de otros los lleva a denunciar ese devaluacionismo.

Pero el problema no radica en la devaluación, sino en las políticas previas, que convierten en inevitable esa devaluación. P. ej., retrasar el tipo de cambio fomentado por los mismos detractores de la devaluación.

Términos de intercambio: Es un fenómeno de muy largo plazo, derivado del cambio de precios relativos entre bienes primarios + alimentos respecto a las manufacturas. Se mide mediante un índice de la evolución del poder de compra de una unidad física de exportación en términos de importaciones.

Históricamente Argentina vio deteriorado sus términos de intercambio, pero un período inverso en la primera década del siglo XXI provocó confusión y reafirmó la estrategia de los grupos conservadores: una Argentina “granero del mundo”, y su versión más actualizada de “supermercado del mundo”.

Indefensión frente al avance en ciencia y técnica biológica: Vimos los efectos de utilizar tecnologías ya incorporadas a insumos, sin efectos impulsores y potenciando la desintegración productiva.

Aunque existen avances propios en tecnología del sector primario, todos los avances en esta materia a nivel mundial juegan contra la estrategia extractivista. Ya lo viene haciendo con tecnologías que incorporan nuevas áreas con menor fertilidad relativa, competitivas con Argentina.

Pero a largo plazo las perspectivas ya no son de mera competencia, sino de desplazamiento liso y llano de Argentina en el mercado mundial. La biotecnología ni siquiera necesitará de tierras. Granos y carnes serán elaborados en fábricas-laboratorio, posibles de localizar en cualquier punto del planeta.

11.1.1.2. Las diferentes visiones de este perfil

Las diferentes visiones sobre el perfil extractivista de las exportaciones, ayudan a explicar, por qué se mantuvo por más de un siglo, sin intentar modificarlo. Ni siquiera existen propuestas para hacerlo en el futuro.

Neoliberalismo: en lugar de eliminar, o al menos limitar la tendencia proponen como única salida posible: “supermercado del mundo”. Una versión actualizada del tradicional “Argentina, granero del mundo”. Y ahora complementado con litio y Vaca Muerta.

Y todas ellas con inversión y tecnología extranjera, y generando productos afectados por volatilidad mundial de precios.

Desarrollismo: se limitan a englobar estos problemas bajo la denominación genérica de “restricciones externas”. Su significado es transparente: sólo tenerlas en cuenta, pero jamás intentar modificarlas. A lo sumo, “zafar” de ellas.

Populismo: frente a la alternativa exportadora, plantean absoluta prioridad a subsidiar el consumo interno. Su fundamento:

“La Argentina no puede fundar su crecimiento en base a las exportaciones simplemente porque éstas, según el Indec, proveen solamente 15 por ciento del PIB, lo cual significa que para incrementar la riqueza global del 1 por ciento, las exportaciones tienen que aumentar 6,9 por ciento. Pero además deben mantenerse al mismo nivel las importaciones que se restan en el cálculo del PIB.” (Bruno Susani, Página 12; 05-11-17).

Y agregan: esas exportaciones, por su bajo nivel no pueden mejorar ni el crecimiento ni la distribución del ingreso. Por eso todos los esfuerzos deben dirigirse al consumo. Es una muy burda aplicación del criterio keynesiano de “incentivar la demanda efectiva”. Significa promover de manera simultánea, consumo, exportaciones e inversiones. Pero para ellos es solo consumo.

El resultado concreto: bajo la política económica reivindicada (2011-15), las exportaciones cayeron, y muy fuerte, agravando la crisis actual.

Es cierto. El incremento de exportaciones no genera, por sí mismo, ni crecimiento ni una mejor distribución del ingreso. Pero, de no crecer las exportaciones, continuará el déficit externo crónico, deteriorando las condiciones objetivas para llegar a detentar autonomía en las decisiones.

También criticamos el incremento genérico de exportaciones. Deberían especificar los rubros a impulsar para no agudizar problemas estructurales como la reprimarización, y poder diferenciarnos de la consigna conservadora “Argentina, supermercado del mundo”, la versión modernizada de “Argentina, granero del mundo”.

11.1.1.3. El resultado del perfil de exportaciones en el largo plazo

Mantener el predominio del perfil extractivista de las exportaciones, hizo posible el deterioro sistemático en el largo y muy largo plazo. Revisemos algunas cifras.

Comparemos las exportaciones actuales con las de 70 años atrás en términos de la participación de Argentina en comercio mundial: en 1948: 2,8 %. Hoy es 0,36 %, la 8^a parte. El caso simétricamente opuesto es China, cuya participación creció en ese mismo periodo, 8 veces.

Hoy, al menos, Argentina debería igualar, su porcentaje de participación en las exportaciones mundiales, con su porcentaje en el PBI mundial. Esto indica: no haría falta multiplicar por 8, sino sólo por 2. E incrementar sólo la cuarta parte del nivel histórico, aparece como extraordinariamente difícil.

El deterioro fue sistemático a lo largo de ese extenso periodo, e incluso existieron sub-periodos donde en Argentina, crecieron las exportaciones. Pero las de nivel mundial lo hicieron a una tasa mayor y el porcentaje de participación siguió bajando. Y en el mejor de los casos se mantuvo estancado.

P. ej., entre 1994 y 2011 las exportaciones crecieron a una tasa promedio superior al 10 % anual acumulativo, por mejores precios en productos primarios, MOA y Combustibles y mayor volumen exportado. Incluso en exportaciones industriales.

Pero desde el mayor nivel de 2011, un giro abrupto de la política económica produce una caída de 26,2 miles de millones de dólares, una caída de 1/3 en 4 años. Y casi la mitad de ese monto, por pérdida de competitividad industrial.

Luego, en 2016-18, leve alza: 8,5 %. Solo recupera la cuarta parte de la pérdida anterior. Además, el grueso de ese aumento en solo dos rubros: automotores (por mayor exportación debido a menores ventas internas), y energía (por recuperación de precios). Ambos, factores puramente coyunturales.

Pero hay más, ese deterioro es nominal. La caída potencial es mayor. Si desde 2011 hubiese proseguido la tendencia 1994-2011 pero no a la tasa histórica sino sólo a la mitad de ella, la cifra hubiese sido un 90 % superior a la efectivamente registrada en 2018.

Pero debemos tener en cuenta que el valor de exportaciones, está formado por precios y cantidades. Examinando los periodo 2011-15 y 2016-18, la tendencia en todos los rubros: caídas en volumen y en precio. Y se destacan, en caída de precios, las exportaciones de productos primarios y energía; en caída de volumen: la manufactura de origen industrial.

11.1.2. Perfil de las importaciones

En su composición también resulta visible el fenómeno de la dependencia. Históricamente, el grueso han sido equipos e insumos industriales (bienes de capital, bienes intermedios, combustibles y piezas de bienes de capital).

En los '80, este rubro fue superior al 90 %, y desde inicios de los '90 (1992- 2018), entre el 75 y el 85 % del total de las importaciones.

Un caso particular resulta de la importación de energía y combustibles, desde mediados de la 2^a década de este siglo. En los '90 (1992-2003) el promedio fue del 3,4 % del total de importaciones. Pero en el periodo 2011-14 la proporción pasó al 15,2 %. En proporción, el valor fue 4,5 veces mayor, pero el precio en dólares, 15 veces mayor.

Luego desciende a poco más de la mitad por caída precios petróleo. Pero el daño ya estaba hecho en términos de un incremento de la dependencia por la ruptura del autoabastecimiento. Cuando lleguemos al tema energía en infraestructura analizaremos esto en detalle.

11.1.3. El balance comercial (Exportaciones – Importaciones)

El impacto estructural del efecto conjunto es el saldo del balance comercial. Entre 1910 y 2018 (109 años) fue negativo en 29 oportunidades, es, decir predominaron los años con saldos positivos, casi las 3/4 partes del periodo.

Y en particular, el último periodo: (2000-2018), con saldo negativo sólo en la última parte del periodo (tres oportunidades: 2015/17/18. En el resto, no solo fue positivo sino también muy alto. El promedio de los años positivos fue de 10 m.m. Dls. / año.

La preeminencia del saldo positivo del balance comercial, fue posible a partir del altísimo saldo positivo del intercambio de alimentos. No solo cubría el déficit industrial sino también compensaba una definida tendencia histórica al déficit del resto de subbalances (rentas y servicios).

Y decimos compensar, porque en la mayoría de años no alcanzó, y el resultado final de la cuenta corriente (sumatoria de los tres sub balances) fue negativo. Pero hizo posible no se desmadrara y resulte manejable.

Y esto fue de suma importancia porque ese resultado define la necesidad de divisas, sólo posible ingresar por vía de radicación de inversiones, capital especulativo o préstamos externos, todas formas con efectos negativos a corto o largo plazo.

Pero ese alto saldo en el balance de mercancías, atemperando el resultado global, a su vez, es un agregado dependiente de variables muy dispares (actividad interna, precios internacionales, mercados externos, etc.), y por ende sus componentes poseen comportamientos diferenciales.

Esto significa: sus resultados a corto y mediano plazo casi nada dicen. Debemos analizar las tendencias en el muy largo plazo acerca de cómo juegan en ese balance comercial los rubros críticos.

Y para ello debo recurrir a la teoría. Esta me dice, debo analizar su contenido tecnológico y en un horizonte de largo plazo, a fin de hacer surgir la problemática estructural en toda su dimensión.

Utilizando esos cartabones observamos, por un lado, un saldo comercial positivo muy alto debido a productos primarios y manufactura de base agropecuaria. Allí la problemática tecnológica y su dependencia está limitada a importar insumos (agroquímicos y semillas) y regalías por marcas.

Por el otro, un saldo comercial negativo en manufactura. Y allí sí, la dependencia tecnológica se expresa de manera integral, cubriendo todos sus aspectos: insumos, equipos y/o sus regalías, reproduciendo y consolidando las deformaciones del comercio exterior. Por eso pasamos a analizar, en particular, el balance manufacturero.

11.1.3.1. Balance comercial de la industria

El déficit del comercio industrial es el versus de situación en los países centrales, y la mayor expresión de las deformaciones en el flujo real externo. Y ese déficit surge del perfil productivo de la manufactura en Argentina:

- Tendencia hacia la forma de armadura
- Baja integración: intra-industrial, intra-sectorial e intra- regional
- Alta dependencia tecnológica
- Bajo nivel relativo de productividad y competitividad
- Capacidad limitada para producir bienes complejos (bienes de capital, y/o con tecnología de punta y sus actualizaciones)
- Exacerbación de importaciones por atraso cambiario y/o políticas aperturistas en largos períodos

Deformaciones éstas, explicativas del alto nivel de importaciones industriales (bienes finales de consumo, intermedios, insumos -incluye energía-, y bienes de capital) y todos de tecnología intermedia y alta, a analizar en el estudio de algunas ramas en particular. Ahora sólo lo haremos con su impacto global.

El saldo comercial de la manufactura muestra la tendencia del proceso industrial, a su vez, una clave del desarrollo capitalista. Veamos el caso de Argentina.

Para dimensionarlo observemos la dimensión del problema en el largo plazo. El promedio anual del déficit del comercio industrial pasó, en promedios anuales de 2,8 m.m. de dólares en el periodo 1981-90, a -11,4 en 1991-2000. La apertura indiscriminada de los '90 multiplicó por 4 el promedio de la década anterior.

Ya en el siglo XXI, observamos los períodos en función de cambios en la política económica:

- 2001-06: el promedio anual se reduce: de -11,4 (91-00) a -7,5 m.m.,
- 2007-15: el promedio anterior multiplica por 3 y pasa a: - 23,4 m.m.,
- 2016-18: el promedio se eleva a -29,8 m.m. con un pico de -33,2 m.m. en 2017

Y dimensionamos la gravedad del problema no solo por el quantum, sino porque el mayor déficit resulta sistémico en el largo plazo. En el 2017: 12 veces abajo de la media de los '80, y record histórico; en el 2018 dentro de la media de 2016/18 con -29,6 m.m.

La conclusión es terminante, la dependencia industrial se ha incrementado bajo todo tipo de gobierno, y su magnitud es tal que en 2017 llegó a absorber, por si solo el 57 % del total de las exportaciones.

11.2. Saldo del Balance de Rentas

También es llamado “Ingreso Primario”. Es otro sub-rubro del balance de pagos formado por mercancías, rentas y servicios. Y está compuesto por ingresos y egresos financieros derivados de los pagos de intereses de la deuda pública y privada, y del giro de dividendos a las casas matrices, y similares.

Sus egresos son la expresión más cruda de la dependencia. Y en este rubro hablar de ingresos hacia Argentina, suena a broma. Existen pero son ínfimos. Serían, p. ej., intereses por préstamos de Argentina a otros países y empresas extranjeras, giros de dividendos de filiales en el exterior de empresas argentinas.

La fuerte característica de país dependiente hace que el flujo principal resulte en sentido contrario, en todos sus rubros. Y el saldo es negativo y permanente, más aun, en 2007-18, se ha multiplicado por 2,5 veces: de -7.600 a -18.700 en 2018.

11.3. Saldo del Balance de servicios

Sus componentes: fletes navieros, viajes (turismo y otros) y regalías. Todos ellos, con una fuerte tendencia negativa.

Turismo: en este caso el saldo depende de la coyuntura del tipo de cambio. Con dólar caro, la tendencia es hacia un saldo positivo para Argentina; con dólar barato, lo es hacia el egreso de divisas por este rubro. La prevalencia de periodos de dólar barato tuvo efectos desastrosos.

Fletes: la carencia de una flota mercante de bandera argentina expresa descapitalización, una deficiencia estructural. Todo el movimiento comercial de Argentina exige divisas para pagar el transporte marítimo y sus adicionales (carga y descarga, seguros, etc.). Y es el componente decisivo del saldo negativo de este sub-balance.

Regalías: expresa la dependencia tecnológica en todos los planos, y marca a fuego los resultados negativos de este rubro.

Pero existieron periodos donde el saldo total en Servicios fue pequeño. P. ej., en 2006 su saldo negativo fue de -763 millones Dls., donde Fletes fue -836 y Viajes +244). Comparemos esas cifras de 2006 con 2017:

- Viajes: (turismo al exterior), el retraso cambiario, lo transformó de positivo a altamente negativo. (de +244 a - 6.000 m.m. de Dls.) (en 2018, -5.112);
- Fletes: saldo negativo crece + 4 veces (-836 a -3.529) - (en 2018, -3133);
- Saldo global de servicios de servicios crece, en terreno negativo más de 13 veces (de -763 a -10.149 millones de Dls.) – (en 2018: -9.707).

11.4. El balance externo global

Las deformaciones del sector externo, moldeadas a través de décadas y siglos, llevan una neta tendencia deficitaria en el saldo final de la cuenta corriente del balance de pago (mercancías + rentas + servicios) y se expresa en una necesidad permanente y creciente de ingresar divisas adicionales para cubrir ese déficit.

Y ese déficit externo se diferencia del déficit fiscal, en que éste tiene alternativas: racionalizar el gasto, mejorar los recursos, emisión monetaria, préstamos internos, y todas sus combinaciones imaginables.

Pero para cubrir un déficit en cuenta corriente ya hemos visto en el Curso de 2018, sólo existe una alternativa: ingresar capitales bajo formas de radicación / especulación / crédito, y todas ellas con efectos negativos.

La salida correcta resulta obvia: eliminar ese déficit, a través de:

- Generar más divisas incrementando exportaciones (“divisas genuinas”)
- Racionalizar las divisas en base a prioridades en las importaciones
- Reemplazar importación de bienes y servicios por producción propia
- Limitar la importación de bienes que no aportan al crecimiento

Históricamente, Argentina detentó un alto saldo comercial en mercancías proveniente de la exportación de productos primarios y alimentos. Y así pudo solventar los altos saldos negativos, originados en el intercambio de mercancías industriales, y en el resto de sub-balances (rentas y servicios).

Y aunque predominó una cuenta corriente con saldo negativo, lo fueron en una escala manejable. P. ej., en los '90, a pesar del aumento de importaciones por apertura indiscriminada, el incremento de pagos por deuda externa, y el aumento de viajes al exterior por atraso cambiario, el promedio de la cuenta corriente en 1992-2001, fue de -8,8 m.m. Dls.

A partir de la crisis, pasó, de los -8,8 en los '90, a un periodo (2002-09) con alto saldo positivo (+ 6,3 m.m. de Dls.), posible a partir del crecimiento de las exportaciones a una tasa anual y acumulativa superior al 10 % por efecto de precio y volumen.

El promedio creció 15,1 m.m. de Dls. (de - 8,8 á + 6,3). Argentina parecía tomar otro rumbo. Sin embargo, ese mismo periodo analizado en perspectiva, confirmó la tendencia histórica, porque desde un alto saldo positivo, producto de la crisis del 2002, fue cayendo, hasta volver a convertirse en negativo. Pero seguía siendo manejable (-3,0 m.m. en 2010-12), es decir sólo un tercio de aquel saldo negativo de los '90.

Pero desde allí, factores estructurales y graves errores de política económica, lo llevaron, en una primera fase a valores negativos muy altos, cuadruplicando aquel valor de -3,0 m.m. en 2010-12, a -13,3 m.m. en 2013-15.

Luego, a partir del 2016, con políticas aperturistas, ese alto nivel negativo se siguió incrementando. En 2016, -15,1 m.m. y en 2017 -31,6 m.m. (10 veces el saldo 2010-12).

En ese 2017 el saldo estuvo formado por: Mercancías, -5,5; Servicios: - 10,1; Rentas -16,4. En 2018 cede algo por efecto de la crisis: de -31,6 a -28,0 m.m. Sin embargo eran niveles inmanejables, y preanunciaban una fuerte crisis.

También el fenómeno es visible en la relación: “Saldo en Cuenta Corriente / PBI”:

- En 2004-09, positivo y alto (2.16 % del PBI);
- En 2010-12 pasó a levemente negativo (-0.59 % del PBI);
- En 2013-16 cayó a -2.31 del PBI. Un valor opuesto al de 2004-09;

- En 2017 los duplicaba y rompió todos los records con -5 % del PBI;
- En 2018, relación fue mayor por caída PBI en dólares: 5,4 %.

Cuando en 2018 analizábamos la relación entre deuda y fuga de capitales, señalamos el atajo de preocuparse sólo por el déficit fiscal, y así eludir todo debate sobre el déficit externo.

Era uno de los problemas “fáciles” a resolver pues la “lluvia de inversiones” cubría ese agujero negro. Sin embargo, al no aparecer debió reemplazarse con préstamos y bicicletas financieras. Y ambos, con efectos muy negativos, y en el corto plazo. Mientras tanto el déficit se duplicaba, y generó la crisis de Mayo del 2018.

Un déficit externo genera la necesidad vital de compensarlo. Y la única forma de hacerlo es con un ingreso adicional de divisas, equivalente al oxígeno para la vida. Y no para crecer y mejorar la distribución del ingreso, sino sólo para que la economía funcione, incluso bajo tendencias recesivas.

11.5. La necesidad de la política económica

Alguien podría decir: si esas divisas son como el oxígeno para la vida, obtenerlas, justifica soportar sus efectos negativos. Es la visión justificadora de los ajustes. Pero se trata de un falso problema. Este radica, no en la situación actual, sino en todo el proceso anterior. Se permitió a las deformaciones seguir actuando e incluso en algunos periodos reforzaron esas deformaciones con políticas aperturistas, generando condiciones donde ese oxígeno ya es cuestión de vida o muerte.

Si alguien debe vivir llevando un bolso de oxígeno, es porque durante toda la vida ha fumado tres atados diarios. Se adoptan solo políticas paliativas que inexorablemente llegan tarde, en lugar de políticas preventivas. Pero ésta nunca estuvieron en plataforma política alguna.

En el feroz debate de política económica desatado por la actual crisis, ¿alguien escuchó alguna referencia a deformaciones estructurales y a la necesidad de políticas preventivas?

Este debe ser el debate sobre las políticas de ajuste. Son paliativas y justificadas en situaciones extremas ya producidas. Nadie analiza las responsabilidades por haber llegado a esas condiciones.

Debería apuntarse hacia las responsabilidades por las políticas generadoras de condiciones negativas en lugar de haber intentado evitarlas con políticas preventivas. Se utilizaron solo políticas paliativas, y luego de aflorar el problema.

En economía el espejo retrovisor es tan importante como el parabrisas. El planteo político de “no mirar hacia atrás” impide debatir las experiencias pasadas y aprender de ellas, y hace posible repetir una y otra vez los errores cometidos. Cualquier parecido, con la historia política Argentina, es mera coincidencia.

12.- DEFORMACIONES DE LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA

Estamos revisando, dentro de los niveles diferenciales de la economía el correspondiente a deformaciones estructurales, para pasar luego a sus efectos económicos y sociales y de allí a los fenómenos de superficie.

En ese sentido ya hemos analizado las anomalías en flujos externos: financieros y reales. Ahora, las anomalías hacia el interior de los países periféricos. Son las deformaciones de la estructura productiva.

Ya en ese terreno diferenciamos, deformaciones básicas y específicas:

- Básicas, presentes en mayor o menor grado en toda la periferia;
- Específicas, derivan de los procesos históricos de cada país y de las condiciones tecnológicas de cada sector productivo.

12.1. Las deformaciones básicas

Las encontraremos a partir de revisar procesos históricos y criterios teóricos. Respecto al proceso histórico, ubicamos, de manera provisoria, el inicio de la formación capitalista en Argentina, hacia fines del siglo XIX, a partir de expansión de frontera agraria y sus determinantes.

Pero esos factores actuaron sobre una economía pre-capitalista ya muy deformada. Su diseño original no estaba destinado a formar un país soberano, sino surgió y continuó siendo una región colonial complementaria de las economías centrales.

Y en esa economía totalmente enganchada al escenario mundial, los cambios políticos, sociales y económicos del siglo XX modificaron algunos aspectos de ese cuadro. Fueron cambios tales como: crisis de la economía mundial de 1930; intervención del Estado en la economía en gran escala; aparición de los trabajadores en la escena política; la segunda guerra mundial y la posterior reconstrucción de Europa; y la aceleración del proceso tecnológico.

Esos cambios coadyuvaron a modificar la estructura productiva y social de Argentina con nuevas ramas de actividad y desarrollo de las ya existentes, y nuevos actores sociales: capital extranjero, capitales nacionales en la industria, la organización social de los trabajadores, etc.

Aunque diversificó la estructura social, y deterioró el poder anterior, no llegó a definir un nuevo grupo dominante. Y se tradujo en una alta volatilidad política reflejada en los vaivenes de la política económica donde se alternaron largos períodos de políticas proteccionistas y aperturistas.

A su vez, esos procesos históricos sostenidos en criterios teóricos:

- Predominio del modo de producción capitalista a escala mundial, evolucionando hasta su actual etapa de globalización;
- Ese capitalismo funciona en planos diferenciados. Uno: el de cada país, con regulaciones en varios modos e intensidad para atenuar sus efectos sociales más regresivos. El otro: a nivel mundial, donde funciona una versión “salvaje”, del capitalismo, es decir, no regulada y sujeta a la regla del más fuerte;
- El desarrollo histórico ha generado áreas diferenciadas: países centrales y periféricos a partir del fenómeno de la dependencia;
- En los países centrales se ha generado formas diferenciales de capitalismo según la intensidad y modalidad regulatoria: capitalismo estadounidense y europeo;
- También formas diferenciales en la periferia, en función del grado y las formas históricas concretas adoptadas por el fenómeno de la dependencia.

Con estos criterios, históricos y teóricos, analizamos el impacto de la dependencia en la deformación de la estructura productiva de Argentina, tomando como cartabón las condiciones equivalentes existentes en los países centrales.

Y de esa comparación surgen agudas diferencias, con capacidad explicativa de los fenómenos de superficie.

En ese sentido nuestra hipótesis básica es un proceso de dependencia que ha marcado a fuego las economías periféricas, creando serias limitaciones en los caracteres estructurales claves de las economías centrales: acumulación y eslabonamiento interno.

Las economías capitalistas de los países centrales se caracterizan:

- por un proceso de acumulación en base a inversiones productivas,
- por un eslabonamiento inter e intra sectores productivos y regionales,
- Y una muy fuerte interrelación entre ambos caracteres.

A partir de ello, nuestra metodología consiste en analizar los diferenciales en esos caracteres básicos, entre el caso bajo estudio y el de países centrales, para luego pasar a examinar cómo se moldean las deformaciones específicas. Para el caso de Argentina, lo veremos, a manera ejemplificativa en: manufactura, agro, infraestructura y crédito.

12.1.1. El proceso de acumulación

Y comenzamos por el proceso de acumulación. Ya hemos visto en los flujos externos de tipo financiero, como las distorsiones de la dependencia, limitan la inversión extranjera y nacional. La inversión extranjera, bajo la forma de radicación de capitales, está restringida a un puñado de sectores de muy alta rentabilidad.

Los riesgos de esa inversión en países dependientes, dada su alta volatilidad y vulnerabilidad, exigen un alto diferencial de rentabilidad respecto a los países centrales.

El caso de la inversión de capital nacional, predominante en el resto de sectores, cuya principal característica resulta de detentar menores niveles de rentabilidad, aún en condiciones de relativa normalidad.

Ese contexto produce distorsiones en la política empresaria, respecto al esquema vigente en los países desarrollados. Las decisiones, en lugar de ir corrigiendo esas deformaciones, las reproducen y consolidan.

Veamos como funciona ese mecanismo. La teoría nos explica el carácter crucial de la rentabilidad en el funcionamiento del sistema capitalista. Pero no por su quantum en valor absoluto, sino por la relación “rentabilidad / capital invertido”.

Y aún con ese mismo objetivo, el contexto dependiente genera decisiones anómalas. P. ej., para generar mayor rentabilidad, en lugar de incrementar la inversión y avanzar tecnológicamente, la mantienen en su cota mínima indispensable para funcionar. De esa manera se incrementa la tasa de rentabilidad y los números “cierran”.

Pero sólo “cierra” en el corto y mediano plazo. A largo plazo, tiene una incidencia negativa a nivel macro y micro.

A nivel macro, consolida las distorsiones básicas, cuando el diferencial acumulado, entre el volumen de rentabilidad y la inversión efectivizada, se destina a consumo suntuario, a especulación interna o a fuga de capitales.

A nivel micro porque el bajo nivel relativo de inversiones en cada empresa tiene efectos negativos en materia de costos, productividad, tecnología, etc. Y termina por desplazada del mercado en el largo plazo.

El economista Eduardo Basualdo (Estudios de historia economía argentina-2010), refiriéndose a las décadas entre los '70 y los '90 explica porque en las grandes empresas predominó aplicar sus excedentes al área financiera, llevando los activos financieros al 50 % del total de activos de la empresa en promedio. Hoy ese fenómeno se traduce en la dolarización de esos altos activos financieros.

Ese efecto micro, a largo plazo, termina siendo un vaciamiento de la capacidad operativa de la empresa, y reemplazada, o por capital extranjero o por importaciones.

Y ambas alternativas profundizan la deformación de los flujos externos, reflejada en el déficit en cuenta corriente del balance de pagos a cubrir con el ingreso de divisas (radicación, especulación o préstamos) sólo posible de obtener mediante políticas regresivas. Y la calesita sigue.

Cuando medimos esa inversión, no solo es muy baja en valores relativos (“Inversión / PBI”), sino su tendencia en el largo y muy largo plazo indica una marcha descendente, incluso en coyunturas de alto crecimiento del PBI.

En muchos periodos, esa falencia fue compensada por una alta inversión pública, pero aun suponiendo asegurar una política permanente en ese sentido, nunca llegaría a resolver este tipo de deformación estructural.

Puede llegar a cerrar la brecha de inversión a nivel macro y coyuntural, pero no modifica las condiciones estructurales a nivel micro de las empresas, y éstas terminan siendo desplazadas, o por la inversión extranjera o por las importaciones, consolidando así un cada vez mayor grado de dependencia.

Mayor grado de dependencia en términos cuantitativos por un mayor nivel de importaciones, y mayor grado cualitativo, porque esa empresa, o su reemplazo ahora es, o una comercializadora de productos extranjeros o una mera armaduría. Y en ambos casos, reproduce y profundiza las deformaciones históricas.

Los bajos niveles de inversión se pueden verificar en las cuentas nacionales. Pero no estamos hablando de los recurrentes períodos de crisis donde ese nivel se derrumba, sino de los períodos reputados como relativamente normales. En las últimas décadas ha oscilado en el entorno 19-20 % del PBI.

Y ese bajo nivel relativo tiene problemas de volumen y de composición. En materia de volumen, históricamente es muy bajo respecto a períodos anteriores. En los '70 y '80, fueron niveles de alrededor del 30 %. En materia de composición: incluyen, “Maquinaria y Equipo”, y “Construcción”, y ésta a su vez, repartido entre infraestructura y vivienda. Y ese rubro “Construcción” detenta capacidad limitada o nula de reproducción.

No es casualidad que los valores diferenciados por tipos de inversión, esenciales para un correcto diagnóstico, ningún gobierno las publica. Es un “secreto de estado”. Las cifras disponibles son estimaciones privadas. De ellas surge, en el largo plazo, que la distribución más habitual, tiende a resultar, 40 % en maquinaria y equipo y 60 % en construcción. Y solo la primera con plena capacidad reproductiva porque la segunda se reparte por mitades entre infraestructura y vivienda.

El caso de la infraestructura (social y económica) de mediana capacidad reproductiva; y en el de la vivienda con capacidad reproductiva nula. En la medida que en el rubro de inversiones crece la proporción de “construcción”, se debilita su capacidad reproductiva.

Pero aun sólo en términos de volumen, las cifras son muy claras. Partimos de los niveles actuales del 20 % de inversión total, donde “maquinaria y equipos” (40% del 20 %) sería aproximadamente el 8 %.

Pero técnicamente se necesitan: 13 % del PBI para amortizar stock de capital con más el 4 % para reposición y mantenimiento. Quedan sólo 3 puntos de inversión neta para distribuir entre equipos y construcción.

Investigadores estiman para crecer de manera sistemática y sustentable, se requeriría incrementar la inversión privada en maquinaria y equipo en 8 puntos. Esto significa duplicar su nivel actual. Y sólo nos estaríamos acercando a los niveles históricos.

Las consecuencias están a la vista. Deterioro en infraestructura y déficit en el equipamiento de empresas.

En infraestructura, el estado de los caminos, inundaciones de campos, falta de paseos cordilleranos, cortes de luz, importación de gas y combustibles, velocidad en Internet, infraestructura urbana (agua corriente, cloacas y gas). Una lista completa sería inútil pues todos lo experimentamos a diario. Además dedicaremos un capítulo a este tema.

En maquinaria y equipo, el Cippec investigó en 2016 la antigüedad de los equipos en la Pyme detectando un severo retraso en 100 pymes industriales (de hasta 250 trabajadores) de 11 ramas diferentes. Algunas de sus conclusiones fueron:

- El 67% produce con maquinaria de antigüedad promedio de 8,7 años, y en algunos sectores superan los 15 años, mientras los ciclos de renovación de maquinarias en empresas equivalentes de P.D. son permanentes;
- Sólo el 2,6% de esas empresas produce con tecnología de punta;
- Argentina se ubica en el puesto 91° del ranking mundial y 14° en América Latina, para el indicador de tecnologías de información y comunicaciones;
- Estos caracteres tienden a elevar el nivel de precios porque se producen bienes de menor calidad a costos más altos y la competitividad de la empresa reposa sólo en el tipo de cambio;
- Frente a la tecnología, los empresarios mantienen una actitud pasiva. Y no existen políticas para modificar esa conducta. Más aun, el Estado durante décadas premió la inversión especulativa, y además nunca ha diferenciado en Ganancias entre la distribución de utilidades y la reinversión.

12.1.2. El eslabonamiento interno

Hemos visto como carácter básico diferencial entre las economías periféricas y centrales lo relacionado a la inversión. Ahora el otro carácter diferencial: el eslabonamiento hacia adentro. Las economías centrales se caracterizan por una fuerte trabazón interna entre sectores y regiones.

En cambio, Argentina, un caso agudo de dependencia en la periferia, funcionó durante siglos ligada a cambiantes esquemas mundiales, y ha generado una estructura productiva donde predominan eslabonamientos de cada sector y región hacia afuera, es decir, el versus de las condiciones básicas de los países centrales.

Son eslabonamientos hacia atrás y hacia adelante en la cadena productiva. Hacia atrás: la provisión de capitales, insumos, tecnología y equipos. Hacia adelante: como proveedor de materia prima, productos semi-elaborados de esa materia prima y productos finales de mediana y baja tecnología.

Esta interrelación de sectores y regiones productivos es el otro gran secreto, que junto al proceso de acumulación, genera crecimiento. Y si alguien tiene dudas al respecto, repase el tomo II de *El Capital*, donde se desarrolla la necesidad, para el funcionamiento del capitalismo funcione, de una relación entre la producción de bienes de consumo y de capital.

Argentina, detenta una matriz de interrelaciones productivas, no solo con un bajo nivel en ese tipo de integración, sino con casilleros vacíos. No proveen siquiera la reducida demanda de inversión, destinada a infraestructura y bienes de capital. Y a esto no lo corrigió, ni la sustitución de importaciones ni la inversión externa.

Las políticas de sustitución de importaciones en las últimas décadas no movieron el amperímetro. Peor aún, incrementaron el grado de dependencia como veremos en rubros específicos de la industria.

Por su parte, la inversión extranjera, en lugar de eslabonar, hace el versus. Las pocas radicaciones de capital retroalimentaron la heterogeneidad debido a sus escasos encadenamientos hacia el resto de sectores, generando el versus de un complejo integrado. Lo veremos en el análisis por ramas.

Pero no solo ausencia de integración sectorial. También de integración regional. Son desequilibrios regionales producidos, en función de la localización de tierras aptas, y de los mercados internos y externos. Son deformaciones a nivel geográfico que profundizaron las de tipo sectorial, y además crearon las propias de tipo poblacional y su desarrollo relativo.

Toda la periferia se destaca por ausencia de integración entre regiones y sectores, la clave para generar productividad y competitividad, y así sobrevivir en un mundo hostil donde impera un capitalismo salvaje. La voluntad de independencia económica no es suficiente, deben ser creadas las bases materiales para hacer posible ese objetivo.

Este déficit en el nivel de integración debería poder medirse mediante un índice comparativo del grado de interrelación entre sectores y regiones de Argentina con países como Francia y Alemania. Pero nadie trabaja en un índice sintético a fin de expresar la intensidad de esa trama.

Solo podemos hacer una aproximación indirecta por los “agujeros” en materia de en acumulación e integración. Son de tipo financiero (fuga de capitales, endeudamiento, etc.), físicos (déficit manufacturero, bajo nivel de exportaciones tecnológicas, etc.), y regionales (agudas crisis regionales aun en contextos de expansión).

Hasta aquí hemos revisado las deformaciones básicas (acumulación y eslabonamiento interno). Ahora, las específicas de la estructura productiva en términos físicos y financieros. Por su extensión y mis limitaciones físicas e intelectuales solo revisaremos algunas ramas claves a modo ejemplificativo.

En la corriente real analizaremos la manufactura, el agro y la infraestructura; en la corriente financiera: bancos y mercados de capital.

12. (bis) INDUSTRIA MANUFACTURERA

El sector industrial se destaca en los países centrales por un proceso de acumulación de capital en términos físicos y tecnológicos y un fuerte entramado hacia adentro. Por el contrario, en Argentina, las deformaciones globales de la estructura productiva, y específicas del sector industrial muestran un definido carácter inverso: una muy débil acumulación de capital, y un frágil entramado interno.

12.1. (bis) El marco histórico

Pero el problema resulta más grave aún, porque la manufactura, al margen de los altibajos coyunturales muestra un definido proceso involutivo. Revisaremos esto, tanto en el plano macro como microeconómico.

En el plano macroeconómico, remarcamos el proceso involutivo, porque las deformaciones históricas, tales como, localización de la manufactura sobre el eje litoral atlántico, el escaso desarrollo de la producción de bienes de capital, las escalas de producción muy bajas y sólo orientadas al mercado interno, y la fuerte dependencia tecnológica, en lugar de corregirse se profundizaron.

Luego del impulso cuantitativo del periodo 1964-74, el cambio de condiciones internacionales e internas a partir de 1975, hicieron posible cambios radicales en las tendencias industriales y en la orientación de la política económica generando una reestructuración industrial que terminó por liquidar todos los aspectos positivos del proceso anterior.

En los '80 se produjo un vuelco hacia actividades procesadoras de recursos naturales. Fue la producción de commodities industriales tales como aceites vegetales, hierro y acero, derivados del petróleo, etc. Son sectores que exigen capacidad tecnológica limitada, mientras caía la proporción de producción de ramas de tecnología intensiva.

Y con serios efectos sobre la ocupación. Entre 1975 y 2003 cayó de manera ininterrumpida y ni siquiera elevó los niveles de productividad. Incluso disminuyeron.

En los '90, el retroceso ya no fueron cambios en la orientación de la producción, sino el reemplazo de producción por importaciones.

A partir del 2003, la industria pudo crecer durante una década, pero solo de manera cuantitativa. Esto significa en la misma dirección de los procesos regresivos de décadas anteriores produciendo una profundización de la dependencia de importaciones, y traducido en déficit crecientes del comercio industrial.

En síntesis del proceso histórico macro, se consolidaron las deformaciones globales de la estructura productiva: en materia de acumulación y en el eslabonamiento interno

En el plano micro, la inversión bajo sus diferentes formas y orígenes (radicación de capitales extranjeros, inversión de origen nacional y reinversión de la rentabilidad de origen extranjero y nacional) no se orientó hacia eslabones claves para generar crecimiento y autonomía. En un contexto de dependencia, las decisiones empresariales, en lugar de intentar salir de la trampa, la profundiza.

Se trata de un fenómeno propio de procesos autónomos auto-reproductivos. Veámos como lo describe CEPAL para el caso argentino:

“De esta manera, los incentivos microeconómicos generados por los mercados contribuyen a generar un proceso de dependencia (path dependency); un círculo vicioso en el cual el rezago tecnológico retroalimenta decisiones de inversión y producción que lo perpetúan”. (CEPAL; La industria argentina frente a los nuevos desafíos y oportunidades del siglo XXI, Stumpo y Rivas, comp. 2013, pag. 56).

Y ese proceso es tan fuerte que los intentos de reconstruir una política de sustitución de importaciones, reivindicada por el gobierno anterior, no solo fracasaron y de manera rotunda, sino que profundizaron el proceso de dependencia.

La opinión de un funcionario de aquel gobierno en ese periodo: *“Además, se dio un proceso de sustitución de importaciones acotado en lo cuantitativo y lo cualitativo. Ello, por la existencia de diferentes rigideces estructurales a raíz de las formas que asumió la desarticulación del tejido productivo entre 1976 y 2001, y por los variados sesgos del “fomento productivo” en la posconvertibilidad. De allí que el desempeño manufacturero reciente no logró revertir el cuadro histórico de dependencia tecnológico”*

ca de la industria argentina, ni su naturaleza trunca. (Martin Schorr, Página 12, 29-12-2013).

No solo no revirtió, profundizó las deformaciones. Y esto nos da pie para abrir el siguiente capítulo sobre la manufactura.

12.2. (bis) Profundización de las deformaciones

Hemos revisado las deformaciones básicas de la estructura productiva: falta de acumulación expresada en un bajo nivel de inversiones; y bajo eslabonamiento interno, por ausencia de articulación entre empresas del sector industrial y con el resto de sectores y regiones de la economía.

Esto significa: bajo nivel de integración: intra - industrial, intra - sectorial e intra - regional. Y sus consecuencias específicas en la rama manufacturera:

- Alta dependencia tecnológica (patentes, marcas, maquinas e insumos);
- Bajo nivel relativo de productividad y competitividad;
- Alta heterogeneidad productiva con una elevada dispersión en tamaño y productividad de las empresas componentes de cada rama y entre esas ramas.

Esto modeló un sector industrial con fuerte tendencia hacia la concentración, extranjerización y consolidación de la dependencia, con graves efectos sociales y políticos pues todos conllevan efectos regresivos y una pérdida de autonomía de las decisiones. Analicemos cada uno de ellos.

12.2.1. (bis) Concentración

Debido a una alta tasa de desaparición de empresas, pymes en particular, por sus propias políticas con bajo nivel de rentabilidad y reinversión; por las condiciones de crisis macroeconómicas recurrentes; por los bruscos bandazos en la orientación de la política económica; y los cambios en la propia dinámica del capitalismo global.

Todo conlleva un proceso de concentración empresarial, que otorga a los supervivientes un poder cada vez mayor. Poder para orientar las regulaciones del estado a su favor (importaciones, subsidios encubiertos, impuestos, etc.) y para manipular el sistema de precios y avanzar sobre el resto de sectores tomando parte de su excedente por vía del sistema de precios.

Pero si comparamos este fenómeno con el equivalente de los países centrales, nos encontraremos con la misma tendencia hacia la concentración, un fenómeno típico del modo de producción capitalista. Si en ambos casos es el mismo fenómeno. ¿Dónde radica la diferencia?

En las economías centrales esa concentración implica elevar el nivel de inversión e incorporar tecnología para lograr mayor productividad, en línea con los requerimientos del modo de producción capitalista.

En cambio en Argentina, esa concentración, reproduce y profundiza los comportamientos derivados del proceso de dependencia igualando las conductas anómalas de los empresarios de manera independiente a su tamaño y origen del capital.

Esa conducta anómala es una integración hacia afuera y un descalce entre ganancias y re- inversión, derivando el diferencial hacia: consumo suntuario, especulación y fuga de capitales.

A este fenómeno de concentración lo dimensionamos por el Indec. Desde 1993 releva las 500 mayores empresas del país. Y donde las de tipo industrial representan el 60

% del valor bruto de producción, por ende sus resultados, también son representativos de esa rama.

Durante el último cuarto de siglo, las primeras 100 de esas 500 (el 20 %), detentaron 2/3 del valor agregado de las 500 mayores. Y si tomamos las 200 mayores, es el 80 % de todo el valor agregado de ese grupo a lo largo de todo ese periodo.

Pero no solo concentración dentro del grupo de las mayores empresas sino concentración respecto a toda la producción nacional. CTA, en base a estas cifras (2011: Manzanelli, Schorr y Azpiazu: Concentración y extranjerización. Ed. Capital Intelectual), estimaron que ese grupo de 200 mayores empresas pasaron de representar el 16 al 28 % del valor de toda la producción nacional entre 1993 y 2010, arrojando un incremento del 75 % en el grado de concentración.

Y este fenómeno resulta más visible al repasar la concentración por ramas. Las proveedoras de insumos generalizados al proceso productivo, detentan un grado tope de concentración pues esa oferta proviene de una sola o un pequeño puñado de empresas, facilitando así controlar el mercado y los precios, en ramas tales como siderurgia, cemento, plásticos, aluminio, y similares.

Y también altísimos niveles de concentración, alrededor del 80 % del mercado, en ramas de bienes finales de consumo masivo: gaseosas, limpieza (del hogar y personal), lácteos, azúcar, panificados, cervezas, etc., y sus redes de comercialización. Cinco supermercados controlan el 70 % de las ventas minoristas

En síntesis, la mayor concentración radica en insumos generalizados y en productos de consumo masivo. No afecta a todas las ramas, sino se orienta hacia aquellas donde es posible un mayor grado de control del proceso productivo y del sistema de precios.

12.2.2. (bis) Extranjerización

Surge de la misma estadística anterior. Pero con tendencias diferenciales. Mientras la concentración ha sido selectiva y estable en el último cuarto de siglo, el proceso de extranjerización ha sido generalizado y de avance sistemático.

Tomando valores entre puntas (1993 y 2017), en las 500 empresas relevadas, el número de empresas extranjeras pasó de 219 a 301: del 44 al 60 %. Pero en términos de actividad su penetración avanzó mucho más. Sus indicadores, valor bruto de producción y valor agregado, pasaron de un nivel del 60 % en 1993 al 75 % en 2017. Hoy las empresas extranjeras representan tres cuartas partes de la actividad en ese tramo.

Un proceso de extranjerización que avanzó bajo todo gobierno y coyuntura, con efectos políticos, sociales y económicos de primer orden. Esas empresas responden a una estrategia de globalización no siempre coincidente con eventuales objetivos nacionales.

Y no sólo profundiza la dependencia de la estructura productiva. Coadyuva a generar las recurrentes y graves crisis, porque afectan de manera decisiva nuestro talón de Aquiles: el saldo de divisas.

Y lo afectan por su definida propensión a importar sus insumos. Aunque estas empresas extranjeras resultan en número, el 60 % de las primeras 500 empresas, sus importaciones llegan al 83 % del total de ese grupo.

Otra forma de afectar el saldo externo es el giro de dividendos. Las transferencias al exterior por regalías y giro de dividendos, entre los promedio de los periodos 1994-2000 y 2011-2016, se multiplicó 27 veces.

Esto exige un ingreso adicional de divisas de un muy elevado costo social: privilegios para radicación de capitales, bicicletas financieras para el ingreso de capitales especulativos y condicionantes de política económica por endeudamiento.

12.2.3. (bis) Consolidación de la dependencia

Es la tercera tendencia, y deriva de las anteriores: concentración y extranjerización, afectando así a todo el proceso productivo y a sus empresas componentes, de manera independiente a su tamaño y origen del capital.

P. ej., hoy en Argentina se fabrican autos modernos, computadoras y celulares. Pero en todos esos casos, en lugar de integrar la producción hacia adentro, profundizan su versus: la integración hacia afuera, repercutiendo en el incremento del déficit comercial, cuantitativa y cualitativamente.

Al adoptar una definida tendencia al ensamblaje, se ahonda la dependencia. Aunque antes se importaban los bienes finales, pero, al menos, frente a una crisis, permitía limitar las importaciones mediante aranceles diferenciales, cupos, prohibiciones, etc.

Pero ahora, con el ensamblaje, de esa importación dependen, no solo individuos obssesivos por mostrarse con autos potentes o el último chiche electrónico, sino la propia existencia de esas empresas y sus puestos de trabajo.

El ensamblaje, en lugar de atenuar la dependencia, le otorga un grado superior, pues ahora resulta casi imposible imponer límites a esa importación de partes. Solo queda como instrumento, elevar el tipo de cambio, pero con efectos recesivos y regresivos globales, y terminan afectando a esas mismas empresas y a sus puestos de trabajo.

Y esa tendencia se acentúa en sectores donde a nivel mundial han logrado mayor nivel tecnológico y su permanente actualización. Es un proceso de integración de la economía mundial (globalización), y afecta en mayor proporción a los países como Argentina con bajo grado de integración es decir, con menor articulación de la actividad productiva.

12.3. (bis) Efectos globales de las deformaciones de la manufactura

Analizaremos los efectos cuantitativos y cualitativos.

12.3.1. (bis) Efectos cuantitativos

Es observable en los resultados del comercio exterior industrial. Es el versus de la situación de los países centrales y resume de manera sintética las deformaciones de la manufactura.

En ese sentido repetimos lo ya visto al analizar los flujos externos reales en la reunión anterior. Su evolución a largo plazo marca una profundización de los saldos negativos. Los promedios anuales: 1981-90: -2,8 m.m.; 1991-2000: -11,4 m.m. La apertura de los '90 multiplicó por 4 el promedio de la década anterior.

Ya en el siglo XXI, periodizamos en función de cambios en la política económica:

- Periodo 2001-06, por efecto del proteccionismo ejercido por un tipo de cambio alto, el promedio anual pasa de -11,4 (91-00) a -7,5 m.m. Se reduce, pero no desaparece;
- Periodo 2007-15 el promedio anterior se multiplica por 3 y pasa a: - 23,4 m.m. Periodo donde toda la política industrial se justificaba por la sustitución de importaciones. Pero, no sólo no la modifíco, la profundizo, y de manera aguda;

- Periodo 2016-18 se eleva en promedio a -29,8 m.m. con un pico de -33,2 m.m. en 2017.

Y más grave aun cuando ese déficit, a largo plazo, es cada vez mayor. En 2017: 12 veces más agudo respecto al promedio de los '80, y record histórico. En el 2018 dentro de la media de 2016/18 con -29,6 m.m. Y su magnitud relativa: en 2017 llegó a absorber el 57 % del total de exportaciones.

Para una idea de su composición. En 2017, al total de -33,2 m.m. se llega con: Equipos: -8,8; Electrónica: -8,4; Automotriz: -7,4; Química: -4,4. En solo cuatro ramas del sector industrial ya tenemos casi el 90 % del déficit comercial de la industria.

Las conclusiones a extraer del análisis de la tendencia del comercio exterior industrial:

- Ese déficit no tiene variaciones coyunturales sino que se va profundizando a largo plazo y alcanza proporciones gigantescas. Esta tendencia atraviesa todo tipo de gobierno y coyuntura. Sin duda: un problema estructural;
- Impacta el saldo externo, el talón de Aquiles de la economía argentina porque el déficit de divisas es el origen de sus agudas y recurrentes crisis;
- Todas las alternativas posibles para cubrirlo (radicación, especulación, endeudamiento) tienen efectos regresivos y hacen perder grados de autonomía.

Pero este análisis tiene una severa limitación: sólo refleja el efecto cuantitativo. Debemos complementarlo con un análisis de tipo cualitativo.

12.3.2. (bis) Efectos cualitativos -Análisis de casos

Sólo pueden surgir del perfil de esa manufactura. Algunos estudios específicos nos indican deformaciones muy graves:

- Tendencia hacia la forma de ensamblaje o armaduría;
- Baja integración: intra-industrial, intra-sectorial e intra- regional;
- Alta dependencia tecnológica;
- Bajo nivel relativo de productividad y competitividad;
- Limitaciones para producir bienes complejos (bienes de capital y bienes con tecnología de punta y desincorporada);
- Exacerbación de importaciones por políticas de atraso cambiario y/o aperturismo.

Son todas deformaciones cualitativas que explican el alto nivel de importaciones industriales. Las analizaremos a través de la especificidad de algunas ramas industriales.

Y las seleccionamos por su impacto en el déficit manufacturero, una expresión sintética del conjunto de deformaciones. En ese sentido, analizamos tres ramas del sector manufacturero: bienes de capital, automotriz y electrónica.

12.3.2.1. (bis) Industria de bienes de capital

Son máquinas y equipos para producir otros bienes, servicios e infraestructura. Su importancia deriva de resultar proveedora de la demanda de inversión, representativa del proceso de acumulación de capital, el eje del capitalismo. Comprende: maquinas universales y de uso específico, y sus componentes eléctricos, electrónicos, neumáticos e hidráulicos. Y además, las estructuras fijas.

Su característica principal radica en su carácter reproductivo, es decir, son bienes para producir bienes, con alto efecto multiplicador y de articulación de la trama produc-

tiva; su costo se incorpora al proceso productivo por medio de la amortización; y es el gran motor del crecimiento en las economías centrales. Su rubro más representativo actualmente en los países centrales: la producción de máquinas-herramientas robotizadas.

Históricamente las herramientas pasaron de las manos del artesano, a maquinas impulsadas por fuerza humana, animal, eólica e hidráulica. Pero cuando las limitaciones de la energía (fuerza y localización) fueron superadas por el motor de vapor, produjeron, no sólo un salto de productividad, sino también un cambio disruptivo en el sistema social.

A fin de dimensionar su situación en Argentina, comparemos nuestra producción con la mencionada de los países centrales. Los caracteres de la producción de bienes de capital en Argentina son: (CEPAL - 2013)

- La producción de estructuras metálicas para galpones (fábricas y depósitos) es, mayor a un tercio del valor agregado de todo el subsector de bienes de capital;
- No se incorporan nuevas empresas ni nuevos bienes. El 70 % tiene más de 30 años de antigüedad. En 2002/10 de alto crecimiento solo se incorporó el 4%;
- El 86 % de las firmas del sector son micro y pequeñas empresas (hasta 11 trabajadores) y el 49% son micro empresas (hasta 3 trabajadores). En estructuras metálicas son respectivamente el 92 % y 58 %;
- Las microempresas tienen hasta solo 1/3 de la productividad por empleado respecto a las grandes firmas de esa misma rama;
- En el plano tecnológico, el 40% de las metalmeccánicas no gasta ni asigna personal a la I+D. Incluso, un 24% no cuenta con un ingeniero en su plantel;
- En la exportación se destacan: equipos de refrigeración por compresión, filtros para gas y líquidos, prensas, imprentas y pulverizadoras Y en expansión: hornos industriales, partes de equipos petroleros, separadores de semillas, máquinas para alimentos, cilindros para gas comprimido o licuado;
- La exportación, aunque generalizada, es en su mayoría (77 %) solo a países de América Latina, en particular, limítrofes, y Brasil en particular. Y se explica por una brecha industrial menor respecto a P.D. Además pesa el acuerdo Mercosur y ALADI, cercanía geográfica, idioma, etc.;
- En el caso de exportación a Brasil se destacan: máquinas para la extracción de grasas y aceites animales o vegetales, secadores para productos agrícolas, equipos para el secado de ropa de sistema centrífugo;
- El 51 % de Bs de capital importados se producen en Argentina e incluso se exportan;
- En el resultado comercial por sub-rubro, las categorías con superávit fueron: cilindros para gas, clasificadora de semillas y elaboración de alimentos.

Esta descripción expresa una endeblez crónica, y se refleja en las importaciones de bienes de capital y sus piezas, que representa el 41-42 % de las importaciones totales. Nivel similar al periodo de “furia” importadora, con un nivel máximo en 1998 del 45 %.

Dos caracteres de esa endeblez crónica y surgida de la descripción anterior, el nivel tecnológico y su heterogeneidad.

En el caso del nivel tecnológico, la producción conlleva el uso de tecnologías de hasta un siglo de antigüedad. Con sólo compararlo con máquinas herramientas robotizadas es suficiente para dimensionar la brecha y explicar las importaciones.

Además, un alto grado de heterogeneidad intra-sectorial debido a una baja articulación entre empresas del sector, limitantes de su productividad y competitividad.

12.3.2.2. (bis) Industria automotriz

A diferencia de la anterior, una rama atrasada obligada a importar equipos, ahora estamos en presencia de una rama “modernizada”, pero en base a importaciones, afectando el déficit comercial del sector industrial.

Y esto representa una reversión de sus caracteres iniciales, donde la articulación interna del sector hacía posible una proporción de componentes nacionales de niveles del 70-80 %. Ahora esa proporción se ha invertido poniendo al desnudo la desarticulación entre autopartes y el producto final. Un efecto más de la globalización.

La rama automotriz se incorporó a una cadena global, y la anterior estrategia de integración vertical fue reemplazada por una separación de las etapas de producción.

El ensamble final fue sustituido por sub-ensambles (motor, transmisión, chassis, etc.), ubicuos en el planeta. Así aparecen los grandes proveedores de sub-ensambles organizando sus propias cadenas de proveedores.

Es una estrategia para otorgar a las casas matrices mayor poder para reorientar la producción y los insumos, de manera rápida y sin grandes inversiones frente a los cambios regulatorios o de coyuntura macro en cada país o región. Son decisiones aparentemente irrationales a nivel local, pero óptimas a nivel mundial.

A mayor estandarización del producto y globalización de la estrategia, la producción local se torna cada vez más vulnerable, porque la estrategia de sub – ensambles o módulos exigieron una mayor complejidad tecnológica a fin de aumentar las escalas de producción; la flexibilización para diferenciar el producto; e introducir moderna tecnología hasta en el último resquicio del automóvil.

Esa complejidad tecnológica fue posible por la interacción actual entre electrónica, hidráulica, neumática, y mecánica, incorporada en el diseño, sumado al incremento de exigencias regulatorias de conectividad, seguridad, ambiente, eficiencia energética, etc.

Y permitió economías de escala pues el automóvil se arma en función de una combinatoria de sub-ensambles, comunes a diversos modelos, generando una estructura de producción a nivel mundial de alta productividad.

Fuera de las terminales se formó un primer anillo de proveedores de sub-ensambles, descolocando a los autopartistas del esquema anterior. Y además con tecnologías incorporadas difíciles de reproducir en Argentina. Y los anteriores autopartistas ya no pudieron proveer ni a la terminal ni a los sub-ensambles.

En Argentina existen proveedores mundiales de ese primer anillo pero son una pequeña porción de firmas (alrededor de 30). P.ej., Transax en Córdoba, con cajas de cambio.

Y fue complementada con una estrategia de regionalización de decisiones. Toda una jerarquía entre casa matriz, cabezas regionales y países.

En Argentina, las firmas terminales son las mismas de Brasil, pero en todos los casos la cabecera regional es la firma brasilera, con fuerte impacto en la política regional de ensambles.

Y todo lo hecho para este tema en Mercosur, reforzó este esquema. Cuando las filiales locales perdieron su libertad de acción, ninguno de los diferentes gobiernos intentó

atenuar ese impacto. El resultado: la paradoja de un sector, funcionando en la frontera tecnológica y líder en períodos de crecimiento industrial, debió eliminar, la mitad de autopartistas y todos los encadenamientos locales.

En ese sentido, destacamos el informe de CEPAL (Mayo 2013), ya citado e incluso promovido por anterior gobierno:

“. . . las características que asume la producción automotriz en nuestro país, cuyo crecimiento depende fuertemente de sub-ensambles y partes importadas, característica que no evidenció revertirse en los últimos años a partir de un proceso de sustitución de importaciones.”

Aunque en vehículos terminados existe un equilibrio comercial regulado, dejaron un enorme portón abierto: cada país se hace cargo de las importaciones de fuera de la región para su respectiva producción. En ese terreno no existe compensación alguna.

Y a la hora de decidir los modelos a producir en cada país de la región, pesa la jerarquía regional, en todos los casos, en manos de la filial brasileña.

Y ellos, previa consulta con su respectivo gobierno, deciden fabricar en Brasil los modelos con menor cantidad de insumos de fuera de la región. Y para Argentina, por descarte, quedan los vehículos con mayor insumo extra-regional, y por ende con un mayor insumo de divisas.

Todos estos cambios golpearon de pleno en el sector autopartista y a los resultados del balance comercial. En los períodos de auge se generó un incremento exponencial de importaciones. De acuerdo a cifras de Afac el déficit del comercio de autopartes, en el periodo de auge industrial liderado por la industria automotriz (2003-2013), creció el 716 % llegando a más de 10.000 millones, entre 2011 y 2013.

Luego, en 2014-16, se reduce la producción por recesión y vuelve al nivel anterior en el 2017 con U\$S 9.992 millones, generando un déficit comercial, sólo de autopartes de 8.350 millones de dls. Un grave problema, y ningún gobierno se ha planteado como hacer para salir de esa trampa.

En resumen, para dimensionar su significado: el déficit de autopartes, es decir, de un solo sub-rubro de una sola rama de la producción industrial, es la tercera parte del déficit comercial de toda la industria y el 95 % del déficit comercial total.

El sector automotriz ha involucionado desde la manufactura hacia una mera armaduría. Un caso similar, y más agudo es el de las motocicletas, con un contenido nacional del 5 %.

12.3.2.3 (bis) Industria electrónica

Su importancia no deriva sólo del volumen producido sino de resultar la actual “industria de punta” a nivel mundial. Por eso debemos repasar nuestra propia experiencia histórica en materia de tecnología de punta.

En los '50 y '60 esa categoría estaba representada por la siderurgia y la petroquímica. Y administraciones tan diferentes como el segundo gobierno de Perón, y el siguiente, de la “revolución libertadora”, realizaron tratativas para radicar plantas en Argentina por parte de inversores extranjeros.

La negativa fue total. Implicaba transferir tecnología de punta, y además se trataba de ramas productoras de insumos críticos para toda la manufactura. En cambio, cuando se trataba de producir bienes finales de consumo masivo y con una tecnología ya madura, sus políticas fueron diferentes. Fueron radicaciones a partir de los años '30 con el

objetivo de sortear el proteccionismo vigente por aquellos años. En Argentina, se adelantaron y ya desde los años '20 del siglo XX, instalaron subsidiarias para abastecer el mercado interno de productos de consumo masivo.

Pero esto era diferente: tecnología de punta y bienes críticos. Aunque estaban dispuestos a proveer a la Argentina de los productos finales e intermedios, jamás aceptarían trasladar esa tecnología y capacidad de producción a la Argentina.

Y el Estado debió realizar esas inversiones: Siderúrgica Gral. Savio y Petroquímica Bahía Blanca. Pero no por un brote siccólico de estatismo compulsivo, sino obligado por la necesidad de avanzar en el proceso de industrialización y ahorrar divisas, el histórico talón de Aquiles de la economía argentina.

Pero hoy esas actividades ya no son tecnología de punta sino madura. Y circula como una mercancía más por la economía mundial. Incluso aquellas empresas estatales, hoy son operadas por multinacionales, y no solo no les molesta, sino forman parte de su estrategia mundial.

Esa tecnología de punta, hoy son los componentes de la microelectrónica (“chips”), y también, no por casualidad, un insumo crítico de todas las ramas de actividad.

Si aplicamos nuestra propia experiencia histórica, corregida por la globalización actual, nos volvemos a encontrar con la misma negativa. Esta vez a realizar inversiones para fabricar esos componentes electrónicos, al menos hasta convertirse en una tecnología madura.

Aunque hoy esos componentes se fabrican en regiones periféricas, no lo hacen en cualquier país, sino en aquellos políticamente controlables. Además son inversiones solo geográficas, es decir, con tecnología y maquinaria del país de origen de la inversión, y cuyos efectos positivos no se trasladan hacia el interior de la economía de ese país.

Pero un buen día nos enteramos que Argentina producía bienes finales claves de la industria electrónica: computadoras y telefonía celular.

La Presidenta CK, en la apertura del Parlamento en 2013 anuncia el plan “Conectar Igualdad” para notebooks escolares, fabricadas en Tierra del Fuego: *“si antes el consumidor recibía su computadora directamente de Aduana sin un minuto de trabajo argentino, hoy en cambio millones de argentinos están trabajando y desarrollando valor agregado a partir de este plan”*.

Y la Ministra de Industria, en el mismo mes, refiriéndose a los logros en Tierra del Fuego: expresó: *“en los últimos 3 años, la participación nacional de celulares pasó del 4% al 97%”*.

Teníamos industria electrónica y nadie se había dado cuenta. ¿Qué pasó? La respuesta radica en una actividad puramente ensambladora. Esto se suele refutar con el argumento de estar “fabricando” plaquetas en Tierra del Fuego. Pero no es así, allí “arman” esas plaquetas.

Hoy, todos los productos electrónicos son una combinación de plaquetas. Industrialmente son sub-ensamblajes de componentes importados Y se arman en líneas de montaje automatizadas, con maquinaria importada. Es la esencia del concepto de armaduría.

En la Córdoba de hace casi medio siglo, la empresa Microsistemas “fabricaba” computadoras ensamblando plaquetas de manera manual, en base a componentes impor-

tados. Y con tan poco le ganaban licitaciones a IBM. Más atrás en el tiempo, hacia fines de los '50, todos los radiotécnicos de Córdoba "fabricaban" radios portátiles a transistores con solo armar una placa (el "chassis" le decían) en base a piezas importadas.

Poseer tecnología electrónica no radica en ensamblar una placa, sino en diseñarlas y tener capacidad de fabricar sus componentes, y ahora, los robots para ensamblarlas.

Aunque resulte habitual el inicio de una nueva actividad como ensamblaje, las regulaciones introducen exigencias, para de manera paulatina, integrar el producto final con partes nacionales. Y en ese sentido se expresó la ex – Presidenta. A continuación del discurso citado expresó: "*Y esto sucede por la exigencia del Gobierno de una mayor incorporación de piezas nacionales para desarrollar íntegramente la cadena de valor*".

Son criterios correctos. Sin embargo, la norma instrumentada (Resol. 245/2009 de la Secretaría de Industria), dice otra cosa. Exige un listado de componentes nacionales para ser de industria nacional. Su detalle lo dice todo:

"Insumos o partes que deben ser nacionales a partir de los tres (3) meses del inicio de la producción de cada modelo: Manual del usuario; Folletos del producto; Tarjeta de Garantía; Bolsas plásticas, cajas y materiales de embalaje; Etiquetas".

Y esa legislación no contiene previsión alguna para avanzar más allá de las tareas de impresión y empaque. Y hoy sigue rigiendo. Su resultado, a 10 años vista, la importación de componentes llega al 95 %.

13. SECTOR AGROPECUARIO

13.1. Su importancia histórica

Este sector marcó a fuego el nacimiento y evolución de la economía argentina. Y ocupó el centro de todo el debate político hasta los '70 del S. XX. Hasta aquellos años, la prioridad política en el arco progresista fue detentar una caracterización socioeconómica del agro.

Y con ello definía no solo políticas agrarias (nacionalización de tierras, reforma agraria, etc.) sino que justificaba toda la línea política nacional e internacional de esos grupos. P. ej., el más importante de ellos, justificaba su "revolución democrático-burguesa" a partir de la existencia de condiciones feudales en el agro.

Y de manera similar en el polo opuesto. El propio EE.UU. lleva como tema central a la reunión de la Alianza para el Progreso en Punta del Este (1961), una propuesta de reforma agraria. Debía contrabalancear la figura del "Che" Guevara, delegado por Cuba en esa reunión, y el desastre de Bahía de Cochinos, de pocos meses antes.

Pero ninguno de esos planteos se solventaba en un diagnóstico previo. Su resultado estaba pre-definido, y orientado a justificar sus respectivas líneas partidarias. Una fuente más de los graves errores cometidos por la práctica política.

P. ej., en los '60 y '70 se hablaba del papel del campesinado en Argentina. Aunque una categoría válida para analizar procesos como los de China y Vietnam, pues representaba el grueso de la estructura poblacional y productiva, aplicarla en Argentina fue sólo una justificación para utilizar una terminología con ciertas resonancias.

En Argentina, ese campesinado existió y existe, pero es marginal desde lo demográfico y lo productivo. Se trata de un serio problema social, y prioritario. Pero hacer una caracterización agraria partir de ese grupo social, es equivalente a analizar los trabajado-

res urbanos a partir del cuenta-propismo. Y aún hoy, existen analistas del agro que utilizan, como elemento central, ese tipo de categoría social.

Y frente al fracaso de estos análisis y de las acciones que sugerían, pasaron al otro extremo: ignorar la cuestión agraria.

Y cuando, de manera fugaz (2008), el tema reaparece, de la mano de las retenciones, lo hace de la peor manera, repitiendo aquellos errores sobre la cuestión agraria. Pero esta vez con efectos más graves. Ya no eran errores de militantes opositores, fueron errores de política agropecuaria realizada desde el propio Estado.

Y hoy la cuestión agraria sigue ignorada. Lo único disponible son las consignas de los '70. Pero repetirlas ya suena ridículo, pues los procesos en el agro, se han encargado de poner blanco sobre negro en este tema.

13.2. Evolución de la producción agropecuaria en el muy largo plazo

Intentaremos explicar la cuestión agraria a partir de los interrogantes surgidos de las evidencias de superficie, y responderlas en base a las deformaciones estructurales resumidas en las problemáticas de acumulación e integración.

Evidencias de superficie, pero no coyunturales. Incluso, a estos fines, el mediano y largo plazo resulta insuficiente. A los interrogantes debemos plantearlos a partir de observaciones de muy largo plazo y responderlos con hipótesis basadas en nuestro esquema teórico: por niveles e histórico.

El dato más importante de superficie es el nivel de producción agropecuaria. Pero aquí ya chocamos con una compleja composición de rubros y regiones. Por eso adoptamos un grupo homogéneo, la producción de cereales y oleaginosas, el más importante desde el punto de vista productivo y exportador. Estamos excluyendo: leche, carne y plantaciones regionales tales como vid, algodón, tabaco, etc.

Su importancia en la macroeconomía de Argentina, deriva de resultar el principal soporte en la provisión de divisas en un país dependiente.

La producción en gran escala de cereales y oleaginosos nace a inicios del S. XX, a partir de sus exportaciones masivas. Esto significa un horizonte de muy largo plazo. Y en ese sentido hemos elaborado un gráfico cubriendo 120 años (Ver página siguiente). Y respecto a él, nos preguntamos sobre los problemas sugeridos.

El interrogante principal: cómo fue posible que durante 6 décadas (1910 - 70) se mantuviera inmóvil un techo productivo de 20 millones de ton. Estamos en el plano productivo y el posterior incremento debe ser explicado por dos vías: la tecnología, ampliando los rendimientos, y el incremento de superficie dedicada al cultivo de cereales y oleaginosas.

Estas dos vías, (rendimiento y siembra), desde los '70, duplicaron sus niveles. Por lo tanto su efecto conjunto multiplica por cuatro el techo anterior. Pero solo explica el paso de un techo de 20 a otro de 80 millones de ton.

Evolución de la Producción Argentina de Cereales y Oleaginosas



Cada año es el final del bienio al que corresponde cada campaña
La información del año 2019 es una estimación oficial

¿Cómo explicar entonces la diferencia entre ese techo de 80 y el actual de 150? Pero debemos ser cuidadosos. La diferencia a explicar no son 70 millones. Al llevar hacia atrás, una producción que por rendimiento y superficie debería, como mínimo, haberse multiplicado por cuatro, debemos dividirla por esa misma cifra. Y la diferencia de 70 millones se reduce a 18 millones de Ton.

Pero 18 millones de Ton., en las 6 décadas donde el tope fue de 20 millones, hubiese incrementado el techo en un 90 %. Con aquella tecnología y superficie podría haber casi duplicado la producción.

El interrogante: porque esa capacidad potencial no se concretó y ahora sí. Y a esto no podríamos explicarlo sólo con limitaciones productivas. Para ello, acudimos a un nivel más profundo: el modo de producción.

Aunque para explicar la cuestión agraria, este criterio ya había sido utilizado, no tuvo difusión alguna por dos problemas: escasa información, y graves errores de diagnóstico.

En el caso de la información sobresale el interés de los factores de poder en no difundir su propia realidad. Esto se tradujo en que el primer censo agropecuario, bajo las categorías actuales, recién se realizara en 1914. De allí hasta el último (iniciado en 2018) solo 4 censos de por medio: 1937, 1960, 1988, 2002. En total: 6 censos, con un promedio de uno cada 20 años.

La cuestión del diagnóstico, afectó todo el arco progresista, y surge de haber hecho eje sólo en la distribución de la tierra. No era incorrecto, pero sí, parcial. Y afectó las conclusiones, en el plano político.

Y ese mismo error persiste, porque cuando el resto de caracteres de la producción social, ausentes en aquellos diagnósticos, se modificaron, los cambios no fueron advertidos. Sucedieron importantes modificaciones en sus propias narices y no lo advirtieron. Estaban asistiendo a una transformación de la estructura social agraria. Y no pudieron o no quisieron verlo.

Y sus consecuencias políticas hoy están a la vista: abandono total de la problemática cuando había sido, el eje de sus propuestas y el enfrentamiento gobierno - productores en 2008 por retenciones, a partir de consignas erróneas de más de medio siglo atrás, pero en ese periodo asumidas por los funcionarios de gobierno.

Dijimos, el origen de los errores radicó en tomar como único eje la distribución y tenencia de la tierra. Era y es importante, pero no el único. Y de hecho estaban adoptando aquella caracterización de un agro bajo formas feudales. Un simplismo insuficiente para descifrar la cuestión y definir políticas.

Así convirtieron, “grietas” (o contradicciones) secundarias, en principales, pero no a partir de un diagnóstico sino de necesidades políticas coyunturales. Y a nosotros nos obliga a revisar aquella caracterización del agro como sistema feudal.

Pero su versus, también era inadecuado. Un funcionamiento plenamente capitalista del agro, supondría a todo tipo de productor, respondiendo sólo al criterio de rentabilidad.

13.3. Los cambios en el modo de producción agrario

Debemos intentar aquel diagnóstico erróneo de los '70 y su evolución posterior. Y para ello, en nuestro esquema por niveles debemos descender hasta el modo de producción. En ese sentido analizaremos el modelo agrario tradicional, la transición y los cambios actuales.

13.3.1. El modelo agrario tradicional

El agro, se caracteriza por la preeminencia del capital tierra. Un recurso natural no reproducible y de alta especificidad respecto al resto de sectores cuyo capital es reproducible: máquinas, equipos e infraestructura.

Y el factor tierra no solo limita la oferta agraria sino que genera una doble renta: la de explotación y la de apropiación del mayor valor de esa tierra. Y si a esa especificidad, le superponemos la institución de la propiedad privada, tendremos efectos económicos y sociales, muy particulares.

Y desde esa perspectiva nos preguntamos sobre los efectos de liberar la producción en el pasado. Y la respuesta es una sola: alta oferta de divisas, y relativamente baratas, y por ende un desarrollo industrial que hubiese modificado la estructura del poder social.

Aunque estos cambios se produjeron, fueron parciales, justamente por limitaciones de la industria. Ésta, no pudo consolidarse debido al déficit crónico de divisas. Limitaron la renta de explotación para apropiarse sólo del valor de la tierra, de lo contrario hubiesen cometido un suicidio social, una pérdida relativa del poder de los propietarios de la tierra, sólo posible de ejercer por vía la deformación consistente en resultar la principal fuente de divisas.

Un estudio de Orlando Ferreres (La Nación, 24-04-2019), nos dice: en los últimos 40 años, el valor de la hectárea en la zona maicera ha crecido a una tasa del 6 % anual en dólares ajustados por la inflación en EE.UU.

Y con estos criterios volvemos al gráfico de cereales y oleaginosos, y comparamos los niveles actuales de producción con los históricos, habida cuenta de los rendimientos y la superficie sembrada.

La decisión fue la de limitar la producción a fin de proveer el abastecimiento interno, con más un nivel de divisas suficiente para cubrir o hacer manejable el déficit externo, derivado del nivel de dependencia.

Y esa contención de la producción fue compatible con un agro no capitalista, cuyo objetivo, no fue la rentabilidad de la producción. Un fenómeno reproducido, en todos los niveles de explotación, aunque de manera diferenciada, en las grandes y pequeñas explotaciones.

En las grandes explotaciones, la rentabilidad estaba basada, no en la producción, sino en la renta imputada por valorización de la tierra. Aunque detentaban el grueso de la extensión arable, dedicaban su grueso a una ganadería de muy baja intensidad, y su resultado: el aporte de esa porción mayor de tierras, a la producción agrícola era inferior a la de pequeños y medianos productores con una porción de tierras mucho menor.

Esto ya fue señalado por autores como Giberti y Flichmann, en los '60 y '70, pero nadie extrajo de allí las conclusiones políticas correctas.

Y ese esquema productivo tuvo un impensable costado positivo, arrendar parte de la superficie a la agricultura intensiva, permitió su rotación con una ganadería extensiva, manteniendo la fertilidad de los suelos. Una sustentabilidad ecológica que los cambios posteriores eliminaron de cuajo.

Un fenómeno equivalente afectaba al otro extremo de la escala. La pequeña explotación, generaba un modo de producción chacarero, complementario del anterior. Su papel: garantizar la producción para llegar a un nivel mínimo de consumo y divisas.

Fue el esquema prevaleciente en ese grupo de explotaciones entre inicios S. XX y los '70, con predominio de los siguientes caracteres:

- Extensiones por debajo de la escala mínima de productividad en términos de las condiciones tecnológicas de aquellos años;
- Presencia física y decisiones del titular (dueño o arrendatario del predio) en todas las fases del proceso productivo tradicional: arado, siembra, cosecha, transporte y comercialización;
- Predominaba el trabajo del productor y de su grupo familiar;
- Integración productiva vertical: propiedad de la tierra, equipos propios (tractor, arados, rastras, roles, sembradoras, etc.) para la siembra (la cosecha ya se subcontrataba), y el uso de semillas auto reproducidas.

En ese contexto el objetivo no surge de cánones capitalistas (renta y acumulación), sino la de garantizar, en primer lugar la subsistencia del grupo familiar, y recién en segundo lugar, reponer el capital de trabajo: semillas y “caja” para el siguiente ciclo productivo.

Esas características impulsaban a producir, aun en condiciones de baja, nula e incluso rentabilidad negativa. No solo complementaba la estrategia de los grandes propietarios sino también fue funcional al mercado mundial al cual nació enganchado.

Aseguraba la provisión de alimentos relativamente baratos. Y esto en países centrales significaba menores salarios y mayor tasa de ganancias. También garantizaba una provisión continua, aun en coyunturas de rentabilidad negativa.

No percibir aquellos fenómenos y menos aún, sus cambios, desataron graves errores políticos tales como el enfrentamiento por las retenciones.

13.3.2. El periodo de transición

En los '70 y '80 comenzó una transición, que en una perspectiva de largo plazo, fue preparatoria de las radicales transformaciones ocurridas en los '90. Fueron cambios en el contexto, tales como la profundización del proceso de dependencia exigente de mayor cantidad de divisas, y cuyo grueso provenía del agro.

Y el agro las proveyó, pero siempre bajo el criterio de cubrir el mínimo indispensable, pues un eventual excedente de divisas pondría en riesgo el esquema de poder social.

Por eso en los '70 y '80, la producción ya se ubicó en la franja 20-40 millones de ton (ver gráfico). Y para hacerlo posible comenzaron a producirse cambios preparatorios de las transformaciones posteriores:

- Se completa el proceso de transformación de arrendatarios en propietarios, iniciada en los '40 y '50;
- Cambios en la extensión de las explotaciones. Por una parte, absorción de pequeñas extensiones para formar unidades rentables. Por la otra, las grandes extensiones se dividen aunque conservando la propiedad bajo la forma de sociedades anónimas, en explotaciones de 1.000 - 2.500 Has de mayor productividad. En Pampa Húmeda se reducen un tercio de las explotaciones. Pero diferenciadas por escalas, las de más de 1.000 has, crecen, mientras en escalas menores a 200 has., 85 % desaparecen.

- Aparecen los proveedores de equipos de cultivo y cosecha modificando la tendencia hacia una actividad integrada. Ya existían serios problemas para financiar el equipo propio. Y si era posible, generaba problemas de sobreinversión y posterior atraso tecnológico. Según el censo de 1988, ya la mitad de las explotaciones en las provincias de Córdoba y Buenos Aires habían contratado maquinaria;
- Difusión de tecnologías ya vigentes a nivel mundial, en particular las semillas híbridas de mayor rendimiento;
- Mejora del precio relativo de los granos a nivel internacional;
- Nuevos mercados internacionales. P. ej. el de aceites comestibles impactando la ampliación de los cultivos de oleaginosas ;
- Inversiones extranjeras en Argentina para producir insumos agropecuarios.

Eran claras señales de cambio hacia objetivos de rentabilidad, diluyendo, tanto el concepto de renta de la propiedad en las grandes superficies, como el de renta de subsistencia en las pequeñas extensiones. Ambos, por diferentes vías se aproximaban hacia formas de producción más capitalistas.

13.3.3. Los cambios actuales

Están expresados en altos niveles productivos, el versus de una producción histórica contenida. Y se explican por un cambio de contexto económico y tecnológico:

- Exigencias de mayor producción derivadas de la profundización de la dependencia (déficit comercial, industrial, energético, giro de dividendos, fuga de capitales, etc.,) elevando el tipo de cambio y el déficit externo;
- Cambios en demanda mundial, en particular, soja y subproductos por China;
- Cambio de precios relativos por un doble efecto: suba del precio internacional de los granos y devaluaciones en gran escala en Argentina;
- El paquete tecnológico adosado a la soja: siembra directa, desmalezamiento químico y semillas transgénicas.

Y respecto a la disminución del número de explotaciones e incremento del tamaño de las mismas, prosiguen las tendencias del periodo de transición. De acuerdo a la información preliminar del censo agropecuario del 2018, podemos analizar la tendencia histórica. Entre 1947 y 1968 el número de explotaciones agropecuarias era de alrededor de 500 mil unidades, con un tamaño medio de 350 hectáreas. A partir de 1968 se inicia una tendencia decreciente hasta el presente. Existirían actualmente unas 237 mil explotaciones, con una superficie media aproximada de 700 has.

Estas condiciones, sumado a la ausencia de políticas de orientación al productor, p. ej., retenciones e incentivos diferenciales, la decisión por la soja, en todas las escalas, no tenía alternativa: mayor rendimiento relativo por hectárea, alto precio relativo, mercado garantizado, perspectivas de mayor precio, bajo costo relativo (p.ej., respecto a maíz); condiciones éstas generadoras de una alta rentabilidad del productor sojero.

Y por detrás, una cuestión tecnológica nunca mencionada, beneficiadora del productor, cualquiera fuese su tamaño relativo. El paquete tecnológico adosado a la soja permitía algo, hasta allí, casi imposible. P.ej., producir en 5 campos no linderos de 300 has cada uno, detentaba una rentabilidad equivalente a producir en un predio continuo de 1.500 has.

En esas condiciones, el fraccionamiento típico del modo de producción chacarero para garantizar exportaciones, en cualquier condición de precios, ya no era un obstáculo para maximizar la rentabilidad.

Y surge el pool de siembra con participación del pequeño productor como arrendatario o socio. Pasaba de chacarero a productor capitalista Y esto no fue ni bueno ni malo. Fue parte de un proceso social autónomo. Frente a su fuerza, de nada valen las invocaciones al “Grito de Alcorta”.

Y la superficie con soja respecto al total de cereales y oleaginosas pasó de niveles del 10 % entre fines de los '80 e inicios de los 90, al nivel record del 60 % de ese total en la campaña 2009/10. Actualmente se mantiene en niveles del 45 % de la siembra total.

Mientras esto ocurría a la vista de todos, nadie quiso verlo. Y los errores se agravaron cuando estaban fundamentando, no programas opositores, sino decisiones del Estado. Incluso se pretendió otorgarle un carácter épico.

Al respecto les comento mi experiencia personal junto a Beto Zamponi. A inicios de los '90, años muy malos para los chacareros, porque ingresaron en la convertibilidad con precios internacionales muy bajos, se nos ocurrió, desde FAA, intentar mejorar la situación de los pequeños productores, promoviendo la producción conjunta mediante formas sociales como el asociativismo. Una especie de cooperativa informal de producción, a fin de elevar su escasa o nula rentabilidad.

Casi no hubo respuesta por parte de los productores. Una promesa de sólo leve mejora, no podía superar sus fuertes pautas culturales individualistas, reflejadas en su integración vertical y toda la organización de la producción alrededor de su figura.

Fue la soja y su paquete tecnológico adosado quien pudo vencer esa resistencia. Ya no era una promesa de mejora, sacrificando sus decisiones. La certeza de una alta rentabilidad doblegó las pautas culturales del chacarero.

Pero con una diferencia fundamental respecto a nuestra ingenua propuesta: en lugar de hacerlo bajo formas asociativas de producción social se realizó bajo las más crudas formas del capitalismo.

Y ese chacarero se convirtió en un agente más de la producción capitalista. Ya sea formando parte del pool de siembra, arrendando su tierra, o como socio a cargo de alguna de las funciones de ese nuevo proceso productivo.

13.3.4. Efectos sociales y políticos de los cambios

Adoptar aquel diagnóstico erróneo, de medio siglo atrás hizo fracasar al gobierno. Cuando en el 2008, se desató el conflicto, consideró a todos los productores como formando parte de un sólido y único bloque: la “oligarquía”. Y los chacareros fueron declarados traidores al “Grito de Alcorta”.

Otro error derivado de su caracterización del agro surgió de medir la importancia del agro por su aporte al PBI, sin considerar que su poder relativo surge de la provisión de divisas. No atender a sus reclamos se justificaba por su bajo aporte al producto bruto.

El otro gran impacto fue sobre los propios dueños de la tierra. Estos habían aceptado la dependencia porque facilitaba su poder social, y por eso en el pasado habían limitado la producción. Pero de haber seguido en ese camino hubiese dejado, blanco sobre negro, la vigencia de un modelo dependiente y sus deformaciones estructurales.

La profundización del proceso de dependencia exigía mayor provisión de divisas. Y el agro, a partir de los '70 elevó el techo de producción. De lo contrario, la sociedad y por ende la política económica de algún gobierno, podía agredir su estrategia básica de limitar la producción. P. ej., en los '70 estuvo sobre el tapete un impuesto a la renta po-

tencial de la tierra, aunque de fuerte cuño capitalista, una versión concreta de reforma agraria.

Pero más adelante cometieron un error; desde los '90' no tomaron nota del notorio agravamiento de esa dependencia a tal punto que hoy, aun con la capacidad de producción liberada, ni con records de cosecha se llega a un nivel de divisas para hacer, al menos manejable, el déficit externo. Ya no se pone en riesgo el crecimiento, ahora se pone en riesgo el propio funcionamiento de la economía, y amenaza con su parálisis total.

13.3.5. Efectos económicos de los cambios

Pueden resumirse en:

- La renta creciente genera una revaluación de activos, y de la tierra en particular, con un papel equivalente a cualquier tipo de inversión sin comprometer a su propietario en el proceso productivo. Significa escindir la propiedad de la tierra, de su explotación. Y esto modifica, el sistema de decisiones empresarias, ahora sí, sólo guiado por su rentabilidad;
- El sistema de contratistas pasa a ser dominante en el proceso productivo. De la maquinaria para cosecha, ya vigente desde hace décadas, pasan a ocupar todas las fases del proceso productivo, reemplazando la integración vertical del chacarrero por una compleja red, incluyendo hasta el inversor de corto plazo. En la campaña 2016/17, el área trabajada por los contratistas rurales en siembra y cosecha representó el 80% del total de la superficie productiva;
- Esa compleja red es manejada por un pool de siembra operando en gran escala y gerenciando la relación con esos contratistas;
- La tecnología se expande más allá de la soja, en particular la siembra directa;
- Toman peso decisivo en el proceso productivo los proveedores de insumos: semillas transgénicas, herbicidas, fertilizantes, etc.;
- Cambios en el uso del suelo pampeano. La soja ocupa áreas maiceras, ganaderas y lecheras. En el caso de la ganadería se estima cambio de destino de 5-6 millones de has sin afectar la producción por aumento de productividad vía feed-lots. En lechería, el desplazamiento se conjugó con crisis propias determinando el cierre masivo de tambos y su fuerte concentración;
- Se borra la línea divisoria entre lo pampeano y lo extra pampeano. La mayor rentabilidad relativa expande la frontera agrícola hacia suelos menos favorecidos de la zona norte y este del país ocupando áreas típicas de economías regionales (algodón, porotos, arroz y otros) de muy baja escala y rentabilidad, y zonas boscosas;
- El cambio de uso del suelo produjo efectos agroecológicos de alto impacto negativo de cuyos efectos nos ocuparemos más adelante;
- La mayor rentabilidad hizo posible el saneamiento de una alta deuda previa del sector con el sistema bancario. Se estima, hacia fines de los '90, estaban hipotecadas 14 millones de Has.;
- Generalización del doble cultivo y el incremento de rendimiento que procura;
- Mayor integración a cadenas productivas internacionales a partir de granos y/o productos de su primera transformación incluso con agregación de valor en las propias explotaciones: aceites, biocombustibles, transformación de granos en carnes por medio alimento balanceado para cerdos, aves y vacunos.

13.4. La estructura productiva agropecuaria

Hasta aquí, hemos revisado los cambios en el modo de producción, explicativos del incremento de la producción y para identificar los graves errores políticos cometidos. Pero nosotros habíamos ubicado nuestra atención en un nivel diferente: en el de las deformaciones de la estructura productiva.

¿Qué efecto tuvieron aquellos cambios sociales y productivos sobre los procesos de acumulación e integración, centrales para nosotros?

Para el neoliberalismo todo deriva de la oposición “modernización vs atraso”. Este esquema ignora el modo de producción y sus transformaciones, donde esa modernización soluciona “per se” cualquier problema productivo.

Y el populismo, también ignora los cambios en el modo de producción. Su caracterización está congelada en los gruesos errores de hace más de medio siglo. Sin duda, el funcionamiento del agro, ahora es más cercano a formas capitalistas.

Para nosotros, el sector agropecuario, en un contexto de dependencia, detenta las mismas deformaciones señaladas como centrales en el resto de sectores: acumulación e integración. Puntos neurálgicos que al retroalimentarse, consolidan esa dependencia. En el caso de la acumulación, a partir de inversión en tecnología de insumos y maquinaria.

En el caso de la integración, por el encadenamiento productivo hacia adelante: transformación del grano en biocombustibles, alimentos balanceados, etc.; y hacia atrás, suelo, semillas, equipos, etc.

13.4.1. Proceso de Acumulación

Lo revisamos a nivel de la inversión de los productores, y de la inversión pública.

13.4.1.1. Las prácticas de inversión de los productores.

Aunque no existe información de inversión, desagregada por sectores, podemos analizar el caso agropecuario de manera cualitativa. Las encuestas cualitativas sobre inversión del productor comparada con el pasado, arrojan la opinión mayoritaria de un nivel mucho mayor de inversiones.

Allí aparecen: semillas de alto contenido biotecnológico; uso de fertilizantes, herbicidas y otros agroquímicos; maquinaria agrícola de última generación, etc. Pero aunque real, conlleva un doble sesgo:

- no son inversiones amortizables en varios ciclos productivos, sino insumos, recuperables en el mismo ciclo productivo;
- contiene alta tecnología, pero ya incorporada y sin posibilidad de desincorporar y reproducir en el país. Equivalente al ensamblaje en manufactura.

En el proceso de acumulación nos interesa el primer sesgo. Al segundo lo analizaremos como parte del proceso de integración.

Una inversión, para formar parte del proceso de acumulación, no debe agotarse en un ciclo sino reproducirse en varios ciclos, es decir, incorporarse de manera paulatina al valor del producto mediante amortizaciones. En el agro: inversiones para riego, pasturas permanentes, construcciones, retención de vientos, recuperación de tierras inundadas, trabajos de canalizaciones, cortinas de árboles para evitar erosión eólica, y similares.

Además debería incluir la inversión derivada de las prácticas de manejo de suelos: rotación, métodos de siembra, etc., a ser financiados, mediante el sacrificio de alta rentabilidad en el corto plazo a fin de garantizar una rentabilidad de nivel intermedio a largo plazo.

Bajo estos criterios, todos los indicadores, aunque indirectos, muestran una inversión del productor en descenso, descapitalizando el mayor activo del productor y del país: el suelo.

P. ej., tomamos el caso del riego. FAO estima en Argentina cubre 2,1 millones de has., es decir el 5% de la superficie cultivada cuando en todo América ese indicador trepa al 10%; y a nivel mundial es del 19%.

Y no solo un bajo porcentaje sino también ineficiencia. En Argentina su rendimiento es del 30%. El resto se pierde. Sólo sistematizarla, sin ampliar la superficie, elevaría su eficiencia en 10 puntos.

FAO estima posible multiplicar el área bajo riego 3,3 veces, y llegar a 6,9 millones de has, es decir, el 16,5% del total de las tierras cultivables.

Y esas inversiones no se realizan debido a las deformaciones del contexto macro, que modifican las decisiones de todo tipo de productor, cualquiera resulte la dimensión de su explotación y su modo de producción.

Esas deformaciones inducen al productor a convertir inversiones reproductivas, en insumos del ciclo presente. Introduce inversión tecnológica, pero ya incorporada por vía de: semillas, alquiler de equipos, nutrientes para reemplazar parcialmente la fertilidad de los suelos en lugar de rotación de suelos, desmalezamiento vía químicos y no con máquinas, silo bolsa para reemplazar la construcción de silos de campaña.

Siempre está convirtiendo la inversión reproductiva en un insumo más, recuperable en el mismo ciclo productivo. P. ej., el silo bolsa, no reemplaza el déficit de silos permanentes. Aunque también dosifica sus ventas para aprovechar un mejor nivel de precios, lo hace, pero en lapsos cortos.

Podríamos justificar esa tendencia a convertir inversiones en insumos, en la inexistencia de crédito con plazos y tasas adecuadas. Es cierto, pero, también esa ausencia de crédito forma parte de las deformaciones del sector financiero, del mismo origen, y su interacción con este proceso, potencia las deformaciones.

Y todas culminan en el mismo punto, el productor, aun bajo plenas formas capitalistas, actúa igual al resto de sectores: privilegia la rentabilidad de corto plazo por sobre la de largo plazo. Un carácter central de la dependencia, y diferenciador respecto a las economías centrales.

13.4.1.2. Las prácticas de inversión pública:

En un contexto dependiente, se priorizan políticas paliativas: crédito, impuestos, etc. Nunca las de tipo preventivo, es decir políticas públicas orientadas a proteger la sustentabilidad de los recursos naturales, y en particular, los suelos; y detentar tecnología propia: maquinas, fertilizantes, agroquímicos, semillas, etc.

La política preventiva más importante: la protección de los suelos, el principal capital, de los productores y del país, dado su déficit de divisas. Sus instrumentos: la inversión pública y las regulaciones.

Y la inversión pública resulta crítica porque ese tipo de problemas, no pueden ni deben ser resueltos a nivel de los productores. El caso de tecnología resulta obvio. Veamos la protección de suelos, en dos casos: conservar la fertilidad y defensa de los suelos.

13.4.1.2.1. Políticas públicas para conservar la fertilidad natural de la tierra

Sólo posible por regulaciones del uso del suelo entre agricultura y pastoreo, justificadas en un entorno deformado. Y al igual de otros sectores productivos, presiona hacia la maximización de la rentabilidad en el corto plazo.

Ese entorno presiona hacia prácticas de “agricultura sobre agricultura” Y aun rotando entre diferentes cultivos para aprovechar las interacciones suelo-planta, sólo alcanza a limitar de manera parcial el deterioro del suelo. Solo una combinación de políticas regulatorias e incentivos diferenciales, orientadas por criterios preventivos, podrá incentivar la rotación de los suelos.

13.4.1.2.2. Políticas públicas preventivas orientadas a la defensa del suelo

P. ej., políticas para evitar estrategias múltiples frente a las inundaciones. Y entre ellas, la más negativa: canalizar el excedente de agua hacia campos vecinos, creando problemas más graves que los de la propia naturaleza.

En síntesis, son problemas de deterioro de suelos, por la orientación y baja inversión pública, ausencias de regulaciones, y agravado por las prácticas de los productores: agriculturización, transformar inversiones en insumos, etc. En lugar de corregir, profundiza problemas naturales tales como sequía, erosión, etc.

Son problemas de la naturaleza, pero potenciados por su interacción con formas productivas, aunque de alta rentabilidad, conllevan efectos perversos en el largo plazo.

13.4.1.2.3. Efectos globales del proceso de inversión

La combinación de insuficiencia y formas anómalas de inversión privada y pública, consolidan las deformaciones estructurales. En particular, el deterioro del principal activo del productor y del país: la tierra. Lo analizamos a través de las inundaciones y la erosión de los suelos.

13.4.1.2.3.1. Inundaciones

Aunque se agigantó en las últimas décadas, ya fue analizado por Ameghino en 1884. Hace ya 135 años estudió el tema y realizó recomendaciones. Y hasta ahora casi nada se ha hecho. Una verdadera metáfora de la Argentina.

Confluyen aquí políticas globales y prácticas de productores. En políticas se destaca: ausencia de obras y de regulaciones tales como uso del suelo y ordenamiento territorial, todas cruciales para mantener el activo tierras de los productores, nada menos que la fuente de divisas para garantizar, a largo plazo, el funcionamiento de la economía argentina.

En políticas públicas, se destaca la ausencia de inversión. P. ej., falta de obras hídricas para la zona centro-norte bonaerense, la Picasa, cuenca del Salado. Y un programa integral de inversión para sistematizar las cuencas. Pero hasta ahora solo obras parciales. Nunca un plan global de largo plazo.

El resultado concreto, el caso de la laguna La Picasa, (sur de Santa Fe, en límite con PBA). A inicios de los '70 ocupaba alrededor de 1.000 has., y hoy se estima su extensión entre 35.000 - 45.000 has. Hicieron un “ parche” mediante intentar el bombeo del agua, pero hoy no trabaja, por el costo eléctrico. Y todas las reuniones entre provincias (Córdoba, Santa Fe y Bs. As.), para consensuar un canal derivador, han fracasado y lo siguen haciendo.

No sólo son tierras quitadas a la producción. La ruta N° 7 sigue cortada causando problemas a productores lecheros y transporte de cosechas.

Son problemas naturales, pero agravados por el trazado de la red vial, de forma transversal a la dirección de los escurrimientos de agua, y sin prever obras complementarias para el drenaje hídrico. Y a pesar de su gravedad, nunca figuró, ni siquiera como propuesta en los programas de los partidos políticos.

Son inundaciones de decenas de millones de hectáreas cultivables, el generador de divisas de una Argentina que las necesita, y de manera creciente.

Por su parte, las prácticas de los productores, en ausencia de regulaciones (ordenamiento de regiones, de cuencas hídricas y orientaciones en uso del suelo), hacen posible el impacto pleno del contexto en el productor y potencia la tendencia hacia una alta rentabilidad inmediata produciendo deformaciones en la inversión privada y en el manejo del suelo.

Es el versus de un programa integral y de largo plazo. Fomenta el "sálvese quien pueda", y potencia el impacto del anegamiento. Su evidencia, la multiplicación de canales clandestinos al margen de criterios hídricos; los choques institucionales entre provincias y nación e incluso dentro de cada provincia entre áreas de vialidad e hidráulica, echando culpas mutuas por las inundaciones.

Sería ocioso dar cifras de un fenómeno abarcador de casi todo el país, provocando problemas a los productores y a la economía en su conjunto. La causa suele adjudicarse al cambio en el régimen de lluvias.

Sin embargo, aun habiendo superado, las medias históricas, nunca podrían explicar la magnitud de las inundaciones. La clave radica en el uso del suelo, su manejo y los humedales.

El uso del suelo hizo posible el ascenso de napas de agua. Y se agravó en últimas décadas por la generalización de los cultivos de soja. Y no por la soja misma, sino por su carácter de casi monocultivo que arrasó con campos de pastoreo, bosques y humedales, imponiendo prácticas extremas de agriculturización.

Una agricultura racional necesita de zonas de bosques, rotación de tierras con pastoreo y humedales para una mejor absorción de los excedentes hídricos y la re-fertilización natural.

Es el caso de la relación entre el uso del suelo y los excedentes hídricos. El consumo de agua de bosques y pasturas es muy superior a la de cualquier tipo de grano y de la soja en particular. P. ej. :

- El monte nativo absorbe 300 milímetros de agua por hora;
- La pastura convencional con ganado absorbe 100 milímetros;
- Un campo con soja apenas 30 milímetros por hora.

Una hectárea con bosques absorbe 10 veces más que una hectárea con soja, por ello resulta inevitable que una agriculturación continua, provoque excesos hídricos.

Y Argentina se encuentra entre los 10 países de mayor desmonte de bosques: 7,6 millones de has en 25 años, en particular, en Santiago del Estero, con el mayor nivel de desmonte del mundo. Y también a largo plazo. Los bosques nativos a inicios S. XX, cubrían más de 100 millones has., actualmente se encuentran por debajo de las 27 millones de has.

El desmonte en Argentina ha sido un proceso de muy largo plazo. Ahora es por invasión de cultivos, pero antes, fue por la explotación de recursos naturales, tales como

madera como materia prima, carbón de leña como energía, químicos como el tanino, extraído en La Forestal.

En el caso del **manejo de suelos**, se destaca la ausencia de rotaciones. Su contracara es el proceso de agriculturización. En particular, de la soja.

Hemos visto como en pocos años, la superficie sembrada con soja pasó del 10 al 60 % de todos los cereales y oleaginosas. Se estima, solo en Pampa Húmeda, diez millones de hectáreas, pasaron de la explotación ganadera o mixta a la agrícola, con preeminencia de soja. Y aquella superficie con pasturas y pastizales consumía el triple de agua que la soja.

La tercera ausencia: **los humedales**. Son reservorios limitantes de las inundaciones. Funcionan como una esponja y producen efectos ambientales positivos: purifican aguas, recargan acuíferos, fijan carbono, liberan oxígeno y son albergue de una enorme diversidad biológica de flora y fauna. Sin embargo fueron liquidados por la ocupación agrícola e inmobiliaria.

La ausencia de regulaciones de ordenamiento territorial, de hecho deja en manos de los municipios autorizar proyectos inmobiliarios modificatorios de la geografía de esa zona y de la región agrícola circundante.

Esos proyectos urbanísticos destruyen todo aquello amortiguador de las inundaciones: endican las escorrentías, disecan los humedales, realizan movimientos masivos de tierras para modificar su cota, realizan desagües en terrenos vecinos, y similares. Las áreas clave donde se produce: la cuenca del Río Luján y en la zona del Delta. Son los proyectos inmobiliarios en Tigre, Escobar, Ing. Maschwitz, etc.

El efecto conjunto de la agriculturización, el desmonte y la liquidación de humedales son las napas freáticas en continuo ascenso. Éstas provocarán inundaciones ante cualquier volumen de lluvias. El INTA plantea al respecto: no es el cambio del régimen de lluvias sino la ocupación de los suelos. La cita textual dice:

“Esencialmente, lo que sucedió en los últimos 25 años fue que desaparecieron 8 millones de has de pasturas y 5 millones de has de bosque, que consumían muchísima agua por año”. “Esas 13 millones de hectáreas fueron destinadas principalmente al monocultivo de soja—que no tiene nada de malo en sí como cultivo-, pero que consume la mitad o menos de agua y hace que el suelo tenga menos absorción”.

En los años '60, el 60% de la superficie en uso eran pastos y el resto agricultura, permitiendo realizar rotaciones. Aquel costado positivo de limitar la producción. Ahora el 90% es cultivo, y su grueso, soja; provocando cambios en balance hídrico. Y las napas de agua, a más de 10 metros de profundidad, hoy están a menos de 1 metro.

Con las napas recargadas y un suelo compactado por falta de rotaciones, cualquier período de lluvias relativamente alto se convierte en inundaciones. Y el excedente hídrico en lugar de absorberse, se convierte en escorrentías e inunda las zonas más bajas. A eso se suma el desmonte en zonas más altas de Córdoba y San Luis, facilitando las escorrentías hacia la zona de llanura.

En síntesis, monocultivo, desmonte y el uso urbano y rural de humedales, es el combo perfecto para seguir provocando inundaciones. Evitarla, requiere de una combinación de fuertes regulaciones y obra pública.

13.4.1.2.3.2. Erosión de suelos

A pesar de su gravedad, las inundaciones, es un problema de corto y mediano plazo pues son tierras recuperables para producir. La faceta más grave resulta de la erosión de los suelos, el problema más grave en el largo plazo.

Esta erosión hace referencia a la disminución de capacidad de fertilidad del suelo por pérdida de materia orgánica. Allí intervienen sus propiedades:

- Químicas (capacidad de retener e intercambiar nutrientes);
- Biológicas (contenido y actividad microbiana y enzimática);
- Físicas (estabilidad de estructura, grado de infiltración, almacenamiento de agua).

Se trata, nada menos, que del aniquilamiento de la principal ventaja comparativa de Argentina. Estiman la erosión afecta (2015) 105 millones de has, con avance de 2 millones por año. Es el 37,5 % del territorio con un incremento del 75 % respecto a un cuarto de siglo atrás.

Y ha significado el deterioro de entre el 35 y el 55 %, desde su capacidad original, con fuerte impacto negativo sobre el rendimiento potencial de los cultivos. Estamos hablando de la degradación de nuestra mayor máquina de emisión de divisas, una limitación que seguirá alimentando las crisis cambiarias y la inflación.

La degradación de los suelos se produce por la diferencia entre los nutrientes naturales extraídos por la producción, y los que se reponen. En Argentina, la producción agrícola toma del suelo en cada campaña, alrededor de 9 millones de ton de nutrientes (nitrógeno, fósforo, potasio, azufre y calcio), y se reponen, vía fertilizantes, alrededor de un tercio de la capacidad perdida.

Esa reposición sólo reemplaza, y parcialmente, la capacidad natural de la tierra, y en cada campaña esa necesidad es cada vez mayor. Pero no está devolviendo a los suelos su capacidad natural, sólo posible reconstruir por vía de prácticas adecuadas, tales como rotación cultivo-pastoreo, formas de laboreo de tierras, etc.

Y si en cada campaña debe volverse a fertilizar, y cada vez en mayor proporción, deja de ser una inversión, para convertirse en un insumo más. Y esa necesidad de una cada vez mayor fertilización, en condiciones de bajos precios internacionales, podría dejar a Argentina, fuera de la competencia mundial.

El deterioro de la capacidad de los suelos se produce por:

- Las mismas causas de las inundaciones: prácticas de uso del suelo (agricultura sin rotaciones, desmonte, expansión de frontera agrícola);
- Por efecto negativo del intercambio planta-suelo, en monocultivo;
- Por el efecto de las propias inundaciones.

Esas inundaciones provocan erosión hídrica por las escorrentías. A su vez producidas por una cada vez menor capacidad de absorción de los suelos. Debe agregarse la erosión eólica, también por ausencia de inversiones del productor, p. ej., la plantación de árboles como cortinas naturales.

La erosión hídrica es la de mayor crecimiento en el último cuarto de siglo, y hoy es el 61 % de has afectadas. El resto: impactado por erosión eólica.

A este complejo panorama, se suma el cambio climático, con eventos extremos (lluvias y sequías) cada vez más intensos. Esto potencia la erosión y llega al extremo de la desertificación lisa y llana.

También tienen efecto erosivo el cambio de técnicas en el control de malezas. Se pasó de técnicas físicas, al control químico de las malezas. En 20 años, el uso de herbicidas paso de 30.000 a 200.000 toneladas por año.

Esa erosión aparece bajo diferentes formas según la región:

- Erosión hídrica en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba;
- Erosión eólica en el centro y oeste de La Pampa y provincias Cuyanas;
- Salinización en el norte de Santa Fe;
- Procesos de compactación de suelos en la región chaqueña;
- Desertificación en la Patagonia.

13.4.1.2.3.3. Los efectos de la erosión

Los efectos erosivos más importantes se producen por pérdida de compuestos químicos: nitratos, sulfatos y fósforo. Los suelos pampeanos pierden fertilidad porque redujeron la capacidad de aportar nitrógeno y fósforo en los cultivos, compensable y solo de manera parcial, por vía de fertilización.

¿En cuanto se redujo la capacidad de los suelos? El INTA, en 2018, realizó su segundo análisis de fertilidad de suelos (Clarín, 09-05-19). Fueron 600 muestras y comprendió el este de La Pampa, Buenos Aires, Entre Ríos, centro-sur de Santa Fe y centro-sur de Córdoba. Se relevaron los contenidos de materia orgánica (MO), el PH y la disponibilidad de diferentes nutrientes como fósforo, calcio, magnesio y potasio y de los micronutrientes (zinc, manganeso, cobre y hierro).

En síntesis, hay una caída en promedio de entre 30 a 50 % de los niveles de materia orgánica de los suelos siendo la región núcleo la más castigada (norte de Buenos Aires, sur de Córdoba y centro- sur de Santa Fe) en relación a la última medición (2011).

Pero, porque esto no aparece actualmente como una clara limitante de la producción. Tres causas:

- Los precios actuales de los granos, soportan, por ahora, los costos de fertilización, un insumo agrícola de alto precio relativo y todavía hace posible su uso en suelos de mediana y baja fertilidad;
- La mayoría de los cereales (trigo, cebada, maíz, sorgo y similares) requieren altas dosis de nitrógeno, que en caso de déficit del suelo a sembrar puede ser sustituida por fertilizantes;
- La soja, el cultivo más importante, al nitrógeno no lo toma de la tierra, sino lo absorbe de manera directa de la atmósfera mediante un proceso de “fijación biológica”. Además esa soja, tiene poca respuesta a otros nutrientes como fósforo y azufre.

Todo esto reduce sus necesidades de fertilización, y su costo relativo. Sobre todo, mientras persista la sojización, el costo de los fertilizantes, no será una limitante de la producción a nivel global. (Conicet-Inta - 2015: “El deterioro del suelo y del ambiente en la Argentina”).

En síntesis, el deterioro del suelo por ausencia de inversión privada y pública pone en riesgo, no solo el sector agropecuario sino toda la capacidad futura de la economía.

13.4.2. Nivel de integración de la estructura productiva

A pesar de cambios en el modo de producción liberadores de la producción, persisten las deformaciones de la estructura productiva. Hemos revisado el proceso de acumu-

lación, ahora la otra deformación diferenciadora de la periferia respecto a las economías centrales: su nivel de integración.

La integración, es un elemento clave en los países centrales. Es el grado de enlace con el propio sector y con el resto de sectores y por eso clave en el agro de Argentina, nacida al calor de las exportaciones, y con una débil inserción con el resto de la estructura productiva.

Debemos analizar, si los cambios analizados en el modo de producción, han cerrado o ampliado la brecha de integración productiva.

Aunque los encadenamientos se han incrementado, el grueso, se ha orientado hacia afuera, y como en el caso de la acumulación, agudizando condiciones negativas. P. ej., las fábricas de aceites, harinas, biocombustibles y glicerina, hoy funcionan a media máquina porque crecen las exportaciones de granos y se reduce la de subproductos con valor agregado.

Debemos evaluar el impacto de los cambios en el modo de producción en el proceso de reproducción de la dependencia. En ese sentido, en lugar de atenuarlo, consolida ese proceso. Los indicadores en ese sentido son:

1.- Mayor control por multinacionales del comercio exterior (granos y derivados). Y además con capacidad propia de procesamiento, terminales y puertos;

2.- Mayor participación extranjera en la propiedad de la tierra, sobre todo en NOA, NEA y Patagonia. Veamos porque:

a.- La ley de tierras (Ley 26.737 de Diciembre de 2011), en lugar de limitarla la ha exacerbado al fijar un tope del 15 %, cuando la tenencia efectiva era del 5,6 %. De esa manera facilita la posibilidad de triplicar valores, cuando ya eran altos;

b.- El gobierno actual incentivó la tendencia con reglamentaciones para flexibilizar el tope por regiones y la definición de sociedad extranjera;

3.- Multinacionales controlan la tecnología de insumos y su producción: semillas transgénicas, fertilizantes, herbicidas, plaguicidas, etc. y en proceso de concentración, (Monsanto, Bayer y Syngenta ya son una sola empresa);

4.- La consolidación institucional de lo anterior por vía de la ley de semillas. El proyecto en danza prevé regalías por uso de primera vez y sucesivas resiembras, aniquilando una práctica milenaria de los agricultores de auto-provisión de semillas. Y agravado por el ajuste fiscal en políticas de ciencia y técnica;

5.- Proceso de extranjerización en la fabricación de maquinaria agrícola. Parte de los equipos en uso son importados, y además el control del grueso de la producción local de tractores y cosechadoras por regalías de los componentes de avanzada en la producción local;

6.- Mayor participación de multinacionales en cadenas de valor agroalimentarias: producción primaria, procesamiento y comercialización. Esto se verifica en lácteos, granos, frutas, carnes, tabaco, harinas, grasas y aceites. El caso más notable: la comercialización minorista, donde 4 grupos de supermercados controlan 80 % de la distribución de alimentos, el destino más importante del encadenamiento interno hacia adelante;

7.- El desmalezamiento químico con herbicidas aumentara los costos de producción y la dependencia tecnológica, pues las malezas, como ente biológico, crea resistencias crecientes al uso de herbicidas y se necesitará aumentar su potencia.

8.- El destino de la producción agraria: de proveedora del rubro alimentación (incluso indirecta a través del forraje) está pasando, a reemplazar a los hidrocarburos no renovables de origen fósil, en su doble papel de energía (biocombustibles) y de materia prima industrial reemplazando a los plásticos. Ampliar los destinos de un producto cuyo recurso es un bien no reproducible, tendrá como efecto inmediato, distorsionar el sistema de precios, p. ej., encarecer los alimentos con el significado social que conlleva;

9.- Y lo más peligroso a futuro para Argentina, ya no será un problema de encadenamiento sino su desencadenamiento definitivo: el reemplazo de la producción agraria por tecnologías biológicas, hará posible localizar fábricas – laboratorios de alimentos en cualquier punto del planeta.

Nuestra conclusión provisoria: en pleno record agrícola, las deformaciones estructurales siguen avanzando, y las instituciones y partidos políticos no denotan por ello la más mínima preocupación.

14. INFRAESTRUCTURA

Continuamos con la temática de las deformaciones de la estructura productiva interna. Hemos revisado: industria, agro, y ahora lo hacemos con la infraestructura.

14.1. Tipologías de infraestructura

El concepto de infraestructura es muy amplio y de la mayor importancia en términos económicos, sociales y políticos. De la mera observación surge una amplia gama de tipología, todas de valor equivalente:

- Productiva: transporte, energía y comunicaciones. Son insumos generalizados.
- Social: educación, salud, vivienda, energía (consumo domiciliario), transporte urbano (vías urbanas y flota), sanidad urbana (agua y cloacas).
- Científico – tecnológica: sistema educativo, laboratorios, etc.
- Protección de la naturaleza: suelos (uso del suelo, erosión hídrica y eólica); diversidad biológica; protección ambiental; sustentabilidad de recursos naturales (agua, hidrocarburos, caza, pesca, minería, bosques); prevención y asistencia de desastres naturales; etc.
- Protección de la soberanía: aérea, marítima y terrestre para evitar depredación de recursos naturales (pesca, y otros), humanos (tráfico de drogas y similares), etc.

Es un abanico cuya amplitud nos obliga a realizar un recorte, tendiente solo a ejemplificar una mirada sobre la infraestructura desde las deformaciones. Y lo hacemos por vía de la de mayor grado de importancia política actual: la infraestructura productiva.

Ésta juega el papel de un insumo generalizado con relación inmediata a los procesos de acumulación y distribución. Y más aún en una Argentina con severas emergencias por déficit en esa materia.

14.2. La infraestructura productiva en la historia

El papel de la infraestructura productiva ha sido central en la historia, pues forma parte de la base material de la sociedad, cuyos cambios motorizan la modificación de las relaciones de producción.

En la antigüedad (Mesopotamia, Grecia, Roma, etc.), la infraestructura para el manejo del agua marcó a fuego sus modos de producción y las formas de gobierno. Fueron las “civilizaciones del agua”: canalización, distribución y reservas. Se utilizaron para

aseo, alimentos, riego, evitar inundaciones, recuperar tierras, minería y navegación. En la América precolombina: caminos y terrazas en montaña para agricultura.

Su tecnología aún sorprende, y sigue en uso (canales romanos y terrazas andinas). Incluso ya en la antigüedad produjo avances institucionales. P. ej., regulaciones en Atenas, para mantener limpias aguas públicas, y compartir pozos y fuentes de agua.

En la Edad Media la infraestructura fortalecía el modo de producción artesanal. Fueron caminos y vías marítimas en todas las direcciones para comerciar.

Las vías marítimas anticiparon la conquista colonial de siglos posteriores: expediciones a Tierra Santa, viajes de Marco Polo, descubrimiento de América, circunnavegación de Magallanes, Ruta de la Seda, etc. Y culminan a fines del siglo XIX con la apertura de los canales de Panamá y Suez.

Y también por la energía. Pero en un principio solo aquella tomada en forma directa de la naturaleza: energía humana, animal, hidráulica y eólica. Se utilizó para el movimiento de las proto-máquinas de la época: molinos de agua, de viento, arados, etc.; con serias limitaciones de potencia, de localización y por ende un uso restringido a alimentos y su procesamiento, minerales, provisión de agua y similares.

Manejo del agua, caminos y energía, fortalecieron el modo de producción artesanal, pero también llevaban las semillas de su transformación a partir de los avances tecnológico, concretados en transporte y energía.

Pero ya no con tecnologías evolutivas sino disruptivas. La máquina de vapor transformó la artesanía en industria y revolucionó el transporte (tren y barcos).

Aunque seguía siendo energía tomada de la naturaleza, se producía una transformación intermedia: vapor a partir de calor y agua. Esto amplió su potencia, permitió su localización de forma ubicua y generalizó el uso de máquinas para producir todo tipo de bienes, y para los servicios de transporte.

Fue la primera Revolución Industrial. El paso de la producción artesanal a la mecanizada, y dio forma a un capitalismo insertado en todos los resquicios de la sociedad.

Ya a fines del siglo XIX, la segunda Revolución Industrial, fue posible por el uso generalizado de la electricidad. Un nuevo bien intermedio que utilizando diversidad de fuentes primarias haría más flexible la producción de bienes y ahora sumaba todos los servicios: iluminación, comunicaciones (telefonía, radio, televisión), artefactos hogareños, etc.

La segunda revolución industrial consolidó la fase del capitalismo de producción en masa porque la electricidad, normalizaba todas las fuentes y las hacía sustituibles entre sí. Y fue complementada por la diversificación de las fuentes primarias de energía: carbón, petróleo, gas, nuclear, solar, eólica, desperdicios, agua, etc.

Además los combustibles difundieron los motores de combustión interna, y pudo ampliar el transporte terrestre en base al uso de energía sin necesidad de conexión a redes.

14.3. Especificidades actuales de la infraestructura

Del análisis actual de la infraestructura productiva en un sistema capitalista, surgen caracteres de alta especificidad económica e institucional

Especificidad económica: canaliza los avances tecnológicos hacia la producción de bienes y servicios a través de su papel de insumo generalizado (transporte, energía, y comunicaciones), y resulta determinante del nivel de productividad de toda la economía.

Esa infraestructura, junto a maquinarias y equipos forma parte de los bienes de capital, una exigencia vital para el funcionamiento del capitalismo que requiere de una relación compensada entre la producción de bienes de consumo y bienes de capital (El Capital T. II).

Y como parte de los bienes de capital, la infraestructura detenta una alta especificidad. Requiere de altas dosis iniciales de capital hundido; largos plazos de maduración de los proyectos; y posee una prolongada vida útil.

Especificidad institucional: Es importante por su carácter de disruptiva, es decir, rompe con las reglas del capitalismo. Y produce ese efecto porque permite la incorporación de consumidores adicionales a las redes. Y esa característica le permite:

- en lugar de generar rendimientos marginales decrecientes, es decir el carácter central de la tecnología compatible con el capitalismo, opera a la inversa, generando rendimientos crecientes;
- en lugar de deseconomías externas, genera economías externas;
- en lugar de formas competitivas, genera formas monopólicas, y equivalentes.

Veamos casos concretos en materia de economías externas y de monopolio. Para el primer caso, evaluemos un proyecto privado de hidroelectricidad. Éste solo puede apropiar como ingreso el precio de la electricidad generada. Sin embargo, por la muy alta inversión inicial exigida, de la evaluación surgirán, o pérdidas, o períodos demasiado extensos de recuperación del capital invertido, poniendo en duda la posibilidad de realizarlo.

En cambio, la evaluación social de ese mismo proyecto, en su carácter de público, daría un resultado positivo, porque además del ingreso por el precio de la electricidad, se imputa un precio a sus beneficios sociales: control de inundaciones, recuperación de tierras cultivables, riego, navegabilidad de los ríos aguas abajo, turismo, deportes náuticos, etc.

En el caso de monopolio natural: su alta inversión inicial, tiene otros efectos. Frente al incremento de la demanda se van reduciendo los costos unitarios, generando rentas monopólicas por la imposibilidad de competencia.

Por ejemplo, una red urbana de gas, en el supuesto de competencia, todas las empresas deberían tender la red completa antes de ofertar los servicios domiciliarios. Pero nadie la realizaría por el alto riesgo de fuertes pérdidas. Y además con un equipamiento inflexible a usos alternativos (“costo hundido”).

Frente a ello, o bien el Estado regula (tarifas, inversiones, calidad servicio), o bien suministra el servicio de manera directa. Esa regulación implica introducir un simulador de competencia, licitando el prestador (concesión de servicio público a precio determinado), y obligando al prestador a un determinado nivel de inversiones, prestar un servicio de calidad, etc., en reemplazo de un mercado que no funciona ni puede hacerlo.

En el ámbito académico son conocidas como “fallas de mercado”, y aunque con distintos énfasis, se estudia en todas las universidades. Y a estas justificaciones de regulación (monopolio natural, economías externas, etc.), la heterodoxia agrega: carácter de insumo crítico, y equidad.

Y esas “fallas” exigen, aún en una perspectiva de defensa del capitalismo, regulaciones antimonopólicas, llegando hasta la estatización del capital, una fórmula bastarda para encubrir el verdadero requerimiento institucional: la propiedad social. Pero ésta, expondría la contradicción con el capitalismo. Bajo nuestra visión de la economía, un ejemplo concreto acerca de como el capitalismo conlleva la semilla del siguiente cambio social.

Por ello, para captar el papel de la infraestructura y actuar sobre ella se requiere de una mirada de muy largo plazo sobre los procesos autónomos. Y conlleva la necesidad de elaborar diagnósticos específicos previos, realizar políticas preventivas y planificación de largo plazo.

14.4. Las corrientes mayoritarias frente a la infraestructura

En cambio, las corrientes mayoritarias, en lugar de largo plazo y prevención, solo adoptan decisiones coyunturales y con políticas paliativas. Y esto no necesita, ni diagnóstico previo, ni planificación. Veamos cómo actúan estas corrientes, mayoritarias en Argentina y a nivel mundial, frente a la infraestructura.

Neoliberalismo: la infraestructura genera bienes y servicios regidos por leyes de oferta y demanda. Por lo tanto, existe un mercado, (puede ser tanto el mercado del dulce de leche como el mercado del petróleo) que resuelve cualquier problema.

Aunque esto fuese cierto en los países centrales, y no lo es; en la periferia el problema se agrava pues debe resolverse no por vía de su propio mercado sino por vía del mercado mundial, haciendo posible la convergencia de oferta y demanda a partir del libre movimiento de capitales para cubrir esa demanda potencial.

Pero es justamente ese capital, fluyendo de manera diferencial, ya se trate de dulce de leche o de petróleo, por las falencias estructurales. Una de esas fallas es el déficit de infraestructura, a no ser que en lugar de negocio se les ofrezcan un negociado, como en los ‘90.

Desarrollismo: aunque reconocen las deformaciones, denominadas “restricciones”, las adjudican al déficit de capital público y privado imposible de modificar. Y recomiendan crear condiciones para atraer el capital internacional hacia el país, y en particular, hacia esta área de actividad.

Ambos casos (neoliberalismo y desarrollismo) ignoran el comportamiento especulativo de esos capitales a quienes, en la periferia sólo les interesa una alta rentabilidad de corto plazo, o el negociado liso y llano. Jamás podría interesarles el papel de la infraestructura en el largo plazo: superar las deformaciones estructurales e incrementar el campo de decisiones autónomas.

Populismo: aplican su método básico, basta realizar el versus del neoliberalismo. Por eso, al contrario de desregular para priorizar la inversión extranjera, aconsejan regulaciones más profundas e incentivar el consumo. Y esa estrategia aborta porque:

- La inversión internacional no viene, excepto en condiciones de negociado;
- El capital privado local no está disponible pues tiende a la especulación o fuga;
- La capacidad de inversión del Estado fue derivada a incentivar el consumo.

Y fue lo sucedido en el periodo 2003-2015, sobre todo en materia de fuentes de energía, en Argentina, el punto más sensible de toda la infraestructura. En ese periodo, los subsidios al consumo de servicios públicos, realizado en gran escala y sin discriminar por ingresos, tuvo un resultado global regresivo: el decil de menores ingresos (10

%) recibió el 13 % subsidios, mientras los dos deciles de mayores ingresos (20%) recibió más de un tercio del total de esos subsidios.

En tanto, permanecían las mismas condiciones de los '90: privatización y desregulación. Su combinación con subsidios indiscriminados, hizo posible prosiguiera el deterioro de la infraestructura. En ferrocarriles e inundaciones urbanas y rurales, con efectos dramáticos. En energía generó un déficit clave en la generación de los actuales resultados macroeconómicos. En lugar de afirmar la capacidad de decisión autónoma, la debilitó, y de manera notoria.

14.5. Evolución de la infraestructura en Argentina

Nunca fue el resultado de una planificación de largo plazo. Siempre derivó de las formas históricas de la dependencia, y de acuerdo a la metrópoli de turno; sus estrategias; y la tecnología disponible. Jamás existió una estrategia de diseño propio y a largo plazo. Veamos, a grandes rasgos, lo sucedido en transporte, energía y comunicaciones.

Transportes: España desarrolló Camino Real, espina dorsal de América del Sur a fin de garantizar exportar sólo a España, por puertos del norte de Sudamérica. Si salían por puerto Bs As, podían ir a parar a cualquier otro lugar del mundo. Su importancia: cuatro siglos después sigue marcando los flujos físicos en Argentina.

Más acá en el tiempo, el ferrocarril en forma de embudo hacia el Puerto de Buenos Aires para beneficiar a Inglaterra: salida de granos y carne e ingreso de mercancías.

Luego, bajo la influencia estadounidense interesada en la exportación automotriz, se construyeron rutas. Pero en lugar de complementar las vías férreas, competían con ellas, potenciando el embudo hacia el puerto.

Y la historieta terminó muy mal: casi desaparición del F.C.; alto costo de logística, y deterioro de caminos, por déficit fiscal y negociados con el peaje.

Energía: se desarrollaron sólo fuentes de hidrocarburos fósiles (gas y petróleo), para insumo de motores (vehículos y electricidad) producidos en los países centrales.

Luego se apropiaron de esas fuentes (privatización de YPF en 1993), y Repsol, con sus ganancias sumado al vaciamiento de YPF, invirtieron en prospección de hidrocarburos, pero en el resto del mundo, menos en Argentina, con grave secuela de déficit energético.

Comunicaciones: hasta fines de los '80 se mantenía un sistema estatal muy deteriorado. Por ello, y la privatización de inicios '90 fue recibida de manera alborozada. Pero las concesionarias, aunque realizaron inversiones no la destinaron a telefonía fija, sino a la infraestructura elemental de un sistema móvil para especular con su oligopolio.

Su resultado, una red saturada por falta de inversiones, lentitud en Internet, y atraso en la tecnología posterior (fibra óptica, 4-G, etc.).

14.6. La infraestructura en la Argentina actual

El panorama es tal, que aún si llegara a existir condiciones para el crecimiento, el deterioro de la infraestructura sería una limitante para efectivizarlo.

Y la política económica 2015-2019 incentivó esa tendencia al deterioro porque el recorte de gastos para provocar un efecto recesivo, destinado a compensar el déficit externo, de paso, “soluciona” el problema de los servicios de infraestructura. ¿Cómo? Al reducirse la demanda de insumos, su deterioro pasa más desapercibido.

Las deformaciones de un capitalismo modificado por la dependencia diferencian la periferia de las condiciones en los países centrales. Y sus claves las encontramos en la acumulación de capital (inversiones) y en la integración productiva. Ambas fuertemente enlazadas. Analizaremos esa acumulación de capital, y en casos específicos su efecto sobre la integración.

14.6.1. La acumulación de capital en infraestructura

Realizamos en primer lugar, un análisis global, para luego hacerlo en cada área específica: transporte, energía y comunicaciones.

14.6.1.1. La acumulación de capital global

Se destaca la ausencia de un mínimo de inversiones, nuevas y reposiciones como efecto de otras deformaciones tales como, fuga ahorro privado local, ausencia de financiamiento local, ausencia de ahorro público (tendencia al déficit presupuestario), y una exigencia de alta rentabilidad del ahorro externo (préstamos o radicación).

Y a ello se suma la visión cortoplacista en política económica de todos los gobiernos que impide observar problemáticas cuya naturaleza es de largo plazo.

Incluso la muy escasa inversión, por debajo del mínimo, conlleva, a su vez, un bajo nivel de eficiencia por problemas fiscales y de corrupción.

Cuando estos fenómenos se reproducen a lo largo de décadas, se refleja en un déficit creciente y deterioro acumulativo de la infraestructura. Y visible en superficie: cortes masivos de electricidad, importación de hidrocarburos, mal estado de caminos, velocidad de internet. Los etcétera, puede colocarlos cualquier lector.

Las cifras son lapidarias: todos los estudios empíricos coinciden. Para detentar una situación “normal” en infraestructura se requiere una inversión anual del 5 % del PBI (privada y pública, nacional y extranjera).

Pero a ejecutar año a año. Si resulta menor, el deterioro será acumulativo. Y si alguien decide comenzar un proceso de recuperación, ese porcentaje deberá ser mayor, para ir cerrando la brecha.

¿Pero a ese respecto, qué ha pasado en Argentina en las últimas décadas? CEPAL estima que en los '80 y en 2000-13 no llegó al 3% (2,7 y 2,9 % respectivamente). Los '90 fueron un caso especial con 5,6 %, por las inversiones derivadas de la privatización, y el grueso recayó en la creación de una red de telefonía celular. Inversión ésta, mínima, y luego no ampliada ni adaptada a su evolución tecnológica actual.

Y en último periodo estuvo por debajo de 3 % y en su composición institucional, el 80 % estatal y resto privada.

A su vez, dentro de ese periodo ha estado descendiendo. InfraLatam (BID y CEPAL) genera una estadística de toda América Latina para el periodo 2008-15. Ésta indica para Argentina un 2,15 % del PBI para el sub-periodo 2008-11 y el 1,81 % en 2012-15.

En el otro extremo, y en ese mismo periodo, Bolivia ha triplicado su nivel. Pasó de niveles de 3-4 % en 2008 al 8-9 % en 2015.

A partir del 2016, en Argentina, el grueso de esa inversión depende de los PPP (financiamiento privado), pero por la alta tasa de interés vigente fueron oficialmente suspendidos. Esto, sumado al recorte del gasto público, hace posible, hoy casi no existe ese tipo de inversión.

Un estudio del FMI (2016) utiliza una encuesta cualitativa del Foro Económico Mundial (Davos), sobre infraestructura en todas las regiones emergentes del mundo. La encuesta cubre el periodo 2006-15, y está orientada a cambios en la calidad de infraestructura.

Aunque el promedio anual de América Latina es positivo, sólo representa la mitad respecto a los países emergentes de Asia y Europa y sólo un tercio del África subsahariana.

Pero en la desagregación por países encontramos algunas sorpresas. El promedio es positivo porque es la tendencia en la mayoría de países. Sólo dos de ellos detentan valores promedio negativos: Chile y Argentina. Adivinen cuál de ellos tiene el mayor valor negativo.

Y el mayor valor positivo es para Bolivia. Ésta triplica el promedio de América Latina, y supera la media de los emergentes de Europa y Asia. En este sentido debemos recordar lo dicho en el curso del año 2016 sobre la aplicación diferencial de la heterodoxia en Bolivia.

Otro antecedente similar, es el ranking de infraestructura realizado por el Foro Mundial de Davos. Argentina ocupar el lugar 106 de 137 países. Para entender su significado basta observar los países de un nivel similar al nuestro. Los precedentes son Mongolia y El Salvador. El país siguiente: Zambia.

Y esto no puede explicarse, sólo por la diferencia entre el mínimo requerido y lo efectivizado, sino por su efecto acumulativo. Son décadas de inversiones en infraestructura que no cubren ni la amortización y además de baja calidad y eficiencia por razones fiscales y de corrupción. Cualquier estimación del efecto acumulativo en décadas resulta suficiente para explicar las condiciones actuales de cada rama, evaluadas a continuación.

14.6.1.2. La acumulación de capital por ramas

Analizaremos la infraestructura de transporte, energía y comunicaciones.

14.6.1.2.1. Infraestructura de Transporte

Abarca los siguientes tipos de transporte:

- Terrestre: caminos (principales, secundarios y terciarios o rurales), puentes, flota de camiones; ferrocarril y su equipamiento;
- Fluvial y marítimo: puertos y accesos, navegabilidad (canalización y dragado de Hidrovía y puerto de Bs As.), flota de buques;
- Aéreo: flota, aeropuertos, radares.

El rubro transporte detenta la mayor proporción de la inversión en infraestructura (alrededor del 40 %). Y no solo clave en procesos de acumulación. También en la integración por la traslación física de producción, agudizando las deformaciones regionales.

Ya hemos visto cómo nace Argentina mirando hacia el Atlántico, y lo sigue haciendo cuando el eje del comercio mundial hace ya décadas, se trasladó al Pacífico. Y un transporte terrestre (ferrocarril y caminos) sólo complementario de esa deformación. En lugar de integrar el país, profundizaron el “embudo” hacia el puerto de Bs As con graves efectos de macrocefalia: económica, demográfica, social y política.

El otro factor histórico en ese diseño, la permanente ausencia de políticas orientadas a integrar las distintas formas de transporte y planear sus inversiones. Por el contra-

rio, fueron proyectos parciales y ligados a intereses internacionales, diferentes en cada coyuntura. Veremos ese impacto en cada tipo de transporte.

Transporte terrestre: En Argentina, un país ubicado en el 8º lugar en el ranking mundial de extensión de países, más del 90 % de la carga se realiza por camiones, el medio de transporte de mayor costo relativo en larga distancia.

Los de menor costo, es por ferrocarril, con un tercio del costo por camión; por barcaza, un cuarto de ese mismo valor. No puede extrañar entonces la habitual comparación del costo del flete de una tonelada por camión desde Jujuy hasta el Puerto, con el flete por barco hasta algún recóndito puerto asiático.

Y esos costos agravados por el corrimiento de la frontera agrícola, incrementando el recorrido medio de los granos hacia los puertos. Y no solo mayor costo económico, sino también social y ambiental:

- Costo social: accidentes de camiones viejos y rutas deterioradas y angostas. Prohíben transportar al inicio y fines de semanas largos. Un absurdo;
- Costo ambiental: el transporte automotor insume más del 60 % del total de combustibles y son del tipo de mayor impacto en la contaminación.

Y a pesar de eso nos hemos dado el lujo de aniquilar el ferrocarril. En cargas, solo se mantienen algunos ramales, pero al servicio de empresas (cemento, aceite, etc.); usufructuadas sólo en base al mantenimiento de la red sin aplicar inversión alguna. Y su menor costo relativo, en lugar de reducir el precio final al consumidor, sólo mejora la rentabilidad de esa empresa.

El ferrocarril en 1930, había llegado a transportar 45 millones de ton, pero fue desmantelado a partir del Plan Larkin de 1959 (seis décadas). Y los siguientes gobiernos prosiguieron esa tarea con una eficacia que desmiente la afirmación neoliberal de la incapacidad congénita del Estado, al menos, en su capacidad de destrucción.

Y lo destruyeron de manera integral. Fue complementado con la demolición de su capacidad de producir sus insumos: vías, material rodante, señalización.

También limitaciones en caminos. La red total (principal, secundaria, terciaria) detenta 628,5 miles de km. Pero solo el 12 % está pavimentado, el 6 %, mejorado y el 82 % restante, más de medio millón de km., es de tierra. Incluso la red pavimentada, en muchos tramos carece de las medidas de seguridad más elemental tales como doble banquina asfaltada, señalización, etc.

El deterioro de la red vial es una postal del transporte en Argentina. Y su máxima expresión, la ruta N° 158, nada menos que la “Ruta del Mercosur”. Y se suma la ausencia de corredores de acceso al Pacífico, eje del comercio mundial.

Junto a la falta infraestructura hídrica ya vista, afecta en primer lugar al sector agropecuario, nuestra única máquina de producir dólares.

Transporte fluvial y marítimo: Argentina exporta decenas de millones de toneladas de granos con dos carencias básicas: flota propia y puerto de aguas profundas.

La ausencia de una flota de bandera nacional, afecta el saldo externo por fletes y gastos conexos. Esa flota nacional, privada y pública, entre 1945 y 1960, pudo duplicar el tonelaje transportado, y luego pasó a su casi desaparición.

La segunda carencia es portuaria. A pesar de la extensión y diversidad de su litoral marítimo, la falta de un puerto de aguas profundas, para el acceso fluido de barcos de

gran porte. El puerto de Buenos Aires detenta graves problemas y alto costo de acceso. Funciona casi solo para contenedores. El 80 % de los granos se carga en Rosario, con mayor recorrido y costo.

Y el complemento de este tipo de transporte es la hidrovía. Pero la ausencia de canalizaciones, dragado, balizamiento, etc., limita su uso y los cargueros de todo tipo solo pueden llegar hasta el puerto de Rosario.

Transporte aéreo: La información periodística sobre atrasos y cancelaciones de vuelos, por fallas de la flota y la falta de infraestructura actualizada en los aeropuertos nos exime de dar detalles en este rubro.

14.6.1.2.2. Infraestructura de Energía:

La infraestructura de energía está conformada por:

- Fuentes: fósiles (carbón e hidrocarburos –gas y petróleo-), y no fósiles: nuclear, hidráulica y renovables (eólica, solar, bioenergética, etc.);
- Transporte desde las fuentes: redes hacia zonas de consumo de la electricidad de origen hidráulico y renovable, redes de oleoductos y gasoductos, transporte de petróleo por vía terrestre y marítima;
- Transformación de fuentes fósiles en electricidad por medio de usinas térmicas;
- Distribución: transporte a larga distancia (sistema interconectado) en alta tensión, y redes locales en media tensión;
- Comercialización: redes de gas domiciliario, distribución eléctrica en baja tensión, estaciones de servicio, etc.

Por su vastedad, nos centraremos en su punto más sensible, las fuentes. Éstas han creado los problemas más graves en materia energética por sus efectos en los procesos de acumulación integración.

Debemos partir señalando el profundo sesgo hacia las fuentes fósiles, en particular, los hidrocarburos (petróleo y gas). Ambas conforman, desde hace décadas más del 80 % de esas fuentes. Y esto, le hace detentar al caso argentino caracteres de muy alta especificidad:

- Fuerte dependencia de un recurso agotable;
- La tecnología disponible, sólo utiliza este tipo de fuentes;
- Reservas con localización concentrada. Medio Oriente y Venezuela poseen dos tercios del total mundial;
- Alta concentración del consumo: EEUU y China detentan el 40 % del total;
- Y una alta volatilidad de sus precios.

Caracteres todos que convierten a este recurso en un arma de la geopolítica. Y en el caso de Argentina nos hace muy vulnerables. En esas condiciones, lograr el autoabastecimiento resulta un objetivo clave y su instrumento: el planeamiento integral y de largo plazo complementado con políticas preventivas y regulatorias a fin de orientar sus efectos económicos, sociales y ambientales.

Pero al revisar los discursos de todos los gobiernos, jamás se mencionan términos tales como “estrategia energética”, “matriz energética”, etc. Peor aún, tanto desarrollistas, neoliberales como populistas, cuando tuvieron la oportunidad de ser gobierno, justamente, en energía, es el área donde cometieron sus más graves estropicios.

14.6.1.2.2.1. Las fuentes de energía en Argentina.

Lo veremos a través de su clasificación en fuentes fósiles y no fósiles

Fuentes fósiles: Están formadas por hidrocarburos (gas - petróleo) y carbón. En Argentina se destaca la utilización de los hidrocarburos. El petróleo utilizado desde su descubrimiento en 1907 y el gas, ocupando actualmente, el 50 % de la matriz energética.

El caso del carbón, a diferencia de Europa y EEUU, nunca fue representativo, por los problemas de calidad del carbón nacional (menos calorías y residuos no removibles). Y el carbón importado (tipo Cardiff), aunque sin esos problemas, era de alto costo relativo respecto al carbón de leña, y esa diferencia contribuyó a liquidar los bosques.

Aunque la tendencia mundial a partir de crisis del petróleo de 1973, fue la de reducir fuentes de origen fósil, Argentina también lo hizo, pero de manera leve. Los hidrocarburos siguieron dominando, pero con agudos cambios en su composición, explicativa de la crisis actual: reemplazo, en gran escala, de petróleo por gas.

Alrededor de 1970 del total de fuentes, el uso de fósiles era superior al 90 %, pero el petróleo era el 71 % y el gas, el 18 %. Las actuales: 36 y 50 % respectivamente. El uso del petróleo bajó 35 puntos y el del gas se incrementó en 32 puntos.

Aunque a nivel mundial hay casos con mayor proporción de gas en la matriz energética, son países con grandes reservas respecto a su consumo y por ende exportadores de gas en gran escala.

De manera aparente ese fenómeno pareció reproducirse en Argentina. El yacimiento “Loma de la Lata” (Neuquén-1977), generó la falsa imagen de un país con un horizonte de reservas de gas para varias décadas.

Hubiese sido cierto si cada año descubrían un yacimiento equivalente, pero esto requería ingentes inversiones en prospección nunca realizadas. Y la prospección es el ítem más importante de la inversión de una empresa petrolera.

La falsa ilusión de estar parados sobre un mar de gas, hizo posible que todos los gobiernos promovieran la utilización del gas en gran escala, a partir de políticas de bajos precios relativos. Su resultado:

- Electricidad a partir de turbinas de gas, y de ciclo combinado, y modificación del equipamiento industrial,;
- Extensión de redes de gas domiciliario, y uso en automotores;
- Utilización en gran escala como insumo por la petroquímica;
- Exportación indiscriminada de gas, a precio de remate en los '90.

Estas políticas alcanzaron su pico en los '90, con bajos precios mundiales, al mismo nivel previo de la crisis del petróleo en 1973. Y el uso del gas creció en gran escala, diseñando una nueva matriz energética. Pero combinada con la ausencia de prospección, y la maduración de los antiguos pozos hizo posible el desplome del horizonte de reservas (Años = Total reservas / consumo anual), desde el nivel de varias décadas a sólo un puñado de años.

Y la falta de prospección más la maduración de los pozos anteriores, hizo posible declinar su producción. En el caso del petróleo, entre el pico de 1998 y 2016, una caída sistemática: -37,4 %; en el caso del gas, entre el pico de 2004 y 2014 la caída fue del -20,8 %. Aunque, luego (desde 2011) en gas se recuperó un tercio de aquel descenso, fue posible mediante el subsidio del incremento de producción.

Esas condiciones rompieron un carácter histórico de Argentina: el autoabastecimiento. Y debió importar gas (por gasoducto desde Bolivia y por barcos). Esa importa-

ción llegó a un tercio del total del gas consumido, incrementando su dependencia externa. También debió importarse petróleo procesado bajo la forma de combustibles.

Por gasoducto desde Bolivia se incrementó en 10 veces en el periodo 2008-2018; y por barco, aumentó un 10,1% promedio anual en nueve años. En el total del gas entregado a usuarios, 18% es importado. Un valor muy elevado para un país autoabastecido hasta hace dos lustros.

Entre 2003 y 2013 el valor de las importaciones se multiplicó 25 veces. A partir del 2014, el valor se redujo por caída precio pero siguió aumentando su volumen. Y no solo generó déficit comercial energético, marcó a fuego toda la macroeconomía.

Ese déficit comercial de energía, puede explicar por si solo la desaparición de los superávit gemelos (externo y fiscal). Éstos, habían hecho posible el crecimiento y una relativa estabilidad financiera en el periodo 2003-07. Tuvimos déficit externo por el uso de divisas para importar fuel y gas; y déficit fiscal, por el incremento de subsidios para compensar los altos precios de importación.

La desaparición del autoabastecimiento fue un daño estructural muy profundo y se produjo por la total ausencia de criterios para una política energética, tales como planificación de largo plazo, e integral, fuertes regulaciones, diversificación de fuentes, autoabastecimiento y políticas preventivas.

Pero no sólo ausencia. Se utilizaron criterios apuntados en sentido opuesto: privatización, desregulación, libre comercio, sin controles, y similares, vigentes desde los 70, profundizada en los '90 y prevalecientes hasta el 2012, donde de manera tardía intentaron modificar la orientación de la política energética y sólo de manera parcial. Y la frutilla del postre, desde el año 2016, las viejas políticas fueron continuadas y reforzadas. Una síntesis de los daños causados:

- Pérdida de reservas por no exigir inversiones. Las ganancias de Repsol-YPF fueron invertidas en prospección en todo el planeta, menos en Argentina;
- Agotamiento por la natural maduración de los yacimientos en explotación y sin búsqueda de nuevos de ellos;
- Importación de energía con flujo negativo de divisas;
- Matriz energética basada en hidrocarburos con producción local en baja;
- Subsidios fiscales al gas para una mayor rentabilidad a la inversión internacional frente a la reducción de los horizontes de reservas.

El informe anual (2018) del Instituto Mosconi ratifica esta situación. La producción de petróleo en 2018, aunque 2,1% mayor a 2017, pero 24,4% inferior a 10 años atrás y similar a 1991 (28 años atrás). La declinación es de largo plazo: La producción de 2018 es el 57% de la correspondiente a 1998. La producción de gas en 2018 fue 5,5% mayor a 2017, pero 6,8% inferior a 10 años atrás.

Sin embargo, un cambio de tendencia desde 2014, pero localizado sólo en Vaca Muerta donde producción de petróleo y en particular la de gas, ambos bajo forma no convencionales, ha aumentado estos últimos años.

Pero en contraste continúa la disminución en los yacimientos convencionales. La producción de petróleo convencional en 2018 es 32% inferior a la de 2008, y la de gas convencional es 39,5% menor a la de aquel año.

La producción de Vaca Muerta no incrementa el total sino reemplaza, y de manera parcial, la caída en hidrocarburos convencionales, y en particular, de YPF. A pesar de ello, disminuye la importación de energía por efecto de la recesión.

La caída en la producción nacional de hidrocarburos convencionales se enmarca en un contexto de baja inversión en exploración en áreas convencionales, y se manifiesta en la disminución de reservas comprobadas. Las reservas de petróleo en 2017 fueron 22,9% inferiores a las del año 2007, y las de gas en 2017 fueron 19,6% más bajas que las de 2007. En el caso del gas, esa caída es aún más abrupta si tomamos el periodo 2000-2017.

Fuentes no fósiles: Analizaremos los casos más relevantes: hidroelectricidad, nuclear y renovables.

Hidroelectricidad: aún no se inician proyectos diseñados en los '90: "Barrancosa" y "Cóndor Cliff", (entre 2003 y 15: "Kirchner" y "Cepernic"). Sólo un cambio de nombres. Es energía no fósil y debería ser bienvenida. Sin embargo existen fuertes objeciones sobre sus efectos ambientales. También licitaron una ampliación de Yacyretá.

Nuclear: existen Atucha I y II y Embalse con equipo renovado. El gobierno anterior completó Atucha II, paralizada durante décadas, y armó tres nuevos grandes proyectos financiados por Rusia y China que cuadruplican la capacidad nuclear y las gestiones prosiguen sin concretar.

Nuestra objeción a esos proyectos es el diseño sin criterios definidos sobre el papel nuclear en la matriz energética. Una definición en ese sentido debería correr entre dos andariveles. Uno es el objetivo del autoabastecimiento con diversidad de fuentes sobre todo en una Argentina con un acervo de investigación nuclear a partir de lograr el cierre del ciclo del combustible, rehacer a nuevo el reactor de la central de Embalse, y estar construyendo reactores para energía con tecnología propia.

El otro andarivel es el riesgo de accidente nuclear, tanto en el reactor como en los repositorios. Sobre todo cuando la presión ambientalista ya logró la moratoria nuclear en varios países desarrollados.

A partir de ambos límites, consideramos adecuado utilizar energía nuclear, pero con límites fijados por la propia tecnología. Esto significa, hasta cubrir, junto a la hidroelectricidad, la base del diagrama de carga.

Hasta allí la energía nuclear genera a un bajo costo relativo pues el equipo eroega, de manera permanente, el total de su capacidad. Algo similar a lo ocurrido, al menos en los periodos de avenida de aguas, con la hidroelectricidad.

No se puede, como en las fuentes térmicas, (turbinas a gas en particular) parar en los valles y arrancar en los picos, con ahorro de insumos. Pero si la capacidad nuclear más la hidráulica llegase a cubrir por arriba de la base del diagrama de carga, es decir, ocupar parte de la zona de picos y valles, desperdicia capacidad y conlleva altos costos.

Las usinas nucleares detentan costos ocultos, nunca estimados: costo imputado de un seguro por accidente nuclear; costo del desmantelamiento al final del uso de las instalaciones; costo de la disposición de residuos nucleares. Y esto último aún no resuelto por ningún país del mundo.

No existen aún repositorios definitivos para residuos nucleares donde el proceso de fisión, ya iniciado, no puede ser detenido y seguirá generando radioactividad por miles de años.

Además el sobreuso de energía nuclear puede ser más caro todavía. Esas centrales, en pocos años, pueden pasar a ser chatarra por una prohibición acordada a nivel mundial. Y no solo por los accidentes de Three Miles, Chernobyl y Fukushima. Radiación

de esta última cruzó indemne todo el Océano Pacífico y apareció en las costas de California.

Los proyectos nucleares, no tienen estudio alguno respecto a su relación con el despacho de cargas y evitar algo parecido a lo sucedido con Río Turbio. Esa central térmica a carbón fue inaugurada en el mismo año en que Argentina firmó un convenio mundial para cerrar todas las centrales a carbón por motivos ecológicos.

Renovables: su importancia deriva de cubrir dos objetivos importantes: autoabastecimiento y protección ambiental.

Lo realizado en esta materia por el gobierno anterior casi no tuvo impacto en el balance energético por fuentes. En primer lugar por demoras en su ejecución; y luego, por errores en su premura frente al déficit energético.

El plan ahora vigente aparenta más completo (Ley 27.191 de Octubre/2015), pues el mismo gobierno, corregía las fallas de la ley anterior del 2006, y reglamentada en 2009. Prevé metas de renovables en la matriz energética: 8% en 2017 y 20 % en 2025.

Sin embargo, a pesar de gran cantidad de proyectos, la matriz casi no registra movimiento. Más aun, la perturbación económica desde Mayo de 2018 ha suspendido la ejecución de numerosos proyectos de energías renovables.

14.6.1.2.3. Infraestructura de Comunicaciones

La inversión en telefonía celular detentó graves falencias pues el objetivo fue una instalación mínima para generar monopolio. Luego confirmada al no realizar inversiones, ni para su ampliación, ni para modernizar esas redes.

Las evidencias: CIPPEC estima para el año 2012, Argentina invertía en comunicaciones, tres veces menos respecto al promedio de países líderes de América Latina, y cinco veces menos en relación a las economías de OCDE (países desarrollados). Veamos de manera específica algunos subsectores de las comunicaciones:

- Telefonía Móvil: una tasa de penetración muy elevada, y sin ampliación ha llevado a una congestión de tráfico. Una auditoría en 2014 indica que 3 de cada 10 llamadas en el centro de CABA no pueden ser completadas;
- Internet: la banda ancha tiene los costos más altos de América Latina. Su resultado: bajo nivel de acceso y más lenta respecto a países desarrollados;
- Transmisión de datos: en el caso de las redes 4-G, en 2017 Argentina ocupaba el lugar 69 entre 77 países del mundo. La velocidad promedio de descarga de información era la cuarta parte de Singapur, el primero del ranking mundial. Argentina tiene sólo el 40 % de la velocidad vigente en Chile.

El empresario chino Jack Ma, titular de Ali Baba, de venta por Internet lo plantea de manera sintética:

"Acá lo único que lamento es la velocidad de Internet, que es tan lenta y tan cara. En el futuro, el 90 por ciento de los negocios serán online; y eso es un reto, porque primero hay que mejorar la velocidad de conectividad". (La Voz 03-05-2017).

14.7. Análisis global de la infraestructura

En términos de acumulación e integración, el paisaje en infraestructura productiva resulta desolador y similar a los rubros no analizados: social, científica, protección de la naturaleza y de la soberanía.

La desinversión y desintegración regional es cada vez mayor. Los casos más simbólicos: predominio del transporte por carretera en un territorio muy extenso; pérdida del autoabastecimiento en energía y deterioro en las comunicaciones. Y el futuro amenaza con la profundización en todos ellos.

Tomemos el caso de electricidad. Se estima necesario para el 2035, duplicar la potencia instalada, al margen de instituciones, fuentes, crecimiento y distribución ingreso. Este crecimiento, independiente de esos factores, surge de los ritmos de transformación de la estructura productiva. Pensemos p. ej., en el significado del reemplazo de motores a explosión por baterías de litio recargables con electricidad.

Y los problemas principales surgen de una evaluación política futura, sobre todo cuando observamos que los objetivos e instrumentos del gobierno actual aparecen como similares a los nuestros.

Objetivos tales como eficiencia, diversificación, ambiente, y abastecimiento seguro. En el caso de instrumentos: incentivos al uso eficiente; mayor participación de fuentes renovables; incrementar las reservas de hidrocarburos (convencionales y no convencionales); promocionar los biocombustibles; precios competitivos; y mitigación del impacto ambiental.

¿Entonces, donde radica la divergencia? Tomemos un ejemplo concreto. La diferencia entre, garantizar el abastecimiento y lograr autoabastecimiento. “Garantizar”, puede hacerse con contratos con el exterior, ignorando la volatilidad geopolítica mundial y el déficit estructural de divisas de Argentina.

Por el contrario, nuestro concepto de autoabastecimiento tiene una significado geopolítico muy preciso: garantizar la provisión con fuentes y transformación dentro del país, y corregir la principal deformación generadora de las crisis: el déficit externo.

Y no solo diferencia de objetivos. También de instrumentos. Los propuestos son contradictorios, aún con sus propios objetivos. P. ej., el ajuste de precios (tarifas de gas y electricidad; combustibles, etc.), todos insumos críticos, dejando a la producción nacional fuera de competencia y afectan de manera notoria el proceso inflacionario.

Otro instrumento contradictorio es el de insistir en la inversión asentada sólo en la de origen extranjero, aun bajo la evidencia de no efectivizarse, cualquiera sea la orientación del gobierno.

Esas incompatibilidades, en lugar de fortalecer, debilitan aún sus propios objetivos. En cambio las exigencias de una matriz energética consistente con la autonomía de las decisiones, requiere, esfuerzos de largo plazo y coherencia entre objetivos e instrumentos.

14.8. Anexo: Vaca Muerta

Para marcar su importancia política, veamos las señales originadas en el proceso electoral. El partido de gobierno plantea, con Vaca Muerta podemos “salvarnos”. Significa solucionar el grueso de problemas: dejar de importar energía, pago de deuda y generar equilibrios macroeconómicos. Por su parte, el principal partido de oposición, en su programa oficial, el único tema de infraestructura es Vaca Muerta. Intentaremos un análisis para evaluar el alcance y sus posibilidades.

Vaca Muerta no es una región con hidrocarburos de explotación convencional, es decir, extraído de cavernas subterráneas, sino petróleo y gas encerrados en mantos geo-

lógicos. Son los esquistos bituminosos y bancos de arena en cuyos cristales han quedado atrapados los hidrocarburos.

Esto exige, no solo perforar sino también extraer, *in situ*, de esos cristales, sus formas líquidas y gaseosas, a fin de compatibilizar con las tecnologías disponibles, desarrolladas en función de los hidrocarburos de extracción convencional. Por eso, junto a la perforación (horizontal en este caso), se instrumentan métodos hidráulicos, para inyectar arena y químicos con agua a muy alta presión a fin de romper esos cristales y liberar líquidos y gases. Esta tecnología se llama “shale” (en esquistos bituminosos) y *tight* (en bancos de arena).

De partida, ya tenemos, mayor inversión y mayor costo operativo. Se estima un costo 3-4 veces mayor al de una explotación convencional. A su vez, ese costo en Vaca Muerta es 50-80% mayor a los equivalentes en EE.UU. Causas: no disponer de arena cercana; los mantos geológicos se encuentran en niveles más profundos; sin infraestructura para el acceso de insumos y salida del producto; y la diferencia por los subsidios de EEUU vía exenciones fiscales en función de su objetivo geopolítico: el autoabastecimiento.

Pero ese mayor costo, no tenía importancia, en una coyuntura de altos precios. Pero se interrumpió a mediados del 2014 cuando se derrumbó el precio del crudo, dejando al desnudo que ese alto precio, hacía posible utilizar tecnología “shale”.

Y ahora el precio tiene un techo y muy duro. Choca con la propia geología. El gas y petróleo convencional, se ha acumulado en reservorios subterráneos, pero no de manera diseminada. Sólo en dos pequeñas porciones (Venezuela y Medio Oriente), se encuentran 2/3 de las reservas accesibles.

Puede haber y hay petróleo en otros lugares, pero con acceso de alto costo por su profundidad y dificultades de acceso (bajo el mar, el hielo, etc.). En cambio, estos mantos de esquistos bituminosos, recién ahora explotables, cubren todo el planeta, y a profundidades accesibles. Y modifican de raíz el papel del petróleo en la geopolítica mundial.

¿Qué cambió? A los altos precios se sumaron cambios tecnológicos e hicieron rentable este tipo de extracción en cualquier país del mundo. Y cualquier país podría autoabastecerse en un mundo donde la energía es un arma geopolítica.

De continuar aquellas condiciones de precio, los países exportadores de petróleo, en lugar de fabulosas ganancias, no tendrían a quien poder venderlo. Ellos mismos, con sus altos precios, habían creado el problema. El efecto económico y social sobre esos países con economías únicamente basadas en la exportación de petróleo, sería catastrófico.

Y la salida era obvia: bajar el precio y eliminar a esos competidores. Y lo concretó Arabia Saudita, por contar con los costos más bajos de extracción y las mayores reservas de alta calidad, llevando el precio a niveles donde la tecnología shale no resulta rentable.

Y lograron el efecto porque la tecnología shale requiere de ingentes capitales, y la mayoría de los países no puede hacerlo desde el Estado, o por razones ideológicas o por incapacidad presupuestaria. Necesitan inversores internacionales a quienes interesa sólo la rentabilidad.

De esa manera desincentivaron los proyectos shale en todo el mundo, incluso la extracción de hidrocarburos convencionales de difícil acceso bajo hielo, mares, incluido el Océano Ártico, ahora en pleno deshielo.

El petróleo tipo Brent, (en precios de promedio mensual), de un nivel en Junio de 2014 de 112 Dls. / barril fue cayendo hasta llegar, en Enero de 2016 a 31 Dls. Luego vuelta a ascender. Todo parecía indicar una caída accidental. Pero no fue así, pues no volvió a los niveles anteriores sino a uno muy inferior: 80 dólares el barril en Octubre de 2018.

Desde allí, vuelta a caer (Dic '18: 56.5). Y luego vuelta a subir h/ 71.2 (Abril '19), y desde allí baja hasta 59,2 en el mes de Agosto. Los ataques a petroleros y refinerías en Medio Oriente en los últimos meses solo incidieron en variaciones fugaces. En la segunda quincena de Octubre estaba oscilando entre 53 y 55 Dls.

Cada vez que el precio amenaza subir, parece chocar contra un techo (70-80 Dls. /barril) y vuelve a bajar. Y que ese techo resulte similar a los costos del shale, no es una coincidencia. Lo habíamos adelantado en una conferencia en Octubre de 2017:

“Cada vez que el precio tienda a subir, aplicarán la misma receta, para frenar las explotaciones no convencionales en el mundo. Y EE.UU, aunque parcialmente afectado, observa en silencio pues perjudica mucho más a sus enemigos geopolíticos: Rusia, Irán y Venezuela”.

Y tuvo efecto. Aunque existen 47 países con reservas de “shale” ya cubicadas, sólo en 4 de ellos se intenta explotarlo de manera sistemática: Estados Unidos, Canadá, Australia y Argentina.

Pero para los países petroleros, esto es una solución sólo de corto y mediano plazo. A largo plazo, el problema es mucho más grave. No sólo enfrentan el riesgo de, con altos precios, en otras regiones del mundo exploten hidrocarburos no convencionales y de difícil acceso. Toda la investigación científica mundial ha virado hacia nuevas fuentes de energía: hidrógeno; nuevos materiales para aumentar la captación de la energía solar; fusión nuclear y similares.

Estas nuevas formas de energía no solo tendrán impacto en países petroleros. Pondrán en contradicción las instituciones básicas del capitalismo. Son, como las economías de plataforma, tecnologías disruptivas en servicios y energía con costo marginal cero, compatible solo con la propiedad social y en colisión con los criterios básicos del capitalismo. Algo similar a la máquina de vapor disolviendo los restos de feudalismo.

Tendencia a su vez reforzada por el proceso de concientización. Ambiental, exigiendo el reemplazo de energías fósiles por energías “limpias”; y política, exigiendo el autoabastecimiento energético.

El riesgo para los países exportadores de petróleo es demasiado grande. Y algunos (Arabia Saudita en particular) hoy realizan inversiones, pero ya no en palacios y autos de lujo sino para modificar su estructura productiva y salir de la trampa de depender de recursos naturales reemplazables. Vayamos tomando nota de esto.

A partir de estos elementos podemos escudriñar el caso de Vaca Muerta. En primer lugar necesita ingentes dosis de capitales, no disponibles en Argentina. Las estimaciones para funcionar a pleno: un total de 300.000 millones de Dls., con un ritmo anual mínimo de 20.000 millones de Dls. Y solo posibles de obtener en el mercado internacional.

Pero esto choca con el precio no remunerativo de la explotación tipo shale, hasta ahora salvado con subsidios (plan Gas desde 2011). Pero las condiciones fiscales y el acuerdo FMI ponen límite a esos subsidios Y el gobierno actual anunció, a fines del 2018, su eliminación.

La respuesta: juicios en el CIADI y amenazas de reducir la inversión y la producción. Ahora queda claro porque el gobierno anterior ocultó el contrato con Chevron.

La alternativa sería bajar costos, pero esto también es difícil. En Vaca Muerta, los costos respecto a EEUU se estiman entre 50 y 80 % mayor, por dos problemas: diferencias geológicas (mayor profundidad de los esquistos bituminosos) y la ausencia de infraestructura. A la geología no la puedo modificar, pero sí la infraestructura. ¿Para qué?

- Para el acceso de insumos. P. ej., un ferrocarril para llevar arena desde Bahía Blanca. Actualmente se hace en camión, con alto costo;
- Oleoductos y gasoductos para la salida del petróleo y gas. De no contarlo, el gas excedente deberá ser venteado;
- Plantas para licuar el gas a fin de exportarlo como GNL (Gas Natural Licuado);
- Plantas de almacenamiento de gas dada la fuerte estacionalidad del consumo.

El interrogante radica en quién financiara ese gigantesco cúmulo de inversiones en infraestructura, cuando el precio ni siquiera cubre el costo de extracción. Ni una solución por vía de subsidios de un Estado con graves dificultades fiscales; ni por iniciativas privado-estatal (PPP), suspendidas por alta tasa de interés.

Basadas en este tipo de análisis, consultoras en energía de EEUU evalúan la inviabilidad económico-financiera de Vaca Muerta.

Pero supongamos no confiar en eso. Para eso realicemos nuestra propia evaluación para el caso del gas. Partimos de un costo actual de U\$S 4,5 /mm de BTU, y veamos la opinión del Presidente de YPF al respecto:

El sudeste asiático y el resto de Europa también aparecen en el horizonte, siempre que Argentina logre bajar los costos de desarrollo en Vaca Muerta mediante infraestructura acorde y se haga competitiva a punto de llegar con un precio de u\$s 2,50 por millón de BTU al PIST, al que después se suman los costos de transporte y de licuefacción en origen y de regasificación y transporte en destino. (Cronista 21-05-19).

¿Con esos números, alguien puede explicar cómo funcionaría una exportación en gran escala? Vaca Muerta podría, a lo sumo, solucionar el déficit energético de Argentina. Pero solucionar todos los problemas en función de su exportación en gran escala, es un delirio.

Ahora las empresas piden, en reemplazo de los subsidios, eliminar el cumplimiento de metas (p. ej., si el precio es bajo, limitar la producción); libertad para decidir exportar o no, el total de ese gas y petróleo; y eliminación total de impuestos.

Y en principio, los principales partidos políticos están dispuestos a concederlo. Evalúen ustedes mismos el resultado en términos de autonomía de decisiones.

15. ESTRUCTURA FINANCIERA

Venimos revisando los flujos externos (financieros y reales), luego los flujos internos reales (industria, agro, e infraestructura). Ahora el flujo financiero interno.

Aplicando nuestra metodología, analizaremos primero el papel del financiamiento en el capitalismo, y a partir de allí, introduciremos las deformaciones generadas por el fenómeno de la dependencia, y en particular, en Argentina.

15.1. La evolución del sistema financiero en el capitalismo

Tal como hoy lo conocemos, comenzó a desarrollarse en gran escala en los inicios de la etapa de maduración del capitalismo en el S. XIX. Pero como modo de producción se fue auto-construyendo. No fue producto de un pre-diseño consciente.

Ese capitalismo se construyó a partir del sistema feudal y sus contradicciones:

- Por las exigencias de acumulación de capital;
- Por los avances de la tecnología de producción: de la artesanal a la mecánica;
- Por las reivindicaciones sociales y políticas generadas por el feudalismo.

Una compleja combinación de elementos fue diseñando, y de manera autónoma, cambios radicales en el modo de producción feudal. Por ende nunca podría esperarse de esa resultante, un dechado de perfección, para luego, en base a ese supuesto, declarar a ese capitalismo como “el fin de la historia”.

Como ya había sucedido en las transformaciones anteriores, se generaron cambios profundos y progresistas en la organización social que a su vez contenía las semillas de sus propias contradicciones y por ende de sus futuras transformaciones.

Y una de esas transformaciones fue el sistema financiero. Aquel viejito de nariz aguileña sentado en un “banquito” en una plaza de la Edad Media, haciendo rústicas operaciones financieras, se transformó en bancos operadores en gran escala.

Aunque ya existían bancos del estado (en reinos y en repúblicas), sólo detentaban el monopolio de emisión de moneda como instrumento de soberanía y poder. Y, de paso, utilizar los recursos adicionales generados por esa emisión (Ver en capítulo de inflación).

Y luego, a esa moneda circulante (fiduciaria o con valor intrínseco -oro y plata-), originada en la emisión del Estado, se le sumaron otras formas financieras: títulos públicos y privados, hipotecas, cuentas en bancos, etc. Ya no era sólo moneda. Era un flujo financiero formado por las numerosas y complejas configuraciones que iba adquiriendo esa moneda.

Y ese flujo financiero debería compensar el flujo real. Pero podía o no hacerlo, y una eventual descompensación entre ambos flujos produciría fenómenos de alta especificidad, es decir de tipo macroeconómico, y diferenciados de los del tipo micro. Algo muy evidente desde la crisis de los '30, ya hace casi un siglo.

Advertir este problema e intentar solucionarlo allá por los años '20 del S. XIX, implicaba conocer, y mucho de economía. Y los ingleses, con una economía mundial comenzando a girar a su alrededor, algo sabían de eso, y advierten el papel central y los riesgos surgidos de ese flujo financiero y sus instituciones, los bancos.

Un flujo financiero con dos efectos fundamentales. Por un lado, una fuerte tendencia a independizarse de los flujos reales (producción, comercio, inversión y consumo): por el otro, esos bancos enlazaban todos los aspectos de la economía.

La conclusión era obvia: un problema en cualquier punto de ese flujo financiero se transmitiría rápidamente al resto, creando graves crisis en la economía de un país, de una región, o . . . , del mundo, tal como ocurrió en los siguientes siglos.

Ese capitalismo naciente, detentaba deformaciones de origen, y para evitar consecuencias negativas, se necesitaban políticas preventivas, y en este caso, un férreo control monetario y bancario.

Ya en 1824 el Banco de Inglaterra instrumenta el concepto de banco central como “prestamista de última instancia”. El objetivo: prevenir y amortiguar los efectos de una eventual falta de moneda, es decir, un riesgo sistémico del capitalismo.

Antes de iniciar la maduración del capitalismo, advirtieron sus probables crisis inherentes al sistema, y debían crear instrumentos para prevenirlas y superarlas. Justamente el nuevo concepto de banco central como prestamista de última instancia, permitía en situaciones de crisis, emitir moneda sin existir depósito previo, es decir, emitir por decisión soberana.

Y mediados de ese mismo siglo XIX, y bajo la misma orientación, sumaron el control bancario como función de su banco central y la posibilidad de realizar operaciones de mercado abierto y redescuentos, a fin de intervenir, de manera preventiva, y/o superarla frente a una eventual crisis.

La quiebra de un sólo banco pondría en riesgo toda la economía, y el Estado debía detentar poder para intervenir y evitarlo. Comenzaba a tomar forma el concepto actual de banco central.

15.2. Evolución histórica en las colonias y en Argentina

Pero esto sucedía en la metrópoli. Mientras tanto, las colonias (y semi-colonias), se manejaban a través del “patrón oro” y sólo tenían una “Caja de Conversión”. Una forma rústica de ejercer el control del flujo financiero por parte de la metrópolis, y así manejar las economías coloniales de manera indirecta. Este método monetario se utilizó en Argentina hasta 1930 y luego en la convertibilidad entre 1991 y 2001.

Pero era un esquema demasiado elemental, frente a la complejidad creciente de esas economías. Sólo podía controlar la cantidad de moneda local, cuyas variaciones solo eran posibles al ritmo de la entrada y salida de oro y divisas. Esto se consideraba suficiente para prevenir crisis en esas regiones.

Sin embargo, ese esquema, de banco central en la metrópolis y cajas de conversión en las colonias, suponía un capitalismo funcionando, de manera independiente en cada país. No se percataban de haber estado desarrollando, de manera simultánea, un capitalismo a nivel mundial, con sus propios procesos y contradictorios con los procesos nacionales.

Y con una diferencia clave respecto a la de cada país. A nivel mundial no existía regulación alguna. La necesidad de la existencia de un banco central en el país, eje de la economía mundial, demostraba el funcionamiento a nivel mundial de un capitalismo salvaje afectando al propio centro de poder.

Y ese sistema mundial estalló en los '30, transfiriendo la crisis derivada de las incoherencias entre el flujo real y financiero, desde el nivel mundial hacia al interior de cada país.

Frente a esas condiciones, las regulaciones existentes en la periferia, (Caja de Conversión), resultaron demasiado endebles frente a este verdadero tsunami mundial, e hizo necesario otro tipo de regulaciones.

Fueron adoptadas regulaciones comerciales (en Argentina, las juntas reguladoras) y financieras. En materia financiera, todos los países del mundo adoptaron el modelo inglés, es decir, un banco central, con capacidad de prevención e intervención.

Pero seguían detentando fuertes limitaciones. Fueron regulaciones preventivas para cada país, mientras, el capitalismo a nivel mundial, el origen de la crisis, seguía desregulado, y continúa hoy afectando a las propias economías centrales.

Esos bancos centrales se convierten en el eje de la política económica de cada país. Incluso la especificidad de la crisis del '30, le introduce nuevas funciones: administrar reservas y controlar el mercado cambiario. Y siempre con el mismo objetivo: evitar o atenuar las crisis hacia adentro de cada país.

La experiencia inglesa de banco central, se extiende al mundo entero, y todos los países recurrieron a técnicos británicos para crearlo. No fue producto de la anglofilia de los grupos dominantes. Aunque existía, en este caso, fue porque los únicos que sabían de banco central, sus objetivos, como se arma, y como hacerlo funcionar, eran los ingleses.

Sin embargo, cabe recriminar a los creadores de nuestro banco central, realizar una mera copia, sin ningún esfuerzo de adaptación. Esto recién se intenta en el primer gobierno de Perón con un debate pendiente, respecto a si fue correcta.

Este análisis del origen de la regulación financiera, en función de reconocer una familia congénita del capitalismo, viene a cuento, de la aparición de bizarros personajes planteando como solución para todos los males de la economía argentina, la eliminación del banco central. La supina ignorancia de la historia de este tema, los invalida para el debate.

Como vemos, en el flujo financiero existen deformaciones congénitas del capitalismo, agravadas por su evolución y contradicciones. Pero en la periferia, sobre estas deformaciones, se montan otras adicionales en los flujos financieros, interno y externo, generadas por la dependencia potenciando aquellos problemas originarios. Y en particular en Argentina, como fruto de su dependencia exacerbada.

En ese sentido, ya hemos revisado en el curso del 2018 el origen del déficit crónico de divisas y su agravamiento por la fuga de capitales. Son expresiones de la dependencia. Y junto a las anomalías financieras de origen, potencian y consolidan las deformaciones estructurales del flujo financiero interno.

15.3. El sistema financiero actual en países centrales y dependientes.

En el capitalismo de los países centrales, la fuente de alimentación del financiamiento son los excedentes del sistema económico bajo formas líquidas.

Esos excedentes pueden ser derivados hacia la propia inversión de quienes los forman. En ese caso estamos frente a la capacidad de autofinanciación de proyectos mediante la reinversión de utilidades. La alternativa, derivarlo hacia otras empresas y consumidores mediante intermediarios financieros: bancos y mercado de capitales.

En los países centrales el financiamiento interno, es un eje fundamental de su funcionamiento. Y se puede verificar en las sucesivas crisis, en particular la del 2008, que desnudó graves fallas de ese sistema financiero.

Y falló porque a partir de los '70, la influencia del neoliberalismo, desarmó el esquema de controles financieros iniciado en los '30 y perfeccionado a partir de la segunda guerra mundial. Y el descontrol hizo posible generar una burbuja del crédito hipotecario. Cuando se "pinchó", sus efectos se transmitieron a todos los países.

A partir de esta forma de funcionamiento a nivel mundial, veamos que pasa en los flujos internos de los países dependientes. Aquel esquema de los países centrales, en el

caso de la periferia, tropieza con un “pequeño detalle”, las deformaciones hacen posible que el grueso de excedentes líquidos se transforme en fuga de capitales.

Y no se trata de una anomalía más. Modifica un aspecto esencial del capitalismo: la capacidad de financiamiento para la acumulación de capital. Y por arrastre produce otras incoherencias adicionales, tales como agudizar el déficit crónico de divisas; salida del excedente de los circuitos legales; reducción de la capacidad fiscal (antes de “fugar” realizó una maniobra de evasión impositiva). Y lo más grave: incrementa la necesidad de financiamiento externo para cubrir el déficit externo y fiscal resultante.

Y el punto donde se manifiesta es en el déficit externo, formado por el resultado negativo del intercambio de mercancía y servicios. Esto, sumado a las necesidades derivadas del financiamiento de empresas, del estado y la cobertura de la fuga de capitales, sólo es posible cubrirlo con divisas, es decir, con moneda emitida a partir de la soberanía de otros países.

Vemos como, la dependencia, potencia las deformaciones originarias del modo de producción capitalista. Si nuestra hipótesis resulta correcta, los países periféricos deberían detentar una incapacidad congénita de financiamiento interno.

Como el financiamiento es un eje clave del funcionamiento capitalista, su hipotética carencia en los países dependientes debería estar causando graves perturbaciones. Y no podemos verificarlo en la estadística aislada de esos países. Si suponemos especificidad de países periféricos respecto a los centrales, debemos corroborar nuestra hipótesis utilizando estadística comparada entre ambos.

15.4. El sistema financiero actual en Argentina

Para realizar esa comparación, partimos de las instituciones del flujo financiero: bancos y mercados de capital.

En el caso de bancos, los elementos centrales del análisis son el efecto de las deformaciones estructurales y las políticas de banqueros en ese contexto.

15.4.1. Deformaciones estructurales

Respecto a deformaciones estructurales analizamos el nivel de crédito necesario para un proceso de acumulación, y el fondeo de ese crédito.

15.4.1.1. Nivel del crédito:

Dado el particular contexto de dependencia en Argentina, partimos de la hipótesis de una quasi total ausencia de crédito. Veamos la estadística específica y si nuestra hipótesis puede explicarlas.

Para dimensionarlo comparamos el financiamiento de bancos con otros países. Pero no en cifras absolutas, debido a las diferencias de tamaño económico. Lo hacemos de manera relativa, a partir de la proporción de esos préstamos en cada país respecto al tamaño respectivo de esa economía.

Es el índice “Préstamos bancarios / PBI”, para comparar valores en tiempo y espacio. En el tiempo, su evolución en nuestro país. En el espacio, la comparación con otros países. Respecto al tiempo, revisamos el crédito en Argentina en el muy largo plazo (1970-2017) donde esa relación pasa del 14,2 % al 15,4 %. Solo 1,2 puntos en 47 años. De arranque, ya hay algo muy sospechoso a indagar.

Pero se trata de una comparación puntual, y esos años pueden coincidir con coyunturas específicas de recesión y/o expansión. Por eso vamos a los promedios. Pero éstos

expresan tendencia similar. En 1968-74, promedio de 15,3 %; en 2005-17, promedio 13,1 %; es decir, bajó 2,2 puntos. Y como conclusión: el nivel de crédito (sea alto o bajo) se mantuvo en el largo plazo.

Y para conocer si es alto o bajo realizamos la comparación en el espacio. Intentemos ubicar ese 15,4 % de Argentina en 2017, en el contexto mundial de ese mismo año: el promedio de países desarrollados (OCDE) fue de 79,8 % (5 veces mayor); y el de América Latina, en promedio, del 44,9 %, es decir, el triple de Argentina.

Pero no solo una distancia abismal respecto a regiones centrales y periféricas. Lo más significativo, es la mención de los países en el mismo entorno de Argentina. En el nivel de entre 14 y 16 % son: Angola, Níger, Papua, Burundi, Uganda, Madagascar, Camerún y Nigeria. Sin comentario adicional.

Pero con el ranking mundial en la mano, no podemos dejar de echar una mirada a la “tabla de posiciones” en América Latina. Y nos preguntamos, qué lugar ocupa Argentina. El último. Pero lo más espeluznante resulta de enterarse cuál es el país ubicado en el escalón inmediato superior: Haití con el 16,9 %.

También nos ayuda a ubicarnos, los valores de países habitualmente comparados con Argentina: Brasil, con el 59,8 %; y Chile con el 78,4 %.

El indicador comparado nos dice: el crédito en Argentina prácticamente no existe. Y esa relación respecto al mundo se mantiene desde hace décadas. Cuando el Banco Mundial lanzó esta serie estadística hubo una commoción, reflejada en las preguntas a funcionarios argentinos en reuniones mundiales, acerca de cómo podía explicarse tamaño desfasaje.

15.4.1.2. Fondeo del Crédito

El fondeo es la otra deformación básica. La lógica capitalista y la práctica mundial nos dice que los préstamos deben fondearse con depósitos a la vista, es decir, depósitos no remunerados cuyo único costo es el administrativo.

Y esto sucedía en Argentina hasta la reforma financiera de 1977. Los depósitos a la vista eran alrededor del 52 % del total de depósitos, cayendo a alrededor del 10 % en años siguientes, y nunca volvió a recuperar aquellos niveles. P.ej. en 2003-15, manteniendo todavía la regulación bancaria de M. de Hoz tuvo un promedio del 22,6 %. A fines de 2018 ya se derrumbó al 12,6 %.

Y esa falencia deriva de la fuga de capitales. Esos montos podrían, o autofinanciar las empresas o financiar vía intermediarios financieros. Y aun así, es una visión estadística sesgada pues oculta el carácter acumulativo de la fuga de capitales. Se estima el valor nominal fugado sumado a la renta imputada en el exterior, ya sobrepasa el equivalente a un PBI anual.

A estos problemas centrales de nivel y fondeo del crédito, deben agregarse problemas derivados de otras deformaciones estructurales:

- La existencia de mercados informales. Son operaciones no institucionales: mesas de dinero, escribanías, y similares, compatibles con una economía informal donde se evaden las leyes fiscales, laborales y previsionales;
- Bajos niveles de liquidez a fin de eludir el impuesto inflacionario, y su consecuencia inmediata: obliga al Banco Central a realizar maniobras de absorción de alto costo pues ofrecen a los bancos altas tasas relativas de Lebac/Leliq;

- Ausencia de ahorro por procesos inflacionarios. Para conseguir depósitos, deben pagarse tasas pasivas que son costo de tasa activa. Y en plazos muy cortos.

15.4.2. Política de banqueros

Si estaríamos ofreciendo una conferencia en una cámara de banqueros, y llegamos sólo hasta aquí, aplaudirían de pie, pues lo dicho avala, de hecho, su excusa más habitual: “*los problemas derivan de falencias estructurales*”, es decir, razones por fuera del sistema financiero y por ende, fuera de su responsabilidad.

Pero en la ausencia de crédito influyen no solo las deformaciones estructurales, sino también las políticas de los banqueros. A fin de maximizar ganancias en ese contexto global, su práctica, no solo no intenta corregir esas anomalías, las reproducen y consolidan.

Esas políticas que profundizan las falencias del crédito, son: desviación del crédito; incremento de la tasa de interés; orientación del crédito; y bancarización.

15.4.2.1. Desviación del crédito

El bajo nivel de crédito se agrava pues los bancos desvían su capacidad prestable. En lugar de créditos, se orienta hacia la especulación del propio banco, mediante la compra de bonos del Estado donde la mayor porción son letras a cortísimo plazo del BCRA (antes, Lebac; ahora, Leliq).

Y no son préstamos convencionales, p. ej., para hacer obra pública. Su único y exclusivo objetivo es el de absorber moneda. Es un crédito de alto costo y sólo para retener billetes a fin de compensar la sobre emisión del Estado.

En los países centrales, también el Estado emite moneda y títulos de deuda para, cubrir déficits fiscales y externos. Pero su efecto inflacionario, o no existe, o es muy débil, por múltiples condiciones que no se presentan en países dependientes:

- Son déficit de bajo nivel y esporádicos en la mayoría de los casos;
- Financiables en sus propios, fuertes y baratos, mercados de capital;
- Sus agentes económicos, y a su propio costo, absorben esa moneda adicional, por el bajo costo, a partir de una muy baja inflación.

En cambio en Argentina se presenta el versus de esto con déficit fiscal y externo permanente, sin mercados de capital y alto costo de absorción. Y en este último caso resulta clave, porque es muy alto por los niveles inflacionarios, y por ende, la liquidez en lugar de crecer, desciende. Y el excedente monetario debe ser absorbido por el BCRA y a su costo.

Esto potencia el pago de intereses del BCRA, es decir déficit-cuasi fiscal, que debe sumarse al déficit fiscal. Un costo pagado por todos por vía de los impuestos formales, con una distribución regresiva de la carga tributaria, e informales, tales como el impuesto inflacionario, de una regresividad aún mayor.

Desde hace décadas, una parte importante de la capacidad prestable de los bancos, se coloca en títulos públicos, y su grueso son Leliq (antes Lebac) del BCRA.

Ese monto en relación a los préstamos totales fue muy alto como subproducto de la crisis 2001-02. Pero fue descendiendo hasta ubicarse en un nivel históricamente reducido: 28,2 % a fines del año 2013.

Sin embargo volvió a crecer hasta ubicarse en el entorno del 48 % en 2014-15. Luego supera los niveles del 50 % y en Abril 2019 se ubica en el 66 %. Esa sería la

proporción de incremento posible del crédito. Podría pasar del nivel del 15,4 % actual, a un nivel no despreciable del 25,6%. Y ya estaríamos, no en el nivel de Angola o Uganda sino en el de Uruguay (26,1 %).

Y utilizar capacidad prestable para colocar en fondos oficiales, en lugar de otorgar créditos a empresas es una decisión de los banqueros.

15.4.2.2. Tasa de interés

También una política de los banqueros. Para la ortodoxia neoliberal el problema del nivel de tasa de interés no existe. El mercado siempre determina un precio óptimo, por oferta y demanda, por lo tanto nunca podría existir un precio ni “alto” ni “bajo” de la tasa. Tampoco un exceso o déficit de crédito.

En cambio bajo un análisis heterodoxo, en lugar de determinar el precio de la tasa por oferta y demanda, es decir, a partir de una apreciación subjetiva del valor, debemos intentar una aproximación objetiva por vía de la formación del precio:

$$\text{Tasa activa} = \text{Tasa pasiva} + \text{Costo Adm.} + \text{Reservas por Incobrables} + \text{Rentabilidad}$$

Miramos el mismo paisaje, pero lo hacemos, pero desde otra colina. Y aparece muy diferente. Revisemos esa composición:

Tasa pasiva: es el costo del fondeo de la capacidad prestable. Ya hemos visto como en Argentina, hasta mediados de los '70, ese fondeo se realizó como en el resto del mundo, es decir con depósitos a la vista (“Depósitos en c/c”), sin costo de intereses, y por ende, independiente de la inflación.

Pero la reforma financiera de M. de Hoz, de 1977, instrumenta la liberación de tasas y la garantía irrestricta sobre los depósitos. Y esto desata una “guerra de tasas”. Y el crédito, pasó a fondearse con depósitos a plazo fijo de alto costo.

Y ese mayor costo afectó a la Pyme y a los créditos personales, porque la gran empresa siempre tuvo a mano la alternativa del crédito externo, a menor tasa. Y esa situación se mantiene hasta hoy, no por casualidad, bajo la misma ley de entidades financieras, no tocada por ningún gobierno.

Costo administrativo: Su diferencial, respecto a los países desarrollados deriva del bajo volumen de actividad ya analizado. El costo como porcentaje del activo, se encuentra en el entorno del 6-7 %, mientras en los países centrales se ubica entre el 1 y 2 %.

Reservas por incumplimiento: su diferencial con los países centrales deviene del alto riesgo empresario. Su costo como porcentaje del activo, fue del 1,33 % en Diciembre de 2018, mientras en los países centrales, predominan valores de entre 0,1 y 0,2 %.

Rentabilidad: Hasta aquí, en la formación del precio, solo los ítems del costo, (tasas pasivas, costos administrativos y reservas por incobrabilidad). Estos explican, en parte, el diferencial de tasa de interés con los países centrales.

Y estarían dando razón a los banqueros cobrando altas tasas por condiciones deformadas del mercado. Pero en formación del precio, también interviene la ganancia de los bancos. Para llegar a ella, ya tenemos los costos, faltan los ingresos

Y el indicador a utilizar es “Ingresos por intereses respecto a activos”. Mientras en Argentina los valores se ubican entre el 9 y 10 % (en Abril de 2019: 12,1 %), en los países centrales este valor se encuentra entre el 1 % y el 2 %.

Y este altísimo diferencial se obtiene a partir de altas tasas de interés activas promedio, respecto a las tasas pasivas promedio pagadas a los depositantes. Y no hablamos del absurdo del nivel actual de tasas, sino de una tendencia de varias décadas.

Veamos los mecanismos utilizados para lograrlo. Si comparamos tasas de créditos por operaciones comerciales con empresas, la diferencia es menos abrupta que el promedio. La abismal diferencia en las tasas promedio y por ende de ingresos, surge por el desvío del crédito hacia los destinos con mayor tasa, para elevar esos promedios.

En ese sentido debemos indagar acerca de cómo evolucionó la composición del crédito. En Diciembre del año 2003, los “Préstamos Personales” + “Tarjeta Crédito”, detentaban el 28,6 % del total de préstamos, mientras el “Crédito hipotecario” representaba el 28,4 %. Estaban casi en el mismo nivel.

Sin embargo si tomamos esos valores a Diciembre del 2018, el primero de ellos había pasado del 28,6 % al 57,1 %, mientras el crédito hipotecario bajó del 28,4 % al 10 %. Y en ese nivel por el plan Procrear relanzando en 2017, pero hoy semi-paralizado. A mediados del 2016 era de solo 6 %.

Y esto sucede porque la tasa de crédito personal o tarjetas de crédito, duplican la tasa del crédito empresario y triplica la de crédito hipotecario. Y no hablamos de los dislates actuales sino de periodos semi-normales en Argentina.

Otra forma de elevar la tasa promedio, resulta de eludir el crédito formal. A una pequeña empresa, en lugar de otorgarle un crédito comercial lo desvían hacia; “Adelantos en c/c” con tasas 1/3 mayor a un crédito formal o bien, hacia un Crédito Personal a sus dueños con tasas 100% mayor.

Las diferencias de costo con países centrales pueden explicar el nivel relativo de tasa en créditos comerciales, hipotecarios y prendarios, pero no las tasas exorbitantes en otros tipos de créditos (personales-tarjeta de crédito) traducidos en una rentabilidad astronómica de los bancos, y por ende en la formación del precio de la alta tasa.

Mientras en los países centrales rentabilidad está en una escala 0,4 - 1,0 % de los activos, en Argentina oscila alrededor del 4-5 %. Entre 5 y 10 veces mayor. El diferencial de costos es alto pero el de rentabilidad, mucho mayor. Y deriva de orientar el crédito hacia las formas con mayores tasas.

Pero veamos este problema desde otro ángulo: el rendimiento sobre el patrimonio neto. ¿En cuánto tiempo estiman recuperar el capital en un buen negocio? En bancos se recupera en menos de dos años: Abril de 2019 del 44,5 %. Con un nivel inferior (41,4 %), el capital se recuperaría en 2 años. Y se mantiene incólume aún en alta recesión como la actual.

Este nivel de tasas, donde la rentabilidad es determinante, hace posible que la escasa capacidad de crédito no aparezca como problema urgente debido a la ausencia de la demanda de crédito por parte de las empresas en estas condiciones de tasa.

Pagar las tasas de interés predominantes en la Argentina de las últimas décadas, exige niveles de rentabilidad no alcanzables por actividad legal alguna. Por eso las únicas empresas subsistentes a mediano y largo plazo, lograron hacerlo a partir de generar un circuito de autofinanciamiento. En caso contrario, no resultan viables.

Desde los '70, las tasas fueron muy altas y limitaron la demanda de crédito y la continuidad de las empresas fue posible porque pudieron autofinanciarse. Si la empresa necesitara crédito permanente no podría subsistir en un clima de crisis recurrentes.

Incluso grandes empresas pudieron sostenerse, no por su actividad productiva, con largos periodos de resultados negativos, sino por vía de especular con sus excedentes financieros, cubriendo sus pérdidas operativas e incluso dejando un buen margen.

Pero esto, es válido para explicar los problemas de financiamiento en los casos de micro, pequeña y mediana empresa. Debemos agregar la desviación de la demanda de crédito de grandes empresas, en condiciones de acceder al crédito internacional de menor costo relativo. El crédito externo para el sector privado (empresas + bancos), al 31/12/18 representaba el 29,0 % del crédito total (privado y público).

Y en toda esta problemática de tasa y rentabilidad, sin duda alguna, intervienen decisiones de banqueros.

15.4.2.3. Orientación en la distribución del crédito.

Hasta aquí hemos visto como la desviación de la capacidad de crédito y el incremento de la tasa de interés, tiende a reducir el nivel de crédito. Pero faltan explicaciones para este bajísimo nivel de financiamiento a lo largo de décadas, contribuyendo a consolidar el resto de deformaciones. Por eso analizamos la orientación en la distribución del crédito efectivamente otorgado, con una incidencia francamente regresiva. Vemos esto por sectores, plazos, regiones, dimensión y concentración de bancos.

15.4.2.3.1. Crédito por sectores

Dividimos las actividades en productivas (sector primario -agro, minería, pesca-), industria, construcción y servicios de infraestructura; y no productivas: servicios comerciales, financieros, consumo, etc.

Hacia el año 1984 el crédito hacia las actividades productivas representaba el 64 % del total. Luego, las políticas neoliberales orientaron el crédito a servicios y finanzas y ese crédito productivo cayó desde casi 2/3 en 1984 a la cuarta parte en el año en 2001.

Luego se recupera, pero llega al 32 % en 2007. A fines 2018, un nivel equivalente del 35.7%. Es poco más de la mitad del crédito a sectores productivos de 1984. Una problemática muy definida provocada por decisiones de banqueros.

15.4.2.3.2. Crédito según plazos

Las empresas, sobre todo las de nivel Pyme, necesitan crédito barato a mediano y largo plazo. Pero esto no es posible fondeada en depósitos remuneradas y de corto plazo. Los plazos fijos respecto al total de depósitos desde 1977 estuvo por sobre el 40 %. Es el versus del fondeo anterior a 1977, nunca recuperado.

Esto representa un costo mayor respecto a fondear en depósitos a la vista de solo costo administrativo, pues escinde la tasa de interés de la inflación. Y con un grave problema adicional: limita los plazos del crédito. El grueso de esos plazos fijos son colocaciones de hasta 60 días y no pueden calzar operaciones de crédito a mediano y largo plazo.

Cuando en otra época el BCRA se ocupaba de estudiar estos temas, surgía un bajo nivel de participación bancaria en financiar inversiones. Al mes de diciembre del 2005, las operaciones con vencimiento mayor a 24 meses, equivalían solo al 17,5 % de la inversión total. Y conclusiones similares en la estadística por operaciones. En aquel año, sólo 5,8 % de asistencias fueron a plazos mayores de 24 meses.

Esto indicaba: falta de interés de la política bancaria para financiar inversiones empresarias necesitadas de crédito barato y a largo plazo.

15.4.2.3.3. Crédito por dimensión de empresa:

La “Fundación Observatorio PYME” encuesta una muestra de manufacturas de entre 10-200 trabajadores de un universo de 20/25 miles de empresas, generadoras de la mitad del producto y empleo industrial. En su informe al mes de Junio de 2019 expresan al respecto:

“Históricamente, algo menos del 40% de las PyME acceden a crédito bancario de algún tipo. Entre el 60% restante, la falta de acceso crediticio responde a una diversidad de factores, pero se destaca que aproximadamente la mitad considera que no lo necesita y un 40% también adjudica dicha situación a tasas de interés elevadas (en la coyuntura actual, por supuesto este factor creció significativamente). Un quinto de las PyME considera que no reúne las condiciones necesarias para solicitarlo (exigencias formales) y un 15% declara que el plazo de financiamiento tampoco es adecuado [...]”

“Adicionalmente, los recursos necesarios para el desarrollo habitual de la actividad provienen (entre un 60 y 70%) de los propios esfuerzos internos de las empresas y sus socios (léase, reinversión de utilidades y aportes de capital). [...]”

*“El financiamiento de la inversión se caracteriza por estar constituido mayormente por recursos propios, así como por financiamiento bancario, aunque en mucha menor porción: la reinversión de utilidades y el aporte de socios suele participar en un 60% mientras que el crédito bancario financia poco más de un 25% del gasto en inversión (maquinaria, equipo, infraestructura, IT, etc.). El financiamiento vía mercado de capitales (cheques de pago diferido, obligaciones negociables, etc.) **es todavía prácticamente nulo”.***

Destacamos: el problema no reside sólo en el insuficiente tamaño del crédito. El mercado de capitales tampoco está en condiciones de financiar inversiones de Pyme, (“prácticamente nulo” dice el informe), a confirmar más adelante.

En síntesis, una profunda desconexión entre Pyme y sistema bancario. Y estamos hablando de las últimas décadas y no del absurdo actual.

15.4.2.3.4. Crédito en regiones periféricas:

Un estudio del BCRA (2008) relativo a la disponibilidad regional de los servicios bancarios, arroja resultados tales como: mientras Argentina en 2005 poseía 10 sucursales bancarias cada 100.000 habitantes, en los países centrales esta cifra se multiplicaba por 3,4 veces dicho nivel. Y la distribución regional de esas sucursales agrava el déficit de servicios:

- Mientras la ciudad de Bs. As., detenta el triple de ese promedio; seis provincias del Norte, posee menos de la mitad del promedio del país;
- De las 3461 localidades del país, el 69,2 % no poseen ninguna agencia;
- Entre 20 y 36 % de población de 11 provincias no tiene acceso a los servicios bancarios.

Y la apertura de sucursales y su localización también es decisión de los banqueros.

15.4.2.3.5. Concentración

También la política de los banqueros tiende a concentrar todo: el número de bancos; el origen del capital, los depósitos y, el crédito.

- **Concentración del número de bancos:** en 1984 existían 216 de ellos. En 2018, sólo 63. Pero una caída con un sesgo muy definido. A inicios de '80, existían alrededor de 90 bancos cooperativos, en 1990 se redujeron a la mitad; en 1995: 38; en 1999 a dos; y hoy existe sólo uno;
- **Concentración institucional de la banca (privada / estatal):** realizamos el análisis de tamaño según la distribución de los depósitos. La banca estatal posee el 43,3 % de los depósitos (BNA: 23,4; Provinciales 19,9). Pero se trata de una estadística engañosa debido a la obligación del sector público de depositar sólo en bancos oficiales. De los depósitos privados, la banca pública solo detenta 1/3, la banca privada el resto (2/3), distribuida a su vez en partes iguales entre la banca nacional y extranjera;
- **Concentración de depósitos:** De 63 bancos, solo 10 de ellos detentan 77,6 % de depósitos. Si tomamos los 20 primeros bancos llegamos al 92 % de todos los depósitos. Además, concentración de los depósitos por volumen y en su distribución regional;
- **Concentración del crédito:** Sólo 0,33% (1/3 de 1%) de las operaciones detentan el 54 % del crédito. Y también con concentración regional.

15.4.2.4. Política de bancarización

Los bancos en Argentina no realizan, tal como hacen los bancos en el resto del mundo: una política de bancarización, es decir intentar incrementar la cantidad de usuarios de ese tipo de servicios, a fin de reducir sus costos operativos.

Por el contrario, con la política bancaria practicada, sumado a lo cobrado por servicios (mantenimiento de cuentas, comisiones, etc.) nuestros banqueros criollos, en lugar de aproximar, alejan la clientela potencial. Y son errores que a largo plazo, se vuelven contra ellos, como veremos mas adelante.

Las cifras son elocuentes. El Banco Mundial ha recopilado en 2017, para todos los países del mundo el porcentaje de personas adultas con al menos una cuenta bancaria (caja de ahorros o formas más complejas). Y sus resultados: mientras en los países desarrollados, los porcentajes oscilan entre 90 y 100 %, en Chile: 74%; Brasil: 70 %. En Argentina: 49 %.

15.5. Algunos misterios develados

Esta combinación de deformaciones estructurales y políticas de banqueros, pueden explicar algunos absurdos de la economía argentina:

1.- Si sólo 20 bancos detentan el 92 % de los depósitos, cómo puede subsistir el resto de instituciones con sólo el negocio bancario. Ese resto son 43 bancos con sólo el 8 % del total de un ya bajísimo nivel total de depósitos. Y una sola explicación posible: son una “fachada” para negocios paralelos, y algunos de ellos, ilegales.

2.- Como puede ser un sistema financiero con sólo 20 bancos reales, detentando hoy, un PBI equivalente a 2/3 de todo el sector agropecuario (agricultura, ganadería, producciones regionales, caza y silvicultura). Más aún, en el año 2001 lo había superado. Una aberración bajo cualquier punto de vista y solo explicable por un nivel de utilidades que permiten recuperar el capital en menos de 2 años.

3.- Porque los bancos tuvieron un papel estelar en todas las crisis, cuando esos bancos en Argentina, juegan un papel secundario, por su bajo nivel de crédito. La única respuesta posible: en las condiciones de crisis sistémica de Argentina, los bancos se convierten en el eje de la consolidación de las deformaciones, facilitando la fuga de capita-

les, la dolarización de los activos y la disparada de tasas, exacerbando esas crisis. Y lo han hecho bajo todo tipo de gobierno.

15.6. Tendencias futuras

Los banqueros han actuado como “dueños del mundo”, pero cometiendo gruesos errores de largo plazo. Convirtieron el negocio bancario en el más suculento de Argentina, pero a partir de un pésimo servicio bancario.

Pero sigue siendo un negocio jugoso, aun encarado como servicio. Sobre todo para los nuevos capitales generados a partir de manejar un insumo fundamental del sistema financiero: las economías de plataforma. Son llamadas “fintech”, de rentabilidad casi infinita, por su casi nulo costo marginal, a partir de la utilización masiva de esas “plataformas”, y sin regulación alguna. Para visualizar este fenómeno deben observar la estrategia de “Tarjeta Naranja X” de Córdoba.

Las “fintech” comenzaron con el e-commerce”, y luego pagos y todo tipo de transferencias. Y ya hacen créditos a pymes, personales y anuncian créditos hipotecarios. Incluso están asociadas a nivel mundial con las más grandes, y ya anunciaron su propia moneda internacional.

La amenaza para los bancos ya no es latente sino efectiva, y éstos le declararon la guerra, al exigir al BCRA incluir a esas “fintech” en la regulación bancaria.

15.7. Mercados de capital

Partimos del papel de este tipo de financiamiento en los países centrales a fin de formarnos una idea de la distancia respecto a países periféricos, por efecto de las deformaciones producidas por el fenómeno de la dependencia.

En aquellos países, el mercado de capitales, operado a través de bolsas cumplen un papel central en el financiamiento empresario y del Estado. Su capacidad llega a ser varias veces mayor a la de su propio sistema bancario.

En esos países centrales, y desde los albores del capitalismo, tuvieron en claro que si las empresas funcionaran sólo con crédito bancario, aun con bajas tasas de interés, quebrarían en el mediano y largo plazo.

Y es así porque sus inversiones, el eje de la acumulación capitalista, necesitan de crédito barato, y con horizontes de largo plazo para hacer posible inversiones en gran escala: renovar maquinaria, compra de tierras, etc.

Por eso en estos países, el grueso del financiamiento surge del mercado de capitales y el sistema bancario ocupa un lugar secundario, financiando el capital de trabajo, y cubre los déficits esporádicos del flujo de fondos.

Y tras todo esto un “secreto” del sistema capitalista. De los múltiples instrumentos de los mercados de capital en el mundo (acciones, títulos, obligaciones negociables, cheques garantizados, y similares), sólo uno de ellos es “estrella”: la venta primaria de acciones emitidas.

Es emisión de acciones para colocarlas entre inversores a fin de financiar la empresa, no tiene relación alguna con el mercado secundario, es decir, la compra y venta de acciones ya emitidas, es decir, operaciones sólo especulativas.

El instrumento genuino del mercado de capitales es la capitalización accionaria. Y tras esta emisión de acciones, el “famoso” secreto: para financiar la empresa, en lugar de incorporar préstamos, incorporan socios inversores.

Financiada con capital accionario, la empresa no paga tasa de interés alguna. Solo la participación de una cuota parte de las ganancias, y sólo si éstas llegaran a existir. En caso de pérdidas, esas acciones deben soportar su cuota parte. Además el socio fundador tiene resortes para no perder las mayorías asamblearias.

Veamos este fenómeno en la comparación internacional, a través de la evolución de la cantidad de empresas cotizantes en Bolsa; la capitalización accionaria y el nivel del financiamiento por acciones.

Evolución del número de empresas: en 2017 en Argentina cotizaban en Bolsa, 96 empresas. Pero ese número aislado, nada nos dice. Debemos compararlo. Primero en el tiempo: en 1961 (hace 58 años) 675 empresas inscriptas. Y desde allí cae bajo todo tipo de gobierno y de política económica. En 1975: 321; 1985: 226; 1995: 149; 2005: 100. Al comparar en el espacio, Argentina cuenta con 96 empresas cotizantes; Chile: 212; y Brasil: 335 empresas.

Capitalización accionaria: mide el total de acciones emitidas respecto al PBI. No tendría sentido comparar con los países centrales. Las distancias serían siderales y la comparación perdería sentido. Por eso lo hacemos con economías equivalentes. Argentina, en capitalización accionaria es el 36,7 % de Brasil y el 16,04 de Chile.

Nivel de financiamiento por acciones: el bajo nivel de capitalización accionaria también se expresa en la cifra negociada en Bolsa por la emisión primaria de las empresas. Una emisión de acciones que en los países centrales, representa el grueso de las operaciones de Bolsa pues provee financiación sin costo alguno. En Argentina, en 2009-18, en promedio, sólo el 4,13 % del total del mercado de capitales.

Esto nos indica la existencia de profundas deformaciones. En Argentina, un país capitalista, prácticamente no existe un mercado de capitales. Peor aún, históricamente se ha producido el fenómeno inverso. Y hoy prosigue. En los últimos meses se retiraron de la Bolsa, las más grandes empresas del país: Tenaris, Telecom y Petrobras.

Pero no solo se retiran de la Bolsa. El problema es aún más agudo. Cuando en los '90 se efectivizó una privatización masiva de empresas del Estado, uno de los argumentos fue la necesidad de emisión de acciones para dar impulso a la Bolsa.

Fue casi un experimento de laboratorio: ni una sola de las privatizadas pasó a cotizar en Bolsa. Las empresas cotizantes deben cumplir requisitos de transparencia, es decir, el versus de la práctica del aventurerismo empresario característico de esa oleada de privatizaciones, y más aún cuando debían esconder el negociado existente tras esas operaciones.

Y fue realizado con la complicidad del gobierno de turno. La oleada de privatizaciones de los '90, bajo la consigna de abrir la Argentina al mundo y a la modernidad del capitalismo, no tuvo un solo pliego de licitación con la obligación del concesionario de cotizar en Bolsa. Una prueba más de una experiencia realizada bajo plena conciencia de las deformaciones existentes y el criterio de consolidarlas, en lugar de corregirlas.

Pero ese mercado de capitales en base a acciones y otros instrumentos también es financiamiento empresario a sumar al de Bancos. ¿Pero cuánto representa? El total operado por acciones y el resto de instrumento, implica agregar, al ya muy bajo nivel de crédito bancario en 2009-18, sólo un 11,3 %.

Esto, al 15,4 % de “Préstamos bancarios /PBI”, del 2018 sólo le suma 1,7 puntos, cuando en los países centrales supera largamente el monto de las operaciones bancarias.

Y un detalle adicional. Del escaso monto total operado en el mercado de capitales solo llega a las Pyme menos del 1 % (0,84 %) en ese mismo periodo (2009-18). En ese sentido debemos recordar el informe del Observatorio Pyme citado más arriba respecto al financiamiento de ese segmento empresario por vía del mercado de capitales: “es todavía prácticamente nulo”.

15.8. Algunas conclusiones preliminares

Un casi inexistente nivel de crédito, y cuyo grueso se canaliza vía bancaria, con altísimas tasas, obligando al autofinanciamiento de las empresas para subsistir. Alcanzable en las grandes pero casi imposible en la micro y pequeña empresa.

Además la relación entre las deformaciones financieras y los procesos de acumulación e integración.

En el caso de la acumulación: no solo no aporta sino opera en sentido inverso. En lugar de financiar inversión, absorbe excedente de sectores productivos y se evidencia en la alta utilidad de los bancos, y mayor aún, en periodos de crisis.

En el caso de la integración, la ausencia de crédito regional elimina toda iniciativa en ese sentido, pues el grueso de ese bajo nivel de financiamiento, se orienta hacia grandes empresas, grandes centros urbanos y fuga hacia el exterior.

16.- INFLACIÓN

16.1. Introducción

Estamos repasando la economía argentina bajo nuestros propios criterios: analizar sus distintos niveles, en particular, a partir de sus deformaciones estructurales. Y los temas concretos tocados, no tienen la intención de abarcar ese universo, sino actúan a manera ejemplificativa, a fin de mostrar una visión diferencial respecto a las predominantes y extraer de allí caminos alternativos en política económica.

Intentamos demostrar como necesario y posible un análisis objetivo de la cuestión socioeconómica, como punto de partida ineludible para adoptar decisiones. En cambio las corrientes mayoritarias en el campo social y político (neoliberalismo, desarrollismo y populismo), utilizan métodos basados en el versus de nuestro criterio.

Se trata de análisis subjetivistas de la realidad, y sólo puede definir acciones voluntaristas, que ha llevado a cometer gravísimos y sistémicos errores. Las condiciones políticas y sociales del mundo actual son mudos testigos de esto.

También debemos asumir que esas líneas convencionales de análisis, conllevan una concepción política orientada a impedir la adopción de alternativas, y lo realizan mediante el chantaje ideológico.

Trataremos de aplicar nuestra línea alternativa de análisis a la realidad socioeconómica argentina, pero solo como una aproximación, a fin de mostrar cómo, a partir de una mirada desde “otra colina”, el paisaje y las acciones sugeridas, resultan totalmente diferentes. Como en la tradición bíblica solo puedo prometer ver, y desde lejos, la “tierra prometida”.

Para revisar la problemática socio-económica, nuestro principal instrumento resulta de la hipótesis de la existencia de una realidad formada por niveles diferentes y en permanente retroalimentación, dentro de cada nivel y entre los distintos niveles. Y la dirección es desde los niveles más profundos hacia la superficie.

En la base, aunque recónditos, pero siempre presentes: el modo de producción, y el fenómeno histórico de la dependencia. Y su combinatoria, reflejada en el nivel de las deformaciones estructurales.

En ese sentido ya hemos revisado las relaciones externas (flujos reales y financieras) (fines 2018) y las relaciones internas a través de agro, industria, infraestructura y sistema financiero (2019).

Es desde este nivel de las deformaciones estructurales y en dirección hacia la superficie que ahora intentamos pasar al siguiente nivel. Y allí nos encontramos con los efectos económicos y sociales de esas deformaciones, y extensibles a los efectos institucionales y ambientales.

Comenzamos por los efectos económicos, y allí, veremos, siempre a manera ejemplificativa, dos efectos claves: el efecto inflacionario y el efecto sobre los resultados macroeconómicos, donde los resultados pueden ser: déficit, neutro, superávit; y la macroeconomía abarcar los aspectos externo, fiscal y monetario. Para recién desde allí, intentar el salto a los efectos globales y las políticas.

En esta reunión nos centramos en el efecto de estas deformaciones sobre la inflación. ¿Pero porque otorgar prioridad al tema inflación?

- En Argentina reapareció el fenómeno de la alta inflación con riesgo de mega e hiper inflación y sus consecuencias devastadoras, ya experimentadas;
- La sociedad comienza a reclamar explicaciones, más allá de las hasta aquí estandarizadas. Comienza a delinearse su carácter de fenómeno recurrente y resistente a todo tipo de ensayo antiinflacionario, y a gobiernos de todas las orientaciones imaginables
- El proceso inflacionario es el caso donde con mayor claridad es posible diferenciar nuestro planteo respecto a la necesidad de un diagnóstico previo, rechazado de plano por las corrientes mayoritarias y reemplazado por esquemas universales, es decir, aplicables a cualquier realidad geo-histórica concreta.

Para nosotros, este nivel de efectos económicos y sociales también representa un mecanismo intermediario. Todos los niveles profundos actúan sobre la inflación, y a la vez ésta reproduce y consolida el nivel de las deformaciones estructurales, al aparecer en superficie devstando el salario real, modificando los precios relativos, etc.

A fin de captar esta compleja trama veremos, de manera sucesiva: cuestiones teóricas y empíricas de la inflación; sus efectos y causas, y algunas señales positivas respecto a la reversión de las tendencias convencionales.

16.2. Cuestiones teóricas de la inflación

La definición usual de inflación, desnuda, de partida, la complejidad del problema: *“la inflación es el aumento generalizado y sostenido de los precios del conjunto de los bienes y servicios que se transan en una economía”*.

La pretensión de abarcar un abanico demasiado amplio la convierte en muy endeble. Es sólo una mera descripción empírica y derivada de uno sólo de los efectos del proceso inflacionario, y supone una concepción filosófica subjetivista. No contiene ni sugiere hipótesis alguna respecto al origen del problema y por ende no ofrece rastro alguno para una salida.

Esa definición no conlleva elemento teórico alguno, instrumento vital para penetrar en temas socio- económico de alta complejidad, y desentrañar los inevitables efectos

engañosos producidos en la superficie por los procesos autónomos. Engañosos por la complejidad inherente a los fenómenos sociales y por las interpretaciones distorsionadas de quienes se benefician del fenómeno.

16.2.1. La diferencia de los criterios convencional y teórico

En la definición convencional, se entremezcla la descripción del fenómeno y sólo uno de sus efectos. No existe alusión alguna ni a sus causas ni al resto de múltiples efectos derivados de ella, a los fines de atacarla de manera eficiente. Y las condiciones engañosas resultan de tal magnitud que lleva a confundir el fenómeno con su instrumento de medición.

Una definición de inflación de origen teórico debería poder desnudar su carácter de proceso autónomo derivado tanto de las anomalías congénitas del capitalismo como de las deformaciones específicas del proceso histórico de la dependencia. Y todas sus combinatorias, con graves efectos regresivos de tipo económico y social.

Frente a esto, dos reacciones típicas, erróneas y opuestas. Por un lado: “a mí no me interesan las anomalías del sistema capitalista. Como mi ideología me dicta voltear el sistema, y esa inflación lo debilita, me ayuda a su fracaso.

Por el otro, la inversa del mismo argumento: la defensa del capitalismo lleva a negar todo tipo de anomalías. Toda expresión en superficie es siempre el resultado de decisiones de mercado, óptimas por definición. Más aun, como yo poseería una “ideología capitalista”, ese sistema, siempre jugará a mi favor, jamás en contra.

Mientras tanto los procesos autónomos, y en particular, el inflacionario, sigue impertérrito su marcha y aplasta a cualquiera de las orientaciones circunstancialmente a cargo del gobierno.

Esas supuestas corrientes antagónicas coinciden en algo: un voluntarismo extremo y enfermizo que convierte a los modos de producción, materiales por definición, en ideologías alternativas y manipulables por decisiones. Esa la forma concreta adoptada por la intuición cuando es aplicada como método de conocimiento.

Nosotros también aplicamos ideología, pero la nuestra nos dice otra cosa: para accionar sobre la sociedad, ya sea para corregirla o transformarla debemos partir, no de la intuición, sino del conocimiento concreto de la realidad concreta.

Sin embargo, la aplicación de ideologías basadas en criterios solo intuitivos, para solventar políticas antiinflacionarias convencionales, son de aceptación generalizada en la población, debido a sus caracteres culturales predominantes modelados por el sistema educativo, los medios masivos de comunicación, la publicidad, etc., facilitando la adopción de estrategias que en lugar de atenuar, potencian los efectos negativos.

Por una parte, si por razones circunstanciales llego al gobierno y no puedo modificar ese capitalismo por decreto, (existen decenas de experiencias), aún subsiste el desinterés por evitar la inflación, por resultar un aliado anticapitalista. Sin embargo, al estar detentado el gobierno, se convierte en una autoagresión.

Por la otra, como la defensa del capitalismo es irrestricta, me limito sólo a poner en marcha medidas aconsejadas por mi ideología sin importar si con ellas agravo o no la inflación. Si soy un ferviente capitalista, mi interpretación es la única válida.

Y ambos chocan contra el muro de la realidad. Y la realidad es un capitalismo dependiente, cuyo carácter ha sido forjado a lo largo de siglos y por ende presente bajo las más variadas formas, en todos los intersticios de la sociedad.

Es un modo de producción, con sus taras congénitas y las deformaciones agregadas por la dependencia. Y existe de manera objetiva, al margen de las ideologías a favor y en contra, formadas a su alrededor, a la manera de una creencia religiosa.

Ignorar esto, no solo tiene efectos negativos en quienes creen estar combatiendo el capitalismo. De manera equivalente trastorna a quienes, en el otro polo hacen del capitalismo una ideología a defender a ultranza.

Y cuando ambos, convierten esa defensa o ataque ideológico en medidas concretas de gobierno cometan graves errores. Incluso se condicionan mutuamente, reflejándose en las políticas pendulares de Argentina, contribuyendo a consolidar las deformaciones existentes.

Una definición de inflación basada en una teoría debería detentar la capacidad de generar una explicación de las causas y efectos de ese fenómeno, mientras tanto la definición convencional solo describe una sola de sus expresiones en superficie: la subida permanente de los precios. Solo una de las expresiones del fenómeno, y en el único nivel reconocido por las corrientes prevalecientes: el de superficie.

Por eso la raíz de los problemas para enfrentarla radica en políticas antiinflacionarias sin un soporte teórico, donde la inflación sería una resultante posible del modelo. Algunos dicen contar con ese soporte, pero se trata de modelos para captar sólo relaciones de superficie. Y detentan el mismo tipo de confusión de la teoría astronómica geocéntrica, esbozada a partir de la observación de los movimientos aparentes del sol.

16.2.2. Una alternativa al criterio teórico

¿Y nosotros, con que contamos para superar esto? Con poco, con muy poco. Demasiado poco. Sólo un modelo teórico del capitalismo de mediados del S XIX. Estarían faltando, sólo algunos “pequeños detalles”: actualizar ese modelo a la etapa actual de la globalización del capitalismo, su respectivo modelo operativo y, en el caso de países periféricos, sus deformaciones por el fenómeno de la dependencia.

Nos falta casi todo, y no estamos en condiciones de reemplazar esa ausencia, porque no nos da el cuero, ni física ni intelectualmente, y además nadie ha trabajado, ni lo está haciendo para cubrir semejante vacío.

Y no lo están haciendo porque para el progresismo actual resulta más “cómodo” rechazar, de partida, toda pretensión teórica y de objetividad. Y más grave aún: fundamentarlo en una filosofía de raíz nietzscheana, el basamento de todas las ideologías de **ultra derecha** de los siglos XX y XXI. ¡Pavada de paradoja!

Pero ya lo hemos dicho: no debemos amedrentarnos por la falta de instrumentos analíticos. Debemos intentar una aproximación, y lo haremos en base a nuestro análisis por niveles. En este caso diferenciamos el nivel de los efectos en superficie (crecimiento de precios, caída del salario real, etc.), del nivel de las deformaciones estructurales pre-sionando hacia efectos inflacionarios.

En ese punto, la alternativa consiste en “importar” modelos de prácticas científicas ya probadas y enfrentadas a problemas equivalentes. Y en ese sentido recurrimos a la práctica de la medicina. Un médico, frente a síntomas y signos clínicos del paciente, supone, por un lado, son evidencias sólo de superficie, por otro, deben existir causas en niveles más profundos, no visibles en superficie.

Además el médico supone tras cada síntoma o signo, no existe una enfermedad pre-definida. Trabaja bajo el supuesto de la interacción entre los componentes de un orga-

nismo de alta complejidad y genera el concepto de un síndrome, es decir, a ese grupo de clínicos, es posible concurran variadas causas o etiologías.

El síndrome siempre se supone pluri-etiológico porque las manifestaciones externas (síntomas y signos) pueden ser producto de muy diferentes causas y combinaciones de ellas. Los médicos, suponen, de partida, una complejidad inherente y desconocida en cada caso. Y la existencia de diferentes niveles de la realidad.

Por un lado, los síntomas y signos de superficie tales como dolor, fiebre, arritmias, nivel de triglicéridos, etc. Por el otro, procesos causales debido al funcionamiento deficiente de órganos, esqueleto, sistema circulatorio, sistema nervioso, etc., cuyos patrones de funcionamiento normal conoce por los avances teóricos derivados de la química, la biología y la física.

Como consecuencia, cuando un médico observa fiebre, no solo intenta bajarla. Si no actúa sobre su origen, es decir, abortar sus causas profundas, esa fiebre reaparecerá una y otra vez de manera recurrente y puede llegar a matar al paciente.

La fiebre es solo la expresión en superficie de un problema interno con diferentes orígenes posibles. A su vez vinculados por una compleja interrelación inherente a la naturaleza del cuerpo humano. Y sin un diagnóstico previo resulta imposible conocer esas causas profundas de manera específica.

16.2.3. El diagnóstico en economía

En el esquema socio-económico, existe una complejidad equivalente. Pero frente a ella el criterio habitual, resulta de seleccionar, dentro de todas las hipótesis posibles, como la “verdadera” aquella es más sencilla. Estoy reemplazando la necesidad de verificar las consecuencias de los posibles de una teoría por la mera intuición surgida de mis observaciones superficiales.

Para el criterio habitual, la “verdad” radica en la sencillez y en la intuición. Cuanto más sencillo e intuitivo es un modelo, más verdadero.

En la historia de la filosofía del conocimiento esto se conoce como la “navaja de Occam” por su creador el fraile franciscano Guillermo de Occam del siglo XIV, a quien todos conocen por su inclusión como personaje central de ficción en la novela “En nombre de la rosa”.

El interrogante de Occam fue de avanzada para su época y aún hoy, no tiene una respuesta definida. La única posible es investigar las distintas hipótesis para llegar por descarte, a la de mayor posibilidad. Y esa es la práctica de los médicos.

Sin embargo, la respuesta de Occam a su propio planteo, fue y es muy retrograda, pues elude una hipótesis central: tanto en cuestiones vinculadas a la naturaleza como a la sociedad, la realidad siempre se presenta como doblemente engañosa: por un lado, por su complejidad inherente, y por el otro, el ocultamiento practicado por los grupos de interés.

Y esta faceta engañosa no es solo una problemática de las ciencias sociales. Históricamente también afectó a las ciencias naturales, en casos tales como la resistencia religiosa a la teoría heliocéntrica de Copérnico; a la relatividad einsteniana y a la determinación clínica del momento de la muerte.

Veamos como procede un médico frente a su paciente, sin duda un problema de naturaleza compleja. Existen signos externos definidos pero múltiples hipótesis respecto a

cómo se han generado. En el caso de la fiebre es un llamado de atención que obliga a revisar la causa del problema.

Y con el auxilio de teorías respecto a los funcionamientos del organismo (químicas, biológicas y físicas), confecciona varias hipótesis respecto a sus causas. De partida considera a esas hipótesis imposibles de resultar únicas y universales. Y llega a la más probable por descarte. Va rechazando una a una, hasta quedar con la más robusta.

Está realizando un diagnóstico y esto supone una etiología múltiple y retroalimentada, compatible con los signos externos de superficie ya existentes y los nuevos, cuya investigación es sugerida por la hipótesis no descartada: nuevos análisis clínicos, radiografías, etc.

16.2.4. El rechazo al diagnóstico

A pesar de resultar el diagnóstico una acción “de sentido común”, debemos plantearnos por qué existe un rechazo total a realizarlo por parte de las corrientes políticas mayoritarias.

Estamos en el terreno de la filosofía del conocimiento, un eje central para explicar, usufructuar y/o modificar los procesos que nos rodean. Desde ese punto de vista, las ciencias humanas, tales como la sociología y la economía, resultan disciplinas en un estadio de gran atraso relativo respecto a las ciencias de la naturaleza.

No solo nadie debate acerca del proceso de conocimiento en las disciplinas sociales y su aplicación mediante un diagnóstico previo, con las lógicas diferencias de enfoque entre los distintos autores. El problema es aún más grave. No se trata de un debate entre diagnóstico por supuestos errores o por una deficiente construcción metodológica. Al menos en economía, nos enfrentamos al rechazo liso y llano de la necesidad de un diagnóstico previo.

Y no se trata de un mero error, confusión u olvido. Esos diagnósticos no sólo no se realizan. Nadie intenta construirlos y encima su necesidad es negada de plano.

Pero lamentablemente las cosas siempre pueden ser más graves. Y lo son. A quienes pretenden realizar un diagnóstico se los agrede mediante chantaje ideológico. Y en el terreno del “escrache”, tanto neoliberales como populistas se llevan todas las palmas. Veamos cómo actúa cada grupo:

Neoliberales: como los problemas en economía tienen un origen único y universal, es decir, las regulaciones intervencionistas, quienes pretendan realizar un diagnóstico, en realidad encubren desde el vamos, su disposición a realizar políticas intervencionistas. Y la tachan de anticientífica por resultar contraria a la opinión académica mayoritaria. (Acotamos: esto último es una flagrante mentira a desarrollar en otra oportunidad).

De alguna manera, respecto al intervencionismo “oculto” tras el diagnóstico, tienen razón. Si alguien intenta un diagnóstico significa que pretende intervenir en la economía, aunque de manera correcta, diferenciándose de quienes lo hacen sin diagnóstico alguno y con una alta probabilidad de cometer serios errores. Pero para ellos no se trata de una intervención correcta o incorrecta. El problema radica en pretender intervenir en la economía.

Y esta posición queda reflejada en el ámbito académico. Hoy, un estudiante de ciencias económicas puede no escuchar ni leer el término diagnóstico o equivalente, en toda su carrera, ni de sus profesores, ni en la bibliografía recomendada.

Populistas: pretender realizar un diagnóstico, supone la existencia de una realidad objetiva con procesos autónomos, al margen de las decisiones humanas, y esto, para el populismo, no solo no existe, es de existencia imposible.

El fundamento del rechazo populista al diagnóstico, surge tanto de la filosofía nietzscheana (la realidad no existe, sólo opiniones sobre esa realidad); como de la crítica a la práctica de los medios masivos de comunicación social, cuando aducen objetividad para encubrir flagrantes mentiras.

Y a partir de allí, una generalización macabra: si la objetividad no existe en la comunicación social, su existencia no sería posible en ninguna ciencia social: sociología, antropología, economía, etc. Y con eso cae toda pretensión teórica, el instrumento fundamental, para penetrar una realidad compleja y autónoma.

Pero la gravedad del problema siempre puede ir un paso más allá. No solo la objetividad no existe. No puede existir. De hecho, al aplicar políticamente estos criterios surge algo más: “no debería existir”.

El solo hecho de plantear la necesidad de la objetividad en materia de ciencias sociales, es atacada desde el vamos como una pretensión de engañar a: (Aquí cada uno puede sazonar a gusto: “a los pueblos”, “a las masas”, “a las mayorías nacionales”, etc.). Quien pretenda realizar un diagnóstico, ya, desde el vamos, es un enemigo a aniquilar.

Existe un rechazo visceral al diagnóstico pues supone la existencia de procesos objetivos y autónomos. Y todas las corrientes mayoritarias, al aplicar de manera indiscriminada criterios filosóficos subjetivistas y criterios políticos voluntaristas, choca de pleno contra eso.

Sin embargo, de hecho, y de manera implícita, están realizando un diagnóstico. Pero partir de una ideología de base subjetiva y voluntarista, mezclada con la intuición. Están aplicando el criterio de la “navaja de Occam”, es decir, de todas las hipótesis posibles, la verdadera es y será siempre la más simple y evidente de todas ellas.

Y significa, en la práctica, predefinir una causa única e universal. Estamos ante la raíz de los graves errores sistémicos cometidos en materia de política económica y social.

En el ámbito académico, encontramos esa tendencia bajo el criterio de una científicidad sólo posible en base a simplificar hasta el hartazgo los modelos. Están aplicando, y de manera integral el criterio de la “navaja de Occam”.

Y si la causa es única y universal también lo debería ser su solución. O bien la causa deriva de la intervención del estado y deben ser aplicadas desregulaciones; o bien derivan de la no intervención del estado y deben aplicarse regulaciones más rigurosas.

La consecuencia inevitable de predefinir una causa y una solución única y universal en procesos inherentemente complejos, arroja como resultado un absurdo. Pero es lo habitual en materia inflacionaria (y en toda la política económica), por parte de las corrientes políticas prevalecientes, y resulta el origen directo de sus monumentales fracasos.

Utilizan una hipótesis predefinida dictada por una supuesta teoría, probablemente cierta en algún espacio y tiempo, pero convertida en ideología universal, sin someter a contrastación alguna con la realidad.

Pero esas soluciones estandarizadas ni siquiera rozan los verdaderos problemas: las deformaciones estructurales. Intentar sólo bajar la inflación, resulta equivalente a un médico intentando “bajar la fiebre”, sin tocar luego sus causas profundas, porque, de hecho, presumen no existen.

Para ellos sólo existen las evidencias de superficie, siempre engañosas por el doble velo encubriendo la realidad: su complejidad inherente y las ideologías prevalecientes. Se trata de un proceso mental llamado “negación de la realidad” por psicólogos y psiquiatras. No por casualidad el diagnóstico más habitual en sus consultorios.

Pero no es solo escapismo. También intentan sembrar confusión. Neoliberales y populistas encubren sus planteos bajo las propuestas de “reformas estructurales”, pero sin relación alguna con las deformaciones de la estructura productiva bajo nuestro análisis.

Son propuestas de reformas a las regulaciones vigentes, con sentidos opuestos, en materia tributaria, de trabajo, previsional, comercialización, etc. Pero en ningún caso realizan diagnóstico alguno respecto a la relación entre esas legislaciones vigentes, y/o corregidas, con los verdaderos problemas estructurales. ¿Están corrigiendo o consolidando las deformaciones?

Se limitan a propuestas de desregulación o ultra-regulación en esas materias, sin tener en cuenta sus efectos sobre las deformaciones de la estructura productiva y sus flujos, algunas de ellas originadas siglos atrás, que presionan hacia la inflación y síndromes equivalentes.

Desarrollistas: aunque aceptan el criterio del diagnóstico previo, solo llegan hasta reconocer la existencia de las deformaciones, bajo la denominación genérica y difusa de “restricciones”. P. ej., la “restricción externa”.

Y esa denominación lo dice casi todo. A la hora de sus recomendaciones de política económica solo deben ser tenidas en cuenta para intentar zafar de sus efectos. Respecto a corregirlas, ni una sola palabra. La recomendación implícita sería, “convivir” con una suerte de “maldición gitana”.

En resumen, no solo no existe diagnóstico, sino una cerrada negativa a realizarlo. El rechazo al diagnóstico implica negar la existencia de procesos objetivos y autónomos y por ende a la necesidad de una teoría para desentrañarlos. Sólo se manejan con la descripción de algunos efectos en superficie, siempre engañosos, en razón de la complejidad inherente de estos procesos y la existencia de intereses creados.

Nosotros también partimos de una ideología, pero intentamos aislarla de la mera intuición, a través del análisis concreto de la situación concreta, es decir, de un diagnóstico. Y no de un diagnóstico aislado, p. ej., del problema inflacionario, sino debe formar parte de un diagnóstico integral del país a analizar.

Pero un diagnóstico, necesita de una teoría, y de ella solo disponemos de algunos retazos, pero también de una vasta experiencia empírica a nivel histórico-mundial.

16.2.5. Hipótesis para un diagnóstico

Un grupo de hipótesis enlazadas conforman una teoría. Recopilemos los retazos disponibles:

1.- La hipótesis de una profunda **interrelación** entre todos los aspectos de un país: económicos, sociales, institucionales y ambientales y de su entorno externo, y todo esto a través de su historia. Esto me dice que una estrategia socio económica solo es posible adoptar de manera integral y preventiva, y contemplando todos los horizontes tempora-

les. No por casualidad esto nunca aparece. Sólo medidas paliativas financieras y cortoplacistas, es decir, un rechazo implícito del concepto de integralidad.

2. La hipótesis de estar inmerso en un sistema histórico capitalista, generando severas deformaciones. Las de tipo congénito, derivadas de las falencias y contradicciones de su modelo original; las provenientes de sus cambios evolutivos, y las impulsadas tanto por las reivindicaciones, como por los cambios tecnológicos.

3.- La hipótesis adicional de encontrarse dentro de los países de la periferia, afectados por su dependencia externa (tecnológica, financiera y comercial, y sus efectos políticos). Son anomalías en las relaciones externas y en la estructura productiva tanto en el flujo real como en el flujo financiero y sus interrelaciones. Y se expresan bajo diferentes formas económicas y sociales: déficit externo y fiscal, inflación y deflación, pobreza, distribución del ingreso, empleo, etc., y de manera diferencial respecto a los países centrales.

4.- La hipótesis del síndrome, es decir, esas deformaciones se expresan de manera diferencial en los diferentes niveles y no solo en superficie y como variación de precios (inflación y deflación).

5.- La hipótesis de la inflación como fenómeno multicausal, y con alta especificidad en los países de la periferia.

16.3. Cuestiones empíricas de la inflación

Luego de repasar algunas cuestiones teóricas alrededor de la inflación, ahora revisamos las cuestiones empíricas. Y lo hacemos alrededor de la medición de la inflación; sus limitaciones, (heterogeneidad, niveles y horizontes temporales); sus ritmos y niveles, y la inflación mundial y en Argentina, histórica y actual.

16.3.1. La medición de la inflación

La medición de la inflación responde a la definición generalizada ya vista con total ausencia teórica. Pero la ejecución de esa medición, arroja limitaciones adicionales. Sin embargo, por ahora, nuestras ausencias teóricas impiden, disponer de una alternativa, y debemos manejarnos con los índices disponibles.

Pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados y debemos intentar pequeños avances. En primer lugar, no confundir el fenómeno con su medición. En segundo lugar, hacerlo de manera crítica, es decir, asumiendo las limitaciones de esa medición. Ya sólo con esas precauciones podremos diferenciarnos de las corrientes convencionales.

Para conocer esa medición, acudimos al FMI: *“Cómo se mide la inflación. El costo de la vida para los consumidores depende del precio de muchos bienes y servicios y de la proporción que cada uno representa en el presupuesto familiar. Para medir el costo de la vida del consumidor medio, los gobiernos realizan encuestas de hogares para establecer una canasta de artículos de consumo habitual y rastrear la evolución de su costo en el tiempo. El costo de esa canasta en un determinado momento expresado en relación con un año base es el índice de precios al consumidor (IPC), y la variación porcentual del IPC en un período dado es la inflación de precios al consumidor, la medida de la inflación más ampliamente utilizada. (Por ejemplo, si el IPC del año base es 100 y el IPC actual es 110, la inflación del período es 10%).”*

16.3.2. Limitaciones de la medición

Dijimos asumir críticamente sus limitaciones, y éstas provienen de la heterogeneidad de precios, niveles, y horizontes temporales.

16.3.2.1. Heterogeneidad de Precios

El texto citado del FMI, a continuación, reconoce su principal limitación: el índice está compuesto por sub-índices de naturaleza diferencial. Veamos la más elemental de esas diferenciaciones:

- Un sub-índice de bienes y servicios en el mercado, expresando las tendencias “subyacentes y persistentes” (en Argentina se denomina inflación “núcleo”);
- Otro sub-índice, derivado de precios fijados por el gobierno (“regulados”-p. ej., servicios de infraestructura, servicios de salud pre-pagos, etc.);
- Un tercer grupo de precios volátiles o con variaciones temporales (“estacionales” o “flexibles”): frutas, verduras y otros bienes equivalentes.

A pesar de la distorsión por utilizar índices tan heterogéneos, unidos en un índice común como indicadores de inflación, el FMI, y toda la línea de economistas neoliberales, realizan sus recomendaciones anti-inflacionaria mediante ese índice general, es decir un promedio de precios altamente heterogéneo, sin matizar sus análisis según las distintas tendencias de cada grupo, incluso opuestas entre sí, y su papel diferencial en diferentes niveles de inflación y efectos según niveles de ingreso.

16.3.2.2. Heterogeneidad de niveles de inflación

Los índices miden un fenómeno de muy gran amplitud. Van desde la deflación hasta la hiperinflación, con causas y efectos diferenciales en cada uno de esos niveles. Ubicar a todos ellos bajo el mismo paraguas de la inflación ya es un grave error de partida.

Un esquema provvisorio de esos niveles (en términos de inflación anual) de acuerdo a la experiencia histórica es el siguiente: una inflación de hasta el 2 % anual es un movimiento “friccional” de precios. Los precios, siempre están en movimiento, aun cuando el índice fuese igual a cero. Y justifica que hasta ese 2 % no se considere inflación.

A partir de allí: ya entramos en terreno inflacionario. Puede ser “baja” (e/ 2-5%); “intermedia” (e/5-10%) y “alta” a partir de 2 dígitos. Y ya en “alta” inflación distinguimos entre:

- escalas inferiores de alta inflación (10-25 %);
- escalas medias-altas (25-50%);
- y muy altas con escalas de entre 50-99 %.

Por arriba de lo anterior encontramos niveles de 3 dígitos. Lo denominamos “mega-inflación”. A partir de 4 dígitos ya nos ubicamos en el terreno de la hiperinflación.

Y con una aclaración: si alguien me dice estar equivocado, pues la mega e hiper inflación es lo mismo y ya parten de niveles del 50 % anual, les aseguro, le doy la razón, a fin de evitar discusiones inconducentes y pasar rápidamente a debatir cómo hacer para pararla.

Para los monetaristas la hiperinflación parte de registros del 50 % anual (En Argentina ya estaríamos en hiperinflación). Y las normas contables internacionales son aún más restrictivas: la obligación de ajustes por inflación en los balances cuando se acu-

mula 100 % de inflación en 3 años (promedio del 26,5 % anual). Además, desde Abril/19, el ajuste de los balances por inflación ha vuelto a ser oficial en AFIP.

Pero todas estas son escalas positivas. Debemos agregar las variaciones negativas de precios: la deflación, con escalas aproximadas de entre 0 y -5 % anual. La sola existencia del fenómeno de la inflación, supone la existencia de su versus: la deflación. Y es un posible teórico contrastable en la realidad. Existe en numerosos países del mundo, y representa un fenómeno aún más negativo que el de la propia inflación.

En condiciones de un nivel intermedio de inflación, algunos países han sobrevivido por décadas. Pero en condiciones de deflación, aun siendo de bajo nivel, no lo pueden hacer. La deflación produce efectos recesivos y por ende de rentabilidad negativa. Y la reactivación se posterga de manera indefinida ante la expectativa de precios futuros aún más bajos.

En cambio, una inflación de nivel intermedio, puede no generar crisis terminales, aun en el mediano y largo plazo, mientras pueda descargar su costo social sobre los eslabones más débiles de la sociedad.

La deflación al actuar sobre las estructuras de costo de las empresas, elimina su rentabilidad y con ello, su propia existencia, afectando esa crisis a la sociedad en su conjunto.

16.3.2.3. Heterogeneidad de horizontes temporales:

La inflación conlleva efectos en todos los horizontes temporales donde nos ubicemos. Una distorsión de corto plazo puede recuperar su situación original rápidamente, pero de mantenerse en otros horizontes creará distorsiones adicionales y consolidarán las deformaciones ya existentes o bien pueden llegar a convertirse en una deformación adicional.

No es lo mismo una muy alta tasa de interés durante quince días para salvar una coyuntura mundial de movimientos entre monedas fuertes, que mantenerla a mediano plazo, pues modifica las estructuras de costos empresariales.

En el caso de Argentina, la persistencia de una mega inflación superior a 3 dígitos, durante 17 años continuos (1975-1991) contribuyó, de manera decidida, a modelar una economía ultrasensible a los shocks internacionales. Y la convirtieron en la más vulnerable del mundo según la medición de Bloomberg, por sus desmedidas reacciones, frente a los shocks internacionales, respecto al resto de la periferia.

16.3.3. Ritmos y niveles de la inflación

Toda esta heterogeneidad de precios, niveles y horizontes también generan efectos diferenciales en los ritmos y niveles de inflación.

16.3.3.1. Ritmos diferenciales de precios

Las diferencias en ritmos por categorías de precios es un instrumento vital del diagnóstico. Con esos elementos, podríamos advertir velocidades diferenciales, generando efectos de traslación de ingresos entre grupos sociales, sectores y regiones.

Para ello, los promedios, deberían ser separados en categorías homogéneas a fin de analizar su ritmo diferencial. P. ej., en precios núcleo, regulados y estacionales, y a su vez en cada una de esas categorías, separar por sector: los precios núcleo en: alimentos, mantenimiento del hogar, salud etc. Y a su vez, en cada sector, según la morfología de mercado (en competencia, monopólico, etc.) de cada eslabón de la cadena productiva (materia prima, procesamiento y producto final).

Es la única forma de advertir situaciones específicas, claves en materia de política social. P. ej.: un incremento de precios de medicamentos por arriba de la media afecta, en particular, a los jubilados; una caída del precio mundial del azúcar afecta el ingreso de los productores cañeros

16.3.3.2. Niveles diferenciales de inflación

Repasamos esta problemática a nivel mundial y las formas adoptadas en Argentina.

16.3.3.2.1. Condiciones actuales internacionales

Las analizaremos en sus niveles y efectos.

16.3.3.2.1.1. Niveles de inflación mundial

El número de países con bajo nivel de inflación (hasta un 5 % anual) han pasado del 30,5 % del total de países en el año 2008, al 75 % entre los años 2015 y 2018. Aun teniendo en cuenta el efecto sobre la inflación por la recesión generada por la crisis del 2008, la tendencia hacia la reducción ha sido rotunda.

Son datos utilizados hasta el hartazgo por el neoliberalismo, pues en ese contexto mundial, se justificaría aún más, realizar fuertes medidas de ajuste para adecuarse a esa tendencia mundial hacia la baja de la inflación.

Pero al no diferenciar niveles, esa estadística esconde una trampa. Introduce de contrabando, en la categoría de baja inflación, a países con deflación. Países estos con un problema mucho más grave que la propia inflación. P. ej., en U.E., el promedio de inflación anual en 2008 fue del 0,17 % y en 2018 solo asciende al 1,72 %. Y para ese nivel promedio de la región, varios de ellos contienen valores negativos.

Al plantear una categoría estadística: “de hasta el 5 %”, incluye países con variación negativa. Pasaron de casi inexistentes en 2008 (sólo dos en el mundo) a 42 países en 2015.

Y no solo debemos separar los países con valores negativos. También debemos hacerlo con aquellos, aun con inflación positiva, pero en una escala cercana a los valores negativos (p. ej. entre 0 y 1% anual).

Son países “al borde” de caer en deflación. Y el número de países en esa escala pasaron de 8 a 34 entre 2008 y 2015. De esa forma, si adoptamos la escala de inflación de hasta el 1 %, es decir, los países en deflación y riesgo de caer en ella, nos encontramos, pasaron de 10 países en 2008 a 76 países en 2015. Aun habiendo mejorado la situación, en 2018 siguen siendo 19 países, casi el doble del 2008.

Aunque existe una definida tendencia bajista, el neoliberalismo intenta exagerarla, para justificar la prioridad y urgencia de una política de fuertes ajustes. Y lo hacen introduciendo de contrabando, junto a legítimos bajos niveles de inflación, la estadística de países con deflación y alto riesgo de caer en ella. Y además, sin diferenciar países centrales de periféricos.

No solo fundamentan sus políticas de ajuste en un falso argumento, sino, de paso, ocultan el drama de la deflación, provocada, justamente por la aplicación de sus obsesivas políticas monetaristas. Países de Europa y Japón enfrentan el problema de la deflación, y sus bancos centrales, aun con tasas cercanas al cero y fuerte expansión monetaria no pueden lograr niveles mínimos de inflación positiva debido a las distorsiones provocadas por las políticas neoliberales durante décadas.

El caso de Japón es el más notorio. Lleva un cuarto de siglo con el PBI estancado por la deflación e intentando políticas para generar inflación, pero con un rotundo fracaso. En ese periodo de 25 años, Japón detentó en materia de índice de precios: 11 años con índice negativo, 10 años con índice positivo, pero entre 0 y 1 %; y solo 4 años con más de 1 %. El nivel más alto logrado fue el 2,5 %.

En esos países intentan generar inflación de manera artificial. Y lo hacen comprando con emisión, papeles de deuda empresaria, y manteniendo tasas de referencia cercana al cero, e incluso negativa, como castigo al exceso de liquidez de los bancos.

Como esas políticas ponen en ridículo los criterios neoliberales habitualmente recomendados en la periferia, tratan de encubrirlas bajo el objetivo de “estimular los precios para lograr la estabilidad”. Estabilidad, pero en el rango positivo de las escalas de inflación. Esa estabilidad, en un rango negativo de inflación, significa recesión.

Y más razones de ocultamiento. Estas políticas en países centrales, aunque “inversas” a sus habituales recomendaciones en la periferia, también han fracasado, y lo más increíble, por el mismo motivo por el cual fracasan en la periferia: el manejo excluyente de instrumentos monetarios frente a graves problemas estructurales.

En el capitalismo actual, mientras la inflación se mantenga estable en las escalas del 2-5 % anual, para países centrales; y en escalas del 5-10 % para países periféricos, favorece el crecimiento, aunque relativamente bajo y con distribución regresiva, pero imposible lograr, tanto en condiciones de deflación como de alta inflación.

16.3.3.2.1.2. Efectos de la inflación mundial

Los niveles diferenciales de inflación mundial provocan tal diversidad de efectos que los convierten en fenómenos diferenciales para los cuales resulta necesario un tratamiento específico.

En niveles de hasta un 5 % de inflación en los países centrales y hasta el 10 % en los periféricos, no sólo son soportables, sino alentados para lograr un funcionamiento fluido de la economía. Esos niveles de inflación juegan, respecto a las deformaciones de la economía, tanto las congénitas del capitalismo, como las derivadas del fenómeno de la dependencia, un papel equivalente al aceite más pesado en el motor cuando vendemos un automóvil usado. Y de esa manera evitar se escuchen sus golpeteos, y poder trasladar al comprador, el costo de su reparación.

De manera similar, las dirigencias políticas gobernantes, mediante esos bajos niveles de inflación, también “venden” una aparente “normalidad” en la economía, y de esa manera, el costo de los problemas de fondo los cague el gobierno siguiente.

Cuando la inflación ya es de dos dígitos (a partir del 10 % anual), estamos plenamente en el terreno de la inflación. Pero el arco es muy amplio y debemos diferenciar. En sus cotas inferiores (entre 10-25%), al menos en los países de la periferia los efectos son relativamente moderados. Aunque provoca cambios en los precios relativos de variables clave (tipo de cambio, salarios, energía, alimentos, tasa de interés, etc.), sus efectos sociales de tipo regresivo son visibles, sólo en el mediano plazo, pero compensables con políticas laborales y sociales.

En cotas superiores ya estamos en el terreno de la alta inflación donde los efectos son múltiples y todos de importancia central: redistribución regresiva del ingreso, cambio de precios relativos redistribuyendo el ingreso sectorial y regional, y otros. Son efectos en el campo de la acumulación y distribución y temporalmente se ubican, incluso, en el corto plazo.

Ya con una inflación de 3 dígitos, es decir, en una mega inflación, no afecta solo las tendencias. También incide en todas y cada una de las decisiones de los agentes económicos. P.ej., el empresario, en lugar de tomar decisiones frente a costos de oportunidad, sólo intenta reacomodarse frente a los altísimos niveles de inflación, y en ese continuo proceso de adaptación, realimenta las deformaciones y persiste esa mega inflación.

Por arriba de ese nivel, es el caso de la hiperinflación, donde los niveles cuantitativos, podrán ser de miles o millones por ciento de incremento de precios. Pero ya no tiene importancia. Estamos frente una problemática, no cuantitativa, sino cualitativa, y por ende, más profunda: la desaparición de la moneda local, un instrumento fundamental para hacer posible adoptar decisiones autónomas.

La inflación, en los niveles anteriores ya venía provocando la perdida de algunas de las funciones de la moneda, pero en condiciones de hiperinflación, las pierde a todas y de hecho es reemplazada, por una moneda fuerte (dólar p. ej.), y por el trueque.

16.3.4. La inflación en la historia económica de Argentina

Habitualmente el análisis histórico de la inflación en Argentina, es realizada por autores de orientación neoliberal, y lo hacen con verdadera fruición. Pero esos análisis conllevan una limitación que los invalida: utilizan promedios de series de muy largo plazo.

Como metodología en historia económica es un absurdo. De esa manera se encubren fenómenos específicos de algunos sub-periodos, que si los interrogamos de manera específica, surgirán elementos claves para profundizar el diagnóstico.

La alternativa es el análisis de las tendencias de sus variaciones anuales a fin de caracterizar períodos relativamente homogéneos de la economía argentina, tanto por las tendencias como por las políticas implementadas.

Incluso esa visión en base a “promedios” de largo plazo tiene víctimas políticas con nombre y apellido: “la inflación comenzó con el peronismo”. Un absurdo total.

Lo que comenzó con el peronismo es a medirse la inflación, y de manera sistemática. El índice empezó a elaborarse en 1943, impulsado por un ignoto Cnel. Perón, a la sazón, Secretario de Trabajo y Previsión.

Pero antes echemos un vistazo a los períodos precedentes. Mencionamos, sólo a manera ilustrativa, el promedio anual de inflación expuesto por Orlando Ferreres en su libro: “Dos siglos de la economía argentina”:

• Guerras de la Independencia	(1810-1820):	2,8%
• Caudillos y Rosas	(1821-1852):	3,2 %
• Organización Nacional	(1853-1879)	2,3 %
• República Conservadora	(1880-1915)	1,6 %
• Reforma Electoral y Etapa Radical	(1916-1930)	1,4 %
• Golpes de Estado y Fraude Patriótico	(1931-1944)	0,3 %

Aun tomando esto como cierto, fueron índices, que en aquellas condiciones mundiales y locales, pueden ser considerados como relativamente altos. Índices positivos de esa magnitud durante la vigencia del patrón oro (1899-1929), o bien en períodos con fuertes presiones deflacionarias (p. ej. 1931-44), e incluso períodos con ambos caracteres combinados, nos indica la probable existencia de precios de algún sector (¿alimentos quizás?) pudiendo detentar una fuerte inflación relativa, compensada por la reducción de precios en bienes industriales importados.

De hecho, tenemos una “puntita del hilo” en el propio índice oficial. El de 1944 respecto a 1943 fue negativo. El contexto: guerra, recesión y controles de precios. A partir del final de esa guerra (Mayo de 1945) y durante la primera presidencia del General Perón (1946-51), se advierte un nivel 2 dígitos, aunque en su cota inferior (13-14 %, en 1947-48).

Desde allí asciende, pero siempre en la escala 2 dígitos, hasta casi 40 % en 1952. Y se logra bajar a un dígito (3-4 %) en 1953-54, coincidente con una fuerte recesión.

Luego vuelve al nivel de 2 dígitos y crece hasta alcanzar poco más del 30 % en 1958. A fines de ese año, el 28-12-58, día de los Santos Inocentes, se firma el primer acuerdo Argentina-FMI, exigiendo una fuerte devaluación con definidos efectos inflacionarios. Y en 1959 se produce por primera vez una inflación de tres dígitos (113,7%).

En 1960-67 vuelve a dos dígitos con prevalencia de índices de entre 15-30 %. Pero ya en 1967, el ajuste fiscal y monetario del plan Krieger Vasena, disminuye esos niveles, y la tendencia bajista culmina en 1969 con el nivel de un dígito (7,6 %).

Pero ese ajuste no fue “gratuito”. Sus efectos sociales, sumado a las condiciones políticas de un gobierno de facto, generaron eventos como el “Cordobazo” y similares en el resto del país.

Se inicia así un ciclo de fuertes perturbaciones políticas y económicas llevando el índice a niveles del 60 % en los años 1972-73. Perón asume el 12-10-73 y plantea un objetivo de “inflación cero”, en base a subsidiar el dólar para importar insumos petroquímicos con la pretensión de aislar la inflación externa producida por la cuadruplicación del precio del petróleo.

Los efectos de esa política de subsidiar el dólar, recién son visibles en 1974. Aunque aún con una inflación en el nivel de 2 dígitos, se reduce 60 % respecto al año anterior. Y el efecto bajista se mantuvo hasta los primeros meses de 1975.

Sin embargo, las consecuencias políticas derivadas del fallecimiento de Perón (Julio 1974), sumado a fuertes perturbaciones mundiales (crisis del petróleo en Octubre '73), modificaron radicalmente el panorama.

En Junio de 1975, el Ministro Celestino Rodrigo, libera el precio de los combustibles y desata un fuerte proceso inflacionario, llevando el índice a un nivel de tres dígitos, perdurando hasta 1991 inclusive. Solo un año -1986- en todo ese periodo, el índice detentó un nivel levemente inferior (90 %).

Los intentos del gobierno militar (1976-1983) por limitar la inflación, uno de los objetivos centrales con el que pretendió justificar su irrupción sangrienta, resultaron infructuosos. El Ministro Martínez de Hoz intentó cuatro estrategias diferentes y sucesivas sin efecto alguno.

Con la vuelta a la democracia el proceso inflacionario se intensifica y sigue creciendo en ese nivel de 3 dígitos. En esas condiciones, el gobierno de Alfonsín ensaya (Junio de 1985) el “Plan Austral”, con las limitaciones propias de un programa de corto plazo: efectos positivos sólo durante algunos meses y un impacto imperceptible en la estadística anual: 90 % en 1986.

Y los niveles de inflación, no solo vuelven a elevarse. En 1989-90, (en Julio de 1989, asunción anticipada de Menem), aparece una nueva dimensión de la inflación en Argentina: niveles de cuatro dígitos, posibles de calificar como “episodios hiperinflacionarios”.

En ese contexto aparece el Plan Convertibilidad (Cavallo-1991) con un impacto cuantitativo notable: de 3 dígitos en 1991, a 2 dígitos en 1992 y casi un dígito en 1993.

Y no abandonó ese nivel hasta 2002. Pero aunque anualmente pequeña, la acumulación de inflación de varios años, frente a un tipo de cambio fijo, provocó perturbaciones derivadas de un fuerte retraso cambiario.

Y un problema adicional: en los 3 últimos años de la convertibilidad, el IPC (Índice de Precios al Consumidor), arrojó un resultado negativo. Asomaba el fantasma del versus de la inflación: la deflación, tan o más grave que la propia inflación a evitar.

En 2002, la salida violenta de la convertibilidad, provoca una grave crisis económica y social, equivalente a la de 1989-90. El PBI cae 20 %, el peso se devalúa en el 200 %, y se duplican niveles de pobreza e indigencia. Sin embargo, el IPC del año 2002 varía sólo en un 25,9 %, sin acusar la gravedad del contexto.

Fue la gran sorpresa. A pesar de una devaluación inicial del 300% (dólar de \$1 a \$4), luego reducida al 200% (dólar a \$ 3), el efecto sobre los precios fue muy atenuado. La profunda recesión hizo posible sólo una transferencia parcial a los precios internos.

Hasta ese momento la práctica empresaria fijaba precios tomando la devaluación como “piso”. Ahora era el “techo”. Y un techo muy lejano. La recesión ya iniciada en 1998 y agudizada en 2002, había modificado las pautas del comportamiento empresario.

Y a partir de allí los índices se reducen hasta un dígito en 2004 (4,4%). Aunque en 2005 y 2006 se duplican, en perspectiva histórica, seguían siendo bajos.

A partir del año 2007, una historia diferente. El IPC es puesto en tela de juicio por no acusar las variaciones percibidas por el público y los especialistas. Incluso en el 2014, se llegó a la aberración de eliminar el indicador.

Hasta allí, el carácter diferencial de la inflación en Argentina respecto al resto del mundo y de su propio historial, fue la persistencia de la mega inflación en el muy largo plazo: 1975-1991. Fueron 17 años consecutivos con inflación de 3 dígitos, incluyendo los episodios hiperinflacionarios de 4 dígitos en 1989 y 1990.

Fueron muy altos niveles asociados a episodios de crisis con graves efectos sociales. Aunque en la historia económica mundial hubo mega e hiperinflaciones mucho más altas, no de miles, sino de millones por ciento, duraron sólo semanas (Alemania, 1923; Hungría, 1945; Grecia, 1946). En el caso de Argentina, fue único en el mundo por su nivel (mega inflación) y su extensión en el tiempo (17 años). Fueron años traumáticos deformantes de los precios relativos, y marcaron a fuego la memoria de los argentinos.

La prueba es imborrable, a la moneda, a fin de contar con números manejables, quitaron, hasta ahora, 13 ceros. A los pesos moneda nacional (\$ m/n), vigentes desde 1881, se les quitó 4 ceros en 1968 (\$ Ley 18.188); 2 ceros en Enero de 1983 (\$ argentinos); 3 ceros en 1985 (australes); y 4 cuatro ceros en 1991 (\$ actuales).

Ese sub-periodo, por su nivel y extensión, único en la historia económica mundial, es una clave para entender porque hoy Argentina es la economía más vulnerable del mundo (Bloomberg). Y esto queda oculto en los análisis neoliberales, tras el promedio de inflación de varias décadas, utilizado para señalar al peronismo como único culpable de su existencia.

16.3.5. La inflación en la Argentina actual

Y la sensación, al salir de la hiperinflación, fue similar a la de un piloto de Fórmula 1, marchando durante horas a más de 300 km/hora, y al entrar en boxes, rueda a 10-15 km/hora, generando la sensación de estar detenido, provocando no pocos accidentes.

En nuestro caso, luego de experimentar una muy larga mega inflación, con episodios hiperinflacionarios incluidos, encontrarse con niveles de entre 4 y 10 % en 2003-07, generaron la sensación de ausencia del problema inflacionario. E incluso niveles posteriores (2007-15), nueve años, con un promedio aproximado del 25 %, aunque, de manera objetiva, es alta inflación, aparentaba resultar llevadera.

Mientras tanto, el índice promedio oficial 2007-14 (8 años) acusaba un promedio de sólo el 11,1 % y las estimaciones privadas fueron desestimadas con el siguiente argumento: *“Si la inflación fuera de un 25 % el país estallaría por los aires”* (CFK). Significaba: como el país no estallaba, las estimaciones no oficiales no tenían sustento alguno.

Argentina había estallado, pero luego de una hiper de 4 dígitos, (1989/90), con más el arrastre de 17 años de mega inflación, niveles éstos muy lejanos, a la escala del 25 % por donde, en esos momentos transcurría la inflación.

Fueron niveles en las cotas inferiores de la escala de alta inflación, pero con una peculiaridad: su persistencia en ese nivel. No aparecía el riesgo de décadas anteriores, es decir, una espiralización retroalimentada, que llegara rápidamente a una muy alta y mega inflación.

Sin embargo, esos niveles se mantuvieron durante demasiado tiempo (2007-18 – once años), por arriba del 20 %, produciendo efectos económicos y sociales negativos de mediano y largo plazo.

Pero esos efectos sociales negativos, estuvieron limitados por el funcionamiento de las paritarias, en cambio, los efectos económicos como el retraso cambiario y de tarifas afectaron el proceso de acumulación.

Hacia fines del 2015, un quiebre abrupto de la política económica, ajustó las variables retrasadas, llevando la inflación a niveles superiores al 50 %. Y ya luego de los ajustes post PASO, reaparece el fantasma de la mega e hiper inflación y sus gravísimas consecuencias sociales.

El tema de la inflación reaparece en el podio de las encuestas, y hace imprescindible intentar profundizar el tema a fin de consensuar un diagnóstico correcto. Con ello en la mano, las medidas a adoptar estarían “cantadas” de antemano.

Sin embargo lo más difícil será acordar un diagnóstico pues chocará con la negativa de las corrientes mayoritarias cuyo punto de partida son causas y efectos únicos y universales. Por eso, luego de haber analizado los aspectos teóricos y empíricos pasamos a revisar causas y efectos de la inflación.

Y comenzamos por los efectos a fin de tomar conciencia de la dimensión del problema y sus gravísimos efectos sociales y económicos a fin de tener en claro la necesidad vital de encontrar sus causas, como única posibilidad real de eliminarla, o al menos, limitar sus efectos.

16.4. Efectos de la inflación

Aquí radican las diferencias más importantes de nuestro planteo respecto a los criterios prevalecientes en las corrientes mayoritarias. Todos hablamos de inflación y la ne-

cesidad, de al menos, atemperarla. ¿Pero porque? Nuestras razones no son diferentes a la de uso corriente, pero sí, intentan resultar más englobantes.

Las corrientes mayoritarias (desarrollismo, populismo y neoliberalismo), dicen luchar contra la inflación, pero su visión sobre el abanico de efectos y causas es muy limitada, convirtiendo en infériles, e incluso de efecto perverso, algunas de las formas de lucha anti-inflacionaria propuestas.

Y este tema de los efectos, detenta aspectos políticos de primer orden, pues las corrientes mayoritarias consideran efectos parciales respecto al universo posible deformando todo el análisis.

Esto se debe a su concepción filosófica subjetivista orientada a la búsqueda de soluciones, únicas, universales y de la mayor simpleza posible. Y para ello resulta necesario que las causas y efectos también resulten únicos, universales, y lo mas simples posible, influyendo esto de manera decidida en sus propuestas. Lo veremos funcionar en cada caso.

Nosotros partimos desde un lugar diferente: intentar una visión objetivista. En ese sentido lo central resulta de las condiciones históricas y específicas de cada país, y lleva la complejidad inherente a los procesos económico-sociales: autonomía y combinatoria con las decisiones humanas derivadas de intereses y reivindicaciones.

Por ende, en nuestro universo, las soluciones siempre serán específicas y sólo posibles a partir de un diagnóstico, para decirnos cuál es la preeminencia de uno u otro efecto en cada país, sus causas y la forma de combinarse en cada coyuntura.

Bajo esta perspectiva los efectos posibles cubren un amplio abanico: sobre el crecimiento, la distribución del ingreso, las funciones de la moneda, las condiciones fiscales y los precios relativos. Y complementamos la gama de efectos con los derivados de una lectura incorrecta de los índices de inflación.

16.4.1. Efectos sobre el crecimiento.

La ausencia de una sólida teoría, nos obliga a recurrir a la experiencia histórica. Por ella, sabemos que el crecimiento y la puja social resultan inherentes al capitalismo. Y ésta última no por el crecimiento en sí mismo, sino por la apropiación de los frutos de esa acumulación, es decir por la distribución del ingreso.

Además, la experiencia histórica nos habla de una relación entre la inflación y el crecimiento dependiente del nivel relativo de la inflación y de su horizonte temporal. Condiciones de baja inflación (entre 1 y 5 % en países centrales y hasta el 10 % en países periféricos), parecerían facilitar el crecimiento.

En ese sentido, la inflación funciona como el aceite pesado en un motor con fallas. Y esas fallas provienen de deformaciones congénitas del capitalismo, sumado y potenciado por el fenómeno de la dependencia en la periferia.

Una inflación en bajos niveles coadyuva a no percibir en superficie esas deformaciones. Pero a medida que esos niveles se van espiralizando y extendiendo su horizonte temporal, aparecen fenómenos afectando las decisiones de inversión, un tema central en el funcionamiento del capitalismo. En lugar de motorizar, pasa a convertirse en un freno al crecimiento.

Allí aparecen fenómenos como el de la estanflación, donde se combinan inflación y estancamiento. Y si seguimos subiendo en la escala de los niveles de inflación, ya modi-

fica el sistema de decisiones empresaria y provoca regresividad sobre la distribución del ingreso. Ambas se potencian y revierte el proceso de crecimiento, nato del capitalismo.

Y ya en una escala superior, en condiciones de mega e hiperinflación, desaparece toda referencia. Paraliza las decisiones empresarias y todo el sistema económico.

Por el contrario, un bajo nivel de inflación crea un contexto donde las políticas de crecimiento y redistribución progresiva son posibles. Pero ese contexto no se generará de manera automática tal como lo sugieren las usinas neoliberales. El crecimiento con progresividad requiere de políticas paralelas, simultaneas y coordinadas con las de tipo antiinflacionarias, que el neoliberalismo rechaza de plano por “intervencionistas”.

Solo aceptan como políticas antiinflacionarias, el versus de ese intervencionismo: la desregulación. En el contexto de ese tipo de políticas, el impacto negativo de la inflación sobre el crecimiento y la distribución del ingreso, se potencian mutuamente. Más aún, el neoliberalismo recomienda, y de manera explícita, la prioridad en bajar la inflación, aún a costa de sacrificar el crecimiento y la distribución del ingreso.

16.4.2. Efectos sobre la distribución del ingreso

La importancia social de los procesos inflacionarios, en todos sus niveles, deriva de su impacto regresivo sobre la distribución del ingreso: reduce la capacidad de compra de los segmentos de menores ingresos, y, de hecho, produce un traslado de esos recursos hacia a los niveles de altos ingresos, generando mayores niveles de pobreza y agravando la brecha social.

El problema se presenta cuando el enfoque populista le otorga al efecto distributivo el carácter de único relevante y, de hecho, excluye el resto. Y es el producto del rechazo visceral de efectos surgidos de procesos objetivos y autónomos. Sólo son válidos aquellos efectos visibles en superficie. Y de hecho desconocen otros efectos tales como sobre el crecimiento, precios relativos, funciones de la moneda, etc.

El efecto de la inflación sobre la distribución del ingreso queda expuesto en superficie cuando los niveles de inflación avanzan más rápidamente que el salario nominal. Resulta muy elemental deducir de allí un deterioro el salario real tendiente a incrementar la pobreza e indigencia, y hacia una distribución del ingreso más regresiva.

Pero además de resultar parcial, debilitan su propio argumento. Utilizan, en el análisis de los efectos de la inflación, categorías e instrumentos vinculados a la distribución del ingreso. Pero solo cuando gobierna el “enemigo”. En períodos de gobiernos “amigos”, estos argumentos son excluidos con precisión quirúrgica. Una expresión más de su voluntarismo patológico.

Intentaremos analizar el efecto de la inflación sobre la distribución del ingreso bajo nuestros cánones, es decir, en términos teóricos e históricos.

16.4.2.1. Efectos sobre la distribución del ingreso en términos teóricos

El efecto existe, pero parte de la puja más elemental del sistema capitalista: la distribución del excedente económico entre salarios y beneficios. El salario no es parte del proceso de acumulación, es decir el costo salarial como insumo, tal como lo muestra la apariencia de la hoja de balance. La teoría disponible nos dice, se trata de un aspecto central del proceso de distribución del excedente entre salarios y ganancias.

Y esa puja distributiva básica se produce aún en ausencia de deformaciones e inflación. Es la puja social, canalizada institucionalmente bajo la forma de paritarias. Un sistema institucional de los países centrales, pero en la periferia deja afuera a actividad-

des, aunque marginales, representan gran parte de la población trabajadora: economía subterránea, actividades de baja productividad, cuentapropismo, economías campesinas, etc.

Pero ya en primeros escalones inflacionarios, la puja tiende a incentivarse. Los empresarios quieren otorgar sólo aumentos por productividad, y para los gremios, la prioridad es recuperar primero el nivel del salario real.

Y a medida que se asciende en los niveles de inflación, la puja se agudiza, pero con una particularidad: ganan siempre los titulares del capital y pierden los trabajadores. Pierden incluso suponiendo un ajuste salarial óptimo, es decir, automático e igual a la inflación. Y este fenómeno se produce porque en cada periodo (quincena, mes, semestre o año), el salario se mueve por escalones discontinuos; frente a precios crecientes de manera continua.

En ese periodo intermedio, el salario va perdiendo valor día a día, en un monto igual a la superficie del triángulo situado entre la línea continua de los precios y la línea discontinua del salario. De esa gráfica surge la famosa frase atribuida a Perón: “*mientras los precios van por el ascensor, los salarios van por la escalera*”.

Para conocer la pérdida total del salario, debería sumarse en cada periodo, por un lado, la pérdida sufrida por la diferencia entre el alza de salarios y el nivel de inflación, y por el otro, la superficie entre la curva de la inflación y la línea quebrada del salario, bajo la hipótesis de haber alcanzado el nivel de la inflación. El deterioro salarial es la suma de ambas.

A pesar de resultar un interesantísimo ejercicio de aplicación de alta matemática, (uso de integrales porque uno de los lados del triángulo es una curva), nadie, en el mundo académico, ha intentado estimarlo.

16.4.2.2. Efectos sobre la distribución del ingreso en términos históricos

En el análisis de las experiencias históricas hemos encontrado rasgos diferenciales según los niveles de la inflación, su persistencia en el tiempo y las condiciones institucionales.

En condiciones de baja inflación, también existen efectos regresivos, pero en los niveles inferiores de ingresos depende de las condiciones institucionales. En ese sentido, diferenciamos bajos ingresos de microempresas y cuentapropistas, cuyos precios son de ajuste continuo; de los ingresos discontinuos formales o informales tales como salarios, planes sociales y jubilaciones.

En estos últimos casos, aunque el ajuste por inflación fuese perfecto, siempre pierde en la zona entre pagos discontinuos y una inflación continua.

Sin embargo, ese efecto, en condiciones de bajo inflación no es agudo y las políticas redistributivas (sistema tributario progresivo, subsidios, etc.) pueden compensar esa pérdida.

Pero a medida que los niveles de inflación crecen (alta, mega e híper), aparecen serias limitaciones en las políticas sociales de tipo paliativo, frente al impacto inflacionario.

Y ya no se trata de sólo de pérdida del salario real. Esos altos niveles de inflación, también actúa sobre los niveles de actividad, y se traducen en suspensiones y desocupación por cierre temporal y/o definitivo de empresas. Ya no se trata de una pérdida de ingresos sino de la desaparición de ese ingreso.

Pero hablamos de movimientos de precios promedio por sobre el cero. Cuando el fenómeno se exterioriza por debajo del cero, es decir, una deflación, con efectos más graves que los de la propia inflación.

Aunque de manera aparente, la deflación incrementa el ingreso real de un asalariado, al afectar los niveles de rentabilidad de la empresa y su exclusión del mercado, termina generando desocupación, el grado máximo de pérdida del salario real.

Todas estas consideraciones teóricas e históricas, están ausentes cuando se realiza el análisis del efecto social de la inflación, en términos excluyente de otros efectos.

16.4.3. Efectos sobre las funciones de la moneda

La moneda, desde su formato de un bien considerado difícil de obtener, pasó a un valor intrínseco universal, (oro y plata), y desde allí hasta la actual moneda digital, siempre ha detentado, tres funciones básicas: medio de pago, común denominador de valores, y acumulación de activos.

La importancia de esta caracterización deriva de su capacidad de aplicación a todos los modos históricos de producción. Incluso Marx, bajo una visión crítica del capitalismo, utilizó este esquema para analizar el papel de la moneda en el funcionamiento del sistema económico.

Los niveles de inflación tienen efectos contundentes y diferenciales sobre estas funciones. Sus cotas más bajas (p. ej. h/ 5 % anual), de acuerdo a la experiencia histórica mundial, no afectaría a estas funciones. Pero, a partir de esos niveles ya comienza a limitarlas. Y en la medida que esos niveles se incrementan, van debilitando, una a una esas funciones, hasta su completa desaparición.

Estamos hablando de la desaparición de la moneda local, un elemento central para adoptar decisiones autónomas. Estamos en un terreno mucho más allá de la economía. Se trata de la desaparición de la moneda, un eje básico para ejercer la soberanía en las decisiones económico-sociales.

Y en una inflación ascendente, la primera función afectada es la moneda como acumulación de activos, una variable macroeconómica clave en un país capitalista, exteriorizada en la variable “ahorro interno”.

Su ausencia implica que la inversión, insumo básico del proceso de acumulación, debe ser financiada con ahorro externo, donde todas sus formas posibles ya revisadas (radicación de capitales, capital especulativo y préstamos) detentan serios efectos negativos en diferentes horizontes de tiempo.

El efecto inflacionario sobre el ahorro resulta contundente: no se ahorra en moneda nacional sino en divisas extranjeras provenientes de países de bajo nivel inflacionario y probada estabilidad histórica. Y allí se lleva las palmas, el ahorro en dólares (en el “colchón”, en bancos, o en el extranjero).

Y no es producto de un trastorno obsesivo-compulsivo (TOC) de los argentinos por el dólar, sino producto de las deformaciones estructurales, una de cuyas expresiones en superficie es la inflación. Y hasta ahora ha obligado a eliminar 13 ceros. El más transparente efecto de un alto nivel de deformaciones estructurales.

De allí, la muy alta tenencia de dólares por argentinos, dentro y fuera del país, revisado al analizar a fines del 2018 los flujos financieros externos. Sólo tomando los dólares físicos dentro del país, Argentina detenta el nivel mundial más alto por persona fuera de los EE.UU., y genera, de hecho, una economía bimonetaria.

Sectores del neoliberalismo plantean este bi-monetarismo como un objetivo formal, sin advertir que en Argentina ya ha sido implementado, de hecho, sin necesidad de ley de convertibilidad o dolarización alguna.

Ignorar esta deformación, produce graves errores en materia de política económica. P. ej., el FMI, se vio obligado a aceptar la eliminación de las bandas cambiarias, por sus graves efectos sobre el tipo de cambio, cuando su objetivo era estabilizarlo.

Esa y otras deformaciones equivalentes tienen un grado de avance tal, que convierten los efectos lógicos de la mayoría de las medidas convencionales de política económica en un efecto perverso, es decir, inverso al pretendido.

Y con una inflación en ascenso, liquida la siguiente función: común denominador de los valores. En períodos de muy alta inflación en Argentina, (1975-1992), los precios en diarios y vidrieras estaban en dólares. Aunque aún se utilizaba moneda argentina, el pago se ejecutaba a la cotización del momento de la compra.

E incluso ya había comenzado afectar su función más elemental: medio de pago. Quien recibía pesos por el pago de un bien o servicio, corría el riesgo de perder, en el breve lapso transcurrido entre recibir esos pesos y gastarlos o ir hasta la casa de cambios.

Por eso, las operaciones de alto valor donde este riesgo era mayor, se realizaban solo en billetes de dólar. Y luego perduraron como “usos y costumbres” en períodos de relativa estabilidad para operaciones inmobiliarias.

En esas condiciones, ya no se trata de un nivel sólo más alto. En hiperinflación pierde sentido diferenciar entre subas de precios del 1.500 % y del 10.000 %. En esos niveles es un grave error analizar el fenómeno en términos de inflación. El verdadero fenómeno es la desaparición de la moneda nacional. Algo políticamente muy importante, pues forma parte de la capacidad de adoptar decisiones autónomas. En ese caso reducidas a cero.

Si las condiciones de hiperinflación comienzan en 50 % anual o en 4 dígitos, no tiene importancia alguna. Recomendamos aceptar ese nivel del 50 % y avocarse a corregir la situación pues la moneda local no está cumpliendo ninguna de sus funciones: el ahorro, los precios y los pagos se realizan en dólares.

Como los agentes económicos, no pueden rechazar la moneda local pues conlleva “curso forzoso”, la circulan de manera instantánea luego de recibirla. Y se expresa en un incremento de su velocidad de circulación produciendo un efecto igual a una hiperemisión no posible de ser regulada por nadie. Y esto, en condiciones de absorción cero por parte de los agentes económicos debido a su alto costo, es equivalente a una emisión realimentando la hiperinflación.

Es una situación extrema no sustentable en el tiempo. O bien los gobiernos introducen traumáticas políticas de “shock”, o bien los mercados autogeneran un ajuste que vuelve a reponer cierta normalidad. Pero cualquiera de estas alternativas, en términos sociales, es brutalmente regresiva. En Argentina, ya dos veces (1989-90 y 2001-02), se expresó en la duplicación instantánea de la pobreza e indigencia.

En esas condiciones una consigna del tipo “no al ajuste” pierde todo sentido. La consigna debería ser previa a esa situación y orientada a presionar a los gobiernos a adoptar medidas preventivas para evitarlo.

16.4.4. Efectos fiscales de la inflación

No es casualidad que desde la Antigüedad, el Estado, bajo todas las formas históricas de organización social, haya reservado para sí, la emisión de moneda. Recién ahora la emisión de cripto-monedas comienza a poner pone en tela de juicio ese criterio. Pero no logra reemplazar la emisión del Estado y se convierte en un producto financiero más, de puro objeto especulativo.

El monopolio de emisión siempre lo retuvo el Estado, cualquiera fuese la forma adoptada, porque tras esa capacidad soberana de emisión existe un secreto, no por casualidad, nunca tocado en la enseñanza académica de la economía. Contados autores lo hicieron y le llamaron “señoreaje”, aludiendo a un objetivo económico con siglos de vigencia.

16.4.4.1. El “señoreaje”

El secreto consiste justamente en esa capacidad soberana de emitir moneda. En determinadas condiciones, genera una capacidad adicional para financiar el gasto público, originado en la moneda creada. Pero no por su totalidad, sino por una porción de ella.

Pero no solo la capacidad institucional de emitir. Debe ser complementada por su aceptación como moneda. En ese caso, parte de ella es ahorrada en algún punto del circuito económico.

Supongamos guardar en un arcón las monedas de oro y plata, como refugio ante posibles riesgos futuros. Esa porción, al salir del circuito económico produce un efecto equivalente al de una porción de esa emisión nunca realizada. Al no convertirse en gasto adicional de consumo o inversión, no ejerce efecto económico alguno, y de hecho permite una emisión adicional posible de utilizar en gastos de servicios para el Estado.

Pero al margen de esto, la inflación existía, o bien, por una elevación general de precios, (Europa a partir del ingreso de oro y plata), o bien por la devaluación de la moneda a través de la disminución de la proporción de metales preciosos en la moneda emitida.

Ese ahorro en el arcón era posible mientras esa inflación se mantuviese en bajos niveles, e implicaba un ingreso adicional del estado. Al no detentar movimiento posterior alguno, al menos en esa porción, no amplificaba la cantidad de circulante y por ende no ejercía presión adicional sobre los precios.

16.4.4.2. El “señoreaje” actual

Alguien podría pensar en ese tipo de fenómeno como típico de las economías del pasado, pero no de las actuales. Grave error. Este fenómeno del señoreaje ha sido ampliado en una dimensión galáctica. Y tanto la ortodoxia neoliberal como el populismo no tocan el tema porque entraría en contradicción con sus afirmaciones, respecto a efectos únicos y universales.

Hoy el fenómeno del señoreaje no sólo existe. Está marcando el ritmo de la economía mundial. Sin embargo, se trata de un fenómeno localizado. Sólo un país puede usufructuar de ello, y le ha permitido, nada menos que liderar la economía mundial. Es el país emisor de la única moneda considerada por el resto del mundo como de bajo riesgo respecto a una eventual pérdida de valor en gran escala: el dólar.

Desde la crisis del 2008, EEUU, ha emitido y se ha endeudado en una dimensión galáctica, sin generar presiones inflacionarias, porque todo lo emitido (billetes y títulos de deuda) es absorbido como ahorro. Y no por los norteamericanos, cuya reconocida

obsesión consumista, genera bajísimos niveles relativos de ahorro, sino por todo el resto del mundo, gobiernos e individuos, ahorrando en billetes o títulos en dólares.

De esa manera el costo de la inflación estadounidense, de entre 0.5 y 2 % anual en los últimos años, en lugar de resultar un costo social de los ciudadanos de ese país, es asumido en su totalidad por el resto del mundo.

Y lo hacen porque se trata de un riesgo relativo muy bajo frente al alto y permanente riesgo de una eventual devaluación en gran escala de sus propias monedas. Y en ese sentido, Argentina en el podio.

Incluso en Argentina, este fenómeno se ha verificado, aunque en pequeña escala de volumen y tiempo. Entre los años 2003 y 2007 se emitió pesos y deuda en gran escala, pero de manera paralela, se incrementaron los ahorros en pesos y se duplicaron las tenencias líquidas llegando a duplicarse en términos reales. Y no solo la presión inflacionaria fue muy baja en ese periodo, sino también se produjo una relativa estabilidad en todas las variables financieras de la economía.

16.4.4.3. El versus del “señoreaje: la huida del dinero local

Pero cuando se produce el efecto contrario, es decir, cuando los agentes económicos, en lugar de absorber moneda, se rechaza de modo sistemático, el efecto será inflacionario de manera inevitable. Y ese “rechazo” puede medirse por las variaciones en la velocidad de circulación del dinero. Aunque aún circula moneda local por razones legales (curso forzoso), en condiciones de alta inflación, todos los agentes económicos, tratan de desprenderse de ella lo más rápido posible, y transformarla en un plazo fijo remunerados, en bienes y servicios, o en divisas fuertes.

También el plazo fijo y similares, aunque son formas de ahorro, están incrementando la velocidad de circulación. Al resultar un ahorro remunerado, no produce absorción de moneda, porque se convierte en un préstamo y sigue su curso en el circuito, incentivando las presiones inflacionarias.

Al no existir absorción privada, la debe realizar el propio Estado y con altísimo costo fiscal (Lebac, Leliq, etc.). Si ese costo no existiera, incrementaría los resultados positivos del BCRA, y podrían convertirse en recursos presupuestarios adicionales.

Pero ese costo existe y el problema es doble. Por una parte ese mayor gasto se traslada al costo fiscal por su menor aporte al presupuesto y/o capitalización del BCRA. Por la otra, ese aumento de la velocidad de circulación es equivalente a una mayor emisión monetaria.

Aun con emisión igual a cero, incrementa la cantidad de dinero (recordar la ecuación monetaria: $M \times V = P \times T$). Y esto es una decisión de los agentes económicos, fuera del alcance de toda manipulación técnica imaginable de la política económica, y bajo cualquier orientación posible.

Si los agentes económicos no absorben moneda, y a su costo, en condiciones de inflación ascendente, aumenta el costo y hace más difícil la absorción por los agentes económicos y será necesario hacerla, a costo del propio Estado. Y en la experiencia argentina se pagan tasas astronómicas, para evitar su desviación hacia la compra de dólares.

El gobierno anterior sostuvo: debe hacerse lo opuesto a las recomendaciones del neoliberalismo. Y en ese sentido, la emisión nunca podría generar inflación. Y lo fundamentaba en el caso de EEUU. No podrían haber elegido peor ejemplo.

Ese país, a raíz de la crisis del 2008 realizó una emisión de billetes y deuda en escala galáctica con medidas adicionales de flexibilización financiera y fiscal: rescate de bancos, subsidios a empresas, tasas de interés casi nulas, y otros estímulos financieros, sin producir inflación adicional a los muy bajos niveles registrados históricamente.

El error surge al considerar la política monetaria de EEUU de manera aislada al comportamiento de la economía mundial. Y por lo tanto no advierten que ese país, es el único en el mundo, donde la emisión no provoca tensiones inflacionarias, tal como efectivamente sucedió.

Y el fenómeno se produce porque emiten una moneda utilizada como reserva por el resto del mundo, privado y público. Ese resto del mundo, y a su propio costo, realiza la absorción. Y decimos “a su propio costo”, al perder el equivalente a la inflación en EEUU.

Para el país emisor, tiene el efecto opuesto: cobrar un impuesto inflacionario implícito. Un “señoreaje” para financiar sus fabulosos déficit gemelos (fiscal y externo), sin consumir riqueza alguna de ese país.

Cuando un dólar emitido para pagar un gasto o importar un bien, es retenido, en cualquier lugar del mundo, como reserva de valor, su velocidad de circulación es cero y su efecto igual al de no haber sido nunca emitido. Incluso un depósito remunerado en bancos de EE.UU., también aunque parcialmente, tiene el mismo efecto, porque la tasa de interés es menor a la tasa de inflación en Estados Unidos.

Por eso bajaron las tasas de interés a niveles cercanos al cero a fin de resultar indistinto tener esa reserva en forma de billetes, bonos o depósitos bancarios

Al multiplicar velocidad de circulación igual a cero, por cualquier volumen adicional emitido, será igual a cero. Por otra parte, la porción de dinero circulante no incrementa su velocidad. En resumen: no aumenta ni la cantidad de dinero disponible, ni la velocidad de circulación. En esas condiciones la oferta monetaria no aumenta y no existe presión inflacionaria alguna.

Esto de emitir sin efecto inflacionario alguno es un privilegio de hecho de los EE.UU., y viene financiando desde hace décadas, y de manera gratuita, sus fabulosos déficits gemelos (fiscal y externo), los pilares básicos de su liderazgo económico, tecnológico, político, militar y cultural en el mundo.

La economía de EE.UU. goza de una prerrogativa única en el planeta, e inalterable aún en las más graves coyunturas de ese país. El 15-09-2008, el día de la quiebra del banco de inversión Lehman Brothers, en el pico de esa crisis, en el resto del mundo había colas en las casas de cambio, no para vender, sino para comprar dólares. Un absurdo. Toda la economía mundial está sostenida sobre este tipo de absurdos.

En el resto de países centrales, o bien no existe déficit fiscal y externo o bien son de tamaño reducido. Con los mecanismos de absorción monetaria de sus propios agentes económicos o con absorción gubernamental financiado por sus propios mercados de capital y a bajo costo, resulta suficiente para financiar los bajos desfasajes del flujo monetario por sobre el flujo real y no producir tensiones inflacionarias.

16.4.4.4. El debate sobre los efectos fiscales

La versión criolla del populismo no solo utiliza argumentos erróneos respecto al efecto inflacionario de la cuestión monetaria. De manera simultánea, sus medidas concretas han desmentido su propio argumento. Si la emisión no tendría efecto inflaciona-

rio alguno, no hubiesen tenido necesidad de emitir Lebac para hacer esa absorción, (2011-15) que el gobierno anterior, llevó a niveles estratosféricos, y con alto costo fiscal.

Luego, el actual gobierno, llevó esas Lebac, (ahora Leliq), desde aquel nivel estratosférico, a un nivel ya galáctico e insostenible culminando en el actual default parcial.

El señoreaje, también llamado impuesto inflacionario, crea una ficción: la emisión monetaria crea una renta adicional para el Estado bajo todo tipo de condiciones.

Pero esto es cierto sólo en muy bajos niveles inflacionarios, donde el costo de retener moneda por parte de los agentes económicos es reducido. Pero cuando esa inflación crece, produce el efecto contrario. Por una parte, sube el costo de absorber moneda por parte de los agentes económicos, y en lugar de retener moneda, acelera su velocidad de circulación (rechazo). Por la otra, el Estado debe reemplazar esa absorción.

Y aquel efecto de recurso adicional se atenúa hasta desaparecer, e incluso, se convierte en su versus: un alto costo fiscal y el consiguiente déficit.

Quienes esgrimen versiones burdas de ese proceso, en lugar de intentar manipularlo a su favor mediante su manejo mesurado, en la práctica inician una espiral donde, para compensar el deterioro de recursos adicionales por una inflación ascendente, siguen aumentando la emisión, fin de incrementar la porción de señoreaje. Se asemeja a un perro intentando morderse la cola.

En esas condiciones, se aceleran, tanto la emisión, como el deterioro de la absorción por particulares. Y entran a competir en una carrera alocada, con el gobierno emitiendo y los particulares y empresas huyendo de la moneda local y reemplazando sus funciones por una moneda fuerte. Un juego tenebroso que termina, en mega e hiperinflación.

Incluso ahora aparece la “nueva teoría monetaria” y oxigena los criterios del populismo criollo. Esto nace de un movimiento en países centrales denominado “Green New Deal” orientado a financiar el gasto para la preservación del medio ambiente. Y se tradujo en un proyecto de la senadora por Nueva York, Alexandria Ocasio-Cortez, del ala progresista del Partido Demócrata, presentado en el mes de Marzo de 2019.

Allí plantea: si las condiciones permiten a Estados Unidos incrementar el gasto mediante la emisión y el endeudamiento sin provocar inflación, en lugar de emitir moneda o generar deuda para salvar bancos, orientarlo hacia el gasto social en las áreas de mayor deterioro relativo en EE.UU.: salud y medio ambiente.

El planteo formal de esto ha sido llevado al texto del libro “Macroeconomics” de Mitchell, Watts y Wray de la universidad australiana de Newcastle, editado en el Mes de Febrero de 2019 por la editorial Macmillan.

Y como señal de su importancia, fue inmediatamente refutado por una tal Christine Lagarde (¿a alguien le suena?). En la reunión de Abril del FMI, salió con los tapones de punta a responder a estos planteos (El País, 05 y 11-04-2019).

El planteo de Ocasio-Cortez resulta correcto tanto en términos económicos como políticos. Pero lamentablemente no es de aplicación universal, sino específico para la economía estadounidense. Sin embargo, este debate ha replanteado la problemática respecto a la posibilidad de emitir con destino al gasto social sin límite alguno.

Aunque resulte correcto en Estados Unidos, debido al contexto mundial analizado, también en Argentina podría hacerse, pero adosado a propuestas para garantizar la ab-

sorción, por los propios agentes económicos y a su costo, de ese flujo financiero adicional. Pero en zona de inflación a partir de dos dígitos será imposible lograrlo.

Y quien realizaría esa absorción: ¿agentes económicos extranjeros reteniendo pesos? Un absurdo. ¿Agentes económicos nacionales, en condiciones de inflación creciente? Casi un absurdo. Pero no imposible.

Primero se debería reducir la inflación al 4-5% anual, segando las presiones provocadas por innumerables deformaciones estructurales, y todas presionando hacia la inflación. Y entre esas deformaciones, en primer lugar, el déficit externo.

En esas condiciones sería posible lograr el efecto, porque lo dice la teoría y además, ya ocurrió en Argentina. En el periodo 2003-07, esa absorción la hicieron particulares y empresas, y a su costo, con definidos resultados de estabilidad financiera.

Lamentablemente lo habitual es el efecto inverso. La persistencia de altos niveles de inflación, los fracasos para reducirla y la anulación de la capacidad de absorción por los particulares e incluso del Banco Central, conducen a niveles de mega e hiperinflación, con la consiguiente desaparición de la moneda.

Y con la desaparición de la moneda, pasamos de los efectos fiscales a las funciones de la moneda: su desaparición lisa y llana. Significa liquidar el fundamento de la base de decisiones soberanas.

Y el neoliberalismo, en lugar de plantearse reponer las funciones de la moneda, acepta esas condiciones y propone su eliminación lisa y llana, donde la moneda local sería reemplazada por una divisa fuerte, por vía de la convertibilidad, de la circulación del billete dólar, de la eliminación del BCRA, etc.

En el imaginario neoliberal, esa desaparición debe aceptarse por resultar un diseño del “mercado” y reemplazarla por el dólar como moneda. Esas condiciones llevarían el nivel de dependencia a su grado máximo, arrastrando consecuencias políticas, sociales y culturales de una gravedad inimaginable. Y si alguien tiene alguna duda al respecto debería revisar los efectos políticos de la dolarización en Ecuador.

16.4.5. Efectos sobre los precios relativos.

Lo analizaremos a través de su importancia teórica y empírica, sus efectos verticales y horizontales, y de política económica.

16.4.5.1. Importancia teórica

Deriva de su necesaria vinculación con todas las formas de distribución del ingreso y del producto, y no solo por tramos verticales tal como lo sugiere la corriente populista.

Cada precio de la economía es el ingreso de algún grupo: sectorial, regional, factores de la producción, y grupos de ingreso. La modificación de los precios relativos, marca a fuego la distribución del producto en todas esas dimensiones.

P.ej., la abismal diferencia entre el precio recibido por los productores de bienes perecederos y el precio de venta en góndola, y sin procesamiento alguno (entre 5 y 6 veces), no puede ser justificado por ningún tipo de costo de transporte y distribución comercial. Y esa transferencia de ingresos afecta todas las dimensiones: verticales y horizontales.

La puja distributiva no es sólo entre factores sociales (empresarios y trabajadores), o grupos de ingresos sino también entre sectores y regiones.

La teoría nos dice que una economía capitalista, y sus respectivas áreas de acumulación y distribución pueden funcionar de manera fluida, pero siempre bajo un determinado “kit” de precios relativos. Y su modificación tanto por las tendencias intrínsecas como por las políticas económicas, produce efectos progresivos o regresivos, tanto en las formas de distribución (vertical y horizontal), como en el área de generación y acumulación del excedente.

Y esto porque son efectos sobre todos los canales económicos (reales y financieros) y hacen posibles pasar de condiciones de fluidez a graves obstrucciones y filtraciones.

Cuando la inflación genera cambios en los precios relativos, no sólo se modifica el precio del salario y la tasa de ganancia, sino también el resto de precios. Pero lo hace a distintas velocidades por las deformaciones ya existentes de la estructura productiva: morfología de mercados, productividad, tecnología, competitividad externa, etc., donde esos cambios crean nuevas deformaciones y/o consolidan las anteriores.

Son los efectos diferenciales entre sectores, regiones y grupos de ingreso. Y esa modificación de precios a ritmos diferenciales, modifican las estructuras de costo de las empresas y perturban las decisiones empresarias.

Los cambios de precios relativos producen cambios en la distribución del producto en sentidos diferentes a los de tipo social, pero tarde o temprano llegará a los tramos de ingreso y siempre de manera regresiva.

16.4.5.2. Importancia empírica

Deriva de la vigencia de los efectos del cambio en los precios relativos en todos los niveles de inflación. Y al ascender en forma más aguda, convierte a los precios relativos en un instrumento fundamental de la práctica empresarial y familiar en los países de la periferia:

- El chacarero compara precios “cereal / tractor”, actual y de hace una década;
- Un industrial selecciona tecnología de equipos, según el estado de la relación entre salarios y tipo de cambio;
- Un ama de casa, cuando por razones estacionales, se dispara el precio de una verdura o una fruta, la reemplaza temporalmente por otra.

Los precios relativos, ignorados por las corrientes mayoritarias, son una guía fundamental en las diarias decisiones de los agentes económicos. El crecimiento de esos precios, además de poner en evidencia una elevación generalizada de los precios, produce cambios de precios relativos, intra e inter mercados, sectores, regiones, y factores sociales de la producción. Y todos ellos fundamentales en las decisiones empresarias.

Y el precio relativo fundamental en una economía capitalista y dependiente, es la del tipo de cambio, en su relación con el resto de variables claves: salario, insumos generalizados, etc.

16.4.5.3. Efectos verticales y horizontales

Las distintas escuelas económicas se caracterizan por la prioridad diferencial adjudicadas a los distintos tipos de efecto de la inflación sobre los precios relativos.

El populismo resalta el efecto regresivo sobre la distribución del ingreso, es decir sus efectos verticales; el desarrollismo, el crecimiento; y el neoliberalismo, efectos sobre las funciones de la moneda, en particular, la de acumulación de activos. Son visio-

nes parcializadas que deforman sus enfoques, y por ende, sus recomendaciones de política económica.

Nos interesa resaltar el caso del populismo y el neoliberalismo. Para el populismo, el único efecto importante de la inflación es el de una redistribución regresiva del ingreso y por ende, pone la mira, no en intentar detener la inflación, sino en políticas para compensarla mediante el ajuste de los ingresos: funcionamiento de paritarias, actualización de jubilaciones, planes sociales, etc.

De esta manera, las políticas anti-inflacionarias pasa a un segundo plano, pues estarían ya solucionando su único efecto negativo. El resto de efectos, en particular la modificación de precios relativos en sentido horizontal (sectores y regiones), jamás es mencionada.

Y más grave aún en el caso del neoliberalismo. El populismo lo ignora, pero bajo el criterio ortodoxo, el cambio de los precios relativos no existe ni puede existir. Su aparato conceptual supone nunca se modifican.

Los errores en materia de política económica cometidos por ambas corrientes no son casuales. El efecto sobre los precios relativos en todas las direcciones existe y juega un papel fundamental, incluso en los países centrales, aunque no de manera permanente.

En largos periodos de relativa normalidad de esos países, los precios han mantenido una relación estable: relación con otras monedas fuertes; precios internos y externos; relación entre precios agrícolas, energéticos e industriales, etc.

Pero cuando estos cambios se producen, conmocionan la economía mundial. P. ej., la cuadruplicación del precio del petróleo en 1973, el deterioro del euro frente al dólar a partir del año 2008 y otros movimientos de precios en gran escala.

La modificación de los precios relativos tiene efectos muy importantes en el sistema capitalista. Marx, en su marco teórico, le dedicó un lugar preferente. (Tomo III de *El Capital*). Y la periferia, no solo recepta de manera negativa estos efectos, agrega los propios, producto de los fenómenos inflacionarios de un capitalismo modificado por la dependencia.

Las deformaciones estructurales producen cambios permanentes y agudos de precios relativos claves: salario / dólar; agrícolas / industriales; internos/externos; comerciables / no comerciables (sometidos o no a competencia externa); regulados / no regulados, etc.

Los reto a Uds. a encontrar un texto, uno solo, sobre economía argentina, de cualquier orientación, tratando el tema de los precios relativos. Y el caso de Argentina no es un caso más de la periferia. Es el país caracterizado por los más largos períodos de muy alta y mega inflación, y por sus fuertes bandazos en materia de política económica (políticas pendulares), que hoy la coloca en el podio de las economías más vulnerables del mundo.

Y esa ausencia se explica porque cuando descorremos el velo de los efectos de la inflación sobre los precios relativos, aparecen en toda su dimensión, la cuestiones vinculadas a las deformaciones estructurales, el eje de nuestras exposiciones, pero, rechazadas de plano por las corrientes político-económicas mayoritarias: neoliberalismo, desarrollismo y populismo.

El impacto de la inflación sobre los precios relativos produce además de los efectos verticales sobre la distribución del ingreso, efectos sobre la distribución horizontal del

ingreso (entre sectores y regiones), con importancia equivalente a la distribución vertical por niveles de ingreso, y siempre terminan reforzando la regresividad de esa distribución vertical.

Son cambios en los precios relativos producidos por las fallas genéticas del capitalismo sumado a los procesos típicos de una economía dependiente donde Argentina es uno de sus casos más agudos, como a políticas económicas pendulares y sin diagnóstico alguno.

Y esos cambios tienen incidencia en todas las facetas socioeconómicas, porque su efecto directo en la distribución horizontal del producto (entre sectores y regiones), termina transfiriéndose a la distribución vertical entre tramos de ingreso.

P. ej., una caída del precio internacional del azúcar, tiene como efecto el cierre de los ingenios. Pero terminará afectando en mayor proporción a sus trabajadores en relación a los efectos negativos en la producción sectorial y regional. Ya no se trata de una mera caída del salario real, sino de su desaparición lisa y llana.

Y esos cambios derivan tanto de condiciones internacionales como internas. Y las internas derivan a su vez de capacidades diferenciales de sectores y regiones para iniciar o seguir el ascenso generalizado de los precios en la misma proporción de los iniciadores de ese movimiento.

Ese cambio en los precios relativos, produce efectos tanto a nivel horizontal (rezago de sectores y regiones), como vertical (entre niveles de ingreso). Una redistribución por efectos de mercado y por ende regresiva.

Y ese rezago horizontal siempre entrará en contradicción con criterios progresistas, al imponer limitaciones a la acumulación y distribución. P. ej., una política industrialista, apuntaría a mejorar sus precios relativos, mediante impuestos diferenciales, subsidios, tasas promocionales, limitación de importaciones, etc.

Pero frente a una devaluación en una economía cuyo ingreso de divisas depende del agro, tal como en el caso de Argentina, resulta inevitable el aumento interno de los precios agrícolas respecto a los precios industriales. Estas condiciones liquidan cualquier esfuerzo industrialista y hace posible una distribución vertical del ingreso más regresiva y un efecto retroalimentado entre inflación y precios relativos.

La experiencia del impacto de la inflación sobre los precios relativos y de su ajuste sobre la inflación es muy amplia en Argentina. Basta citar las políticas pendulares en materia de sucesivos atrasos y ajustes en materia de tipo de cambio, y precios de la energía.

16.4.5.4. Los precios relativos y la política económica

Algunos ejemplos notables de cambios agudos y recurrentes de precios relativos provocados por la política económica:

- Proteccionismo vs apertura, modifican los precios relativos entre bienes transables y no transables (sujetos o no a la competencia externa). Y los transables, a su vez, entre productos diferenciados y bienes tipo commodities;
- Regulación o desregulación de mercados modifican los precios relativos entre formadores y tomadores de precios;
- Políticas salariales, cambiarias, de tarifas, de subsidios, etc.

Son alternativas de política económica, que producen cambios tanto en el campo de la generación y acumulación del excedente económico como en el campo distributivo.

Pero las corrientes mayoritarias: (neoliberalismo y populismo), al ejecutar estas políticas alternativas y de manera pendular desconoce sus efecto sobre los precios relativos.

El desarrollismo, aunque reconoce esos efectos, los ubica en el espacio de las “restrictiones”: solo debe ser tenida en cuenta, como una limitante más de la política económica, pero jamás plantean intentar corregir las deformaciones generadoras de esas “restrictiones”.

El caso del neoliberalismo oculta el cambio de precios relativos, un eje central del análisis, tras el criterio de la “determinación de los precios” por oferta y demanda, por ende cualquier cambio ocurrido siempre resultará óptimo por resultar una decisión del mercado.

El caso del populismo, hace eje solo en los efectos distributivos. Durante el pasado gobierno los funcionarios intentaron justificar la inflación como un “reacomodamiento de precios”. En la medida que los salarios, por vía de paritarias, y los pagos sociales vía presupuesto, recuperaran la capacidad de consumo, ese “reacomodamiento” no podía generar problema adicional alguno.

Y ahora, incluso frente a niveles de inflación muy superiores, insisten en hacer eje sólo en su efecto sobre el salario real y su origen exclusivo en decisiones neoliberales de política económica: devaluación y corrección de tarifas. Jamás la menor alusión a la existencia de procesos objetivos y autónomos.

El mensaje implícito del populismo: los precios relativos a Diciembre de 2015 eran correctos. Así evitaban poner en tela de juicio toda la política económica anterior *en materia cambiaria, de subsidios y de regulaciones de precios*, produciendo cambios en los precios relativos y generando severas obstrucciones en los flujos financiera y reales.

Y fue visible en la caída estrepitosa de la tasa de crecimiento, y en la reversión de los superávits gemelos, contribuyendo así a deteriorar la capacidad defensiva de la economía argentina frente a los shocks externos.

Uno de los casos más notables y extremos de este criterio, fue el de utilizar nuestras limitadas fuentes de divisas para importar manzanas, mientras la producción del Alto Valle de Río Negro se pudría en los árboles. De manera aparente, el precio relativo de la manzana importada, calculada en base a un dólar “de mercado”, pero muy retrasado, aparecía en superficie como más “barata” y por ende no se pudo sacar del árbol. Estaban ignorando los procesos autónomos por los cuales se produce el atraso cambiario y el déficit de divisas.

16

16.4.6. Efectos de falsas interpretaciones de indicadores de inflación

De manera complementaria incluimos entre los efectos inflacionarios, las falsas señales de los indicadores de inflación leídos de manera acrítica. Son efectos regresivos surgidos al no percibir las limitaciones inherentes a los indicadores de inflación.

Esas limitaciones provienen de confundir el indicador de inflación (IPC), que sólo señala uno de sus efectos: el nivel de variación de precios heterogéneos; con la compleja problemática de la inflación con múltiples efectos y causas.

Además, esos indicadores conllevan fuertes limitaciones técnicas. Son promedios de una composición altamente heterogénea, y jamás podrían reflejar los cambios diferenciales según la posición relativa ocupada por los agentes económicos en el proceso

productivo. Más aun, son utilizados como un ardid para esconder esos efectos diferenciales.

Este indicador solo expresa el fenómeno de variación permanente y sostenida de los precios de los bienes y servicios, es decir, uno de los efectos posibles y solo en su expresión de superficie, sin aludir a la heterogeneidad de sus causas y efectos, conlleva serias limitaciones derivadas de la composición de la medición del fenómeno inflacionario.

Nuestra orfandad en elementos teóricos, nos imposibilita proponer índices alternativos. Sólo intentamos alertar sobre las limitaciones de esa información a fin de evitar extraer de ellas falsas conclusiones. Un economista decía “*cualquier estadística puede ser torturada hasta hacerle confesar lo que uno quiere*”.

Hemos visto en las consideraciones teóricas como un mismo fenómeno de superficie tiene variadas facetas según el enfoque adoptado en su análisis teórico y empírico. De la misma forma, la heterogeneidad en la composición de los indicadores de inflación da lugar a múltiples interpretaciones alrededor de sus causas y efectos, una problemática central al momento del diagnóstico para evitar debatir falsos problemas.

A las limitaciones derivadas de un análisis parcial de los efectos de la inflación, se suman las adicionales derivadas de la forma de recolectar la información empírica. Al adoptar como medida de la inflación una canasta de bienes y servicios estamos introduciendo restricciones adicionales por la heterogeneidad de su contenido: diferente formación de sus precios, y diferente morfología de mercados en cada punto de la cadena de la formación de esos precios

Esa canasta se mide con índices representativos de promedios de precios de una amplia gama de bienes intermedios, bienes finales, servicios y factores. Pero esos índices tienen serias falencias que van más allá de las técnicas estadísticas.

En primer lugar son índices construidos a partir de precios de bienes muy heterogéneos, en segundo lugar, cada uno de esos bienes surge de entornos múltiples en materia de mercados, sectores, regiones, factores producción y grupos sociales de consumo.

Esta heterogeneidad de bienes, de sus entornos, y variaciones compensadas entre ellos, cuyo análisis diferencial es fundamental para el análisis, queda oculta tras los promedios. Son índices donde se mezclan precios de insumos y de bienes finales, y con diversidad de formación de precios, formas de mercado y ritmos de variación en cada eslabón del proceso productivo.

Cuando la ortodoxia neoliberal dice: la determinación del precio es por su oferta y su demanda, está ocultando la incidencia del cambio en los precios relativos, y la forma mercado de cada uno de sus componentes, aspectos éstos, que los retazos de teoría disponible, nos indican son centrales.

Las curvas de oferta y demanda son la expresión en superficie de fenómenos producidos en otros niveles a partir del proceso de formación de precios. Deben revisarse esas curvas bidimensionales, pero también, los determinantes existentes tras ellas, es decir, en una visión tridimensional.

Y tras ellas observamos profundas diferencias institucionales en la formación de los precios: entre bienes y servicios cuyo precio se forma en un mercado relativamente estable; de los precios, aun formados en un mercado, tienen profundas variaciones estacionales. Y a su vez la diferencia de estos precios de mercado con los precios regulados

de manera institucional. Y todos ellos interfiriéndose de manera mutua produciendo fenómenos iniciales.

Y no solo el proceso de formación de cada precio final sino también la forma de mercado prevaleciente en cada eslabón de la cadena de cada producto. De esta forma podrán surgir, además de los efectos regresivos afectando la distribución vertical de ingresos, los efectos diferenciales sobre la distribución sectorial y regional del ingreso.

Pero la heterogeneidad de los índices convencionales de inflación va mucho más allá, y también se presenta bajo la forma de dispersión en la variación de precios. Dispersión geográfica entre regiones e incluso dentro de las ciudades medianas y grandes. Un estudio de la consultora Focus Market ha detectado dispersiones de hasta el 80 por ciento para un mismo producto en el mismo barrio. (Página 12; 25-09-2019)

Más aun, existen precios diferenciales dentro de una misma cadena de distribución en grandes ciudades.

Y los efectos sociales de este fenómeno de dispersión de precios llegan hasta niveles insólitos. No sólo agrede el nivel medio de ingresos, estimado por esa canasta, sino en mayor proporción a los bajos ingresos.

Es una dispersión de la variación de precios entre productos según el nivel de ingresos de quienes lo consumen, dando lugar a fenómenos de agravamiento del efecto regresivo propio del proceso inflacionario: la canasta de consumo de los sectores de bajos ingresos crece por arriba del nivel general de precios, de una canasta de niveles medios de ingreso.

Sólo basta comparar las variaciones de la canasta básica y la canasta alimenticia del INDEC para medir las líneas de pobreza e indigencia, con el índice general del IPC. Resulta suficiente para confirmar la existencia de este fenómeno agravando el deterioro en los bajos ingresos.

Un caso similar resulta de la canasta de precios específica de un jubilado, no solo afectada por una elevación de precios más que proporcional de los alimentos, sino también por el precio de los medicamentos, representativos de una alta proporción en su canasta específica.

A pesar de las graves dificultades creadas por trabajar con los indicadores habituales de inflación, y no disponer de alternativas, la única arma para superarlo es la interpretación crítica de esos índices a partir de intentar desbrozar su heterogénea composición.

En síntesis, los diferentes tipos de efecto inflacionario, tienen fuerte incidencia en todas las dimensiones socio-económicas, y todas de corte regresivo. Esto nos indica, por una parte, la importancia de este fenómeno inflacionario, cuyo amplio arco de efectos es desconocido en los análisis habituales; y por el otro, la necesidad de modificar las prioridades de la política económica para, al menos, limitar esos efectos, hasta que sus causas estructurales puedan ser corregidas.

16.5. Causas de la inflación

Y de los efectos que nos dimensiona la importancia del fenómeno inflacionario, debemos pasar a las causas de la inflación.

16.5.1. Introducción a las causas

Hemos revisado un amplio arco de efectos de la inflación a fin de tomar conciencia de la importancia socio-económica de ese proceso por sus efectos regresivos en todos

los planos socio-económicos. Una vez asumido la gravedad de sus efectos, podemos pasar a revisar las causas de la inflación.

Así como son mayoritarias las visiones de efecto parcial, un sesgo equivalente afecta a las causas. Para detentar soluciones únicas y universales se necesitan causas y efectos universales.

Y los errores de ese tipo de análisis, se trasladarán a las políticas recomendadas, al menos, hasta ahora, con un fracaso estremecedero.

Todas las recomendaciones habituales en materia anti-inflacionaria se basan en un diagnóstico, explícito o implícito del fenómeno, y conlleva causas y efectos. Pero si esas causas y efectos ya están pre-definidas, estamos frente a una actitud pre-científica. O bien engañado por las apariencias en superficie de procesos complejos, o bien por la difusión de pre-juicios debido a los intereses creados. Y por la combinación de ambos.

Es una cuestión de tipo cultural que realimenta el proceso inflacionario. Aunque existe consenso respecto a la necesidad de, al menos, tratar de reducir sus niveles, en lugar de efectivizar ese consenso mínimo, se mantiene una fenomenal batalla ideológica entre las corrientes mayoritarias por imponer, sus respectivos criterios.

Y tras esas diferencias existen intereses opuestos y diferentes concepciones filosóficas, escuelas de pensamiento económico, y posiciones políticas, impiden el debate sistemático de ese tema, y de la temática socioeconómica en general.

Más aun, las convicciones poseen tal grado de arraigo, que sus respectivos sostenedores niegan de plano la mera posibilidad de poner en tela de juicio su enfoque. Lo consideran una blasfemia. No en vano son corrientes practicantes del subjetivismo filosófico y el voluntarismo político.

Y lo hacen de una manera extrema, convirtiendo a la política económica en el símil de un credo religioso. Y si alguien opina algo diferente se echa mano al chantaje ideológico, mostrando al oponente como un “terra-planista” enfrentado a la ciencia astronómica.

No es casual que el único debate público en Argentina sobre las causas monetarias de la inflación, asomó, y solo como un chispazo, en un programa de televisión llamado “Polémica en el bar”.

16.5.2. La evolución del debate sobre causas de la inflación

Décadas atrás las causas se debatían en términos de inflación de demanda o inflación de costos. La primera hacía referencia a la elevación de los precios por un crecimiento exacerbado de la demanda, debido a una mayor liquidez, mayor capacidad de consumo, etc. Por ende sus recomendaciones apuntaban en dirección a reducir la demanda, restringiendo la liquidez monetaria, la capacidad de compra del salario, el crédito, etc.

Sobre la incapacidad de la oferta, por deformaciones estructurales, ni una palabra. Fue la base de los programas de “estabilización” del FMI entre las décadas del '50 y '70.

En oposición a esto, los grupos desarrollistas, es decir economistas heterodoxos al estilo de CEPAL (CEPAL de aquellos años), planteaban el problema por el lado de la inflexibilidad de la oferta de bienes generando incrementos en los costos y por ende con impacto inflacionario en los precios.

Pero estaban hablando de inflaciones de niveles de una escala del 5 - 15 % anual, predominantes por aquellos años en los países periféricos, y que la experiencia indicaba eran relativamente manejables.

Y niveles más reducidos en los países centrales. La posibilidad de una mega o hiperinflación quedaba fuera de su campo análisis. Aunque históricamente habían existido, se consideraba imposible vuelvan a repetirse, por la disposición de instrumentos de política económica a partir de los '30.

Sin embargo, a partir de los '70, profundas alteraciones de la economía mundial expresadas a través de crisis encadenadas (petróleo, deuda externa, globalización, etc.) se produjeron casos de inflación de alto nivel y casi permanente.

Argentina fue y sigue siendo uno de los casos más notables, a nivel mundial, por el nivel de mega inflación y lo extenso de ese periodo (1975-1991). Además aparecieron niveles de inflación apreciables en los propios países centrales.

Frente a esos cambios, en lugar de bucear las causas de la inflación en criterios más amplios, se produjo una huida hacia la búsqueda de definiciones únicas y universales, con exclusión de cualquier otra alternativa.

16.5.3. El debate actual sobre las causas de la inflación

Analizaremos estas causas únicas y universales que adjudican al fenómeno inflacionario las distintas orientaciones mayoritarias: neoliberalismo, desarrollismo y populismo.

16.5.3.1. Inflación y neoliberalismo

En la línea de adoptar definiciones cada vez más específicas y más excluyentes, transformaron aquel criterio de inflación de demanda por el de fenómeno monetario, donde la única forma de combatirlo es mediante la restricción de la emisión monetaria.

Y la mayoría de esos los economistas neoliberales complementan este criterio, con el origen fiscal y crediticio de esa emisión monetaria. No lo dicen, pero parecería que si el origen de la emisión monetaria es otro, (p. ej., emitir contra el ingreso de préstamos en divisas para financiar el déficit fiscal, etc.), no tendría efecto inflacionario alguno.

Es el criterio más difundido hacia el interior del neoliberalismo y adoptado por el FMI. Allí aparecen las recomendaciones referidas a la restricción del gasto público para evitar el déficit y así segar esa fuente de emisión.

Y en esa restricción del gasto, calza al dedillo los criterios de desregulación, sobre todo cuando el Estado intenta paliar los efectos regresivos derivados del sistema socioeconómico: gasto social, empresas del estado, controles, etc.

También se inscriben en esa línea y la complementan, la problemática de las expectativas, de la inflación reprimida, del exceso regulatorio, y similares.

En el caso de las expectativas, las políticas fiscales expansivas y la cobertura del déficit mediante emisión monetaria estarían anticipando una inflación, y por ende los agentes económicos se cubren, de manera anticipada, mediante el aumento de precios.

El caso de la inflación reprimida es similar. Dos ejemplos concretos:

- Los subsidios, generadores de déficit fiscal, encubren el retraso de algunos precios (casos de la energía, transporte, etc.). Al intentar realinearlos para evitar el pago de subsidios, explicitarán una inflación ya generada, pero artificialmente atenazada;

- Provocar un atraso cambiario como ancla antiinflacionaria. En algún momento la divisa tratará de recuperar su valor provocando efectos opuestos en gran escala.

El caso del exceso de regulaciones, es decir de una supuesta intervención redundante del estado, se plasma en las recomendaciones alrededor de:

- reducir la presión tributaria mediante una reforma impositiva;
- introducir la flexibilidad laboral reformando la legislación del trabajo,
- privatizar el sistema previsional a fin de desobligar al Estado de cubrir su déficit.

En el planteo neoliberal esto se presenta como un paquete de “reformas estructurales”. Aunque son temas importantes a ser debatidos, deben ser ubicados, dentro de un esquema integral de política económica y asumir, que pesar de su relativa importancia, ninguno de ellos, siquiera roza las deformaciones estructurales, alimentadoras reales del proceso inflacionario.

Todas estas versiones, surgen del criterio básico de una inflación como fenómeno “puramente” monetario. Y asumido con unción religiosa por la academia, gobiernos, empresarios, entes internacionales, medios masivos de comunicación, etc. Y lo más grave, por vastos colectivos políticos. Y esto nos obliga a profundizar esta línea de pensamiento.

Un comentario adicional para explicar el apoyo empresario a esta orientación. El argumento le viene “al dedillo”, pues bajo este criterio, existirían solo razones macroeconómicas (monetarias y fiscales) provocando inflación. Por ende los planes anti inflacionarios no deberían contemplar presión alguna sobre la fijación de precios, justificando así la ausencia de responsabilidad empresarial en el incremento de precios.

Dada la fortaleza institucional del apoyo al planteo monetarista, debemos preguntarnos, si esta versión tiene algún asidero. Y sí, lo tiene. Y se encuentra en el propio corazón de la teoría marxista. Se trata nada menos que del primer tema económico, en el primer tomo de *El Capital*, editado por el mismo Marx y obsesivamente corregido por su autor en sucesivas ediciones.

Aunque el fenómeno de la inflación era casi inexistente por aquellos años, en su análisis crítico sobre el capitalismo, Marx comienza señalando una relación central y necesaria entre moneda y mercancía. En el lenguaje actual sería una relación entre el flujo financiero y el flujo real.

Una relación esencial surgida de la teoría, y no de burdas correlaciones estadísticas, De entrada, nos está diciendo, y a los gritos, si en un caso histórico-concreto, y por cualquier motivo, esa relación se rompe, se convierte en una deformación del sistema capitalista con fuertes efectos negativos en el funcionamiento de esa economía.

No es casual que en 1903, Juan B. Justo, no un lector más de “*El Capital*” de Marx, sino el primer traductor al castellano de ese Tomo I, estuviese influido por esa visión. Al pronunciar una conferencia sobre inflación en el año 1903, dijo: “*En América Latina la moneda es una inagotable fuente de recursos, para estos gobernantes que, como los príncipes de la Edad Media, sistemáticamente la falsifican*”.

Leamos a Marx en el mismo tema: “*La práctica abusiva de la falsificación de dinero por los príncipes, práctica que dura varios siglos y que sólo deja en pie el nombre del peso primitivo de las monedas*”. (*El Capital*, Tomo I; Capítulo III (El dinero o circulación de mercancías); Tema 1 (Medida de valores).

El origen de la frase de Justo es por demás notorio. Y aplicando ese concepto, Justo, más adelante, dice: “*Si por ignorancia, por delirio de progreso, o por pillería, un gobierno emite papel en exceso, sobreviene la depreciación del billete*”. Sin duda estaba remarcando el origen monetario de la inflación.

Y el mismo criterio es aplicado varias décadas después, en ocasión del debate en el Senado en 1935, de la creación del BCRA. Tanto el Partido Socialista como la Democracia Progresista plantearon su oposición al proyecto: razones formales (sospechosa celeridad), eventuales negociados con la revaluación del oro, demasiado poder, y los efectos inflacionarios, eran las principales objeciones.

Enrique Dickmann: “*En este momento, los socialistas desempeñamos aquí un papel conservador. Queremos conservar instituciones económicas y monetarias argentinas que tienen casi medio siglo de vida y han dado resultados excelentes; los revolucionarios, los malos revolucionarios son ustedes, que quieren echar abajo todo esto, que quieren reemplazar por cosas que no se sabe qué resultados darán. Es peligroso un salto en el vacío*”.

Más adelante dice: “*dejar que las cosas se desenvuelvan naturalmente sin la intervención perturbadora y anarquizante del gobierno y podrá pensarse en el porvenir, cuando el momento llegue en volver a la convertibilidad y por consiguiente a la estabilización*”.

Por su parte, Lisandro de la Torre dijo: “*Yo diría que este proyecto, tan caro al señor Ministro de Hacienda, coloca al país encima de un barril de pólvora. Todo andará regularmente mientras no se encienda la mecha. Pero la mecha está ahí, a la vista y al alcance de cualquier gobierno inconsciente que quiera encenderla. Y no podemos tranquilizarnos cuando vemos aparecer la inconsciencia en ese mismo proyecto en que, sin necesidad, se coloca al país encima del barril de pólvora. Los señores senadores van a votar con toda tranquilidad lo que conduce al país al borde del abismo*”.

Y el ministro Pinedo contestó: “*Comprendo que se puede agitar mucho la opinión alrededor de dos o tres palabras: la inflación. Un banco de emisión puede hacer billetes, luego es un instrumento de inflación. El argumento es de una simplicidad como la regla de tres. Pero no todo es así: si hoy tenemos elementos inflacionistas en nuestras manos y no los usamos, ¿por qué se cree que cuando tengamos estos otros los vamos a usar?*”. Le estaba reconociendo el argumento, pero con voluntad firme sería superable

Aunque la aplicación del concepto de banco central, resultaba inevitable ante la destrucción de los automatismos del patrón oro, a fin de subsanar fallas congénitas del capitalismo ya detectadas por los ingleses en el S XIX, la historia posterior, sobre todo en Argentina les dio la razón a esos críticos al menos ese punto.

A aquella moneda, y hasta hoy, le sacaron trece ceros para detentar números manejables. Y siempre a partir de procesos inflacionarios que afectaron el salario real de los trabajadores.

Ambos, Justo y Dickmann estaban influenciados por una lectura minuciosa de El Capital, pero sesgada. Conocían a fondo sólo el primer tomo y probablemente no leyeron el resto. Si lo hubiesen conocido y/o interpretado de manera correcta, así como de la relación entre dinero y mercancías sacaron en conclusión la posibilidad de generar inflación, en caso de falla de esa relación, los otros dos tomos les hubiesen dicho, existían otras relaciones necesarias del capitalismo (p. ej., entre bienes de capital y bienes de consumo –Tomo II–; entre precios relativos –Tomo III–), cuya relación, en caso de romperse también provocarían inflación.

Hubiesen mantenido la causa monetaria de la inflación, pero admitido, la existencia de una inflación multicausal y congénita del sistema capitalista. Y aún faltaba sumar como causa de la inflación, los desfasajes del capitalismo periférico, respecto al modelo “puro” vigente en los países centrales, y producidos por el fenómeno de la dependencia.

Y eso sí estaba fuera del marco teórico-político de Justo y de Dickmann, así como una incomprendión total del significado de la ruptura total y definitiva del patrón oro a nivel mundial. Más aun, la ingenuidad de esperar su regreso, cuando dice: “*volver a la convertibilidad*”.

Y esa deducción del modelo teórico de Marx, la posibilidad de un desfasaje entre los flujos real y financiero, quedó probada de manera empírica a través de sucesivas crisis. La inflación a nivel mundial y en cada país ha sido el efecto más generalizado de las fallas de funcionamiento del capitalismo.

Y lo ratifica la prioridad de las regulaciones en los países centrales orientadas a mantener niveles de inflación, lo más bajo posible. Pero solo lo contienen, no lo eliminan.

El caso más notorio fue la última crisis mundial provocada por el funcionamiento de un capitalismo a nivel mundial, no regulado o “salvaje”, produciendo un exceso desmedido del flujo financiero por sobre el flujo real, generando la crisis mundial del 2008 y cuyos efectos aún perduran hasta el presente. Y EE.UU., nada menos, a raíz de ello, debió re-regular todo el sistema financiero.

Aunque este desfasaje entre los flujos monetario y real, aparece como algo similar al planteo neoliberal, no lo es. La traducción del criterio teórico de Marx, en términos operativos de una política económica actual debería decir algo así como: “*el exceso en el flujo financiero en su sentido más amplio, (desde billetes hasta bonos) por sobre el flujo real de bienes y servicios, que no puede ser absorbida por los agentes económicos, expresa una deformación del sistema económico y por ende, se convierte en una fuente más de presiones inflacionarias*”.

Y esta hipótesis es muy importante. Es el efecto de una falla congénita del capitalismo. Es el neoliberalismo el contradictorio al utilizar este argumento. Aunque defienden el capitalismo como un modo de producción acabado y definitivo (el “fin de la historia” de Fukuyama), al destacar las causas monetarias de inflación, por el contrario, están exponiendo, una de sus numerosas fallas congénitas.

Es el propio capitalismo el generador de inflación. Pero bajo su égida no debería ser necesario política económica alguna para corregir esa situación. Sin embargo los mecanismos automáticos de compensación ya no existen. Lo existente en ese sentido, fue el patrón oro, arrasado definitivamente por la crisis del ‘30, dejando al desnudo una falla congénita potencial, señalada de manera indirecta por Marx

16.5.3.1.1. La auto-trampa del monetarismo

Y el neoliberalismo cae en su propia trampa, cuando en lugar de intentar esclarecer el problema, crea velos ideológicos mediante un planteo trámoso. Una cuádruple trampa.

1. “La inflación es un fenómeno monetario” esconde la deformación congénita en el funcionamiento del capitalismo donde, es un posible teórico, la ocurrencia de desfases entre la corriente real y financiera;
2. La inflación es un fenómeno ***puramente*** monetario”. Al subrayar lo de “pura-mente”, formulan el planteo de tal manera que la deformación monetaria no es

- una causa más, es la única causa posible del fenómeno inflacionario, escondiendo así el carácter de fenómeno multicausal de la inflación;
3. La inflación es un fenómeno puramente monetario provocado por la emisión. Se trata de una visión sesgada, aun como fenómeno monetario. La cuestión monetaria debería contemplar tanto la oferta (emisión) como la demanda (absorción). Y para ellos solo existe la emisión;
 4. La emisión es en la forma de impresión adicional de billetes. Ignoran fuentes adicionales de expansión monetaria de primer orden: vía la emisión de títulos de deuda (crédito público y crédito privado), vía el sistema bancario a través del multiplicador del crédito, la producida por los propios agentes económicos al aumentar la velocidad de circulación en condiciones de inflación creciente, etc.

Como vemos se ignoran demasiados elementos claves, y sólo podrían surgir, de la relación entre los flujos globales financiero y real, relación jamás aludida ni medida. Resaltamos algunos puntos de esta trampa:

Primer punto: El capitalismo del S. XIX detentaba un mecanismo automático para evitar la inflación. Fue la utilización del patrón oro, orientado a regular la cantidad de dinero. Sin embargo fue arrasado por la crisis de los años '30 del S. XX. Se abandonaron los automatismos y paso a resultar una decisión de los bancos centrales.

Fue una experiencia iniciada por Inglaterra ya en el S. XIX, al advertir algunas fallas congénitas del capitalismo, en particular las perturbaciones creadas en el sistema bancario posibles de trasladar a la economía global. Sin leer a Marx, habían detectado una falla congénita del capitalismo y se anticipaban a las crisis sobrevinientes.

Ergo, al plantear el origen monetario de la inflación, están admitiendo fallas de origen de un capitalismo a defender por resultar el sistema final perfecto.

Segundo punto: Al plantear la inflación como fenómeno “*puramente*” monetario, eliminan de un “tacazo”, decenas de otras causas posibles actuando de manera simultánea e interrelacionada y con distinto énfasis en cada coyuntura.

Y para conocer la combinatoria de causas incidentes en la inflación de cada país y en cada coyuntura, y a fin de combatirlas de manera eficaz, hace falta un diagnóstico, eliminado desde el vamos, a partir de un “pre-juicio”: la inflación como fenómeno “*puramente*” monetario.

Y de paso, hacen recaer todo el peso de la crisis sobre el resultado fiscal. Es una maniobra engañosa para evitar tocar el otro resultado gemelo: el del sector externo. Y este es el vinculante de las economías periféricas y centrales, y origen de la problemática central en la actual coyuntura de Argentina.

Hacia ese déficit externo deberían orientarse, no solo las prioridades de la lucha anti-inflacionarias, sino de toda la política económica, tal como hemos analizado en las deformaciones estructurales de los flujos externos a fines del 2018.

Tercer punto: Y aun en ese universo “*puramente monetario*”, solo analizan la oferta, e ignoran un aspecto fundamental: la demanda monetaria, es decir la absorción monetaria de los agentes económicos, de gran importancia en los procesos inflacionarios.

Sobre todo cuando esa absorción tiende a desaparecer, y en lugar de contener el proceso inflacionario se convierte en su versus. En esas condiciones se produce un aumento de la velocidad de circulación, con el mismo efecto de la emisión. En lugar de absorber, potencian la emisión y eso está fuera del campo de decisiones de cualquier gobierno, tal como vimos en el capítulo de efectos fiscales.

16.5.3.2. Inflación y desarrollismo

Se trata de versiones heterodoxas cuyo origen debemos bucear en el “estructuralismo cepalista” vigente hace varias décadas, pero, desde los ‘80, cada vez más “light” y difuso. En esa línea de pensamiento, los factores generadores del proceso inflacionario deben ser analizados a través de la formación de los precios en la cadena de producción.

Esto no contempla las formas de mercado (monopólico, oligopólico, de competencia, etc.) de los distintos eslabones de la cadena, característicos del análisis populista, sino las diferentes formas económicas e institucionales del encadenamiento productivo: el proceso de formación de los precios.

El análisis de la formación de los precios nace por oposición a las escuelas neoclásicas (hoy neoliberales) donde los precios vienen determinados por la intersección de las curvas de oferta y demanda.

Esa intersección, supone curvas con recorrido infinito. P. ej., la demanda de un consumidor se guía por sus preferencias. No posee límite alguno en materia de ingresos ni estos influyen en sus decisiones. Tampoco la oferta tiene restricción alguna: tecnológica, financiera, forma del mercado, etc.

En aquel universo neoliberal son curvas que transitan un espacio ilimitado sin interferencia alguna y en un tiempo siempre instantáneo y por ende, el horizonte temporal desaparece como variable a considerar. Desaparece toda condicionante estructural.

En cambio, el desarrollismo, a través del proceso de formación de los precios, supone curvas con un recorrido limitado por esos mismos factores productivos. En lugar de una mirada desde la determinación de los precios, se intenta observar los precios desde su formación.

Éstos deben atravesar el espacio definido por el encadenamiento productivo, y lleva limitaciones estructurales y horizontes diferenciales de tiempo (corto, mediano y largo plazo). Con efectos desiguales e incluso opuestos entre sí.

Y en ese universo de precios existen precios claves, determinantes del conjunto de precios. Son los insumos generalizados en todo el proceso productivo: tipo de cambio (las divisas, fuera de su país de origen, son una mercancía más), transporte, energía (combustibles, gas, electricidad), insumos generalizados (siderurgia, petroquímica), los salarios, etc.

Y bajo ese concepto de formación del precio, no son homogéneos, sino pertenecientes a cadenas donde se entremezclan factores institucionales y económicos muy heterogéneos.

P. ej., en el caso del IPC del Indec, a fin de poder realizar un análisis bajo esta orientación, junto al índice general, por sectores (alimentos, vestimenta, servicios, etc.), y territorios (GBA, Pampeana, Cuyo, etc.) se da conocer una clasificación de los precios diferenciando su proceso de formación. Allí aparecen los índices de tres tipos de precios: núcleo, regulados y estacionales.

Los precios núcleo son los originados en mercados de bienes industriales y servicios de consumo masivo, garantizando una oferta estable: p. ej., alimentos frescos y procesados, bebidas, servicios para el hogar, etc. Son precios fijados en un mercado, pero sin diferenciar la forma concreta adoptada (competitivo, monopólico, etc.) en cada punto de la cadena (materia prima, elaboración, distribución comercial).

Los precios regulados hacen referencia a los servicios de infraestructura regulados por leyes y decretos debido a “fallas” de mercado congénitas tales como monopolio natural (energía, transporte, agua y cloacas, etc.); externalidades tales como salud, educación, servicios ambientales, etc. Incluye además la institucionalización de ajustes automáticos como la indexación existente en Argentina en el periodo 1977 -1991.

Los precios estacionales, son aquellos de alta flexibilidad, alterados por las variaciones de la oferta y demanda según la época del año, y las variaciones climáticas, etc. Son los llamados alimentos frescos: frutas, verduras, carnes, y productos industriales con mercado dependiente de la temperatura: ropa, vestimenta, helados, etc.

Sin embargo nunca se presentan en estado puro. Una porción de ellos son costos de comercialización y márgenes de utilidad en distintos puntos de esa cadena, y no responden a los criterios de estacionalidad.

Esta variedad institucional de precios nos está mostrando las profundas limitaciones al pretender captar el complejo proceso de la inflación, mediante su representación en un índice de variación de una canasta de precios, y cuya formación es extremadamente heterogénea.

Pero esa heterogeneidad, para la corriente desarrollista, ayuda a desentrañar una de las causas importantes de la inflación desechada por el neoliberalismo: el condicionamiento mutuo de procesos de muy distinto origen: la inercia inflacionaria.

Es el proceso inflacionario recreado y potenciado a sí mismo, tanto por medio de mecanismos institucionales de ajuste automático (indexaciones de contratos, cláusulas gatillo en los salarios, movilidad jubilatoria, etc.), como por los mecanismos propios de la economía, debido a la interrelación de esos precios en el proceso productivo.

Y generan condicionamientos mutuos entre: precios de productos finales y precios de insumos generalizados; productos con mercado y tarifas reguladas; precios mayoristas y minoristas; tipo de cambio e inflación; entre inflación y salarios, y similares.

Una aplicación concreta de este tipo de criterios fue el “plan austral”, donde tanto su éxito inicial como posterior fracaso, encuentra explicación, entre otros en este tipo de criterios coyunturales y uni-causales.

16.5.3.3. Inflación y populismo

No solo no poseen marco teórico alguno. Rechazan de plano a la posibilidad de instrumentarlo. En ese sentido, en el curso del 2016 sobre heterodoxia económica, hemos citado a un autor de origen coreano de la Universidad de Princeton. Se trata de Ha-Joon Chang, uno de los populistas más conocidos

En un artículo suyo firmado en “El País” de España (06-07-2014), al respecto expresa: “*La economía es una cuestión política. No es, y nunca podrá ser, una ciencia. En economía no hay verdades objetivas que puedan ser establecidas sin que medien juicios políticos y, a menudo, éticos. Por lo tanto, al enfrentarse a un razonamiento económico, hay que plantearse la antigua pregunta, ¿cui bono? (¿quién se beneficia?), que hizo célebre el estadista y orador romano Marco Tulio Cicerón.*”

El rechazo a toda posibilidad de científicidad en las ciencias sociales tiene fundamentos en la filosofía nietzscheana. Si la realidad está conformada solo por opiniones, no existen, ni pueden existir, procesos complejos y autónomos a esclarecer. No hay nada para indagar desde el punto de vista científico, y menos aún la necesidad de su ins-

trumento central, la teoría, para penetrar una realidad siempre es engañosa por su complejidad inherente y las deformaciones creadas por los sectores beneficiados.

Para el populismo, la economía no es una ciencia sino una mera técnica para acomodar conceptos y estadísticas a fin de “demostrar” “mi” punto de vista como el correcto. De esa manera, el sistema económico se convierte en una plastilina moldeable a voluntad, con solo detentar las riendas del gobierno, la voluntad de intervenir, y la existencia de efectos y causas únicas.

La ausencia de modelo teórico permite ignorar las limitaciones impuestas por las fallas congénitas del capitalismo combinadas con el fenómeno de la dependencia en los países periféricos. Esas limitaciones hacen posible que las principales variables del sistema estén fuera de toda posibilidad de manipulación, y aquellas manipulables, afectadas por las deformaciones estructurales, limitan la política económica, convirtiendo sus efectos en perversos, es decir contrarios a los objetivos por los cuales se adoptan.

En la versión criolla del populismo, la ausencia de teoría resulta visible en los fundamentos ofrecidos: la política económica se reputa como correcta, sólo cuando realiza el versus de las recomendaciones del neoliberalismo. Pruebas al canto.

En el tema relativo a la relación secuencial entre crecimiento y distribución: “*En estos años quedó demostrado que la redistribución del ingreso es un instrumento de crecimiento económico y que, al revés de como dice el liberalismo, hay que distribuir para crecer, porque la inclusión social crea consumidores y demanda agregada. Siempre la economía nacional nació reposada sobre el mercado interno, [...] J.* (Axel Kicillof en el cierre del encuentro de Jóvenes Empresarios”; Página 12, 14-04-2015).

Lamentablemente, ambas versiones resultan incorrectas. Y aun en la versión keynesiana sostenida por el populismo. Ese autor habló de incentivar la demanda agregada. Esta comprende, consumo, inversión y exportaciones. Y no se pronunció por ninguna prioridad entre ellas. Significa que en cada caso, la combinación a implementar dependerá de las condiciones concretas a diagnosticar. En nuestro archivo teórico, algo similar: el impacto válido resulta del efecto coordinado y simultáneo de todas esas variables.

Sin marco teórico, el populismo, al igual al resto de las corrientes mayoritarias, en lugar de indagar las condiciones concretas, detenta una causa de inflación exclusiva y excluyente, aunque real, conlleva una severa limitación: es única y universal a fin de justificar los criterios de una solución simple y aplicable en todo tiempo y lugar. Y consiste sólo en profundizar subsidios, regulaciones y controles.

Y surge de un aspecto parcial de la visión heterodoxa de la formación de los precios: la morfología de los mercados. Debemos tener en cuenta que los desarrollistas privilegian en la cuestión inflacionaria, el otro aspecto parcial de este fenómeno: el efecto inercial de la interrelación de precios de distinta naturaleza en su proceso de formación. También muy importante, entre las causas de la inflación, pero al convertirse en única, genera una visión sesgada de todo el proceso.

La visión parcial del populismo resulta de sólo identificar las formas de mercado (competitivas, monopólicas, etc.), incluso, no de toda la cadena productiva, sino de los puntos donde una o un pequeño grupo de empresas dominantes está en condiciones de fijar los precios hacia atrás y hacia adelante y así apoderarse de la “tajada del león”.

Y esto, sin duda, es una importante fuente inflacionaria. Tomemos como ejemplo el mercado de gaseosas o de leche fluida en Argentina. A pesar de resultar mercados con una relativa competencia, ésta se verifica solo en algunos de sus eslabones (materia

prima; etapa manufacturera; etc.); pero enfrentan un eslabón imprescindible por su carácter de consumo masivo: una distribución comercial de altísima concentración (un puñado de cadenas de supermercados, en condiciones de fijar todos los precios hacia atrás en la cadena productiva y quedarse con la mayor porción del excedente).

Luego, esa estructura de mercado, perteneciente al plano microeconómico, es llevado a nivel macro bajo el criterio de la existencia de una puja distributiva. En ese sentido supone una estrategia social de los grupos dominantes en cada rama para manejar los precios e influir en la política económica.

En el caso de la política económica, ese mayor poder relativo es utilizado por las empresas para que las autoridades adopten decisiones ventajosas para su sector en términos de política económica: cambiaria, impositiva, subsidios, etc.

Con ambos instrumentos captan un mayor excedente a nivel sectorial y regional y así complementan la relativa baja rentabilidad del capital en el contexto de un país periférico.

Pero no solo se trata de una visión sesgada del proceso inflacionario. Es un sesgo compatible con sus criterios filosóficos. Como los procesos objetivos y autónomos no existen, (ni pueden llegar a existir), sólo es posible concebir responsabilidades de carne y hueso. Así, la inflación sería responsabilidad exclusiva de los “formadores de precios”, en particular de empresas monopólicas y oligopólicas que usufructúan de la ausencia de regulaciones adecuadas.

Las falencias de este criterio, aunque importante como instrumento analítico dentro de un diagnóstico integral, radican en la adjudicación del carácter de causa única y universal, y le permite ignorar el contexto de deformaciones estructurales donde esos empresarios adoptan las decisiones. Un capitalismo deformado condicionante de las decisiones de empresarios y gobiernos

Nunca asumen a este tipo de fenómenos, aunque reales, como producto de un marco de un régimen capitalista y dependiente. Al no plantear, ni su crítica a esta situación, ni la necesidad de corregir esas deformaciones, (ni tampoco el reemplazo del modo de producción), de hecho, y sin mencionarlo, se quejan, pero aceptan el sistema socioeconómico.

De esa manera el criterio tiene un reflejo político muy definido y acorde con la subjetividad y el voluntarismo de esta orientación. En lugar de identificar procesos producidos por agentes de un sistema económico regresivo y potenciado por las deformaciones respecto a su modelo original, que incluso llega hasta impedir usufructuar de sus facetas positivas (p. ej. el crecimiento), lo realizado en la práctica concreta es sólo tratar de identificar culpables con nombre y apellido, a quienes califican como portadores de una especie de maldad congénita.

Frente a esos “malvados” provocando daño, sólo es posible plantear la denuncia política mediante argumentos “ad hominem”. Y limitar su accionar mediante regulaciones y controles más rigurosos.

Y algunos, dentro de esa misma línea de análisis, van un poco más allá, y plantean la eliminación lisa y llana de los “malvados” mediante la estatización y la planificación centralizada, una suerte de socialismo encubierto, para eliminar, de manera definitiva, todos los problemas socio-económicos. Eso sí, ignorando las experiencias históricas, mundiales y latinoamericanas en ese sentido.

En el curso del 2016 hemos visto las consecuencias del voluntarismo intentando modificar el modo de producción “por decreto”. Todas terminaron en situaciones aberrantes. Un socialismo por decreto, es una forma más de socialismo utópico, duramente calificado por los propios padres del socialismo.

Pero el problema va mucho más allá. Bajo este tipo de criterios, no solo no pueden frenar la inflación. La incentivan. Los criterios populistas justifican políticas desaprensivas en materia fiscal y monetaria.

Si bien es cierto, no actúan de manera directa sobre la inflación, tal como sostiene el neoliberalismo, tienen, entre otros efectos nocivos, el de generar una señal negativa a los agentes económicos, que a través de los mecanismos reproductores de la información se traslada a toda la sociedad. Y se expresa en fenómenos muy negativos tales como, ahorrar en divisas, fugarlas, etc. Y luego de complejos periplos se convierten en inflación.

Por una parte, pretenden ignorar convivir con un modo de producción capitalista y dependiente, y suponen podrán desplazar mediante “decretos” de regulaciones y controles. Por la otra, ignoran la capacidad de respuesta a esas prácticas, por parte de los agentes económicos y culturales de ese capitalismo.

Frente a políticas monetarias y fiscales desaprensivas, los agentes económicos pierden la confianza y se produce un efecto letal: la emisión deja de ser absorbida, incrementando la velocidad de circulación del dinero y papeles financieros que pasan a jugar el papel de emisión adicional y presiona sobre el nivel de precios. Las expectativas negativas se transforman en inflación.

En esas condiciones, la oferta monetaria se amplifica, no por decisión del Estado, sino por decisión de los propios agentes económicos. En lugar de absorción tenemos huida del dinero local. Y aún con emisión cero, la cantidad de moneda aumenta por la aceleración de la velocidad de circulación, desequilibrando toda la relación entre los flujos real y financiero, y generando presiones inflacionarias adicionales.

En esas condiciones, aun suponiendo un Estado a cargo de los “Über-Mensch” de Nietzsche, perderían el control de la variable monetaria, un elemento clave en la autonomía de las decisiones.

Aunque estas condiciones sólo resultan visibles en períodos de mega e hiper inflación, siempre están actuando, de manera soterrada, en todos los niveles inflacionarios.

16.5.4. Una visión global

Las fallas de los planteos terminan atrapando a sus propios autores. Aunque siempre se comienza elaborando una construcción artificial consciente, su repetición sistemática hace posible, terminar creyendo en ella, y de manera fanatizada (confirmar con psicólogo o psiquiatra de cualquier corriente). Y se convierte en la fuente de los graves errores cometidos por quienes, en lugar de científicos sociales, se han convertido en monjes custodios de un credo religioso.

Partiendo de un criterio teórico, debemos pensar que sobre ese fenómeno inflacionario están actuando una gran cantidad de causas, de manera simultánea e interrelacionada. Y algunas de ellas inherentes al propio sistema capitalista: exceso de moneda sobre las mercancías, falta de relación entre la producción de bienes de consumo y de capital, deformaciones de los precios relativos. No por casualidad, cada uno de estos temas, es el central de cada uno de los tomos I, II y III de El Capital.

Y a ello se debe sumar los efectos de un capitalismo mundial, sobre todo en su versión actual globalizada y sin regulación alguna. Y por si esto fuese poco, se suman presiones inflacionarias adicionales por las deformaciones ejercidas por la dependencia sobre el modo de producción capitalista. Y en Argentina esto tiene un historial de siglos, abarcando incluso dependencia colonial bajo formas pre-capitalistas.

Cuando se ignora la realidad, la posibilidad de cometer gruesos errores es infinita. Pero no son sólo “errores”. Por vía de las políticas instrumentadas, se transforman en graves efectos de regresividad social.

Aquí podría aparecer una feroz crítica a lo expuesto. ¿Cómo errores?, cometen daño a propósito, propio de gente que conlleva una especie de maldad congénita.

Los argumentos del tipo “ad hominem”, derivan de criterios subjetivos, y sólo sirven para “embarrar la cancha” y hacer imposible el debate. Es una técnica de chantaje ideológico generalizada en todas las disputas y practicada por todos los bandos en pugna: desde el futbol (“pecho frio”), hasta el aborto (“asesinos”), pasando por la política y la economía (“marxista”, “gorila”, “choros”, etc.).

En una realidad construida solo mediante opiniones, las del “enemigo” deben ser lapidadas, y para siempre, mediante la colocación de algunos de esos marbetes.

Y en economía todos utilizan este tipo de argumento. El chantaje de los neoliberales dice: debatir con los populistas es una pérdida de tiempo equivalente al debate de un astrónomo con un terraplanista. Los populistas, a su vez dicen: la maldad congénita de los neoliberales los lleva a crear una crisis de manera artificial para justificar el ajuste regresivo.

Son barbaridades equivalentes con consecuencias políticas muy serias. Significa, con solo cambiar el gobierno la crisis desaparecería como una pompa de jabón.

Mientras tanto los errores se siguen repitiendo, y de manera sistemática, a lo largo de décadas, y su consecuencia es la misma, provengan de donde provengan: profundizar y consolidar las deformaciones, y en este caso la recurrencia del proceso inflacionario.

Todas estas orientaciones (neoliberal, desarrollista y populista), a pesar de aparecer en términos políticos como muy diferentes, detentan un mismo sesgo: simplificar hasta el absurdo realidades de máxima complejidad.

Todas las orientaciones señalan, aunque con diferencias, una causa única que conlleva una solución única y universal, es decir, aplicable a todo tiempo y lugar. Y esa causa única, de hecho, está reemplazando el imprescindible diagnóstico previo para conocer las verdaderas causas. Incluidas las señaladas por ellos mismos, pero interactuando con el resto.

Para conocerlas debemos indagar la realidad y su combinatoria coyuntural específica, a fin de conocer como sus componentes influyen de manera diferencial en cada coyuntura.

Pero no solo reemplazan el diagnóstico. La causa única y universal predetermina toda la estrategia para corregirla y por ende potencia el riesgo de cometer graves errores. Todas las causas únicas aducidas, no son imaginarias, sino reales. Sin embargo actúan de manera simultánea con otras, y en cada coyuntura pueden detentar la misma o mayor potencia para generar inflación. Y son sólo posible de identificar mediante un diagnóstico objetivo, única manera de marcar el camino de la política a aplicar.

No es casual que las orientaciones apuntadas hacia una causa única y universal, rechacen de plano la posibilidad de realizar diagnósticos previos. Pero ninguna de las soluciones surgidas de esas visiones parciales, no llega siquiera a rozar los problemas estructurales desarrollados en este curso, y que de manera sistemática, presionan sobre los procesos inflacionarios y el resto de fenómenos aparecidos en superficie.

Y los debates generados alrededor de la inflación se asemejan al mito bíblico de la Torre de Babel, imposibilitando construirla.

16.6. Un cierre provisorio

Mientras se mantengan estructuras de pensamiento distorsionantes de la mirada sobre la inflación, proseguirán los gruesos errores cometidos de manera recurrente. Y el ciudadano, imbuido de la misma cultura subjetivista y voluntarista, generadora de las visiones de las corrientes mayoritarias, evalúa la problemática de la inflación de manera similar, y solo realiza una adhesión o un rechazo político hacia uno u otro de esos criterios.

Esto se debe a factores culturales influyentes en su esquema de pensamiento (sistema educativo, medios masivos de comunicación, publicidad, etc.). Los mismos que delinean el de sus dirigentes sociales y políticos

Estamos hablando de problemas culturales, con sus propios y lentos procesos de cambio. Sin embargo, en determinadas coyunturas, se aceleran en una escala inimaginable. Experiencias en Argentina tales como el divorcio, matrimonio homosexual, reivindicaciones feministas, etc., así lo demuestran.

En ese sentido asoman perspectivas optimistas acerca de una demanda social respecto a una visión alternativa de la economía y la sociedad. Sobre todo provocada por, la persistencia del fenómeno en el muy largo plazo, la evidencia de los fracasos de todas las corrientes político-económicas frente a la inflación.

Esto comienza a tener algunos efectos positivos. No aún no en términos de una acción concreta, pero sí en el campo del pensamiento económico. Aparecen, tímidamente, voces que habiendo defendido a rajatabla algunos de los criterios uni-causales en materia de inflación, comienzan a matizar sus comentarios.

Autores de raigambre neoliberal y otros de corte populista, comienzan a calificar a la inflación como un fenómeno multicausal. Aunque una generalización conceptual de ese tipo es solo descriptiva, y carece de valor analítico para orientar la política económica, al menos es un antecedente para influir en la siguiente generación, a fin de indagar acerca de cómo se conforma esa multicausalidad en cada coyuntura.

Destacamos el caso de Ricardo Arriazu, el más serio dentro de la corriente neoliberal. Explica la multi-causalidad de la inflación en su artículo: “La Hidra de Lerna” (Clarín, 21-05-2017).

A partir de su influencia intelectual, se puede suponer una etapa siguiente, donde sus seguidores podrían plantear la necesidad de realizar un diagnóstico previo, único camino posible para conocer, dentro de ese universo multicausal, las causas predominantes en cada coyuntura y así diseñar políticas eficientes.

Otras señales en esa misma dirección son:

- Necesidad de combatir la inflación, no con los llamados planes antiinflacionarios o de estabilidad, sino con programa socio económicos integrales, úni-

- ca forma posible de atacar, de manera coordinada, factores multicausales (Beker en Clarín, 16-04-2019);
- Tratar la inflación a la manera de un fenómeno persistente en el largo plazo, sistémico y generalizado. Suele aparecer utilizando un símil con el lenguaje médico: tratar la inflación como una enfermedad crónica y endémica;
 - Perciben la existencia de factores más profundos que las evidencias de superficie como generadores de inflación: crecimiento, perfil de comercio exterior, pujas distributivas, etc.;
 - Admisión del fracaso por parte de las usinas neoliberales. Aquí se lleva todas las palmas el FMI cuya máxima autoridad admitió el fracaso actual en Argentina por un error de diagnóstico: *"Es una situación económica increíblemente complicada que creo que muchos jugadores, incluidos nosotros mismos, subestimamos un poco. . . . Creo que el componente más sorprendente, pero que está mejorando ahora en los números más recientes que recibimos, es la inflación, que en lugar de estabilizarse y disminuir gradualmente como habíamos anticipado, está mostrándose mucho más resistente de lo que pensábamos. Ahora está empezando a declinar, pero está demorando más de lo que anticipamos"* (La Nación, 05-06-2019);
 - Algunos han dado un paso más adelante, y hacen hincapié en los fracasos incurridos, sobre todo en materia de inflación. Parten de la ausencia y/o errores de diagnóstico, aunque sin analizar el porqué de esa falencia, y sin mencionar los criterios para hacerlo posible. (La Nación 04-10-2018).

Un resumen de estos cambios en el enfoque de la inflación surge de un trabajo del analista político Sergio Berensztein: *"La Argentina es uno de los pocos países del mundo que todavía tienen alta (inflación). Peor aún: se trata de un fenómeno endémico, histórico y estructural. Esta dilatada experiencia, no obstante, no ha resultado hasta ahora muy aleccionadora. Se trata de un problema multicausal complejo, y la sociedad no termina de comprender sus mecanismos más elementales"* (La Nación, 26-04-2019).

Esto genera un cuadro de inicio de un cambio cultural. En cualquier momento, y frente a los reiterados y evidentes fracasos de todas las corrientes, los planteos alternativos pueden liberarse del auto-chantaje ideológico y comenzar a acelerarse.

17. RESULTADOS MACROECONÓMICOS

17.1. Introducción

Para no perder de vista nuestra meta: estamos intentando un análisis objetivo de la cuestión socioeconómica, como punto de partida inevitable para accionar en sus correcciones y transformaciones.

Por el contrario, las corrientes político-económicas mayoritarias, utilizan métodos de conocimiento basados en el versus de esto, y significa definir sus acciones a partir de un análisis subjetivo y voluntarista que ha llevado a políticas erróneas de graves consecuencias sociales.

Sin embargo, cuando intentamos aplicar nuestra línea de análisis, chocamos con la ausencia de instrumentos científicos aptos. Por eso realizamos una aproximación, histórica y por niveles, y eso nos ofrece un paisaje diferente, por ende, las acciones de política económica: paliativas, preventivas, correctivas y de transformación, también serán diferentes.

Para demostrar su viabilidad, estamos realizando una revisión de la economía argentina, desde sus niveles más profundos, el modo de producción, y la dependencia. Y bajo una hipótesis crucial: su efecto combinado genera deformaciones estructurales.

Allí hemos instalado el eje de nuestro análisis, pues permite vincular los niveles más profundos con la superficie. En ese sentido hemos revisado, y a modo ejemplificativo, las relaciones externas e internas: agro, industria, infra y sistema financiero.

Y desde allí ya hemos pasado al siguiente nivel, efectos económicos y sociales de esas deformaciones. Las urgencias de la coyuntura nos impulsan a comenzar por los efectos económicos y en ese sentido ya lo hemos hecho con el efecto inflacionario.

Ahora, el otro ejemplo de los efectos económicos de las deformaciones estructurales, los ***resultados macroeconómicos*** (resultados: déficit-superávit; macroeconómicos: fiscal, externo y financiero).

17.2. Los resultados macroeconómicos

Se los conoce por una de sus formas: los “resultados gemelos”, y solo referido a dos de ellos, fiscal y externo; aunque también resulta posible la existencia de resultados divergentes.

Pero no son variables de visualización inmediata. Requieren de una elaboración conceptual previa, respecto a cómo, variables de distinto tipo, se combinan, la forma de hacerlo y sus efectos diferenciales.

Y aquí ya existe una diferencia crucial con el empirismo vigente. Debemos revisar el comportamiento de variables, pero de aquellas surgidas de un marco teórico, es decir, con relaciones posibles y necesarias, y no de las engañosas relaciones accidentales que se presentan en superficie.

Estas emergen de una mera correlación estadística equivalente a cuando se elaboró una teoría astronómica geocéntrica, surgida de la observación de los movimientos aparentes del sol.

Pero al no disponer de un marco teórico consolidado, lo reemplazamos, de manera provisoria, por un análisis por niveles e histórico. Bajo este criterio observamos estos mismos resultados macroeconómicos, pero como reflejo de un nivel más profundo: las deformaciones estructurales.

Inflación y resultados macroeconómicos son los temas elegidos en este nivel, pues mejor reflejan las deformaciones estructurales, determinantes de la situación actual de Argentina; que bajo otros enfoques, permanecen ocultos.

17.3. Diagnóstico de los resultados macroeconómicos

Este nivel de los efectos, no surge de variables económicas aisladas en superficie, tales como precios, tipo de cambio, tasa de interés, producción, exportaciones, etc., sino de complejas relaciones entre ellas. Y de allí surgen los errores cuando se tratan como estadísticas de superficie.

Este nivel de efectos económicos y sociales de las deformaciones estructurales, resulta esencial para el diagnóstico, porque actúan como indicadores de fallas a corregir en los niveles más profundos. Sin embargo, las corrientes mayoritarias no pretenden realizar diagnóstico alguno. Más aún, rechazan de plano la posibilidad de hacerlo.

Ese diagnóstico debe decirnos si el sistema económico – social funciona o no, de acuerdo a cartabones teóricos. Ese análisis previo resulta fundamental, porque de mane-

ra anticipada a cualquier debate (p. ej. “ajustar o desarrollar”), debemos dilucidar si el sistema está funcionando de acuerdo a la teoría, o bien de manera anormal, es decir, con atascos y desviaciones en sus flujos.

Si llegaran a existir anormalidades en esos flujos, intentar intervenir con instrumentos de política económica, de cualquier orientación, no solo no tendrá efecto positivo alguno. Producirá efectos perversos.

A esos flujos deformados los representamos de manera figurada, por un sistema hidráulico, con atascos y perforaciones. Son obstrucciones y obturaciones que hacen perder presión al líquido y por ende no puede llegar al destino hacia donde intentamos orientarlo.

Previo al debate de política económica, p. ej., “ajustar o desarrollar”, debemos verificar si existen condiciones para lograr el efecto esperado. Y la hipótesis básica en una economía periférica es la de cargar con un capitalismo con sus propios problemas congénitos. Y sumado a una dependencia de siglos, genera deformaciones estructurales muy severas.

Esto nos lleva a averiguar, y de manera previa, el grado de fluidez en la circulación de los flujos. Si es muy baja, la mera voluntad política, será insuficiente para lograr el objetivo.

Por ello, de manera previa, debo realizar un diagnóstico, es decir un análisis concreto de la situación concreta, a fin de localizar esos problemas, e intentar previamente “despejar” los flujos. De persistir esas deformaciones cualquier medida a adoptar, no sólo carecerá de efectos, sino es probable detente efectos perversos.

Y si no realizo diagnóstico, de hecho lo estoy reemplazando por una concepción subjetivista y voluntarista. Es decir se adjudica sólo responsabilidades “ad hominem”, es decir a personas de “carne y hueso”. Y las experiencias fallidas, se terminan atribuyendo a una especie de maldad congénita del gobierno de turno.

Por ende, con solo cambiar esas personas malvadas por otras que se supone conlleven una supuesta bondad congénita, los problemas desaparecerían como una pompa de jabón. Es el voluntarismo: al mundo sólo lo diseñan opiniones y decisiones. Los procesos objetivos y autónomos no sólo no existen. No pueden llegar a existir.

Ejemplos concretos de ese voluntarismo, los neoliberales en 2015 planteaban: con solo sacar a CFK llegarán las inversiones; o bien los populistas del 2019 pensando sacar a Macri para acabar con los problemas de Argentina.

Niegan la existencia de una realidad objetiva y construyen la suya. Pregunten al psicólogo o psiquiatra de su preferencia cual es el diagnóstico prevaleciente en sus pacientes. La respuesta será unánime: la negación de la realidad.

17.4. Elaboración del diagnóstico de los resultados macroeconómicos

Una aproximación al diagnóstico de resultados macro necesita de niveles e historia.

17.4.1. Niveles

Profundizamos el tema de los niveles analizando las temáticas alrededor de: conformación de los resultados macro, las corrientes mayoritarias frente a los resultados macro, las tendencias de los resultados macro, el aporte keynesiano, y los datos globales y sus componentes.

17.4.1.1. Conformación de resultados macro

Comenzamos por cuales son los resultados macro: fiscal, externo y financiero

- Resultado fiscal = Ingresos públicos – Gasto PÚblico
- Resultado externo = Balance comercial + Balance de Servicios + Balance de Rentas + movimientos especulativos de divisas
- Resultado Financiero: son relaciones entre; “Flujo Financiero / Flujo Real” y “Expansión Financiera/ Absorción Financiera”

Aunque aparecen como una mera operación aritmética, tras esto existe:

- Elaboraciones teóricas respecto a su papel en la macroeconomía, sus componentes, los niveles condicionantes y sus efectos en superficie;
- Una compleja red de componentes a someter a su descomposición analítica y analizar sus respectivas tendencias;
- Deformaciones estructurales derivadas de la combinatoria del modo de producción y la dependencia explicativas de las tendencias anteriores.

Los resultados macro conllevan una carga de niveles más profundos. Por eso, una interpretación sólo empírica y de resultados finales, llevará, de manera inevitable, a cometer graves errores.

Las investigaciones académicas se enfocan solo a dos de ellos: fiscal y externo. De entrada ya resulta sospechoso. Ni los más furibundos monetaristas realizan referencia alguna a los resultados financieros macroeconómicos.

Y en materia de resultados existen conclusiones para todos los gustos: preeminencia de uno sobre el otro, sin relación alguna, etc., etc. El caso más interesante es el del efecto mutuo. Sin embargo sólo un autor, entre cientos de ellos, ha planteado la hipótesis de una doble causalidad, significando la retroalimentación de ambos déficits.

Investigan solo el comportamiento empírico del resultado final, sin tener en cuenta sus componentes, sus respectivas tendencias, y los procesos existentes tras ellos, sobre todo, las deformaciones estructurales.

Esos procesos no son visibles en superficie, y sólo es posible conocerlos mediante hipótesis que nos dirán, de todas las relaciones, cuales son las necesarias y cuales las espurias.

17.4.1.2. Las corrientes mayoritarias frente a los resultados macro

Neoliberalismo: de los resultados macro sólo les interesa el resultado fiscal, eludiendo toda referencia al resultado externo y financiero. El acuerdo con el FMI es un ejemplo concreto de aplicación de ese criterio.

Sólo analizan las desviaciones del resultado fiscal, y no de sus componentes. Y cualquier desviación, será fruto, o bien de regulaciones, incorrectas por definición, y por lo tanto a modificar, o bien por el mercado, siempre óptimo por definición, y por ende intocables.

Y las desviaciones a corregir siempre se atribuyen a regulaciones neo keynesianas a eliminar para que el mercado optimice el resultado.

Pero aunque eluden la problemática del sector externo, no son estúpidos. El ajuste fiscal, mediante el apretón monetario, fiscal y cambiario, no solo tiene como objetivo eliminar el déficit en el resultado fiscal, sino “solucionar”, de manera indirecta, el saldo externo.

La recesión provocada por el ajuste fiscal también actúa sobre el sector externo: disminuye importaciones (bienes de capital, insumos, viajes, etc.), y el sector externo comienza a tender, tal como está ocurriendo ahora, hacia un “equilibrio”.

Producen el “milagro”, sin corregir ninguna deformación estructural. Un “milagro” con una sola interpretación posible: si los argentinos quieren ver “funcionar” su economía, las condiciones de recesión se deben mantener de manera permanente. Para la ortodoxia neoliberal, el resultado fiscal es el centro del problema, y el externo solo algo derivado de la necesidad de financiar el déficit fiscal mediante la suba de la tasa de interés para atraer capitales.

Y esa entrada de capitales aprecia el tipo de cambio, manteniendo un dólar bajo, que abarata las importaciones y encarece las exportaciones, generando una tendencia hacia el déficit en cuenta corriente del balance de pagos.

Desarrollismo: Analizan la desviación de los resultados macro, fiscal y externo, pero solo de su número final, sin detenerse a revisar su volumen relativo, composición, tendencias, y políticas realizadas.

Y esto tiene implicancias negativas porque aunque puedan llegar a recomendar ajustes progresivos en lo fiscal, el déficit externo es presentado, como una “restricción”, a intentar obviar, pero nunca corregir. Las “restricciones” eluden el tema de las deformaciones estructurales.

Populismo: En resultados macro, el populismo detenta una curiosa situación. En el periodo 2003-2007 el gobierno resaltó, como un logro de primera magnitud, el paso de resultados gemelos negativos, a positivos, como los pilares de la estabilización y crecimiento en ese periodo.

Incluso en 2008-11, aun cuando esos resultados positivos, ya habían desparecido y se habían transformado en tendencia a neutro, se siguió reivindicando los superávit gemelos como fundamento de la estabilidad y el crecimiento.

Pero ya en el periodo 2011-15, esos resultados gemelos pasaron a negativos, y desde el gobierno se abandonó toda referencia al tema. Incluso luego, ya como oposición, fueron ignorados al reivindicar sus logros pasados.

Una explicación posible de este cambio es la primacía del criterio voluntarista de reivindicar toda política económica que resulte el versus del neoliberalismo. Y llegaron al límite de modificar radicalmente su propia y exitosa política económica, porque la presencia de déficits gemelos sería un símbolo de políticas distribucionistas.

Y esta presunción queda avalada cuando, en defensa de sus políticas deficitarias, citan de manera errónea, a Keynes. Este autor y sus seguidores plantearon la necesidad, en condiciones de crisis, generar déficit fiscal a fin de coadyuvar a salir de la recesión para luego compensar con periodos de superávit fiscal.

Sin embargo, el populismo realiza los planteos de manera confusa, dando a entender, resulta posible generar déficit fiscal permanente, y de manera independiente a la posibilidad de su financiamiento. Y validado sólo por resultar el versus de las recomendaciones neoliberales.

Y derivado del anterior otro error superpuesto en la interpretación keynesiana. Ese déficit deber estar orientado únicamente hacia incentivar el consumo. El caso más sonado fue el de subsidios indiscriminados a los consumos de energía, una de las fuentes principales del “macrocidio” cometido.

Keynes no dijo elevar el consumo para salir de una crisis, sino fomentar la demanda efectiva por vía el gasto público. Pero en lenguaje keynesiano, eso significa fomentar el consumo, las inversiones, y exportaciones.

Cuál de ellas tendrá prioridad en cada coyuntura, sólo podrá decirlo, un diagnóstico previo, que el populismo niega de plano. Para ellos, en cualquier circunstancia, esa demanda efectiva es sólo consumo.

17.4.1.3. Tendencias de los resultados macro

Hemos visto a las corrientes mayoritarias, sólo tomando resultados finales, posible de orientar en distintas direcciones con políticas económicas. Nunca aparecen procesos autónomos.

En cambio, nuestros criterios nos dicen: esos resultados macro están fuertemente enlazados y se arrastran de manera mutua. Y sucede porque las deformaciones estructurales y su interrelación en niveles anteriores, afectan, de manera simultánea estos resultados. Sobre todo cuando esas condiciones se mantienen en el largo plazo, provocando efectos de retroalimentación y potenciación de sus resultados.

Sin embargo, esos procesos, condicionantes de los resultados macro, pueden, a corto y mediano plazo, generar tendencias divergentes y no gemelas. Pero, de mantenerse las deformaciones estructurales, en el largo plazo, sus efectos de retroalimentación harán posible a esos resultados macro, tender a adoptar similar tendencia y aparecer como “gemelos”.

Por eso debemos comenzar por analizar la relación global entre esas deformaciones estructurales y los resultados de los balances macro: fiscal, externo y financiero en volumen, composición, tendencias y política económica.

17.4.1.4. El aporte keynesiano a los resultados macro

También los retazos de teoría disponible nos dice: en el capitalismo existen, de manera simultánea, procesos micro y macroeconómicos. Pero aunque mutuamente condicionados en el largo plazo, conllevan procesos autónomos e independientes entre sí.

Y estos resultados se encuentran en el campo macro. Una macro no resultante, como dice la ortodoxia neoliberal, de una sumatoria de procesos micro. Detenta sus propios comportamientos.

Ese fue el gran aporte de la revolución keynesiana. El estudio de procesos tales como: demanda agregada, inversión privada y pública, crédito, etc., que en condiciones de crisis conllevan una importancia decisiva.

Keynes intentó captar la lógica específica a nivel macro, es decir, el comportamiento de los agregados funcionando de manera autónoma respecto a la microeconomía es decir, al comportamiento de empresarios y consumidores.

Y al descubrir esa lógica macro, pudo modificar, y de manera radical, los criterios prevalecientes de no intervención en la economía. Por el contrario, el neoliberalismo ignora la autonomía de los procesos macro.

Y para nosotros ese aporte keynesiano resulta fundamental, porque nos interesan los fenómenos de tipo macro, interconectando nuestro esquema por niveles, y hace posible acceder a su conocimiento e influir sobre ellos.

Pero lo hacemos con precauciones, porque bajo la perspectiva neo-keynesiana, a la que se aferran las corrientes desarrollistas, aparecen los llamados “equilibrios macroeconómicos”.

Si existen los “equilibrios”, resulta posible existan, “desequilibrios”, a quienes se adjudica el carácter de “restricción”. El desarrollismo las analiza, pero para practicar políticas elusivas, y no correctivas. En cambio para nosotros, esas restricciones son el centro de las deformaciones a corregir.

Y a ello se suma la confusión creada por el uso bastardo de los “equilibrios”, cuando los resultados macro se presentan bajo la forma de balances. P. ej., Cavallo decía: todo funciona bien porque los balances (externo y fiscal) están en equilibrio.

Pero un balance, por definición, siempre está en equilibrio. El problema del balance no es su equilibrio, sino como llegó a ese equilibrio, es decir, como fue compensado. Por eso, en lugar de “equilibrios”, usaremos el vocablo “compensaciones”.

- Un saldo externo negativo, como fue compensado ¿con capitales golondrina?, ¿con préstamos externos?, ¿con radicación de capitales?
- Un saldo fiscal negativo, como fue compensado ¿con préstamos internos o externos?, ¿con emisión monetaria?

Por eso hablar de equilibrios en abstracto, resulta confuso. Debemos partir del resultado “crudo”, es decir, aislado de su compensación. Y ese resultado “crudo”, previo a su compensación, y la forma específica adoptada por la compensación, nos ayudará a delinear el diagnóstico.

En el balance de pagos, se adopta la cuenta corriente de ese balance, por separado de la cuenta de capital, compensatoria de aquel saldo; en el balance fiscal tomamos, por un lado, el resultado en crudo, es decir antes del destino del superávit o financiamiento del déficit. Por el otro: el destino del uso del superávit o la cobertura del déficit.

17.4.1.5. Resultados Macro: datos globales y componentes

Pero aún esto resulta insuficiente para el diagnóstico, estamos tratando con flujos cuyos componentes resultan de muy distinta naturaleza: económica, social e institucional. En el caso fiscal se debe pensar en el amplio abanico que significa el volumen y componentes de ingresos y gastos fiscales y sus diferentes efectos.

Sin embargo, todo el debate se centra en un mero resultado aritmético. Y con esto el neoliberalismo crea una doble trampa. Y el populismo cae en ella como “chorlito”.

Por una parte, aceptan debatir sobre un dato global. Esto implica, de hecho, reputar como correcto su volumen, composición y las deformaciones estructurales existentes tras ellos.

Por la otra, su obsesión política por mostrarse como el versus del neoliberalismo, los ha llevado a plantear que el resultado final deficitario, en lugar de efectos negativos, tiene efectos positivos, o al menos, neutros. La consecuencia lógica es un absurdo: la posibilidad de sostener, a largo plazo, ese déficit, al margen de la posibilidad de su financiamiento.

En cambio, si en lugar de un dato global, analizamos, ingresos y gastos, en su volumen, composición, y deformaciones estructurales existentes tras ellos, surge la posibilidad de realizar un ajuste progresivo, en lugar de regresivo.

Bajo este otro criterio aparecen múltiples instrumentos para intentar, al menos, reducir el déficit: reforma del sistema impositivo y de la distribución del gasto público,

incrementar la productividad del gasto social y corregir deformaciones estructurales en función de políticas de crecimiento, y redistributivas del ingreso.

El debate no es “sí o no al ajuste”, sino el nivel de progresividad de ese ajuste, es decir, quien paga el costo del ajuste. Sin embargo, toda la polémica recae sobre un mero resultado aritmético, y el populismo, para mostrarse como el versus del neoliberalismo, cae en la trampa de ese falso debate.

Dijimos, trabajar sobre niveles y aspectos históricos. Vimos niveles, ahora:

17.4.2. Aspectos históricos

Ubicamos el punto central de los balances macro, en el balance externo, pues está determinado por nuestra inserción histórica en el mercado mundial. Esto ha generado relaciones productivas generadoras de un desbalance sistémico de flujos externos: comercial, tecnológico y financiero y expresado en su déficit crónico. La forma más acabada del fenómeno de la dependencia.

Esas relaciones productivas han convertido a los países periféricos en proveedores de países centrales de bienes de bajo nivel tecnológico pero claves para elevar su productividad y tasa de ganancia: alimentos y materia prima, algo vital para la reproducción del capitalismo en países centrales.

Mientras tanto, esos países centrales generaban para sí una estructura productiva diferente, haciendo posible saldos externos positivos, exportaciones diversificadas, incluidas las de tipo capital y tecnología intensivas con altísima productividad.

Esto crea una asimetría estructural a nivel mundial expresada en abismales diferencias de competitividad que marcan a fuego los resultados macro en los países periféricos. Por eso, en aspectos históricos diferenciamos, países centrales de los periféricos.

17.4.2.1. Países centrales

Hacemos referencia a los dos casos más relevantes: EE.UU. y zona del Euro.

El primero de ellos, resulta muy singular por su tendencia y su financiamiento. Desde inicio de los '80 y hasta la actualidad se destaca la existencia de déficit gemelos. En el caso del déficit externo, de manera permanente y año a año. En el déficit fiscal, solo superávit fiscal en 1988-2001. En el resto (37 años), el resultado negativo y muy alto.

El interrogante es de cajón. Como pudo ese país, con una definida tendencia hacia déficits gemelos muy elevados, mantenerse en el podio de la economía mundial. A esto ya lo vimos en el tema inflación. Lo financian con emisión y con deuda,

Es el único país en el mundo con ese privilegio, otorgado por una moneda y títulos convertidos en la reserva de valor predominante de los sectores privados y públicos del resto del mundo.

Toda emisión de bonos y billetes, son absorbidos cualquiera resulte su nivel y aún bajo severas condiciones de crisis en EE.UU. Esto no solo logra un impacto inflacionario resulte nulo sino también le permite mantenerse en el podio económico, tecnológico, cultural y militar, financiado por el resto del mundo. Es el “señoreaje” del resto del mundo hacia Estados Unidos.

En la zona Euro, desde su creación, existía entre los países europeos notable desniveles de resultados macro. Alemania con superávit externo muy alto y el resto con altos déficits externos.

Pero al tomar el resultado conjunto de la región, se auto-engañosaron. Mediante una mera sumatoria, el alto saldo positivo de Alemania “borraba” los déficits del resto y aún quedaba un pequeño margen positivo.

Y se combinó con otro grave error. Avanzar en la integración, aplicando, de manera directa, su última etapa: la moneda común, y sin pasar por las etapas previas que conviertan a la región en una unidad económica. Las etapas saltadas fueron tales como: completar la integración comercial con los servicios de infraestructura; realizar la integración fiscal (gastos e ingresos presupuestarios); integrar el sistema bancario europeo, y similares.

La idea fue similar a la convertibilidad de Cavallo, generar una moneda inalterable para impedir devaluar, y así forzar un ajuste del resto de variables. Pero ocurrió lo contrario, en lugar del objetivo de convergencia de variables generó una divergencia cada vez mayor. P.ej., Alemania y Grecia en materia inflacionaria.

Divergencias que debieron ser una señal para corregir el problema. Pero dejaron pasar una década y una crisis bancaria mundial destrozó el euro y sus efectos sobre las economías más endebles de la región: Grecia, Italia, España, Portugal, etc., fueron devastadores. Un fracaso rotundo explicativo de las condiciones económicas y políticas de la Europa actual.

17.4.2.2. Países Periféricos:

Si los resultados macro de países centrales producen, tal grado de perturbación, en el mundo o en sus países, es de imaginar cómo afectan a los países periféricos. En esta región, los balances macro deficitarios, ya sean divergentes o gemelos no pueden sostenerse en el mediano y largo plazo sin provocar graves crisis. Deben financiarse en mercados mundiales, incrementando en el largo plazo el déficit fiscal y los grados de dependencia.

17. 5. Los resultados macroeconómicos en Argentina

No estamos analizando una economía periférica más. Argentina es la economía más vulnerable del mundo. Analizaremos los resultados macro por separado y luego el caso de los gemelos.

17.5.1. Resultado fiscal

El resultado fiscal es una mera operación aritmética de ingresos y egresos públicos, con diferentes formas de compensación. Si es déficit, compensado con emisión monetaria, préstamos, etc. Si es superávit, elevar gasto público del siguiente periodo, reducir deuda, establecer fondos soberanos, etc.

Además, un diagnóstico exige analizar el resultado fiscal integral. Y por razones institucionales este se encuentra muy desperdigado. El déficit fiscal total resulta de la sumatoria (previa consolidación de transferencias) de los resultados de tres niveles jurisdiccionales (nación-provincias-municipios). Y debe agregarse el resultado del balance del Banco Central.

En Argentina, el resultado fiscal predominante es la ejecución del presupuesto nacional, congénitamente deficitario. Victoria Giarizzo (UBA-Conicet) ha trabajado sobre el resultado fiscal entre 1900 y 2017. En esos 117 años, 107 han sido de déficit y 10 años de equilibrio o superávit fiscal. Y de esos diez, seis se encadenaron de manera continua entre 2003-2008 (Clarín 29-04-2018).

Sin duda una tendencia muy definida. Y obliga a vincularlo a las recurrentes crisis y retroceso histórico de la economía argentina. Pero se trata de un indicio más. Sin embargo, el neoliberalismo le atribuye resultar la única causa de todas las fallas de la economía argentina. De allí se deduce: con solo solucionar ese déficit fiscal, todos los problemas de la economía argentina desaparecerían como por arte de magia. Un absurdo.

El problema no radica en vincular déficit fiscal y deterioro a largo plazo, sino su conclusión: superar ese déficit mediante un ajuste fiscal, solucionaría todos los graves problemas de la economía argentina.

Un mero cambio de signo en un resultado aritmético nunca podría solucionar “per se”, las profundas deformaciones, del sector externo, originadas hace siglos, y sus presiones inflacionarias. Sin embargo, para el FMI y el arco neoliberal nativo, toda la política económica debería apuntar sólo a extirpar el déficit fiscal.

17.5.2. Resultado externo

Es el resultado del balance de pagos. Y representa el flujo total de divisas derivado del comercio de mercancías, servicios y rentas, es decir, de la cuenta corriente del balance de pagos, su composición y la forma de su compensación.

El cómputo disponible retrocede sólo hasta inicios de los '60. Pero esto ya es muy largo plazo, es decir, horizonte requerido por este tipo de análisis. En ese periodo, los valores positivos han sido episodios esporádicos, vinculados a periodos de severas crisis, con reducción de compras al exterior, pero sin afectar el ingreso de divisas derivado de exportaciones agropecuarias.

Esto significa un predominio de resultados negativos. Y en ese sentido se destaca el periodo de déficit externo continuo entre 1978 y 2001 (23 años), excepto 1990, no por casualidad de muy fuerte crisis y además, en gran parte, superpuesto a un periodo de mega inflación, único en el mundo.

Pero el periodo más interesante a examinar es desde el 2002, hasta la actualidad, con un sub-periodo en el campo positivo (2002-2009), y el siguiente, (2010-18), en el campo negativo.

Y es más interesante porque aun en el sub-periodo en el campo positivo, conlleva similar tendencia al resto. A partir de un alto saldo positivo del año 2002, por un pico de crisis, la caída fue sistemática: del + 8,4 % del PBI en el 2002 hasta el + 2,2 % en el 2009.

Y desde allí, prosigue la tendencia al descenso, pero ya en terreno negativo. Y va desde el -0,4 del PBI en el 2010 hasta un escalofriante -5,4 % en 2018. Ya sea en terreno positivo o negativo, la tendencia hacia la caída resulta sistemática.

La tendencia hacia el déficit es rotunda, y con efecto acumulativo, sólo posible de resolver mediante un ingreso adicional de divisas. Y no solo para financiar ese déficit externo, debemos sumar el financiamiento de la fuga de capitales para evitar su presión sobre el tipo de cambio.

Y cualquiera de las formas a adoptar por ese ingreso de divisas (radicación de capitales, capitales especulativos o préstamos), ya hemos visto como, en algún horizonte de tiempo provocará efectos negativos.

La única alternativa válida es obtener divisas genuinas por vía de incrementar las exportaciones, racionalizar importaciones (p. ej., bienes de lujo), sustituir importaciones, y similares.

Este resultado externo es una problemática central en Argentina, por eso analizamos la actitud de las corrientes mayoritarias frente a esto.

Neoliberalismo

No solo plantean el predominio del tema fiscal, sino eluden de manera total el déficit externo. Y surge con solo revisar el acuerdo con el FMI. Excluyen toda referencia al déficit externo y solo intentan corregir un aspecto parcial del déficit fiscal, el déficit primario, es decir, sin intereses de la deuda. Y significa una violación flagrante a su propio criterio. Están diciendo: si el déficit se debe al pago de intereses de la deuda no tiene ninguna importancia.

Tanto el FMI como las versiones criollas del neoliberalismo, no tocan el tema del déficit externo, debido a su inevitable vinculación a la problemática de la dependencia y la responsabilidad de los países centrales.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, en la práctica lo tienen muy en cuenta. Los ajustes fiscales provocan una recesión global que tiende a equilibrar el sector externo, sin necesidad de tocar las deformaciones estructurales. Y significa: la única solución posible para Argentina a largo plazo, resulta de mantener un estado recesivo permanente.

Populismo

El populismo aplica, respecto al resultado externo, su criterio general: el eje de la intervención del Estado debe resultar de su interpretación del planteo keynesiano respecto a incentivar sólo el consumo, ya refutado por nosotros en base al propio Keynes. Éste planteó la necesidad de incentivar la demanda agregada, es decir, consumo, inversión y exportaciones.

Y frente a la necesidad de también incrementar exportaciones e inversiones, el populismo responde: el grueso del PBI es consumo, y por ende las exportaciones y las inversiones no aportan ni al crecimiento, ni a una mejor distribución del ingreso.

Saben una cosa, tienen razón. Pero de esa manera excluyen la posibilidad de incrementar los márgenes de autonomía en las decisiones del país. Con la mera voluntad de hacerlo resulta insuficiente, debemos contar con la base material para hacerlo posible: el superávit externo.

Y ni hablar de sus criterios en materia de sustitución de importaciones. Su práctica concreta tuvo un efecto inverso: un notable incremento en el grado de dependencia. Y una consecuencia adicional, su consigna permanente de “no a la devaluación”, ignora las políticas de retraso cambiario practicadas por ellos en gran escala e inexplicables en términos de una política “progresista”, convertidas luego en inevitables y devastadoras devaluaciones.

Pero el problema fue más grave: un rotundo viraje de sus propias políticas llevaron el resultado externo de positivo a negativo, cuando las habían reivindicado como fundamento del crecimiento y la estabilidad.

Desarrollismo

Considera las deformaciones que producen un déficit externo. Pero las asumen como “restricciones”. Solo para tenerlas en cuenta. Nunca para corregirlas.

Y su única alternativa es la radicación de capital extranjero, para generar más exportaciones a fin de equilibrar el resultado externo, pero sin considerar sus limitaciones: si vienen o no, si corrigen algo, y sus efectos negativos.

Nuestro criterio

El resultado externo resulta prioritario respecto al resto. Y su corrección exige, a partir de un diagnóstico, una modificación radical de las deformaciones estructurales de los flujos externos.

Esta complejidad, la diferencia de las políticas respecto al déficit fiscal. Cuando convive de manera divergente con un superávit externo puedo contar con varios instrumentos y algunos de ellos de ajuste progresivo: impuestos más redistributivos; reducir impuestos de efecto regresivo; eliminar gastos de efecto regresivo (burocráticos y otros); incrementar la eficiencia social del gasto, y similares.

17.5.3. Resultado financiero

A los resultados macro usuales (fiscal y externo) agregamos el resultado financiero, representados por dos relaciones: entre los flujos financieros y reales; y entre, la expansión y la absorción financiera.

Tal como vimos en el capítulo de inflación, esos flujos financieros resultan un eje fundamental en el modo de producción capitalista. Pero, ¡atención! A pesar del sentido “monetarista” de este tipo de análisis, la ortodoxia predominante en el campo académico, nunca ha realizado estimaciones de estas relaciones. Ni siquiera plantea la necesidad de hacerlo.

El flujo real puede estar representado por el valor bruto de producción y el flujo financiero por el criterio de moneda en sentido amplio: billetes, dinero bancario e instrumentos financieros, públicos y privados. Institucionalmente es todo el flujo financiero producido por el sector privado no financiero; el sistema financiero; el presupuesto y el banco central.

En el caso de la relación entre expansión y absorción monetaria, también debe utilizarse el criterio de moneda en sentido amplio, y en el caso específico de la absorción, tomar por separado la de agentes económicos a través de sus tenencias líquidas y sin costo para el Estado ($M1$), y las realizadas por el Estado a través del banco central (letras y pases), de altísimo costo quasi-fiscal.

Aunque no existe una medida ideal de esas relaciones, a los fines de un cartabón de comparación, conocer sus tendencias nos ayudará a ubicarnos, comparando su comportamiento actual con períodos relativamente “normales”. P. ej., respecto a la situación en el periodo 2003/07 de estabilidad financiera. Y el conocimiento de esa tendencia permitirá intervenir en su compensación.

En el capítulo de inflación ya hemos visto los tremendos efectos sociales y económicos de estos desbalances entre flujos reales y financieros, como uno de los motores posibles del proceso inflacionario. Pero esto solo es posible dimensionar mediante un diagnóstico que las corrientes mayoritarias rechazan, y de manera visceral.

17.6. Déficit y superávit gemelos en Argentina

Los estudios a nivel nacional e internacional en materia de resultados macro, en lugar de orientarse hacia el origen de las perturbaciones en los flujos radicados en sus niveles más profundos, es decir, las deformaciones estructurales, toman a estas perturbaciones como dadas: las denominadas “restricciones”.

Solo analizan la influencia mutua de los flujos fiscales y externos, sin tener en cuenta los entrelazamientos en niveles profundos, haciendo inevitable su mutua influencia, sobre todo en el largo plazo.

En consecuencia, estudios sólo empíricos arrojan resultados de todos los colores: impacto del déficit fiscal sobre el externo, su versus o sin influencia mutua. Y no demuestran nada porque son correlaciones estadísticas sin base teórica alguna.

Ya hemos analizado las tendencias de cada una de esas relaciones macro. Ahora los resultados externo y fiscal de Argentina, de manera conjunta. En ese sentido, la tendencia es hacia los déficits gemelos, con situaciones transitorias de resultado divergente.

Estas condiciones se modifican y de manera radical, desde inicios del S. XXI. A partir de un altísimo nivel saldo externo positivo en el año 2002, e importantes saldos positivos fiscales desde el 2003. Son resultados típicos a la salida de una profunda recepción.

Luego, ambos resultados, continuaron en terreno positivo hasta el año 2009, pero en curso de deterioro sistemático hasta llegar de esos niveles positivos a promedios neutros. Y desde allí en adelante, el deterioro prosigue y transforma a ambos en negativos llegando en 2018, a resultar muy profundos.

Una hipótesis, a confirmar, surgida de esta tendencia, estaría indicando una maduración de las deformaciones estructurales. Y muy importante porque esos altos déficit gemelos son la fuente de perturbación de todas las variables de superficie, hoy experimentadas por Argentina.

Dentro de esa definida tendencia hacia altos valores negativos resaltamos dos sub-periodos: resultado en terreno positivo y negativo, donde aún en terreno positivo, se ratifica la tendencia a caer de manera sistemática.

Pero lo sorprendente es el paso de ambos saldos, de positivo a negativo, producido bajo la misma administración de gobierno. Entre 2002 y 2009, en terreno positivo, y en 2010-15 en terreno negativo. Y profundizados por la siguiente administración.

Y resulta sorprendente porque mientras se encontraba en terreno positivo, de manera oficial, se reivindicaron los superávit gemelos como instrumentos fundamentales para salir de la crisis y mantener la estabilidad y el crecimiento. El Presidente Néstor Kirchner en discurso aniversario Bolsa de Comercio (10-07-2007):

“El año 2007 exhibe tendencias similares a las observadas en los últimos cuatro años. Persiste el crecimiento, mejora la situación social, los indicadores de empleo e ingreso, y se sostienen los saldos favorables, como decía recién, del superávit fiscal y superávit comercial o superávit gemelos.”

La Presidenta Cristina de Kirchner, en la apertura legislativa del 01-03-2009:

“¿A qué se deben esencialmente estos resultados [...]? Un superávit que significó el 4.6 % de nuestro PBI, el más alto nivel de exportaciones y el superávit comercial más importante de la Argentina en toda su historia. Tiene que ver esto, absolutamente, con el modelo que veníamos desarrollando”

Pero luego, ya con ambos resultados en terreno negativo, las autoridades, tanto como gobierno, o luego como oposición, hicieron “silencio de radio” sobre el papel de esos resultados gemelos.

Si revisamos la política económica en esos períodos podemos observar, un cambio de orientación en el periodo 2011-15, respecto a 2003-2007, cuyo principal efecto fue la desaparición de los resultados gemelos positivos. Parecería quisieron aniquilar, y de manera consciente, aquello postulado como el fundamento de su propio éxito económico.

Y además dejaron deslizar que generar déficits gemelos eran instrumentos cruciales de una política redistributiva y mantenerlos de manera permanente no podía causar perturbación alguna.

Cayeron en la trampa neoliberal al entrar en el debate sobre el resultado fiscal, cuya única salida posible es oponer a los efectos negativos del déficit fiscal, supuestos efectos positivos, incluso la posibilidad de mantener ese déficit a mediano y largo plazo.

En lugar de construir política económica a partir de su propio modelo teórico, generaron propuestas supuestamente correctas, solo porque son opuestas a las políticas neoliberales. Una simplificación absurda, y con graves efectos: un asesor de Scioli, en la campaña electoral del 2015, calificó la desaparición de los superávit gemelos como un “macrocidio”.

17.7. ¿Y todo esto, para qué sirve?

Sirve para aplicar a prioridades entre saldo externo y fiscal, el fondo del debate de la política ya planteado en los puntos 10.5 a 10.7 del curso del 2018.

- Para neoliberales, la prioridad debe orientarse, a liquidar el déficit fiscal, ignorando el déficit externo;
- Para el populismo resulta necesario generar déficits gemelos como instrumento de redistribución del ingreso, de manera independiente a su financiamiento;
- Para el desarrollismo, debe reemplazarse “ajuste” por “crecimiento”, como si esto fuese posible hacerlo sin necesidad, de manera previa, corregir las deformaciones.

Pero nos interesa la práctica neoliberal generadora de las condiciones actuales. Aunque el gobierno 2015-19, nunca mencionó el déficit externo (p. ej., en el acuerdo con FMI), sus medidas fiscales lo impactan de lleno.

Son políticas de neto efecto recesivo. A la par del “equilibrio fiscal”, también logran el “equilibrio” el sector externo por vía de reducir el salario real, subsidios, gastos sociales e inversiones. Sus efectos indirectos reducen las importaciones por una menor actividad industrial, menos viajes al exterior, etc.; y tienden a “equilibrar” el saldo externo tal como sucede hoy en Argentina.

Pero no están proponiendo políticas transitorias. La lógica del planteo conduce a la necesidad de una recesión permanente a fin de mantener, en el largo plazo, una compensación adecuada de los balances macro.

Esas medidas equilibran de manera temporal ambos saldos negativos, pero sin tocar ninguna de las deformaciones que los provocan. Por tanto, luego, frente al menor atisbo de crecimiento y/o redistribución del ingreso volverán a presentarse de manera recurrente, tal como históricamente viene ocurriendo.

El verdadero debate: si la prioridad es el déficit fiscal o el déficit externo. Y el neoliberalismo se define por el déficit fiscal y préstamos para cubrirlos. Y aparenta, aunque de manera transitoria, una “solución”, porque esos créditos están cubriendo ambos déficit de manera simultánea.

Y esto permite encubrir el problema, imputando los préstamos sólo al déficit fiscal. Es una definida estrategia política aplicada en el acuerdo con el FMI, para eludir el déficit externo y seguir beneficiando a los países centrales. Razón más que suficiente para intentar ocultarlo.

Y lo hacen, imputando el origen de todos los males a la cuestión fiscal, a partir de la confusión creada respecto al destino de los préstamos externos. Aparentan resultar fondos para cubrir déficit fiscal, cuando en realidad, son dólares disponibles para compensar el déficit externo y, de manera simultánea, al transformarse en pesos, cubren el déficit fiscal.

Otorgar prioridad al déficit fiscal surgido de un presupuesto votado por los representantes de los ciudadanos, y a la vez plantearlo como el origen de todos los males, implica trasladar la causa de la situación de la economía argentina a políticas decididas de manera irresponsable por sus propios ciudadanos.

Que no es así, se demuestra, mediante un análisis de posibles teóricos. En un resultado divergente, con resultado fiscal superavitario y déficit externo, también debería ser cubierto con préstamos externos, pues ese excedente fiscal es en pesos, y no transformables en divisas cuando no se disponen. Lo podrían transformar con reservas, pero eso, en una economía dependiente, significa lisa y llanamente, un suicidio económico.

En caso contrario, un superávit externo, sí puede cubrir el déficit fiscal, y sin necesidad de préstamo externo alguno, con solo transformar esos dólares excedentes en pesos.

Ambos supuestos teóricos, demuestran la prioridad del déficit externo en una estrategia de eliminación de ambos. Mientras el déficit fiscal tiene numerosas variantes de ajuste, incluso progresivas, el déficit externo surge de la incapacidad de emitir divisas, y afecta por igual a todos los gobiernos, cualquiera fuese su orientación, pues debe salir a mendigarlas con claros efectos sobre autonomía política de sus decisiones y efectos sociales siempre regresivos.

El juego político del neoliberalismo resulta de justificar los préstamos externos, de altísimo riesgo futuro, sólo en la necesidad de cubrir el déficit fiscal, sólo provocado por malas decisiones de sus propios ciudadanos, cuando en realidad esos préstamos cubren ambos déficit de manera simultánea.

El préstamo externo es al gobierno, y éste vende esos dólares al Banco Central, donde representa un ingreso neto de divisas para permitir cubrir el déficit externo más la fuga de capitales, y así evitar la presión cambiaria sobre la inflación. Y a su vez, esos pesos emitidos por el BCRA y entregados al gobierno, cubren el déficit fiscal.

Una sola operación con dos efectos simultáneos. Pero al neoliberalismo, le interesa adjudicar sólo al déficit fiscal, por su significado político. De esa manera excluyen del debate las relaciones asimétricas con el exterior, en materia financiera, comercial y tecnológica, haciendo recaer toda la responsabilidad en deficientes políticas fiscales internas provocadas sólo por los gobiernos y parlamentos.

Más aun, esos préstamos profundizarán, el problema fiscal cualquiera resulte el tipo de déficit cubierto, porque al momento del pago de intereses y amortización de esa deuda, necesitará mayores excedentes fiscales y por ende mayor ajuste futuro, donde las exigencias de los acreedores se multiplicarán al infinito.

El neoliberalismo solo analiza el terreno fiscal, y sus recomendaciones, aunque aparentan apuntar al ajuste fiscal (reducción de gastos; apretón monetario; y devaluación), la recesión provocada, produce un ajuste del sector externo (menos viajes al exterior, menos importaciones, etc.), logrando el “equilibrio”.

Pero de manera implícita, también es una recomendación a largo plazo: la necesidad de una recesión permanente. En lugar de corregir, “zafar”, de las deformaciones, y seguir beneficiando a los países centrales con relaciones asimétricas.

Por ese camino, las deformaciones proseguirán su reproducción sistémica y mutua potenciación. Y seguirán perturbando en gran escala las variables de superficie

Pero lo más grave es que nadie pretende explicar (y ¡nadie lo pide!) el porqué de un escenario donde los problemas se reproducen una y otra vez, en una escala cada vez mayor, y en períodos cada vez más cortos. Y donde todas las recetas terminan siempre en un estruendoso fracaso.

Una política económica alternativa debería considerar ambos déficit de manera simultánea y con una definida prioridad hacia la problemática del déficit externo, el núcleo duro del funcionamiento perverso de la economía argentina.

Y hasta lograrlo, no esperar a la aparición del problema, sino actuar de manera preventiva frente a consecuencias inexorables. Y además, de manera compensatoria, frente a los eslabones más débiles de la sociedad.

La prioridad del sector externo surge porque una economía dependiente puede detentar resultado fiscal positivo, pero el externo, a largo plazo, será negativo. Más aún, es posible lograr saldos externos positivos, pero de manera transitoria, y su ocurrencia nunca manejable desde dentro de ese país periférico. P.ej., períodos de altos precios de materias primas -el llamado “viento de cola”-).

Aunque Argentina, con una definida tendencia a altos déficit gemelos pueda generar de manera transitoria un resultado divergente: con fiscal positivo y externo negativo, necesita préstamos, para cubrir ese déficit externo, poniendo al desnudo que en el caso de altos déficit gemelos, su objetivo primigenio no resulta del déficit fiscal sino de cubrir el déficit externo.

Y todos los posibles teóricos lo ratifican. A la inversa, un superávit externo, puede, por sí mismo, llegar a cubrir de manera parcial o total un déficit fiscal. Pero el superávit fiscal nunca podría llegar a cubrir el déficit externo. Resulta necesario, o un préstamo externo o afectar las reservas, el ítem de mayor sensibilidad en una economía dependiente.

Y este fenómeno de resultados gemelos o divergentes se vincula a las experiencias de políticas antiinflacionarias a nivel mundial. Existen casos donde, a partir de políticas fiscales han logrado éxitos rotundos y el neoliberalismo las menciona hasta el hartazgo: Portugal, Irlanda, Israel, etc., como ejemplos de políticas antiinflacionarias.

En primer lugar, no realizan un análisis profundo de esos “ajustes” fiscales, donde, en muchos casos, fueron políticas progresivas. Pero lo fundamental, es la elusión del otro resultado básico en ese país, el externo.

Revisen los casos mencionados o cualquiera sugerido por la ortodoxia, y se encontrarán siempre con el mismo sesgo: saldo fiscal negativo y alto y saldo externo positivo, porque han logrado mantenerlo, o transformarlo.

No es lo mismo una lucha antiinflacionaria orientada solo hacia el déficit fiscal, con numerosos instrumentos alternativos, incluso de ajuste progresivo, que lidiar con la presión sobre el dólar ejercida por un saldo externo negativo. Pero sobre esto, la ortodoxia neoliberal practica un silencio total.